

PATRICIA HERVÍAS
SÓLO ERA SEXO

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Valeria es una joven independiente que vive el sexo de manera desenfadada y en total libertad. Sasha es el dueño de una de las salas de fiestas sexuales de alto standing más conocidas en el mundo. Ella sabe lo que quiere, él también. Sólo será una noche y todo acabará ahí. ¿O no?

El destino, caprichoso como él solo, vuelve a juntarlos en el mismo lugar y entre ellos surge de nuevo esa chispa que nunca han querido olvidar. Sin embargo, Valeria tiene miedo a enamorarse y Sasha ya se equivocó una vez...

¿Seguirán resistiéndose a sus impulsos o se rendirán a algo más fuerte que ellos?

Sexo sin trabas, pasión y lujuria envuelven esta novela llena de sentimientos, momentos desenfrenados, odios desmedidos, miedos, atentados y arrepentimientos.

¿Te atreves a entrar en su mundo?

SÓLO ERA SEXO

Patricia Hervías

zafiro 

El sonido de la puerta al cerrarse fue acompañado por un frío helado que se le metió en los huesos. Se encogió desnuda entre las sábanas, sintiendo que la piel se le erizaba. No era una noche especialmente desapacible, pero por alguna razón se sintió con ganas de tiritar. Su cuerpo aún estaba repleto de él, de su saliva, de sus marcas en los hombros, de su olor.

Se abrazó a sí misma tratando de comprender lo que estaba haciendo.

No quería que sucediese de nuevo, pero él, su olor, su acento arrastrando las eses y esas erres suaves en su oído la volvieron a convencer.

Era un problema, los dos sabían que lo que estaban haciendo sería una complicación.

Ella simplemente volvió a envolverse en el edredón que calentaría su desnuda piel en la cama.

—Buenas noches, Aleksandr. —Apartó el envoltorio del preservativo, que quedó bajo la almohada, y se durmió agotada.

* * *

Aquella noche se celebraba un evento especial, recordaba que era septiembre y que el calor aún no había abandonado la ciudad. Su acompañante, la pareja con la que acudió a la fiesta, le dijo que tenía una invitación para una celebración muy exclusiva, una mezcla de cumpleaños de alguien y la presentación del nuevo dueño de la empresa que se encargaba de dar rienda suelta a los sueños más sexuales de aquellos ricachones.

Las reglas habían cambiado, los juegos eran los mismos, pero al parecer

los requisitos de acceso eran ahora mucho más suaves. Primaba el sexo, la diversión y ser exclusivo o, lo que era lo mismo, poder pagar la carísima entrada.

Valeria sonrió. Su acompañante de aquel día sabía de sus gustos. Él era un asiduo de esas fiestas, un miembro de pleno derecho de ese selecto club, así que... ¿por qué no ir? Los dos iban por libre, sólo se presentaban como pareja para poder entrar.

Ella entró directamente, sin muchas complicaciones.

Un antifaz y un escueto vestido de color negro con escote pronunciado la cubrían. Su acompañante la cogió de la cintura y entró con ella en la fiesta.

Una falsa oscuridad inundó la sala, oculta detrás de unas gruesas cortinas de terciopelo negro. Dos impresionantes hombres vestidos con pantalón de esmoquin y sin camisa, ellos con máscaras de rostro completo, fueron los encargados de pedirles la invitación y proporcionarles unas antes de correr los cortinajes.

Tras traspasar el umbral, su acompañante le dio un beso en el cuello a modo de despedida. Era su código. En ese momento, si no lo habían pactado antes, se despedían en el interior del local y cada uno se marchaba por su lado. Así que sola, con el antifaz puesto, Valeria se dispuso a pasear por aquel curioso lugar intentando no dejarse ni un rincón por curiosear... Y si surgía la ocasión, que casi siempre surgía, echar un buen polvo.

Tardó un poco más de lo que pensaba, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la tenue luz del local, caminó por uno de los pasillos, que desembocaba en una gran sala a modo de discoteca. Todos llevaban máscaras: unas, con mucha filigrana; otras, más sencillas, pero nadie se las quitaba.

Le habían hablado de aquel tipo de fiestas. Eran como las de cualquier club de intercambio en el que las parejas eran libres de hacer lo que quisieran, pero con la particularidad de que en ese caso la entrada sólo se les mandaba a algunos socios selectos y con un cupo reducido. Así que si te retrasabas a la hora de aceptarla, tal vez ya no podías disfrutar de ella. Antes, según le contó

su acompañante, todo era mucho más rígido, con normas más estrictas y un cierto punto de «secta sexual» sin connotaciones ilegales. El nuevo dueño había abandonado todo eso y había dejado lo más importante, la exclusividad de sus invitados y los altos precios.

Valeria sonrió para sí misma al pensar que estaba en una fiesta en la que, detrás del antifaz, cualquiera podía ser un político, un cantante, un presentador o el mismo rey. ¿Quién podría adivinarlo?

Caminó hacia la barra para tomar una copa. Necesitaba algo fuerte para ponerse a tono, así que le pidió al camarero:

—¿Me pone un tequila? —Se apoyó un poco en la barra y miró insinuante a aquel joven que sólo llevaba una máscara y calzoncillos.

—¿Alguna marca en especial? —El camarero se le acercó demasiado.

Ella sabía a qué jugaban y le encantaba.

—Sí, Don Julio. Añejo. —Sacó la lengua despacio y se la pasó por el labio superior.

—Buen gusto —respondió el camarero, dándose la vuelta para servírselo en un «caballito», el vaso especial para esas bebidas.

Valeria no se lo pensó mucho, en cuanto el vaso estuvo en la barra, lo cogió y sin preocuparse de nada, se lo bebió de golpe. El alcohol siempre la ayudaba a desinhibirse.

—¿Otro? —le preguntó el camarero, recibiendo como respuesta un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Gracias —dijo ella esa vez.

Ése no se lo iba a tomar de golpe, todavía sentía el calor del anterior en la garganta.

Se volvió y se sentó en un taburete. Estuvo tentada de abrir las piernas; no llevaba bragas y le encantaba jugar a ese juego, pero se lo pensó mejor. Aún era demasiado pronto y tampoco creía que nadie la fuera a ver con aquella oscuridad.

Se equivocaba.

Giró un poco la cara, porque notó una especie de punzada en el cuello, una sensación extraña; se sentía observada y así era. Un tipo bien vestido, alto y de, le pareció, mirada profunda, le estaba echando un vistazo desde el final de la barra. No estaba solo, a su lado había una mujer de larga cabellera pelirroja que le decía algo al oído, pero él no la atendía.

Valeria sintió un latigazo en su sexo. Aquel hombre no dejaba de mirarla y por cómo lo hacía se sabía ya presa de un animal salvaje. Respiró de nuevo un par de veces y bebió un pequeño sorbo de su vaso antes de devolverle la mirada descaradamente.

Él no dejó de observarla en ningún momento, ni siquiera cuando fue a su encuentro una segunda mujer que se acercó y lo cogió de la cintura. ¿Quién era aquel tipo? La estaba poniendo nerviosa, y eso, a ella, más que darle miedo la excitaba. Si él no se le acercaba, se le acercaría ella.

Pero todo cambió en un instante.

Cuando Valeria, sabiéndose observada, bebió despacio su tequila, sacando la lengua para recoger una gota perdida y mirarlo, pudo darse cuenta de que ya no era su principal centro de atención. El hombre había vuelto la cabeza para mirar a una pareja que caminaba de la mano. Los dos altos, muy altos. Él rubio. Ella también, aunque de un color más claro que el de su acompañante, y de cara angulosa. Aquel hombre que la acechaba, aunque seguía en su sitio, ya no lo hacía... Miraba a aquella misteriosa mujer con la mandíbula apretada, como reprimiendo algo que Valeria no llegó a vislumbrar.

Bebió lo que le quedaba de tequila y dejó el vaso vacío en la barra.

—¿Quiere otro? —le preguntó el camarero a su espalda.

—No, gracias. Es suficiente —respondió ella sin siquiera volverse.

Bajó del taburete y se puso en marcha. Quería continuar averiguando qué había por allí.

Caminó de manera sinuosa, sabiéndose admirada. Aquel vestido era como una segunda piel, que insinuaba sus curvas de manera casi obscena. Valeria lo

aprovechaba a su favor en esos lugares, en su vida cotidiana nada era como allí.

El pasillo tenía dos puertas abiertas, una a cada lado. Echó un vistazo en las dos. En la que se encontraba a su derecha, vio un potro de madera en el que había una mujer atada por las muñecas, mientras un par de hombres se turnaban para penetrarla, y a otra mujer subida encima del potro, a la que la primera le hacía un *cunnilingus*.

Valeria se dio la vuelta para asomarse a la otra habitación, ésta sin puerta, en la que se desarrollaba una orgía en una cama redonda. Como en la otra habitación, los presentes seguían llevando las máscaras, aunque no se distinguían pies ni manos y mucho menos sexos. Sólo el sonido de los jadeos sensuales y los gritos de placer.

Continuó su exploración hasta ir a parar a otra sala mucho más grande. Tanto que se podría confundir con una sala de baile. En el centro, un par de barras de *pole dance* en las que las que parecían ser dos bailarinas profesionales hacían maravillas con su cuerpo. A los lados, sofás llenos de parejas o tríos practicando mamadas, *cunnilingus* y penetraciones, mientras la música sonaba al ritmo casi de las embestidas desesperadas de algunos.

Aguzó un poco la vista, pues creyó ver a su acompañante al fondo, en un sillón individual, con los pantalones bajados y una mujer entre sus piernas comiéndole la polla. Sonrió.

Cuando se disponía a retomar su rumbo, sintió una mano en la cintura. No se sorprendió, le parecía que mucho habían tardado en acercarse a tocarla. Después, otra mano, como la anterior, de gran tamaño, se posó en su cadera casi cubriéndola por completo, un cuerpo más alto que ella se pegaba a su espalda. Luego, una voz acompañada de un cálido aliento comenzó a susurrarle al oído.

—Si no te decides, puedo guiarte.

La piel de Valeria se erizó. Su acento, no sabría exactamente de qué parte del Este sería, le hizo cosquillas en el cuello.

—Adelante —se dejó llevar.

—¿Sola, acompañada? —continuó preguntando el hombre sin moverse del sitio.

Cuando ella le dio permiso para seguir jugando, sintió el sexo del hombre que ahora la cogía por la cintura y por el estómago con la otra mano. La espalda de Valeria estaba tan pegada a su cuerpo que notó cómo de estar tranquilo, el sexo de él se ponía duro como una piedra.

—Hoy vengo sola, si es a eso a lo que te refieres —respondió, echando la cabeza un poco hacia atrás.

—Me refiero a si quieres que juguemos tú y yo o...

—Sorpréndeme.

La Valeria más descarada se volvió para enfrentar los ojos de aquel hombre que le estaba planteando que fueran a follar.

Y la cazadora se vio cazada por partida doble. Por un desconocido y por el desconocido que no dejaba de mirarla desde que se sentó en la barra de aquel bar.

—¿Creo que ya te he sorprendido? ¿No es así?

—No creía que me seguirías —se excusó.

—Cuando pongo el ojo en algo que me apetece, suelo obtenerlo.

—Eres un poco presuntuoso, ¿no? —Lo miró desde abajo, pues él medía bastante más que ella.

—No, soy realista. Si lo quiero, lo tengo.

La cogió de la cintura y sin pedir permiso ni darle explicaciones la besó. Fue un beso sensual, posesivo y con ansia. Dejaba claro que lo que iban a tener iba a ser duro, fuerte y sexual. Y así fue. Valeria sintió cómo la mano de aquel desconocido se metía bajo la corta falda de su vestido y le agarraba una nalga.

—O no llevas bragas o son muy pequeñas.

—No suele gustarme no dejar las cosas claras.

—Creo que vamos a pasarlo bien. —Y sin quitar la mano de su culo, le

volvió a susurrar—: Me parece que te voy a follar yo solo.

—Estás muy seguro de ti mismo —lo retó.

—No lo sabes bien, pequeña *zapyast'ye*.

Valeria ladeó la cabeza, dándole a entender a su interlocutor que no lo entendía, él se lo explicó:

—Te acabo de llamar «pequeña muñeca» en ruso.

—Ah, ¿soy tu muñeca? —Se mordió el labio inferior.

—Esta noche serás mi pequeña muñeca.

Se separó de ella un segundo para darle la mano y llevarla hacia una puerta ante la que se encontraban dos empleados de seguridad.

—¿Adónde me llevas? —se asustó.

—Te he dicho que seas mía y has aceptado. Sólo estaremos nosotros.

—No puedo confiar en ti, lo siento. —Se separó para alejarse.

Él la retuvo:

—Por favor...

—No, no sé quién eres ni lo que quieres.

El hombre se rio, dando a entender que lo había dejado muy claro: sexo.

—¿Quieres que avisemos a alguien de dónde estás? —preguntó, muy seguro de sí mismo.

Ella asintió, señalando al hombre con el que había ido a la fiesta. Su acompañante miró a uno de los chicos que guardaban la puerta y le hizo una seña para que fuera a buscarlo. Al cabo de un momento, su amigo apareció arreglándose la ropa.

—¿Qué ocurre? —Miró a Valeria preocupado—. ¿Ha pasado algo?

—No, no pasa nada. Tu amiga quiere estar conmigo, pero no se fía de mí.

Su acompañante sonrió, sabiendo con quién iba a acostarse Valeria.

—Tranquila —le acarició el brazo—, has tenido suerte.

—Pero...

—Valeria —se acercó a ella para susurrarle—, si quieres follártelo, hazlo. Es muy raro que quiera estar con alguien de la fiesta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Que te lo diga él. —Le dio un beso en la mejilla—. Oye, dile que te pague el taxi de vuelta si vais a estar mucho tiempo.

Y dicho esto se fue en dirección a la chica que esperaba que regresara para continuar con lo suyo.

Valeria miró a aquel hombre que escondía su rostro tras una máscara veneciana de media cara.

—¿Y bien? —Él le tendió la mano.

—De acuerdo —dijo, aceptándola.

Uno de los que vigilaban la puerta la abrió para ellos, cerrándola a su espalda cuando entraron. Estaban en un pasillo con dos puertas y, guiada por el hombre, Valeria se dirigió con él a la que quedaba a la izquierda. Sacó una tarjeta, la introdujo en la cerradura electrónica y la puerta se abrió, dando paso a lo que parecía una habitación de hotel de lujo.

—¿Esperabas cadenas y hachas? —Valeria se mordió el labio inferior—. Soy un amante del sexo, no un psicópata.

—No sé, ir a un sitio donde no hay nadie, mientras fuera...

—Pequeña *zapyast'ye*, ¿cuándo conoces a un hombre y te vas a su casa no es igual? —Lógica aplastante—. No sabes lo que te puedes encontrar, *da*?

Encendió las luces.

Ella se llevó las manos a los ojos para protegérselos. El antifaz le molestaba, pero no se atrevía a quitárselo. Quizá aquel hombre no tuviese ganas de que lo reconocieran. Pero estaba totalmente equivocada, pues él se llevó las manos a la parte de atrás de la cabeza y se soltó el lazo de la careta. Se la quitó mirando directamente a Valeria.

—Me gusta mirar a los ojos de las personas. —Se le acercó con intención de hacer lo mismo con ella—. ¿Puedo?

Valeria asintió.

Cuando le quitó el antifaz no lo soltó y entrecerró ligeramente los ojos. Giró un poco la cabeza y la estudió.

Valeria estaba inmóvil como una estatua. No sabía cómo enfrentarse a aquella situación. Saldría de ella sin problemas, pero su mente estaba en una fiesta desenfrenada, no en una cita sexual. Tendría que cambiar el chip si no quería que aquel depredador se la comiera entera.

Un depredador, por cierto, muy atractivo, de ojos oscuros, pelo más bien largo y mirada desconfiada.

—Una vez conocí a una mujer de ojos claros y fríos. —Acarició su rostro—. Tú tienes ojos claros pero eres como una pantera. Me das miedo.

—No tienes por qué tenerme miedo si sabes darme lo que pido.

—Me gusta tu juego. —Se volvió, dejando la máscara a un lado—. ¿Champán?

—Sí, por favor. Tengo sed —intentó excusar su nerviosismo.

Mientras esperaba que él sirviera la bebida, respiró un par de veces. Mentalmente se decía que debía relajarse, que aquello iba de follar y era lo que iba a hacer. Que si bien es cierto, en otras ocasiones, la oscuridad tapaba defectos y virtudes en los locales por donde se movía, en ese caso había tenido mucha suerte. Aquel hombre era guapo, de rasgos duros y parecía que su cuerpo acompañaba perfectamente a su cara. Esperaba que luego fuera bueno en la cama. Pero si no, ella lo remediaría sin problema.

Le tendió una copa llena con el burbujeante líquido dorado.

—¿En qué pensabas? —Se llevó la suya a los labios.

—Me estaba haciendo a la idea de follar con luz —soltó Valeria sin cortarse.

—¿Follas a oscuras? —La cogió por la cintura para acercarla al sofá, que se encontraba en el centro del salón.

—Si vengo a un club de intercambio sí. Si no es así, como se tercié...

Él la dirigió con tal sutileza para que pasara por delante, que ella no se dio cuenta de la mirada depredadora que le echó cuando lo hizo. Repasó todas y cada una de las curvas de su cuerpo como si se las quisiera aprender de memoria, para así después no olvidar ni un rincón por recorrer.

—¿Te gusta lo que ves? —Al contrario de lo que él creía, Valeria se había dado cuenta.

—Más de lo que pensaba. —Era un verdadero duelo de titanes.

Se sentó a su lado en el sofá.

Primero había recorrido con la mirada su entorno en busca de alguna vía de escape por si las cosas se ponían raras. El salón donde estaban era más bien pequeño, con un sofá de cuero marrón con cojines con estampado de cebra, y en el suelo una alfombra de piel de animal de imitación. Justo al lado, sin puerta divisoria, una gran cama con un espejo encima y un baño bastante funcional. Elegante, lujoso, pero discreto.

Ella volvió a beber un gran trago de su copa casi dejándola vacía.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Valeria.

—¿Acaso importa? —Rellenó su copa.

—Cuando me corro suelo gritar, me gustaría saber quién es el culpable.

—Me llamo Sasha. —Chocó su copa contra la de ella.

—Yo soy Valeria. —Se volvió a llevar la copa a la boca, pero esta vez sólo para mojarse los labios. No quería emborracharse.

Luego la dejó en la mesa que había delante y se levantó. Tenía la sensación de que el cortejo estaba durando demasiado, así que corrió una de las cortinas para ver el paisaje oscuro de la lejanía y vio a lo lejos el montón de luces de Madrid.

Oyó unos pasos a su espalda, le pareció que él iba descalzo, que se acercaban para ponerse a su altura.

—Valeria. —le apartó la melena negra del cuello con una mano y con la otra sujetó la barbilla—, me gusta tu nombre.

Sintió la lengua de Sasha recorriendo su cuello hasta el lóbulo de la oreja. Echó la cabeza hacia atrás y él se inclinó para penetrar en su boca, comer sus labios, devorar su lengua avasallando sus rincones.

Valeria quiso volverse, pero dos grandes manos se lo impidieron.

—Déjame jugar un rato contigo —le pidió él.

Ella se dejó hacer al notar cómo aquellas manos que la retenían buscaban por debajo del vestido, levantándolo hasta la cintura. Una de ellas se quedó en su cadera, agarrándola, la otra bajó hasta su monte de Venus, libre de vello.

—Me gusta, eres suave. Podré dejar mi saliva por todo tu sexo.

Aquellas palabras arrastradas la estaban excitando. Si no fuera por el control que tenía de su propio cuerpo, sólo con sentirlo tocar aquella parte de piel podría haberse corrido.

Un dedo de Sasha se posó en su clítoris, despacio. Acarició sus labios vaginales pausadamente, untándose de su excitación. Se los recorría de atrás adelante, como si estuviera acariciando un valioso tesoro. Paseaba la yema del dedo por la entrada de su vagina, presionando ligeramente, empapándose, y después volvía a pasarla por sus labios hasta volver a tocarle el clítoris con suavidad.

Valeria tenía las manos apoyadas en el cinturón de él, sujetándose. No se caería, estaba bien agarrada, pero quería sentir su tacto.

—Quítate la chaqueta y la camisa. Quítate la ropa —exigió—, quiero sentir tu polla entre mis nalgas, quiero sentir tu piel.

—Eso es, pide y se te dará.

Se separó de ella, que aprovechó para volverse y así mirarlo a los ojos. Algo que Sasha no desaprovechó para provocarla un poco más, llevándose los dedos a la boca y lamiéndoselos.

—Sabes muy bien, Valeria.

—Desnúdate —exigió ella, a la par que se agarraba el vestido por la cintura para quitárselo por la cabeza.

—Eres preciosa. —Sasha la miró intensamente mientras se desabrochaba la camisa—. Tengo ganas de tener ese pelo entre mis manos y tirarte de él.

Cuando se bajó los pantalones y la ropa interior, Valeria se arrodilló frente a su sexo terso, duro y dispuesto a recibir las atenciones que quisieran dispensarle. Sasha, ya desnudo, apartó toda la ropa y se acercó a la boca de su compañera de juegos. Ella, solícita, sacó la lengua para recorrer su miembro

de abajo arriba dedicando mayor atención a su glande antes de metérselo en la boca por completo. Acariciaba sus testículos mientras succionaba con delicadeza primero y con más fuerza un poco más tarde.

Durante el proceso, sólo se oían los gemidos del ruso, mientras acariciaba la cabeza de Valeria.

—Para, pequeña *zapyast'ye*. —Miró hacia abajo.

En ese instante Sasha se sintió el hombre más poderoso del planeta al ver los ojos felinos de aquella chica mirándolo desde aquella posición. Pero sólo era sexo, un juego de poder entre dos personas adultas, y pensaba que aquella mujer iba a ser una gran batalladora en la cama. Estaba deseoso de averiguarlo. De momento su lengua y boca no decepcionaban, pero quería saber hasta dónde podía aguantar ella.

Le ofreció la mano, quería que se levantara. La quería sentada, la quería con las piernas abiertas y él sería quien estuviera arrodillado ante ella.

Ya de pie, la llevó hasta el sofá donde antes habían tomado las copas de champán y la sentó. Él se arrodilló entre sus piernas, no sin antes haberle dado un beso. Quería notar cómo su saliva sabía a él.

—¿Te gusta el sabor? —lo tentó ella.

—Te gustará más el de mis labios después de que te corras en mi boca.

—Eres un prepotente —respondió Valeria, echándose hacia atrás y agarrándolo del pelo cuando se acercó a su sexo.

Sasha usó las dos manos, con los pulgares abrió los labios de su sexo, después de mojarse los dedos, para así poder masajearla mejor. Sopló ligeramente y oyó un suspiro, sacó la lengua y con la punta, sólo con ella, le lamió desde la entrada de la vagina hasta el clítoris. Ella hizo un movimiento ondulatorio con las caderas, provocándolo a que continuara con sus embestidas. Él cerró los labios sobre su clítoris, succionándolo ligeramente para después dar rienda suelta a su lengua e introdujo los dedos en su interior, dándoles una velocidad que estaba volviendo loca a Valeria.

Ella notaba cómo su orgasmo se estaba construyendo de manera inminente y

se sentía sin capacidad para pararlo. Aquel hombre sabía a la perfección cómo usar sus dedos para volver loca a una mujer. Su lengua estaba centrada en su clítoris de manera obsesiva, mientras sus dedos, con un movimiento casi percutor, se dedicaban a estimular su punto G. Iba a correrse. Aquel tío iba a hacer que se corriera mucho antes de lo que ella hubiera deseado.

Oh, sí. Sí... Ahí estaba, explotando desde su columna vertebral hacia fuera.

Sasha sintió cómo sus piernas le presionaban la cabeza y en sus dedos los músculos vaginales contrayéndose una y otra vez. Aquella mujer se estaba corriendo en su boca y sólo la oyó gemir ligeramente. No gritó, como había dicho que haría.

Cuando volvió a respirar lentamente, Sasha retiró sus dedos del interior de Valeria y lamió con laxitud su clítoris a modo de despedida. Ella cerró involuntariamente las piernas debido a la hipersensibilidad.

—Pensaba que gritarías —dijo, mientras se subía para apoyarse en ella.

—No grito cuando me corro con un desconocido. —Le acarició el pelo—. Te he mentado para saber tu nombre.

—Te lo hubiera dicho igual.

Valeria le agarró la cabeza y la acercó hasta su boca, lo besó con profundidad, saboreando cada rincón. Le encantaba sentir su sabor en los labios de su compañero sexual. Movié un poco las piernas para que él se acomodara entre ellas, sintiendo cómo la punta de su pene quería abrirse paso en su vagina. Volvió a mover las caderas provocándolo.

—Si sigues haciendo eso... —Le agarró de las manos y se las sujetó por encima de la cabeza.

—¿Qué? —Levantó la cara para morderle ligeramente el cuerpo.

—Voy a tener que atarte.

—Pues como no lo hagas, no voy a parar de ponerte malo.

—Pequeña *zapyast'ye*, no sabes lo que has dicho.

Se puso de pie de golpe e inmediatamente después se agachó para coger a Valeria de la cintura y echársela al hombro como si fuera un saco de patatas.

No fueron más de dos pasos hasta llegar a la cama, donde la dejó caer.

—No te muevas —amenazó.

—Porque tú lo digas —lo tentó ella, sentándose.

—Túmbate. —Ella lo miró levantando una ceja—. Por favor.

Abrió un cajón del que, de un saco de seda roja, sacó un par de esposas de cuero y una cuerda:

—¿Serás capaz? —preguntó.

Valeria se acomodó en la cama ofreciéndole las muñecas. Sasha se las puso con sumo cuidado, cerrándolas lo suficiente para no pudiera escapar de ellas fácilmente, pero sin imposibilitárselo del todo. Cuando ya estuvieron afianzadas por las hebillas, pasó la cuerda por un aro de metal que tenían en el centro. Antes de atarla a la otra argolla, que estaba en la cama, muy convenientemente puesta, le levantó los brazos por encima de la cabeza y él se colocó entre sus piernas, de rodillas, abriéndoselas por completo. Exponiéndola.

—Te gusta controlar —le dijo Valeria.

—Te he advertido que no me provocaras —contestó él, antes de bajar la cabeza a sus pechos y darle un ligero mordisco a uno de sus pezones, estirándolo hasta ver cómo los ojos de ella se cerraban.

Luego la ató, con los brazos estirados sobre la cabeza. Ahora no podría usarlos, sólo tenía libres las piernas.

Valeria lo miró directamente a los ojos y se lamió el labio superior. No por provocar, sino porque realmente tenía sed, al anticipar lo que iba a venir. Porque sabía que se había metido en la boca del lobo con un depredador terroríficamente atractivo y fascinante. Nunca se hubiera dejado amarrar por nadie en la primera noche, pero aquel hombre la había desarmado.

Sintió cómo empezaba a mordisquearle las piernas, mientras con sus manos iba acariciando su piel. Sus ligeros mordiscos subían hasta sus caderas, haciéndola removerse, y con sus grandes manos la sujetaba por los costados, reteniéndola. Se entretuvo en su ombligo, pero ella odiaba que se lo tocaran.

Sólo tuvo que decir que no para que él siguiera por otro lado, por sus pechos. Cuando llegó a ellos, sus caderas chocaron, sus sexos se acercaron, el calor que de ellos se desprendía los hizo mirarse a los ojos.

Por un instante, sólo por un instante, se quedaron enganchados, hasta que él volvió a bajar por su cuerpo y a devorar sus pechos con ansia. Los lamió, los mordió, los chupó hasta que los pezones se le pusieron duros como diamantes. Los sopló, mojados por su saliva, para ver cómo su piel se erizaba.

—Fóllame —suplicó Valeria.

Él no le hizo caso y continuó su camino por su cuello, acariciándose con los dientes, entre lametones. La tocaba, no dejaba de sentir su piel, sus manos se paseaban por su cuerpo sin ningún tipo de cortapisa. Valeria se retorció por no poder tocarlo a su vez, se movía necesitando arañarlo, morderlo, lamerlo...

Se volvió a acercar a su boca y se la comió vorazmente, mientras su mano bajaba a su vagina y le metía los dedos. Valeria gimió en sus labios. Sasha usó el dedo pulgar para masajear su clítoris mientras la follaba con la mano.

—¿Querías esto?

Ella negó, volviendo a pegar sus labios a la boca de aquel ruso que la estaba llevando al límite.

Sasha se separó un momento, sacando los dedos de su interior sólo un segundo para ponerse un preservativo. Cuando ya estuvo preparado, le dio la vuelta, le abrió las piernas y posó su pene entre las nalgas de aquella mujer exuberante que lo estaba poniendo a cien.

—Sasha...

Levantó un poco las caderas de Valeria, se arrodilló a su espalda y la penetró con fuerza. Ella gritó, pero no de dolor, sino por su necesidad satisfecha al notar su sexo lleno. Comenzó a sentir como él salía y entraba de su cuerpo con cuidado, reteniendo su propia necesidad para disfrutar del momento.

—Deliciosa, eres deliciosa...

—Me encanta, Sasha.

—Si sigues diciendo así mi nombre, me correré.

—Sasha —volvió a decir ella.

—Desde aquí eres preciosa. —Sus empujones eran cada vez más fuertes y rítmicos.

Mientras la tenía sujeta por la cadera, bajó su mano hasta tocar su sexo, metiéndola entre sus labios vaginales para estimular su clítoris, que estaba hiperhinchado. Él sabía que si la tocaba un poco más se correría, y así lo ayudaría a él, con sus contracciones, a correrse más rápido. ¿Egoísta? Quizá, pero así era cómo veía el sexo en su vida.

La tocó, la estimuló y, cuando sintió que se ponía rígida, bombeó con más fuerza en su interior, haciendo que hundiera su rostro en la almohada mientras se corría y él, al notar sus músculos contraerse contra su polla, explotó en su interior.

Se desplomó encima de ella por un momento, un segundo que a él le pareció una eternidad. Estaba sudoroso, las gotas caían por su espalda y se notaba las sienes húmedas. Salió del interior de aquella belleza que tanto placer le había dado. No se sentía nada arrepentido de haber disfrutado de ella a solas y, sobre todo, estaba contento de que ella hubiera aceptado hacerlo. Seguro que lo hubiera pasado igual de bien jugando con otros, pero sabía cuándo algo merecía la pena disfrutarlo en privado.

Valeria se volvió para ponerse boca arriba. Todavía con las muñecas sujetas a la cama, lo miró quitarse el preservativo y coger un pañuelo de papel para envolverlo en él. En el momento que lo dejó, volvió a la cama con ella, a su lado, para desabrocharle las hebillas de las esposas de cuero. Cuando se las soltó, sin decir nada, cogió sus muñecas y se las llevó a los labios besándoselas suavemente.

—Gracias. —Azorada, las apartó de él y se las escondió.

Se levantó de la cama sin más y se encerró en el baño.

Ya está, ya habían follado. Todo se había terminado. Ahora a asearse y para casa. Lo había pasado muy bien, pero eso era todo, sexo y punto.

Oyó abrirse la puerta del baño y Sasha apareció tras ella, desnudo, en todo su esplendor. Lo volvió a admirar, ahora detenidamente. Él la miraba sonriendo de medio lado, con aquella prepotencia del que se sabe ganador. Era alto, bien formado, de hombros fuertes y piernas bien torneadas. La miraba con los ojos entrecerrados. ¿Tal vez arrepintiéndose?

¿Se iba al baño? ¿Sólo un polvo?, se dijo Sasha caminando hacia allá para abrir la puerta. Al hacerlo se encontró con una preciosa mujer de pelo oscuro alborotado y voluptuoso pecho mirándose al espejo. Al oír la puerta lo miró de arriba abajo, examinándolo. ¿Quizá arrepintiéndose? «Qué más da, es sólo sexo», se dijo Sasha.

—¿Te marchas? —le preguntó.

—Debería —contestó ella, apoyándose en el lavamanos.

—Aún es temprano, puedo pedir algo de comer.

—¿Lo haces con todas tus conquistas? —Valeria sonrió de medio lado.

—No siempre. —Se acercó para levantarle la barbilla y volver a besar sus labios—. Pero creo que no hemos explorado lo suficiente. ¿Aceptas el reto?

—¿Puedo atarte yo?

Sasha sonrió.

—Antes pediré algo de comer...

—¿Quién eres? —preguntó curiosa.

—Alguien que obtiene todo lo que quiere cuando quiere.

* * *

Después de aquella noche, no volvió a saber nada más de aquel hombre. Ni tampoco quiso asistir a ninguna de aquellas fiestas exclusivas; no tenía ganas de volver a encontrarse con él. Había tenido suficiente con aquella noche en la que lo probaron absolutamente todo, hasta bien entrada la mañana del día siguiente. Cuando Valeria quiso marcharse a su casa, un coche con chófer la

estaba esperando a la puerta de aquella mansión a las afueras de Madrid. Se despidió de él con un beso en los labios, una sonrisa y un hasta siempre.

Por un momento fantaseó con la idea de volver a quedar con él. Pero no tenía medios para encontrarlo ni quería tampoco investigar quién podría ser. Lo que pasó, pasó y bien estuvo. Punto. No había que remover las historias de una noche y mucho menos en ambientes como aquéllos.

¿Clubes de intercambio? Había vuelto a ir con algún amigo, pero siempre para compartir con él o ella juegos entre tres.

Para su desgracia, una noche en la que se celebraba un evento organizado por ella volvieron a encontrarse.

Tenía el nombre de todos los invitados a aquella celebración de aniversario de una empresa farmacéutica. Se celebró en Ibiza, en uno de los hoteles más exclusivos de la isla. Rodeados de lujo, comida exótica, *disc-jockeys* internacionales, música en directo y reservas de habitaciones por doquier.

Habían sido más de dos meses de bregar con *caterings*, hoteles, productoras, discográficas y peticiones raras por parte de algunos de los invitados más VIP de la lista. No le importaba tener que pelear con todos los comerciales de las empresas que patrocinaban la celebración, pero tenérselas que ver con todas aquellas personas que se creían estrellitas, era lo que peor llevaba. Ya les había cogido manía a un par. A un tipo de Texas que se creía que medio hotel iba a ser cerrado para su uso y disfrute. Y otro un ruso que le estaba poniendo pegas a todo: que si quería una habitación con salón, que si quería un champán de quinientos euros la botella, que si agua de tal marca, que si en su habitación tenía que tener... El último día a última hora se sentía tentada de mandar un «regalito» especial a esas habitaciones.

Menos mal que ya estaba acostumbrada a hacer lo que les pedían. Y si los jefes habían dicho que todo para ellos, pues todo para ellos.

Aquella noche, cuando se celebró la gran fiesta, dejó en manos de su equipo los pormenores y detalles más informales de último momento. ¿El motivo? Ella estaba invitada a la celebración, pero tenía su teléfono móvil a mano en todo momento por lo que pudiera ocurrir.

Esta vez llevaba un precioso vestido, elegante y concebido para ese tipo de eventos, pues en ellos el código de indumentaria era bastante estricto. Los hombres con traje y ellas de noche. A pesar de ser mediados de abril, el día

había sido soleado y bastante caluroso, así que la noche seguro que sería menos fría de lo que cabría esperar. Su vestido era de color morado, con un cinturón negro y amplio escote. Sexy, pero perfecto para la celebración, nada ostentoso y elegante.

Repasó la lista de invitados antes de bajar al cóctel y posterior cena, hizo un par de llamadas para cerrar unos asuntos pendientes y, justo cuando se disponía a salir, sonaron unos golpes en la puerta.

—¿Bajas ya?

Un alto y varonil hombre de unos cincuenta años estaba esperando en el pasillo, mientras miraba su reloj.

Óscar, con quien había tenido más que una amistad, siempre era tan caballeroso que la iba a buscar para que no bajara sola ante aquella jauría humana sin domesticar, como él los llamaba. Decía que todos tenían mucho dinero e iban presumiendo de clase, pero a menudo eran unos barriobajeros con unas copas de más.

—¿No va a bajar Ainara? —Su actual pareja.

—No. —Óscar puso cara de disgusto—. En el avión ya se encontró algo mal y finalmente le ha salido todo esta noche. Está con fiebre, así que se ha quedado en la cama.

—Lo siento.

Valeria lo lamentó. Aunque Óscar y ella habían tenido una relación hacía un par de años, las dos mujeres se llevaban bastante bien. Lo de Valeria y él acabó cuando ella le comentó que, a pesar de que le gustaba mucho él, su forma de disfrutar del sexo era algo más liberal. Óscar lo intentó, pero no pudo soportar que otro tipo tocara a su pareja. Así que finalmente, y a pesar de que lo pasaron mal, prefirieron no seguir siendo pareja.

—¿Nos vamos? —Óscar le ofreció el brazo.

—Encantada.

La velada transcurrió perfecta. Los tiempos bien organizados, y la gente, elegantemente vestida, aguantó estoicamente todos los parlamentos que

tuvieron lugar durante la cena. Los directivos de la farmacéutica que celebraba su aniversario torturaron a los invitados durante algo más de media hora. Después de eso, empezó la fiesta.

Qué razón tenía Óscar en su opinión sobre aquellos tipos que presumían de ser educados, cultos, ricos y con un estatus superior, pero se convertían en animales con dos copas, o seis, de más. Si no fuera porque Óscar estuvo todo el tiempo que pudo a su lado, más de uno se hubiera abalanzado sobre ella. No es que Valeria no supiera defenderse, pero en una fiesta en la que ella era parte de la empresa organizadora, no hubiera sido correcto darle un puñetazo a uno de esos borrachos.

Desgraciadamente al cabo de un rato Óscar tuvo que abandonarla. Al parecer, Ainara estaba algo peor y había llamado al médico para que subiera a la habitación a verla. No era grave, pero necesitaba una medicación que en esos momentos había que ir a comprar. Óscar lamentó mucho dejarla sola, pero Valeria lo animó a marcharse y se despidió de él con un beso en la mejilla.

Luego se dirigió hacia la barra, que se encontraba al otro lado del salón en el que estaba celebrándose la posterior fiesta. Tardó algo más de lo que pensaba, al pararse a saludar a algunas personas, comentar aspectos de la fiesta y recibir felicitaciones por parte de directivos de la farmacéutica.

Cuando finalmente pudo llegar a la barra, sin pensarlo mucho, durante el cóctel y cena no había bebido nada, pidió un tequila Don Julio Reposado. Sólo para que la sensación de quemazón que le producía en la garganta la despertara del aletargamiento que sentía.

Se lo tomó de golpe, e inmediatamente después pidió una copa de champán, antes de darse la vuelta e ir hacia donde se encontraban algunos compañeros de su departamento, que ya estaban divirtiéndose.

—No te vuelvas. —Aquella voz la estremeció—. Pensaba que nunca te ibas a separar de ese hombre. No sabía que te gustaban mayores que tú.

De la garganta de Valeria no salió ni un gemido ni un sonido que pudiera

expresar lo que esa voz le provocaba. Porque si en ese momento le hubieran pedido que lo describiera, sólo un suspiro hubiese sido capaz de expresar la sensación que notaba en la piel, en el vientre, en su sexo.

—Tú —dijo finalmente.

—Yo —contestó Sasha y, sin moverse de su sitio, le apartó el pelo y la besó en el cuello.

—Por favor, no hagas eso —pidió Valeria, volviéndose.

—Disculpa. —Él se apartó un poco—. No me gustaría molestar a tu novio.

—No es por eso —lo miró a los ojos—, es que estoy en una fiesta de mi empresa.

—¿Trabajas en esta farmacéutica?

Valeria no podía dejar de mirar a los ojos a aquel hombre con el que pasó la noche más excitante de su vida. Estaba guapo, muy guapo, su piel tenía un tono más moreno que la otra vez que se encontraron. Quizá estaba algo más delgado, según le pareció ver a través de la camisa, de talle perfecto.

—Y tú eres el ruso que no ha hecho más que joderme durante estos dos meses con peticiones extrañas. —Valeria cayó en ello en ese instante—: Aleksandr Vodianov.

—Encantado de conocerla, señorita ¿Valeria...? —Levantó una inquisitiva ceja.

—Valeria y punto.

Se enfadó al saber quién era en realidad aquel tipo.

Sasha era el diminutivo de Aleksandr, y se trataba de uno de los empresarios rusos más conocidos en el mundo de los negocios. Un rey Midas hecho a sí mismo, todo lo que tocaba lo convertía en oro. Se rumoreaba que quería comprar la farmacéutica alemana para la que ella trabajaba, pero en ese momento Valeria sólo quería apartarse de él.

Intentó alejarse, pero con una mano él la agarró por la muñeca haciendo que su mente viajara a aquella noche en la que, después de atárselas, la besó en cada una de ellas.

—Valeria y punto, no te marches.

—¿Por qué no debería hacerlo? Has estado fastidiándome durante todo un mes con tus exigencias.

—¿Te vas por eso... o hay algo más?

Se volvió hacia él, acercándose más de lo que las normas sociales permitían a dos personas que se suponía que no se conocían. Sonrió levemente, se aproximó a su oído con lentitud, tal vez con un atisbo de sensualidad y masculló:

—Que te den por culo. —Luego sacudió el brazo para deshacerse de su agarre.

Sasha sonrió al verla marcharse de su lado. Cogió el teléfono móvil para hacer un par de llamadas, sin dejar de mirar a aquella mujer. Lo averiguaría todo sobre ella; estaba convencido de que volvería a tenerla en breve. No había pensado que se volverían a encontrar, pero la vida da muchas vueltas y no todas debían de ser malas. Admiró sus caderas moviéndose al compás de sus enfadados pasos. Tenía el pelo algo más largo que hacía seis meses y se imaginaba volviendo a tirar de él mientras la poseía.

—¿Quién es ese tipo? —le preguntó una compañera.

—El insoportable ruso —escupió Valeria, bebiéndose la copa de champán de golpe y dejándola en una mesa que encontró a su derecha—. ¿No hay ni un camarero cerca? —se quejó.

—Aquí tienes —le ofreció otro de sus compañeros—. Te veo acalorada.

—He discutido con él.

—¿Os conocíais? —preguntó la primera.

—Sí, pero hacía mucho que no nos veíamos.

—A ver, explícalo —soltó otro de su equipo.

—Muy sencillo, yo le conocía por otro nombre y cuando he descubierto que era el insoportable...

—Lo has mandado a la mierda.

—Más o menos —respondió, llevándose la copa a la boca.

No volvió a estar cerca de él durante lo que duró la fiesta, si bien ninguno de los dos le quitó el ojo de encima al otro. Disimulaban, mal, todo hay que decirlo, pero durante ese duelo no se permitieron ceder ante el otro.

Valeria bailó a más no poder con sus colegas de departamento. Era su jefa, pero en ese momento todos eran compañeros celebrando lo bien que había ido la fiesta. No paró de reír e intentó olvidarse de que Sasha, o Aleksandr, estaba apostado en la barra, mirándola con una sonrisa de concupiscencia, con una copa de champán en la mano de la que nunca bebía.

Sasha pensó que ya era suficiente y en un momento en que ella se dio la vuelta, dejó la copa y se marchó, siempre con aquella sonrisa de autosuficiencia que lo caracterizaba desde que decidió que ninguna otra mujer volvería a jugar con sus sentimientos. Se casó una vez y falló, la segunda se enamoró en el lugar menos adecuado de una preciosa mujer rubia que le rompió el corazón. No iba a volver a permitirlo, pero eso no quería decir que no pudiera disfrutar, y eso sería lo que ocurriría dentro de un rato.

—Estoy muerta —les dijo Valeria a los dos únicos compañeros de departamento que habían aguantado una hora más en la fiesta.

—Anda, quédate. Ahora viene lo más divertido, los borrachos cayéndose —sonrió una de las chicas.

—No puedo más, de verdad —se despidió de ellos Valeria—. Ha sido demasiado trabajo.

—Nos vemos —la despidieron.

Le dolían horrores los pies y sólo soñaba con quitarse el vestido, desmaquillarse, lanzar los zapatos por los aires y hacerle el amor apasionadamente a su cama durante mínimo siete u ocho horas, teniendo en cuenta que su avión con destino a Madrid salía a última hora de la tarde.

Con la tarjeta, abrió la puerta de la habitación. No era pequeña, pero tampoco de las que hacían que la mandíbula se desencajara. No encendió la luz cuando entró, estaba más preocupada por quitarse los zapatos que de cualquier otra cosa, así que cuando por fin se volvió para insertar la tarjeta en

la ranura iluminada, tuvo que taparse la boca para no lanzar un grito en medio de la noche.

—¿Qué coño haces aquí?!

Sentado en un sofá, a oscuras, como si de un escenario de película de Hollywood se tratara, estaba Aleksandr. A su derecha se encontraba una mesa en la que había una cubitera con una botella de aquel carísimo champán al que la había invitado la primera vez y dos copas. Tenía las piernas cruzadas, como si fuera un mafioso esperando la confesión de su enemigo. Inclino la cabeza y luego la miró.

—Has tardado más de lo que imaginaba. —No se levantó del sofá.

—Haz el favor de salir de mi habitación o...

—¿O?

Sasha se puso en pie despacio. Agarró la botella de champán, la abrió y lo sirvió en las dos copas que había en la mesa. Luego las cogió y, despacio, echó a andar hacia Valeria.

—Vete, Sasha... ¿O prefieres que te llame Aleksandr?

—Llámame como quieras. —Le ofreció la copa.

Ella la cogió y bebió un sorbo, estaba delicioso.

—Por favor...

—¿Temes que tu novio nos pille? —sonrió él, volviéndose para seguirla—. Si te conoce, se apuntará a estar con nosotros.

—No es mi novio. No tengo pareja, así que déjame en paz.

—Sabes que vamos a acabar ahí —señaló la gran cama—, los dos desnudos y sudando.

—¿Cómo has entrado en mi habitación? —preguntó mientras se quitaba el vestido delante de él.

—Te dije que, si quiero algo, lo consigo. —Se bebió el contenido de su copa de golpe al ver que se desnudaba—. Ha sido más fácil de lo que pensaba.

—No te confundas. —Dejó caer el vestido al suelo, no llevaba sujetador.

Él se quedó mirándola sin mover un solo músculo. Aquella mujer lo desorientaba. No podía apartar sus ojos de ella, su cuerpo lo atraía sobremanera. Había estado con muchas mujeres durante ese tiempo, pero volver a verla le hizo recordar la belleza de la curva de sus caderas, sus pechos altivos, provocándolo, y sus nalgas... Ella apartó el vestido, cogió una camiseta que estaba en una silla y se la puso sin pudor.

—No me da vergüenza enseñar mi cuerpo, ni que me vean desnuda más allá de un encuentro sexual. Nacimos desnudos, no hay que avergonzarse de ello.
—Cogió la copa, se la bebió y se sirvió otra antes de sentarse en la cama con las piernas cruzadas—. ¿Y bien?

Él seguía de pie, pensando el siguiente movimiento que daría para poder estar con aquella mujer que lo desconcertaba. La primera que no se había lanzado a su cuello para follárselo y ver que conseguía de él. Así que después de coger el móvil y enviar un mensaje, lo apagó y empezó a quitarse la chaqueta, los zapatos, los pantalones y casi toda la ropa que llevaba, para luego acercar la cubitera con la botella a la cama y sentarse junto a Valeria, sólo con los calzoncillos puestos.

—¿Qué haces? —le preguntó ella, apartándose un poco para dejarle sitio.

—Compartir una botella de champán contigo.

—¿Ahora cambias de discurso?

—¿Quieres que me marche? —preguntó él.

—¿Te llevarás el champán?

Sasha asintió.

—Pues entonces quédate. Me gusta.

Llamaron a la puerta y Valeria se sobresaltó. Sasha le hizo un pequeño gesto tranquilizándola. Fue a abrir y un rudo hombre entró en la habitación un carrito con otra cubitera y algo en una bandeja que ella no logró ver qué era, porque estaba tapada. Los dos hablaron algo en ruso, después Sasha cerró la puerta y entró con el carrito.

—Había pedido más champán, por si te decides...

—¿Decidirme a qué? ¿A follar? Pues la verdad es que podría follar contigo y que así te largaras dejándome en paz. Pero ahora mismo no me apetece.

Sasha se rio a carcajada limpia. Soltó algo en ruso que hizo que Valeria lo mirara con cara de pocos amigos.

—Tranquila, sólo he dicho «con dos cojones». —Arrastró un poco más de lo normal las eses—. En general las mujeres no son tan sinceras conmigo.

—A ver, Aleksandr, ya sé que no sabías que yo iba a estar en esta fiesta, ni yo sabía que tú eras el ruso «porculero», pero estoy muy enfadada. Lo siento.

—¿Puedo remediarlo? —Levantó la tapa de la bandeja; era caviar.

—Lo has mandado traer de tu habitación —sentenció ella—. ¿Pensabas comértelo tú solo o ibas a buscar compañía?

—Ya que tú me has dicho la verdad, yo te la diré también. —Cogió una pequeña cuchara y la acercó llena de caviar a la boca a Valeria, que la aceptó—. No quería pasar la noche solo y sabía seguro que alguna mujer se vendría conmigo.

—Me encanta ser plato de segunda mesa —soltó ella sarcásticamente, saboreando el caviar.

—En cuanto te vi, supe que no serías segunda de nada ni de nadie. —Tomó él también un poco de caviar, mientras bebía el líquido dorado de su copa—. Pero al verte con ese hombre...

—No tengo por qué explicarte nada. —Bebió esta vez ella, colocándose mejor en la cama al ver que él se volvía a sentar a su lado, rozándose con las rodillas desnudas.

—Claro que no. Pero déjame decirte que estaba dispuesto a lo que fuera con tal de pasar la noche contigo. Ese tipo no te pega.

—Durante un tiempo me pegó —soltó.

—¿Cómo? —Entendió mal la respuesta.

—No, no. —Se llevó la mano a la cara—. Me refería a que como tú has dicho que ese tipo no me pega, yo te he respondido igual, pero no era nada físico. Quería decir que estuvimos un tiempo saliendo.

—Ah, lo siento —se excusó—. Aún me cuesta entender algunos giros.

—Hablas perfectamente castellano.

—He pasado mucho tiempo haciendo negocios aquí y en Latinoamérica —explicó.

—¿Por qué no me da miedo estar a solas contigo? —se preguntó Valeria en voz alta.

—Tal vez porque los dos sabemos lo que queremos y no pedimos imposibles.

—Qué suerte has tenido —le soltó, llenándose la boca con una cucharadita de caviar.

—¿Perdona? —Ahora el que estaba fuera de juego era él.

—Que nos hayamos encontrado ha sido una gran suerte para ti. —Dejó la copa vacía a un lado—. Sólo quiero follarte una vez más.

Se movió en la cama para sentarse encima de él. Pasó las piernas por sus lados, sintiendo sus caderas en las rodillas y su sexo todavía lánguido en contacto con el de ella. Sasha, que aún tenía la copa en la mano, la apuró y la dejó rodar hasta el suelo para meter las manos bajo la camiseta de Valeria.

—¿No crees que eres tú la que has tenido suerte? Yo iba a follar sí o sí esta noche. Tú...

—Eres un engreído. —Le sujetó la cara y lo besó apasionadamente, mientras notaba sus manos pellizcándole los pezones, antes de recorrer sus brazos para quitarle la camiseta.

—Tú eres espectacular. —Le puso una mano en la zona lumbar y otra en el cuello para volver a besarla.

Durante su ligero intercambio de besos y caricias, sus ansias del uno por el otro crecieron tan rápidamente que en un ataque casi de locura, Sasha arrancó el tanga de Valeria y la tumbó en la cama, después de deshacerse de su calzoncillo. Hablaba en ruso, decía cosas que ella no comprendía, pero que hacían que su temperatura sexual subiera más rápido que un volcán en erupción.

Él llevó una mano a su clítoris y ella lo paró, mirándolo intensamente. Los dos sabían que querían lo mismo, así que Sasha cogió un preservativo y se lo puso. Luego se colocó entre sus piernas, con una mano guio su pene hasta su vagina y con la otra sujetó las muñecas de Valeria por encima de su cabeza. Le gustaba dominar a aquella mujer.

—¿Así? —preguntó, antes de introducirse en su cuerpo por completo.

—No. —Valeria le rodeó las caderas con las piernas, apretándolo contra ella, haciendo que se metiera hasta el fondo. Suspiró—. Ahora sí.

Sasha comenzó a follarla sin compasión. Sus cuerpos chocaban de manera incontrolada; las piernas de Valeria lo azuzaban, sujetándolo para que no escapara. Sasha escondía la cara en su cuello y ella miraba al techo sin capacidad de pensar más allá de aquella sensación, con su sexo encendido repleto de aquel hombre.

—Pequeña *zapyast'ye*, vas a hacer que me corra —oyó.

—Mírame —exigió—. Sasha, mírame cuando te corras.

Él levantó la cabeza y soltó las manos de Valeria, que inmediatamente le agarró el culo, ayudándolo a meterse más adentro.

—Sasha, fóllame fuerte. Haz que grite...

Y lo siguiente que ocurrió fue que un sordo alarido salió de la garganta del ruso, mientras luchaba para no cerrar los ojos y mirar los ojos verdosos de aquella provocadora mujer.

—*Bog!* —soltó en ruso—. Lo siento, quería haber aguantado algo más, pero llevo toda la noche imaginando que...

—Tranquilo... Acabamos de empezar —dijo ella, sacándolo de su cuerpo para cogerle la mano y bajarla a su clítoris.

* * *

Llamaron a la puerta insistentemente.

Valeria intentó moverse, pero algo se lo impedía.

Saltó de la cama de golpe. Había dormido con Sasha.

No recordaba el momento en que, agotada, se había entregado a los brazos de Morfeo. Le dolía un poco el cuerpo. Aquel hombre era una pura máquina sexual. No tenía pinta de ser un jovencito, pero aguantaba como un verdadero campeón. Y en cuando a las maneras de hacer que se corriera...

Siguieron llamando a la puerta y, de repente, alguien abrió y entraron un par de tíos gigantes con cara de pocos amigos. Valeria, desesperada, tiró de las sábanas para taparse, con lo que dejó desnudo a Sasha. Éste, al ver lo que pasaba nada más despertarse, dijo algo en ruso, bastante enfadado, que hizo que aquellos dos se marcharan cabizbajos.

—¡Dios, qué vergüenza! —Se acercó a Valeria intentando explicarse.

—No. —Ella levantó una mano dando a entender que no quería que se le acercara.

—Valeria, lo siento. Cuando salgo de viaje son demasiado...

—¡Demasiado nada, Sasha! —gritó—. Lo de anoche estuvo bien. Primero entraste en mi habitación sin llamar y ahora tus gorilas también lo hacen.

—Pequeña *zapyast'ye* —logró agarrarla por la cintura y acercarla a su cuerpo—, perdóname.

—¡Joder, Sasha! —Lo abrazó intentando tranquilizarse por el susto.

—Llevo guardaespaldas desde hace cuatro meses. Antes nunca los había necesitado. Nadie sabía quién era yo o a lo que me dedicaba. Pero estos últimos meses han sido un poco extraños.

—Me la pela, son unos capullos.

Él se rio por la ocurrencia.

—Venían a despertarme. Dentro de unas horas nos tenemos que ir a Madrid.

—Yo me voy esta tarde —explicó Valeria, separándose de su abrazo.

—¿Vives en Madrid entonces? —preguntó Sasha.

—De momento sí, aunque no soy de allí —contestó Valeria—. Es donde está la central de la farmacéutica.

—¿Estarías dispuesta a ir a cualquier lado si el trabajo te gustara? —Le

acarició un pecho suavemente.

—¿Me estás intentando comprar para que sea tu *geisha* personal hasta que te canses de mí? —preguntó sonriendo.

—No lo había pensado, pero no es mala idea. —Le pellizcó el pezón—. ¿Te llevo a Madrid? Tengo un avión alquilado.

—Ahora mismo, la verdad —dijo, acariciándole a su vez el pene—, preferiría que me llevaras a otro sitio.

* * *

Se despidieron en la puerta de la habitación de Valeria con un adiós y poco más que decirse. Como la vez en que coincidieron en la fiesta en la que Aleksandr se dio a conocer como nuevo dueño de la organización de aquel tipo de eventos.

Pero no mucho después, un mes más tarde, aún abrumada por los recuerdos de aquella noche en la que ella llevó la voz cantante, recibió un escueto mensaje en su correo electrónico personal, en el que le proponían un trabajo lo bastante interesante como para no borrarlo y enviarlo a la papelera.

Ofrecían un gran sueldo, viajes alrededor del mundo y encargarse de un pequeño departamento de organización de eventos. Incluían un número de teléfono y decían que tenía que preguntar por María. Sonaba como una oferta clandestina, pero trabajando en el sector farmacéutico no la sorprendía nada el sigilo con el que estas acciones se llevaban a cabo.

Llamó, habló con la tal María y concertaron una cita en una oficina del centro de la ciudad. Lo que no esperaba era que aquella mujer a la que llamó fuera una empleada de alguien a quien Valeria conocía. María era la jefa de recursos humanos del conglomerado empresarial propiedad de aquel soberbio ruso.

Sentada en una sala de colores oscuros, casi negros, Valeria esperó más de diez minutos a que la puerta volviera a abrirse:

—*Pri-vyét.*

Valeria cerró los ojos antes de darse la vuelta. Tenía que haberlo intuido, no tenía por qué pensar que era él, pero...

—¿Me vas a proponer el trabajo de *geisha*? —Se volvió sonriendo y lo miró directamente a los ojos.

—Ya me gustaría, pero no.

—Simplemente podrías haberme pedido una cita... —Cruzó las piernas mientras lo miraba con los brazos cruzados delante del pecho.

—La oferta es real. —Sasha le dio una carpeta con unos documentos, al tiempo que separaba la silla de delante de ella y se sentaba.

—¿Puedo? —Valeria se dispuso a leer el contenido de la documentación.

Aleksandr asintió.

Se echó hacia atrás en la silla con los brazos en los laterales de la misma y esperó a que ella leyera su propuesta. Ésta era más que generosa; no había pasado más de un mes investigando el trabajo de aquella mujer como para hacer ofertas a la ligera. Necesitaba a su lado a una persona que supiera manejarse en un mundo de hombres y que, además, no se asustara con lo que manejaría. Debía ser una persona que pudiera dirigir el departamento de eventos de tres de sus empresas y una más, confidencial. No sería una empleada cualquiera, también sería la directiva que organizaría las fiestas sexuales de más alto nivel. Las reglas habían cambiado y la organización necesitaba un aire fresco, un nuevo ritmo, sangre nueva que renovara y elevara la categoría de aquellas celebraciones.

Miró detenidamente a Valeria, que fruncía el cejo, levantaba las cejas y se mordía el labio inferior de aquella manera que a él le encantaba.

Cuando terminó de leer toda la documentación, cerró la carpeta, la dejó encima de la mesa y se volvió para mirarlo a los ojos:

—¿Por qué yo?

—Creo que eres la persona adecuada para controlar un departamento como éste. —Apoyó los codos en las rodillas para acercarse a ella.

—No me refería a eso, sino al último punto, el de las celebraciones...

—Eres perfecta para ese puesto también.

—No sé qué tipo de imagen tienes de mí, pero no creo que sea la persona que andas buscando para montar un club sexual de alto nivel.

—Valeria, no te equivoques —se puso serio—. Que hayamos follado sólo ha hecho que conozca a una persona a la que creo que de otra manera no habría conocido. Ni más ni menos. Así que no...

—No, señor Vodianov. No me equivoco. Lo que quiero es que me explique a qué viene tanto misterio. Podría aceptar sin pestañear con las otras empresas, pero ¿ésa?

—Ese negocio —ahora se estiró en la silla— requiere discreción. Y tú, Valeria, sabes qué es eso. Sé que durante años has trabajado eficientemente en calidad de jefa de equipo y que tu trabajo siempre ha sido impecable. Necesito ese tipo de personas a mi lado. Gente en la que delegue el trabajo y por sí mismas puedan sacar adelante los retos que se les impongan. En mis otras tres empresas las cosas están claras y creo que para ti sólo serán un pequeño desafío. Pero en el otro caso necesito exclusividad, trato exquisito, confidencialidad y lo mejor de lo mejor en cada una de las celebraciones. Ya hablaremos de lo demás, pero también habría que cambiar normas y olvidarnos de la teatralidad de antaño. Quiero cosas sencillas, divertidas, sensuales, exclusivas y cuidado, mucho cuidado con cada una de las elecciones que hacemos.

—Debería estudiar su oferta, señor Vodianov. —Volvía a llamarlo de usted.

—Tienes dos días. —Le dio su tarjeta personal—. Me gustaría poder contar contigo.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó curiosa.

—Está en tu mano.

Sasha se levantó de la silla y esperó a que ella hiciera lo mismo, para así acompañarla hasta la salida. La siguió educadamente por aquel despacho desangelado hasta la puerta. Valeria ni siquiera se volvió para mirarlo. Si lo

hacía, estaba convencida de que lo besaría y lo lanzaría contra la mesa para tirárselo. Estar a su lado era como una revolución hormonal, un cúmulo de sensaciones que nacían en su bajo vientre y se expandían por todo su cuerpo. No sabía cómo podía estar tan convencida de que no lo haría en cualquier momento.

Aleksandr le tendió la mano frente a la mesa de recepción.

—Espero que tome en consideración mi oferta. —Ahora fue él quien le habló de usted—. Ya sabe que todo está en su mano.

—Le diré algo en dos días. —Le estrechó la mano como despedida.

Aunque, antes de separarse, él le acarició la muñeca disimuladamente. Luego dio media vuelta y se marchó por un largo pasillo hasta desaparecer tras una de las puertas.

Caminó lentamente en vez de coger un taxi que la llevara a su casa. Quería pensar con calma en lo que le habían ofrecido, porque en realidad no comprendía en qué medida el trabajo tenía que ver con su valía profesional o con el hecho de haberse conocido. Él había dejado claro que el sexo había sido una oportunidad para conocer una buena profesional, pero ella tenía que pensarlo muy mucho. Era un trabajo diferente, en un lugar diferente y de una de las empresas no podría hablar con nadie. Difícil. Pero el sueldo era impresionante y la posibilidad de viajar también.

Llegó a su casa un par de horas más tarde, cansada de tanto caminar y de darle vueltas a la cabeza. Se quitó los zapatos, los dejó en la entrada y caminó descalza por su piso hasta llegar a su habitación, donde se cambió de ropa y se puso más cómoda.

Tenía mucho que pensar, aunque más bien se decantaba por dejar su actual trabajo y aceptar el nuevo empleo. Directiva. Era una palabra muy grande y aun a pesar del cambio radical de sector, podría darle un empuje importante el hecho de que pudiese manejar varias empresas, no sólo una y del tipo que fuera.

Abrió la nevera, cogió un refresco y, después de beber un largo trago, lo

dejó en la encimera para prepararse algo de cenar. Sí, eso sería lo que haría, cenar y ver un poco la tele.

Durante aquellos dos días no volvió a saber nada más del enigmático hombre con el que había pasado dos noches de sexo y que aparecía y desaparecía de su vida a su conveniencia. Como si entre ellos no hubiera pasado absolutamente nada. Eso la desconcertaba sobremanera, pero ¿no era eso lo que ella también buscaba en el primer encuentro?

Justo antes de que la tarde del segundo día terminara, le envió un mensaje a Aleksandr. Sólo un SÍ. Claro y conciso.

No tardó ni un minuto en recibir la respuesta:

Decide el día que quieres empezar y prepararemos toda la documentación.

Ya estaba.

Nada más.

Guardó el móvil en su bolso y recogió las cosas de la mesa de su despacho para ir a tomar algo con algunos compañeros.

—Valeria, ¿bajas? —le preguntó uno de ellos.

—Sí, un momento que apago el ordenador. —Se apresuró a cerrarlo—. ¿Dónde siempre?

—Sí, te guardamos una silla.

Ella respondió con la mano. No tardó más de dos minutos en recogerlo todo para salir en dirección al ascensor. Ya pensaría en cómo decirles a sus compañeros que cambiaba de empleo, quizá, y si su posición se lo permitía, hasta podría tentar a alguno de ellos.

Entre risas y bromas, la tarde pasó deprisa y, al mirar el teléfono móvil para ver la hora, se dio cuenta de que tenía otro mensaje de Aleksandr. Lo miró tras pagar sus consumiciones y despedirse de sus compañeros.

¿Cenas conmigo esta noche?

Era la pregunta que tenía en su pantalla de móvil, en un mensaje de hacía

más de una hora.

Lo miró y respondió sin más:

Disculpa, acabo de ver el mensaje. ¿Sigue en pie la oferta?

Dime dónde paso a buscarte.

Dame la dirección e iré yo, tengo el coche en el garaje del trabajo...

Recibió la dirección y Valeria tuvo que comprobarlo un par de veces. No es que la sorprendiera que él viviera en aquella urbanización de lujo, sino que le enviara la dirección de su casa.

Pero lo que se encontró al llegar fue demasiado para ella. Demasiado todo..., simplemente demasiado ornamentado, demasiado brillante, demasiado horroroso.

—¡Joder! —soltó nada más entrar en aquella casa digna de cualquier magnate ruso de manual.

—¿Te impresiona? —la saludó Sasha, dándole un beso en la mejilla.

—Me horroriza. —De su boca salió la pura verdad.

—No eres la primera mujer que me lo dice —contestó él.

—¿Cómo puedes vivir aquí? —Escaleras doradas, brillantes lámparas de araña...

—Te acostumbras —soltó Sasha sin darle importancia.

—A esto uno no se acostumbra. —Valeria miró de un lado a otro intentando encontrar un lugar que no hiciera daño a la vista—. ¿Puedo sacar las gafas de sol?

—Siempre tan directa. Lengua mordaz, me gusta —rio él a carcajadas—. Estoy aquí hasta que la venda; me mudo en breve.

—Menos mal —suspiró ella—. ¿Traerme aquí era una prueba que debía pasar antes de firmar el contrato o...?

Valeria se lo quedó mirando, esperando a que le explicara el porqué de su

invitación.

—Por nada en especial, sólo quería invitarte a cenar. —Le quitó el abrigo y lo dejó en una silla, también dorada, que había en la entrada—. Así podemos hablar más tranquilamente de lo que espero de ti en este nuevo puesto.

—Suenan muy interesantes.

—¿Cuándo podrías incorporarte? —La cogió de la cintura, llevándola directamente a la cocina.

Cuando Valeria entró en ella, se encontró casi con la totalidad de su casa en una habitación. Era tremendamente grande, con una isla en el centro, donde todo era, en ese caso sí, modernidad y minimalismo. Respiró al ver que no todo era opulencia de manual de nuevo rico, aunque todos los electrodomésticos que había a la vista decían a gritos: «¡Cuestan más de lo que tú ganas en dos meses!».

En una de las esquinas de la isla había dos pequeños manteles y dos copas vacías esperando ser llenadas.

—Imagino que podré incorporarme en dos semanas. —Cogió la copa llena que él le ofrecía—. Lo normal.

—¿Lo has comunicado ya en tu empresa? —Bebió de su copa sin esperarla.

—No, primero quería hablar contigo.

—Perfecto.

Se movía por la cocina como si estuviese a diario entre aquellos fogones dignos de un restaurante de estrella Michelin. De un lado sacó un plato, de otro una bandeja, del horno algo parecido a un pastel... En menos de cinco minutos tenían en aquella esquina de la isla un banquete digno de un rey.

—Si hay alguna cosa que no te guste, dímelo y lo cambio. —Se sentó a su lado en un taburete.

—Tranquilo, soy de buen comer. —Le guiñó un ojo.

—Lo sé. —Alargó la mano para picar algo.

Durante aquella cena informal, trataron temas varios, algunos por encima, de sus otras tres empresas, pero a Sasha le preocupaba más la nueva, la de las

fiestas privadas. A pesar de ser una nueva empresa y entrar él en un nuevo campo, quería que algunas cosas quedaran tal como estaban y que otras se cambiasen a criterio de Valeria. Le expuso, muy por encima, lo que habían sido esas celebraciones y lo que a él le gustaría que fueran ahora, confiando totalmente en la visión organizativa de ella para eventos y grandes organizaciones al más alto nivel.

Si antes era algo así como un exclusivo club donde la teatralidad quedaba en manos de los socios, ahora seguiría siendo un exclusivo club donde la teatralidad la darían los eventos en sí, las performances y todo lo que a Valeria se le ocurriera. Ya había visto cómo funcionaban, más o menos. Ahora era la encargada de que se hablara de esas fiestas, de que todo el mundo quisiera entrar en el club y de que sólo unos pocos, por cupos, pudieran disfrutar de lo más exquisito en cada momento.

Valeria escuchaba atentamente, mientras saboreaba algunas de las delicias que estaban encima de la mesa. Trabajar en el campo del sexo, por muy a alto nivel que fuera, era un cambio radical. Una cosa era disfrutar de él y otra muy diferente preparar fiestas, con todo lo que ello conllevaba, en las que la sexualidad era el principal atractivo sin que todo se convirtiera en algo soez.

—Va a ser difícil—respondió ella a los requerimientos de Sasha.

—Nadie ha dicho que fuera sencillo. —Apoyó los codos en la mesa y la miró fijamente—, de ahí que te quiera a ti.

—Creo que tienes demasiadas expectativas en lo que a mi trabajo se refiere.

—Tuve la suerte de conocerte en una de mis fiestas, tuve la suerte de verte de nuevo en una de las tuyas... Eso querrá decir algo, ¿no?

—Tampoco hay que darle mucha vuelta, suelo ir a clubs de intercambio. De los «normales» —puso énfasis en esa palabra—, pero tengo la suerte de tener entre mis contactos a un médico sudamericano que cada vez que viene a España me llama para salir. No follamos entre nosotros, pero vamos como pareja para poder entrar juntos.

—El tipo al que tuve que decirle que te venías conmigo, ¿no?

—Eso es. Si no te hubieras fijado en mí, tú y yo habríamos estado en la misma fiesta —se corrigió—, perdón, en las mismas fiestas, sin siquiera hablarnos. Yo, simplemente te odiaría por «porculero».

Sasha rellenó las copas de vino de nuevo antes de volver a hablar.

—¿Lo dicho, no crees que es casualidad?

—Puede que sí. —Ella sonrió sin darle más importancia.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal?

—Sólo si yo también puedo hacerte otra y que me la contestes.

Aleksandr asintió antes de hacer la suya:

—¿Una mujer como tú necesita ir a clubs de intercambio para tener sexo?

Valeria abrió los ojos de par en par. No por sorprendida, sino porque iba a comenzar a reírse a carcajada limpia. Finalmente pudo contenerse. Bebió un sorbo y dejó la copa encima de la mesa para contestarle sin ningún tipo de tapujos.

—¿Has intentado tener una pareja y decirle que te gusta follar con todo tipo de personas? —Sasha asintió—. ¿Y cómo ha salido la relación?

—¿Quieres desperdiciar tu pregunta?

Ella negó antes de continuar.

—Pues a mí siempre mal. Cuando he estado con alguien y le he dicho que el sexo es diversión y el amor otra cosa y que, sobre todo, me gusta compartir sexo con más personas, me he encontrado sola, así que voy a los clubs. Allí puedo disfrutar de lo que no me dejan los demás. Y sí, podría tener al tío que quisiera, pero al que quise no deseó compartir conmigo este tipo de vida. — Se encogió de hombros.

—Eso es que aún no has encontrado a la persona idónea, seguro que está por ahí fuera. —Se levantó a recoger las sobras de la cena.

—Eso está claro —suspiró Valeria—. Y ahora mi pregunta, ¿por qué vives en esta casa tan horrorosa?

—¿En serio? —Se echó a reír a más no poder—. ¿Desperdicias tu pregunta

en esto?

—Sí, porque estoy segura de que me responderás a muchas más —sonrió.

—Va, venga. La casa no es de mi gusto. Se la compré a otro ruso y fue elección de mi exmujer. Le habría dado lo que ella hubiera querido. —Suspiró mientras dejaba los platos vacíos en la pila.

—¿Lo ves? Me has respondido más de lo que esperaba. ¿Así que eres divorciado?

—A mi edad sería raro que no lo fuera o que no estuviera casado. Vamos a la salita pequeña. —Le pasó un brazo por la cintura como si fueran una pareja normal y se la llevó de la cocina, sin salir de la primera planta. La estancia a la que fueron estaba decorada de manera elegante y no ostentosa.

—Eso de «pequeña» será en tu país, porque lo que es aquí... —Valeria miró aquel salón de considerable tamaño, lleno de libros—. Una vez estuve en Moscú, todo era grande, esperpéntico y lleno de escenas dignas de películas de acción.

—No soy de Moscú, soy de San Petersburgo. Y sí, los ricos son muy dados a ese tipo de escenas. Han pasado demasiado tiempo viendo películas americanas.

—¿Los ricos? ¿Tú eres pobre?

—Tengo dinero, tengo negocios que me cuesta mucho mantener. No es fácil.

—Nadie ha dicho que fuera sencillo y me has respondido a más preguntas de las que pretendías —sonrió.

—Cierto. —Le puso en la mano una taza de café—. Pero no me gustan los estereotipos que se nos aplican a algunos rusos.

—Me gusta esta biblioteca —cambió de tercio Valeria.

—Esta sala es mía. Y mi habitación. —La miró como el lobo hambriento que conoció aquella primera noche.

—¿Me estás invitando a verla? —Se acercó a él seductora.

—No —la cortó en seco.

—Perdona. —Valeria se separó inmediatamente de él.

—Es que no quiero que veas mi habitación —la cogió de la cintura de nuevo—, quiero que la disfrutes. —Le puso una mano en la nuca para acercarla a su boca y besarla con necesidad—. Me encanta follar contigo y no sabes lo que me costó no hacerlo en la sala de reuniones de mi oficina.

Valeria disfrutó de su contacto y le cogió el pelo con las dos manos:

—Sasha, esto que hacemos... Soy tu empleada.

—Oficialmente no.

—¿Qué edad decías que tenías?

—Sube a mi habitación y te enseñaré lo que necesitas...

Tres semanas más tarde, y casi sin poder acostumbrarse al ritmo vertiginoso en el que se había visto envuelta, le llegó a la oficina su primer dossier para celebrar la primera gran fiesta en San Petersburgo. Ya se había puesto manos a la obra con las otras tres empresas, dos de ellas dedicadas a la construcción y la otra a eventos médicos. Casi funcionaban solas, lo que la preocupaba era cómo cambiar la línea de la más delicada.

Al principio ella sugirió otras localizaciones para la fiesta, teniendo en cuenta los contactos que tenía y la facilidad para poder entrar en según qué países. Pero en este caso, Aleksandr no dio su brazo a torcer. Para Valeria, más papeleo y ajetreo.

Desde aquella última noche no había vuelto a ver a Sasha, ni a hablar por teléfono con él. Después de tener sexo, ella se había vestido y, sin más preguntas, se marchó a su casa. Ni siquiera el día que fue a firmar el contrato, él estuvo allí; le dijeron que estaba de viaje de negocios. Así que, metida de lleno en su nuevo proyecto, sólo se comunicaban mediante *mails*, en su gran mayoría escritos por la secretaria de él, en los que le pedía siempre información diaria sobre los avances de la organización y las reservas que se iban realizando. Si una cosa caracterizaba a aquel hombre era el control.

Valeria miró la pantalla, desganada.

Por mucho que lo intentara, las hojas de cálculo se le hacían un mundo, así que echó la silla un poco hacia atrás y cerró los ojos. Sabía que le quedaba aún un par de meses para cerrarlo todo, pero esta vez le habían pedido cosas de lo más extravagantes; sólo encontrar la villa para albergar toda la infraestructura necesaria había sido un verdadero quebradero de cabeza. Sí, el

dinero todo lo puede, está claro, pero no entendía las razones por las que un tipo como Aleksandr tenía una empresa de este tipo. ¿Excentricidad? Posiblemente sí. Estaba podrido de dinero, no necesitaba meterse en esas cosas.

Sonó el teléfono móvil, que tenía encima de la mesa del despacho, y sin mirar quién era, contestó directamente:

—¿Sí?

—¿Valeria?

—Sí, soy yo. —No reconoció la voz a la primera.

—Joder, ya sé que ya no trabajamos juntas, pero pensaba que me tenías un poquito de cariño —se quejó al otro lado del hilo su excompañera Ruth.

—¡Ruth! —suspiró—. Estoy en Babia.

—Seguro que estás delante de un Excel. —Dio en el clavo.

—En cuanto pueda, te secuestro y te vienes a trabajar conmigo.

—Sí, claro —Ruth se echó a reír—, y que luego sea yo la que los haga.

—Te pagaré, te juro que te pagaré muy bien. —Valeria se quitó los zapatos de tacón, que la estaban matando.

—No lo dudo, pero antes tendrás que decirme a qué te dedicas...

—No insistas, sabes que aún no puedo. —Subió los pies a la mesa y se echó hacia atrás.

—Bueno, ya me lo dirás. —Ruth cambió de voz de manera teatral—: Sé cómo hacerlo.

—Qué idiota eres.

—Oye, que hemos quedado donde siempre a eso de las ocho —tarareó una cancioncita de fiesta—: ¡Es viernes!

—Contad conmigo si no me corto los pies. ¡Malditos zapatos!

—Venga, te veo...

Aunque ya no trabajaba con ellos, algunos de sus excompañeros se habían convertido en amigos y formaban un grupo de lo más variopinto. Y sí, le apetecía salir, después de pasar una semana bastante liada, haciendo y

deshaciendo presupuestos, reservando habitaciones, salas, *catering*... Eso sí, sin el visto bueno final de Sasha, que podría desmontarlo en un segundo.

Olvidándose de todo, consiguió ponerse manos a la obra con el Excel para cerrar todos los presupuestos y finalmente, a última hora de la tarde, le envió toda la programación a Aleksandr y apagó definitivamente el ordenador hasta el lunes siguiente.

No tenía tiempo de cambiarse, pero se arregló un poco en la misma oficina para marcharse a comenzar el fin de semana.

Llegó la última y todos estaban ya con varias cervezas de ventaja.

—¡Toma! —Uno de sus amigos le puso directamente una copa de vino en la mano.

—Gracias, pero ¿quién me da un trago de cerveza? —Inmediatamente añadió lastimeramente—: Es que tengo sed.

—Anda, ten. —Ruth le dio la suya y se quedó su copa de vino.

—Gracias. —Se lo agradeció dándole un beso en los labios.

—Oye, oye, oye... No empecéis con vuestras cosas, que es muy pronto. —Lucas, el novio de Ruth, comenzó a reírse.

—Vamos, ni que hubieras visto algo que no ves siempre. —Ruth le dio otro beso en los labios.

Si bien alguna vez habían acabado los tres juntos en la cama, sus límites los tenían perfectamente definidos. Sólo sexo y muy de vez en cuando. En cuanto a los besos, entre ellas era normal saludarse así.

—Pero qué egoísta eres —le soltó Valeria y, tras haber calmado un poco la sed, saludó a los cinco que se habían reunido allí.

—Oye, ya que estamos todos, ¿nos vamos a cenar? —propuso Amelia, otra de las chicas.

—Sí, venga, tengo ya el sitio reservado. Os va a encantar —finalizó, pagando la ronda, Mario.

—Tío, espero que no sea como la última vez —se quejó Lucas—. Mucho postureo y al llegar a casa tuve que cenar.

—Sí, marisco —soltó su novia—. Se puso tibio de chirla.

Se echaron a reír por la ocurrencia sexual de Ruth.

El teléfono de Valeria comenzó a sonar, lo miró y vio en la pantalla el nombre de Sasha. La llamaba desde su móvil personal. Sin contestar, lo volvió a guardar en el bolso; estaba de fin de semana.

Esta vez el local era bastante más del gusto de todos que el de la semana anterior, y estaban disfrutando de lo lindo de una buena comida y unas bebidas deliciosas.

—Va, venga —la pinchó Ruth—, cuéntenos algo de tu nuevo trabajo.

—Sí, porfa... —se añadió Amelia—. Desde que está al cargo Ruth, lo nuestro es puro aburrimiento.

—Se quejará la diva —soltó la aludida, recibiendo una mueca por contestación.

—Es verdad —era Mario el que se apuntaba ahora—, sólo nos dijiste que ibas a hacer el mismo trabajo pero en otra empresa que te pagaba más. ¿Cuál es? ¿Quiénes son los que te robaron de nuestro lado? ¿Qué tienen ellos que no tengamos nosotros?

—Pues un buen sueldo —soltó Valeria.

—Eso ya lo sabemos —se quejó Ruth.

—Llévame contigo; ésta es una nazi. —Amelia señaló a Ruth.

—Te voy a despedir —soltó Ruth.

—¿Lo ves?

—Dejad que hable un hombre —dijo Mario para poner paz, mientras Lucas se partía de risa sin decir nada.

Justo antes de que Ruth contestara, un camarero se acercó de nuevo a su mesa para dejar en ella unas copas limpias y retirar los vasos vacíos. Tiempo suficiente para que Valeria pensara despacio qué les iba a contar a sus amigos, que pensaban que había dejado un trabajo organizativo normal por otro del mismo estilo; no podían ni imaginar a lo que se estaba dedicando en estos momentos. Y tampoco podían saberlo por culpa del contrato de

confidencialidad que había firmado con la empresa. Menos mal que tenía tres más que sí eran explicables...

El camarero se marchó tras dejar otra botella de vino encima de la mesa redonda donde departían.

—¿Os suena el nombre de Aleksandr Vodianov? —empezó a explicar Valeria.

Todos los que estaban sentados a la mesa negaron con la cabeza.

—¿Os suena el nombre S. P. V Enterprises? —Intentó hacerlos pensar.

—A mí sí —dijo Lucas—. Creo que es un conglomerado de empresas varias. Tienen desde gaseoductos a oleoductos, pasando por franquicias y todo lo que te puedas imaginar. ¿No?

—Eso es. Pues allí trabajo yo, haciendo lo mismo que hacía en la farmacéutica.

—¿Tú sola? —preguntó Amelia.

—Es una división pequeña, depende de cómo funcione, tal vez pueda meter a alguien.

—No lo dudes, me llamo Ame...

—¡La hostia! —Ruth levantó el móvil, mostrándoles la pantalla a todos los allí reunidos—. ¿Éste es el dueño? ¿De todo?

Valeria miró la fotografía y, sin saber si era por culpa del alcohol o de lo que su mente recordó en ese instante, sintió calor, mucho calor. Hacía más de dos semanas que no veía a Sasha y, aunque su vida sexual había estado en *stand by* esas semanas, se acababa de dar cuenta de lo mucho que le gustaba follar con aquel hombre tan exigente.

—Sí, es él —respondió sin dudar.

—Está buenísimo. ¿Lo conoces en persona? —preguntó Amelia, sin apartar los ojos del móvil de Ruth.

—Me temo que por la cara que está poniendo, sí lo conoce —soltó Ruth.

—¿Te lo has *follao*? —Mario se lanzó a la yugular.

—Mira que eres burro, Mario. —Amelia le dio un golpe en el hombro—.

Lo mismo lo ha visto en alguna...

Valeria comenzó a negar con la cabeza, haciendo que su amiga abriera la boca y se quedara muda en ese instante.

—¡Tía! ¡Que es tu jefe! —soltó Ruth.

Valeria respiró un par de veces antes de volver a hablar, ya que todos estaban dándole consejos, haciéndole preguntas o aleccionándola.

—Un momento, un momento —intentó decir calmadamente—. Cuando me acosté con él, ni siquiera sabía quién era.

—Hala, eso sí que es fuerte...

—¿Cómo que no sabías quién era? —preguntó Lucas.

—Pues que la primera vez fuimos dos personas que coinciden en una fiesta y deciden tener sexo. ¿Os convence?

—A mí sí. —Mario levantó las dos manos y echó su cuerpo hacia atrás en la silla.

—¿Es que ha habido más veces? —Fue Ruth la que preguntó.

Valeria alargó la mano hacia la botella de vino y se rellenó la copa. Tenía que hilar muy fino, no quería que sus amigos se sintieran traicionados por no saberlo.

—A ver, tampoco es que os vaya contando mi vida sexual a cada momento. —Vio que todos los de la mesa asentían—. Pues eso, que la segunda vez fue en la fiesta que dimos en Ibiza.

—¡El *jodío* ruso porculero! —saltó Amelia—. Ya decía yo que me sonaba.

—¡Hostia! Es verdad —asintió Mario.

—Pues aquella noche también.... Y la tercera vez fue antes de firmar el contrato con su empresa.

—Pero... Deja que piense —soltó Lucas—. Te has ido a su empresa por...

—Para, para, para, que te veo venir.

Valeria les contó con casi todo lujo de detalles cómo aquel hombre, después de quedar encantado con las atenciones y la organización de la fiesta de la farmacéutica, estuvo averiguando quién había sido el encargado. Y al

tener una vacante parecida en una de sus divisiones empresariales, le ofreció un contrato casi imposible de ignorar. Así que...

—Así que técnicamente no me he acostado con mi jefe —finalizó ella, convencida de que probablemente nunca más volvería a suceder.

—En eso tiene razón. —Mario volvió a poner los codos sobre la mesa, hablando para todos los congregados—. No ha vuelto a estar con él desde que firmó el contrato, por lo tanto, no se ha tirado a su jefe.

—¡Joder! —sonrió Valeria—. Qué mal ha sonado eso, ¿no?

—Eres la típica guarrona que se folla al jefe para subir en el escalafón...

La mesa se convirtió en un maremoto de risas incontinentes. Valeria también reía, pero por dentro se preguntaba si en el fondo no había hecho exactamente eso.

Miró el teléfono móvil de nuevo, ya lo había hecho más de tres veces desde que salieron del restaurante y entraron en el nuevo local de moda que acababan de abrir. El local tenía música en directo, cócteles especiales preparados por varios barmans y un montón de gente guapa postureando, con ganas de viernes noche. Eran sólo las dos de la madrugada y Valeria estaba cansada.

Volvió a echar un vistazo al teléfono y vio que sólo eran las dos y cinco minutos y que la última llamada perdida que tenía era de Sasha y que no había vuelto a insistir. Ni un mensaje ni nada. ¿Acaso Valeria pensaba que querría hablar con ella por simple placer? Al no ver más llamadas perdidas, intuyó que lo que quería era saber algo de trabajo, quizá sobre los últimos datos que había enviado aquella misma mañana. Sí, seguro que sólo era eso, así que volvió a guardar el móvil en el bolso y continuó caminando hacia donde se encontraban sus amigos.

Unos bailaban a lo loco, y Ruth y Lucas se estaban dando el lote en una esquina algo apartada, preludio de que en breve desaparecerían sin decir nada para marcharse a su casa a terminar lo que habían comenzado. Sin muchas ganas de saltar a la pista y unirse a la locura de Mario y Amelia, se quedó algo apartada, sin saber si marcharse o esperar a que terminaran y tomarse la última copa con ellos.

En ese momento, apoyada en una columna viendo cómo sus amigos le hacían señas para que se acercara a bailar y ella negando con la cabeza e indicándoles que los esperaba para tomarse la última, vio que un chico se le acercaba.

—Disculpa, ¿podría invitarte a una copa? —Era tremendamente atractivo.

Valeria giró la cabeza para ver quién era. Lo repasó de arriba abajo sin ningún tipo de vergüenza. Su complexión era fuerte, tenía el pelo negro como el carbón y tal vez los ojos claros, la poca luz no la dejaba verlos bien.

Pensaba marcharse a casa después de tomarse la última copa, así que no le dijo que no.

—Claro. ¿Cómo te llamas? Yo soy Valeria.

Justo en ese momento en que ella estaba pendiente de aquel hombre, Francisco, su móvil volvió a vibrar, pero ella no lo notó. Estaba intentando despejarse y centrarse solamente en aquel moreno de ojos claros.

—¿Vamos a la barra? —sonrió él, dejando ver una fabulosa dentadura perfecta.

—Me fio de ti —respondió Valeria.

—Bueno, pero yo prefiero que veas que no suelo echar nada en las copas. —Le guiñó un ojo, a la vez que la agarraba levemente por la cintura para guiarla a la barra.

Una vez pedidas las copas, Francisco le susurró al oído si quería bailar un poco. Ella, aunque cansada, vio en aquel chico la posibilidad de olvidarse de la frustración sexual que arrastraba desde hacía dos semanas.

Para algunos eso no era nada, pero para ella era demasiado tiempo sin poder disfrutar de un buen rato y sentir cómo otro cuerpo la desmadejaba en la cama, mientras ella hacía lo propio.

Aceptó su sugerencia y se empezaron a mover al ritmo de una música lo bastante sugerente como para contonearse para él y provocarlo. Cosa que surtió efecto, porque su compañero de baile le posó la mano libre en la cadera para acercarla a su cuerpo, acompañándola en su vaivén. Dos bailes más y se fueron a un rincón cerca de una barra para hablar con más tranquilidad.

—¿Normalmente sales por esta zona? —preguntó él, acercándose a su oído.

—Sí. —Valeria le dio un sorbo a su bebida.

—No te he visto nunca.

—La verdad es que vengo poco a este tipo de locales, pero cuando lo hago suele ser por aquí.

—Pues me alegro mucho de haberte encontrado —sonrió él.

—Yo también me alegro mucho. —Valeria posó deliberadamente una mano en la ingle de su acompañante.

Al ver que él reaccionaba de la manera que esperaba, se acercó un poco más y directamente asaltó sus labios. Lo besó de manera provocativa y aguardó a que él diera el paso que esperaba para llevárselo a su terreno. No tuvo que esperar mucho, porque cuando Valeria se separó, él volvió a agarrarle la mano y se la puso de nuevo muy cerca de su sexo. Lo suficiente para que notase que las señales eran recibidas de manera clara.

—Mira lo que provocas en mí —le dijo.

—Lo sé —respondió ella, segura.

—No me importaría conocerte un poco más. —Esta vez fue él quien puso una mano en su rodilla y se la subió por el muslo.

Valeria no dejó que hablara mucho más. Le puso las manos en la nuca y le bajó la cara hacia sus labios. De nuevo lo besó, abriéndose completamente a él para que sintiera que, cuando estuvieran teniendo sexo, iban a disfrutar los dos de igual manera.

Francisco lo entendió a la primera, ya que se separó sólo un poco, lo suficiente para poder llevarla a un lugar algo más tranquilo. Quería saborearla antes de probarla por completo; necesitaba estar seguro de que aquella mujer tenía ganas de estar con él y no era simple postureo nocturno.

La cogió de la mano y fueron a un rincón, donde la apoyó contra la pared, presionándola ligeramente para que sintiera cómo su sexo estaba dispuesto.

Valeria ya sentía que su cuerpo comenzaba a responder a lo que estaba por venir y eso le gustaba mucho, la excitaba sobremanera saber que en breve estaría disfrutando del desenfreno del sexo.

—Si quieres escapar, dímelo ahora —la provocó Francisco mirándola a los ojos.

—Si lo hubiera deseado, ya no estarías ni tocándome.

Sin apartar sus ojos de los de aquel hombre, acarició su dura entrepierna. Francisco soltó un leve gemido que hizo que ella le bajara la cremallera del pantalón para meter la mano.

—Hummm, creo que con esto podremos hacer maravillas esta noche —le susurró al oído.

—Para, no quisiera que esto acabara antes de empezar.

—Bueno, si quieres tú puedes ver que hay aquí. —Le cogió la mano e hizo que la metiera debajo de su falda.

Avezado en esas lides, según el punto de vista de Valeria, él le apartó ligeramente el tanga y acarició despacio su sexo.

—Estás preparada para follar. —Excitado, le mordió el lóbulo de la oreja —. Si no estuviéramos en un lugar público, te follaría ahora mismo.

—Si llevas condones, podemos ir al baño.

—¿En el baño? —Se quedó un poco extrañado.

—¿Aguantarás hasta mi casa? Vivo lejos... Allí, si quieres, podemos echar otro, pero ahora.

—Mi casa está aquí al lado...

Ella asintió y lo besó en la boca con hambre, con necesidad, mientras él aún la acariciaba por debajo de la falda, recorriendo su sexo. Cerró los ojos instintivamente cuando notó que uno de sus dedos se posaba en su entrada.

—Francisco, si lo haces, voy a correrme —le dijo al oído.

—¿Quién ha dicho que no quiera que lo hagas? —Le introdujo el dedo y sintió cómo el cuerpo de Valeria se convulsionaba.

—Tu casa está aquí... —Sus labios rozaban la oreja de aquel hombre que en ese momento la masturbaba en público.

Valeria abrió los ojos de par en par al ver al otro lado de la pista a alguien que no dejaba de mirarla. Al verse descubierto, Sasha sonrió. Llevaba de la cintura a una espectacular mujer que no parecía haberse dado cuenta de lo que él miraba.

Valeria estuvo tentada de separarse de su compañero sexual y salir corriendo, pero Sasha, que había interpretado su intención, negó con la cabeza indicándole que no parara y que lo disfrutara. Volvió a sonreírle de lejos y otro gesto, un solo asentimiento, hizo que los jadeos de ella fueran más rápidos y alcanzara el orgasmo en manos de Francisco en un local público, en una zona apartada, pero con la mirada de Sasha puesta en ella.

¿Qué había sido aquello?, se preguntó desmadejada entre los brazos de Francisco.

—¿Nos vamos? —le preguntó él.

—Eh. Esto... Sí, bueno. —Estuvo a punto de decirle que se iba a casa.

Estaba acostumbrada a ese tipo de juegos, pero en otros sitios y con las reglas establecidas. Allí, en un local de moda, entre los brazos de un desconocido, hacer una locura en público no era lo más normal para ella, menos cuando la persona con la que trabajaba y con la que había tenido los encuentros sexuales más atrevidos la estaba mirando desde lejos y esperando a que se corriera, mientras él lo miraba todo llevando de la cintura a una mujer espectacular.

Sin saber qué pensar, Valeria se recompuso, se arregló un poco la falda y cogió de la mano a Francisco sin darle más vueltas al asunto. Sasha estaba allí con otra mujer. Y, de todas formas, ¿qué más le daba a ella con quién estuviera?

—Vamos.

Valeria se despidió de sus dos amigos, que aún bailaban, y, con Francisco, cruzó la pista en dirección a la salida. Cuando ya casi la habían alcanzado, sintió un roce en los dedos y vio que era él Aleksandr, que, acercándose a su oído, susurró:

—Estás preciosa cuando te corres. —Y siguió su camino.

Valeria se quedó en *shock*.

—¿Pasa algo? ¿Te han dicho algo? —Francisco se dio cuenta de que algo había sucedido.

—No, tranquilo —mintió—. Me pedían disculpas por un golpe.

—Vamos. —La besó de nuevo antes de llevársela a su casa.

* * *

No pasó toda la noche con Francisco.

Fue un encuentro realmente satisfactorio para ambos, pero aunque Valeria consiguió olvidar el episodio con Sasha, su mente le jugó alguna que otra mala pasada imaginando que era con él con quien estaba en la cama y no con aquel hombre al que acababa de conocer.

Después de follar por tercera vez, Francisco se quedó dormido a su lado y ella, dándole vueltas al encuentro, decidió que ya había tenido suficiente, de modo que recogió todas sus cosas y se marchó a casa. No entendía por qué tenía aquella extraña sensación con respecto a Aleksandr. Ella había pasado la noche con un tipo, él tenía entre sus brazos a una mujer impresionante, con la que seguramente también habría tenido sexo. ¿Por qué romperse la cabeza?

Miró su móvil al salir, ningún mensaje ni llamada. Eran las cinco de la mañana cuando el taxi que había pedido se presentó en el portal. Rezó para que Francisco no se despertara y bajara a buscarla. Había sido bonito, bueno, sexual y su cuerpo se lo recordaría al día siguiente, pero ya había pasado. No era, ni sería nada más que sexo, pese a que Francisco había insistido, al llegar a su casa, en darle su número de móvil. No dejaba de darle vueltas a lo que había sucedido con Sasha.

* * *

Aleksandr se despertó con la mujer de la noche anterior. La conocía desde hacía tiempo y sus encuentros no iban más allá de la cama. Tenían sexo duro, sin reproches y con muchos juguetes de por medio. Normalmente solía llamarla cuando estaba frustrado y el límite del dolor se encontraba entre esas

frustraciones. Le gustaba provocar y ser provocado. Dar y recibir sin que fuera un problema. Con aquella mujer lo conseguía.

Recién aterrizado en España, su pensamiento no había sido esa mujer, sino Valeria. Quería verla, necesitaba volver a estar con aquella preciosidad que hacía que su deseo se elevara a cotas máximas. Su desenvoltura en la cama, su mente clara y saber que ella iba a disfrutar tanto como él lo hacían desearla de manera especial, pero no le cogió el teléfono. Quería que fueran a cenar, tomar algo a un nuevo local y pasar toda la noche follando. Pero seguía sin cogerle el teléfono, ni siquiera cuando la vio en aquel local con un hombre que más tarde la masturbaría en un lugar más «discreto».

No podía quitarse de la cabeza la expresión de ella al verse descubierta y cómo siguió disfrutando de su momento mientras él la alentaba a hacerlo. Fue delicioso verla gozar en manos de otro hombre mientras se corría para él.

Un juego maquiavélico que le encantaba.

Sólo sexo, se repitió. Sólo sexo.

Se levantó de la cama, se vistió, y avisó por móvil a su coche y al guardaespaldas de que salía. Cerró la puerta de la habitación del hotel; por ese día ya había tenido suficiente.

Le mandaría un mensaje a Valeria, estaba seguro de que había estado follando toda la noche con aquel tipo, e imaginarla mientras se mecía con las arremetidas de su acompañante no hizo más que incrementar su deseo de ella. Necesitaba volver a verla.

Cogió el móvil y envió un mensaje:

¿Podemos vernos hoy?

Valeria estaba desvistiéndose en su habitación cuando le sonó el móvil. Se acercó a mirarlo y se sorprendió de que Aleksandr le enviara un mensaje a esas horas.

Acabo de llegar a casa, no sé a qué hora me despertaré.

Puedo pasarme por tu casa. Estarás cansado si aún

estas levantado.

Probablemente no tanto como tú si aún estás levantada

Mira, Sasha, estoy cansada. Te aviso.

Me lo imagino. Descansa pequeña *zapyast'ye*.

Valeria no respondió a ese mensaje. Pero no porque no quisiera, sino porque no sabía qué pensar. Llevaban dos semanas sin verse y algo más de tiempo sin tener ningún tipo de relación física. No entendía por qué usaba ese apelativo con ella y mucho menos por qué se preocupaba de su vida sexual.

Estaba empezando a temer lo peor y eso a ella no le gustaba.

No le convenía.

No eran más de las doce cuando Valeria se removió en la cama. No era de dormir muchas horas, pero al acostarse pensó que el «ejercicio» en casa de Francisco la haría dormir un poco más de lo normal. No fue así.

Con sólo seis horas de sueño se levantó y se fue directa a la ducha. Quitarse el maquillaje, desperezarse, alejar el olor a sexo... Un montón de cosas que la ayudarían a que sus ojos estuvieran un poco más abiertos.

Todo un sábado por delante para ella sola. Algo que por un lado le apetecía y que por otro le daba una tremenda pereza al pensar que iba quedarse en casa encerrada. Esas cosas que suelen pasar por la cabeza cuando uno no sabe qué hacer y el cansancio recorre el cuerpo.

Con un café en la mano, un trozo de tostada en un plato, de fondo la televisión con uno de esos programas donde se salvan animales, sentada en una silla de la cocina, encendió el teléfono móvil para ver si le apetecía algún plan.

¿Estás despierta?

Un mensaje de Aleksandr en la pantalla del móvil fue lo primero que le salió nada más encenderlo.

—Pero ¿es que este hombre no duerme? —dijo en voz alta a la nada.

Desbloqueó la pantalla y, dejando la taza encima de la mesa, se dispuso a responder inmediatamente:

Sí, estoy despierta. ¿Pasa algo?

¿Nos vemos?

Sasha, ¿pasa algo?

Ella insistió sin tener muy claro si quería o no volver a verle. Mucho menos después de lo que había hecho mientras la miraba. La sensación de estar a su merced no le había parecido de lo más satisfactoria.

Voy para tu casa.

Preguntarle cómo era que sabía su dirección era una gilipollez, teniendo en cuenta que en su contrato aparecía con pelos y señales. Pero se le estaba haciendo algo cuesta arriba que él diera por sentado que podía hacer o deshacer como le diera la gana.

—Valeria, sólo es sexo —se dijo suspirando—. Aunque sea con tu jefe.

* * *

Media hora más tarde unos golpes sacaron de su ensimismamiento a una Valeria que esperaba nerviosa a que Sasha apareciera por la puerta. No se había vestido de ninguna manera especial, no se había cambiado después de su mensaje, ropa informal era la que lo esperaba. Tuvo suerte de que no se hubiera puesto un chándal y las zapatillas de vacas que a veces llevaba. Hoy iba descalza.

No preguntó siquiera quién era, abrió:

—Pasa —dijo, apartándose de la puerta.

Sasha llevaba unos pantalones vaqueros que se ajustaban a su culo a la perfección y una cazadora de cuero marrón que resaltaba sus hombros de manera espectacular. En la mano sostenía un casco.

—Hola. —La besó en la mejilla—. ¿Dónde puedo dejarlo? —preguntó él, señalando el casco.

—Hola —señaló la mesa del salón—, ahí mismo.

Caminó de manera pausada por el pequeño pasillo, mientras Valeria lo miraba quitarse la chaqueta, después de dejar el casco encima del lugar que le

había indicado. La camiseta que llevaba debajo le marcaba los músculos de la espalda de manera bastante deliciosa.

—Tienes una casa muy acogedora —soltó de repente, acercándose de nuevo a Valeria.

—¿Dime qué quieres, Sasha? —Se puso tensa.

—Tranquila, pequeña *zapyast'ye*, quería saber si estabas bien. —Le colocó de manera bastante sensual un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Pues todo lo bien que puedo estar después de una noche de sexo —soltó sin pensar.

—Lo imaginaba. —Sonrió de lado—. Y eso me gusta.

Se acercó más a ella, agarrándola de la cintura.

—Sasha...

—Me pone mucho verte con otro hombre.

—¿Has venido a...?

—He venido a borrar todo lo que anoche te hicieron.

—¿Quién ha dicho que quiero que lo hagas? —le espetó, con los brazos a los costados, aún sin tomar partida en ese juego.

—Tu cuerpo me lo está diciendo. —Bajó la mirada a la camiseta de Valeria—. No llevas sujetador y tus pezones están duros.

—Voy descalza y hace frío —soltó.

Sasha apartó una de las manos que apoyaba en su cintura y la subió por dentro de la camiseta, acariciándole el costado hasta llegar a su pecho desnudo y erecto. Las yemas de sus dedos le acariciaron el pezón lo bastante fuerte como para que ella hiciera una ligera mueca de deseo.

—Déjame quitarte la camiseta. —No era un requerimiento, sino una orden que sabía que Valeria acataría.

—Sasha, no sé si deberíamos... Ya no... Tú y yo... —Intentaba verbalizar lo que su mente quería decir, pero su deseo se lo impedía.

Aquel hombre anulaba su sentido común cada vez que la tocaba. Más de dos semanas sin follar y, aun a pesar de haberlo hecho la noche anterior con

otro hombre, su cuerpo respondía ante la urgencia del ruso.

—Pequeña *zapyast'ye*, llámame egoísta, pero quiero volver a ver tu rostro mientras te corres, exactamente igual que cuando anoche me mirabas al hacerlo.

Y apretando su boca contra la de ella, no dejó que volviera a contestar. Sí, Aleksandr tenía algo de dominante, ver cómo aquel hombre hacía gozar a su pequeña *zapyast'ye* lo había vuelto loco de excitación. Sabía que debía dejarla ir, pero de no ser por el lugar, se la habría llevado a otro lado y junto con aquel tipo la hubieran hecho disfrutar entre los dos. Valeria habría sido la reina y sus deseos se habrían convertido en realidad.

Ahora la tenía ahí, su lengua recorría los recovecos de su boca que aún sabía a café y dentífrico. Valeria deseaba lo mismo que él, sus labios se apretaban con fuerza contra los suyos, y sus manos, finalmente entrando en escena, sujetaban el pelo algo más largo de Sasha.

—Quítate la camiseta —le ordenó ella, mientras le desabrochaba los botones de los vaqueros.

Él se despojó de la camiseta sin querer alejarse de Valeria demasiado y mandó las zapatillas bien lejos. Sintió cómo los pantalones se deslizaban por sus piernas hasta los tobillos, y también sin apartarse, esta vez sujeto de la cintura de ella, los apartó a patadas.

Luego miró de un lado a otro, oteando las posibilidades de aquella habitación en la que estaban. Encontró lo que buscaba en la mesa del salón colocada al fondo y cogió a Valeria por la cintura, aupándola. Sin dejar de besarse, la llevó hasta dejarla sentada en la dura tabla de madera. La echó hacia atrás, él de pie, con su cuerpo entre sus piernas. Se separó para mirarla, sus ojos recorrieron su cuerpo, estaba claro que sus pechos lo llamaban y se inclinó para devorarlos con urgencia, mientras sus diestras manos le desabrochaban los pantalones y se los bajaban hasta dejarla completamente desnuda frente a él.

Valeria lo miró recostada en la mesa. Parecía mucho más alto y grande

desde aquella posición. La impresionaba. La miraba intensamente. Ella respiraba rápido, casi sin darse cuenta estaba a punto de hiperventilar por culpa de la anticipación que su cuerpo estaba sintiendo. Estaba expuesta, desnuda y completamente a su merced. Lo tenía frente a ella, apostado entre sus piernas, cuando lo vio bajar y abrir sus pliegues más íntimos. Cerró los ojos a la espera de sus caricias y eso fue lo que llegó, la juguetona lengua de Sasha perdida en su sexo. Sólo podía intentar agarrarse a su cabello. Notaba cada envite, cada lametazo, cada caricia proporcionada tan intensamente.

¿Cómo podía ser que aquel hombre la hiciera vibrar? ¿Cómo podía desearle sólo con verle?

—No va a ser delicado, he venido a borrar las manos de aquel hombre en tu cuerpo —dijo, separando la boca de su sexo.

—Sasha, quiero...

Intentaba decirle que quería tocarlo, saborearlo, pero él no la escuchó. Se levantó, se puso un preservativo y, volviendo a abrirle las piernas, se clavó en ella con fuerza. De los labios de Valeria surgió un leve gemido de satisfacción.

Sasha la agarraba con firmeza, mientras su cuerpo martilleaba una y otra vez en el de ella. Él se deleitaba al ver cómo sus senos se movían con brío en cada embestida; era un vaivén hipnótico que hacía que, con la sangre que su pene recibía, se volviera cada vez más sensible. Estaba muy cerca de correrse. Sus pechos, sus ojos cerrados mientras se mordía el labio inferior o trataba de respirar a bocanadas, abriéndolos... Se agachó levemente; tenía que morder uno de sus pezones, tenía que saborearlo antes de correrse.

—¡Dios! —soltó Valeria casi como una necesidad.

Los dientes del ruso le habían mordido un pezón. Lo miró y él sonrió maquiavélicamente. Había conseguido lo que quería, que abriera los ojos y lo mirara.

—Mírame ahora. —Le puso una mano en el clítoris, masajeándoselo con rapidez—. Córrete mirándome como anoche. Mírame.

No hizo falta mucho más para que ella, al sentir cómo diestramente la tocaba, llegase al orgasmo. Allí estaba, corriéndose mientras lo miraba y él martilleaba con fuerza en su interior.

Sus ojos se clavaron en los de Sasha cuando él mismo se corrió con fuerza, dejándose caer encima de ella para besarle el hueco del cuello.

—Sasha... —quiso hablar.

—Chist.

Salió de su interior, se quitó el condón y la llevó a la habitación, donde volvió a dejarla tumbada, esta vez en la cama, para dedicarse a besarla antes de volver a tener sexo y atarla con el cinturón de una bata que acababa de ver....

* * *

—Me gusta la barba que te has dejado. —Valeria acarició su rostro.

—Lo he hecho más por comodidad que por otra cosa. —Se levantó de la cama.

Caminó por la habitación completamente desnudo, mientras Valeria se colocaba mejor en la cama para mirarlo desde allí. Se puso boca abajo, aplastando los pechos contra el colchón, mientras, además, se daba la vuelta para poner la cabeza a los pies de la cama y se apoyaba en los codos para contemplarlo.

Había estado con suficientes hombres como para no dejar que la simple belleza y el porte de aquel que hacía un momento la había llenado, la cegara. Pero en aquel animal que se paseaba por la habitación había algo que sabía que finalmente le iba a hacer daño de una u otra manera, antes de que ninguno de los dos se diera cuenta.

Sasha regresó del baño, adonde había ido, y se sentó al lado de Valeria para acariciarle el desnudo trasero con más delicadeza que deseo. Ella se dio la vuelta, exponiendo su cuerpo desnudo ante sus ojos.

—Realmente estás hecha para pecar. —Le acarició ahora un pecho.

—Creo que tú sabes sacar partido de cualquier juego, Sasha —contestó ella, agarrando aquella mano que le acariciaba un seno, para llevársela a su depilado sexo.

Gesto que Sasha no dejó escapar e introdujo dos dedos dentro de ella, haciendo así que un suspiro volara de su garganta.

—¿Quieres más? —preguntó, recibiendo un movimiento afirmativo de su cabeza—. Eres insaciable.

Pero esas palabras no le impidieron colocarse en una mejor posición, una que le dejara usar las dos manos en su sexo. Una se encargaría de su clítoris y la otra de su entrada.

Valeria estaba totalmente rodeada de un halo de sexualidad que hacía mucho que no sentía. Sólo lo logró una vez, y... prefería no pensar en ello. Ahora era Sasha quien la llenaba, quien la hacía disfrutar del sexo. Sólo del sexo.

Sintió que su cuerpo se tensaba, que todos sus sentidos volvían a convertirse en uno solo para dejarse ir.

—Eso es, mi pequeña *zapyast'ye*, esta vez es para mí y soy yo quien te mira.

No comprendió sus palabras inmediatamente, desmadejada en su cama, con las manos de Sasha en lo más íntimo de su cuerpo. Logró levantar los propios brazos y lo rodeó con ellos, agarrándolo en un desesperado intento de que aquella sensación que vivía en aquellos momentos no se le escapara nunca. Atrajo sus labios a los suyos, y lo besó como hacía tiempo no recordaba. Se sintió correspondida al notar las manos de su amante en la cintura y su cuerpo apoyado casi por completo en el de él.

—Sasha. —Lo miró a los ojos.

—Mi pequeña *zapyast'ye*, eres tan diferente...

—¿Quién fue ella? ¿Tu exmujer? —Valeria lo miró, acariciando su cabello.

—No. Ella desapareció el día que te encontré...

No le dijo nada más, pero sus palabras denotaban cierto rencor que intentó esconder en el beso que después le dio. Uno más lánguido y suave de lo que Valeria hubiera esperado.

—¿Algún día me hablarás de ella? —preguntó, al ver que Sasha se incorporaba de nuevo para salir de la cama.

—Es sólo sexo, Valeria. —Se volvió para sonreírle de camino al salón para recoger su ropa.

«Sólo sexo», se grabó ella a fuego en la cabeza.

«Sólo sexo», se repitió.

«Sólo sexo, es tu jefe.»

Valeria salió de la ducha pensando que Sasha se habría marchado. Si lo suyo iba a ir de aquella manera, mucho mejor que todo estuviera claro desde el primer momento. Pero se equivocaba, allí estaba él, con el pelo mojado, pues se había duchado antes, sentado con su móvil y, por los movimientos y mohínes que hacía, trabajando.

—¿Aún estás así? —le preguntó él sin levantar la mirada del móvil—. Vamos, date prisa o llegaremos tarde.

—¿Tarde adónde? —contestó ella, envuelta con la toalla y con el pelo suelto.

—A comer, ¿adónde sino? —Levantó la mirada un segundo y sonrió—. Venga, tengo hambre.

Los ojos de Valeria se abrieron de par en par. Se estaba perdiendo algo y no sabía qué era. Sexo, se repitió. Sólo sexo y... ¿Citas? ¿Comidas de negocio? ¿Comidas y punto? Se devanaba los sesos haciéndose mil y una preguntas sobre lo que estaba pasando, mientras se vestía con un cómodo vestido informal y unas botas. Muy parecido al estilo que él llevaba. Lo tomó como modelo que seguir, teniendo en cuenta que no sabía adónde irían a comer o lo que fuera que se suponía que harían. Una coleta bien estirada, algo de maquillaje y a los diez minutos estaba de nuevo en el salón, oyendo a un enfadado Sasha hablando en ruso, gesticulando de manera exagerada.

Levantó una mano, dándole a entender a Valeria que tendría que esperar un momento. Ella se quedó sentada en una de las sillas que rodeaban la mesa del salón, cruzó las piernas de manera despreocupada y esperó.

Sus gestos y su cejo fruncido eran inequívocos. Estaba enfadado, algo

estaba sucediendo y ella, como era de esperar, no se enteraba de nada.

Lo que había sucedido en San Petersburgo era intolerable. La imposibilidad de terminar con todo aquello lo estaba volviendo loco. Tenía la misma sensación que ya tuvo en el momento en que se hizo cargo de aquella empresa, que se estaba metiendo en un lío que a él ni le iba ni le venía. Sólo por la maldita mala cabeza que tuvo a la hora de enamorarse de aquella mujer que lo volvió tan loco como para comprar Exclusive Events.

Se llevó la mano a la cara. Sabía que lo que había pasado era sólo el principio, destrozar su casa era lo mínimo que podían hacer. Meterse en ese mundo tan sórdido y cerrar cualquier posibilidad de que las mafias accedieran a las fiestas exclusivas le iba a causar más de un dolor de cabeza. Más de dos. Estaba absolutamente convencido de que se trataba de eso. ¿Qué más podía ser?

Miró a Valeria y agradeció que no tuviera ni idea de ruso, aunque por otro lado tuvo miedo por un instante. ¿Y si le sucedía algo? Debería haberlo pensado antes de contratarla, pero fue la única manera que en aquel instante se le ocurrió para tenerla cerca. Ni él mismo entendía por qué quería tenerla cerca, bueno, por el sexo...

—¿Ha pasado algo? —Valeria se levantó cuando él colgó el teléfono.

Aleksandr se mesó la barba antes de contestarle:

—Han entrado a robar en mi casa de San Petersburgo.

—¿Había alguien en ella? —Le cogió la mano.

—No, la casa estaba vacía. Pero me preocupa la seguridad... Ya te dije que desde hacía poco llevaba escolta, tiene que ver con esto seguro.

—Me estás dando una información que no sé si quiero saber...

—Tranquila, nadie me sigue. Nadie sabe qué ocurre aquí, todo lo que pasa es allí, en Rusia. Y quiero que se quede así.

Estrechó la mano de Valeria, que dudó de las palabras tranquilizadoras de Sasha. ¿Y si ese hombre no fuera tan limpio como aparentaba? ¿Si tuviera lazos con la mafia rusa? ¿Si aquel negocio en el que ella trabajaba no fuera tan

limpio como parecía? ¿Y si era una tapadera de esclavas sexuales? Meneó la cabeza un par de veces y caminó junto a él hacia la salida.

Ya en la calle, uno de sus guardaespaldas salió del coche para abrirles la puerta del portal y acompañarlos al vehículo, uno de alta alta gama, así como para quedarse con el casco que Sasha le ofreció. Valeria se removió incómoda ante la posibilidad de ser vista por los vecinos entrando en un gran coche y con alguien que llevaba seguridad. Y no una seguridad cualquiera, sino de esas que son como armarios empotrados y con la cabeza rapada. De esos que cuando dicen algo parece que van a lanzarte un bocado a la yugular.

—¿Qué te preocupa? —Sasha le apretó la mano con suavidad.

—¿La verdad? —Él asintió—. Pues que todo esto es algo exagerado para mí y no sé si estoy dispuesta a aceptarlo. Me gustaba más el plan de sexo y punto.

—¿Realmente eso es lo que quieres? Porque si es así, así será, pequeña *zapyast'ye*.

—Sasha, me ha dejado inquieta lo que has dicho en mi casa y ahora, en el barrio, con este coche y la seguridad...

—Tranquila, lo aclararé todo. Te lo prometo.

Valeria miró hacia delante, observando cómo el conductor, acompañado del «gorila» que se sentaba en el asiento del copiloto, los llevaba a alguna parte de la ciudad en la que Sasha había decidido reservar para comer.

Aleksandr cogió de nuevo el móvil e, hizo un par de llamadas intentando localizar a Oleg, sólo él podría solucionar el asunto sin que la policía se metiera por medio y mucho menos hubiera problemas derivados. Sus facciones se suavizaron rápidamente cuando logró hablar con quien buscaba, su amigo de la infancia. Aquel loco rubio que más de una vez lo había defendido en las continuas peleas en las que él se metía en su ciudad natal. Aquel hombre había conseguido llegar a lo más alto de las instancias políticas de su país y tenía acceso a todo tipo de información privilegiada. Sólo en contadas ocasiones, Sasha le había pedido favores, pero la situación ya clamaba al cielo. No podía

dejar que sus negocios y posesiones en su país natal fueran objetivo de los mafiosos o que alguno de ellos, sólo por amedrentarlo, le hiciera daño. Él nunca había hecho daño a nadie en los negocios y menos en la vida... Eso tenía que terminar ya.

La llamada, que duró poco más de diez minutos, lo tranquilizó bastante. Las arrugas que se le marcaban en los ojos se le borraron y la tensión que acumulaba en su cuerpo se disipó, aunque fuera momentáneamente. Lo suficiente como para disfrutar de la compañía de aquella deliciosa mujer que había aparecido en su vida para llenar el hueco de sensualidad que hacía mucho que había perdido. Era una mujer sublime, con un cuerpo delicioso y una manera de disfrutar que le hacía pensar en ella a cada momento. Y se sorprendió con ese pensamiento, pues hasta hacía no mucho su mente aún vivía en el pasado, con aquella otra mujer, rubia y de duras facciones, que le había roto el corazón. En el despacho, en un avión, en la nocturna soledad de algún hotel..., se acordaba de Laura, pero ahora..., desde que conocía a Valeria, su primer pensamiento a la hora de pasar un buen rato era ella. Sólo ella. Y lo que por un lado lo aliviaba, no pensar ya en Laura, por otro le daba pánico. «Sólo sexo, Aleksandr», se decía.

Y así, vestidos de manera informal, llegaron a uno de los restaurantes más de moda de la capital. El interior estaba lleno de plantas cayendo como cascadas, con luces tenues compensando la poca entrada de sol y un ambiente más selvático que el de un local de restauración normal. Un vino y varias delicias sobre la mesa fueron las culpables de que, sin darse cuenta, Valeria sintiera que su hambre había estado agazapada y ahora la asaltaba de golpe.

—Veo que tienes apetito —sonrió Sasha.

—No me había dado cuenta, pero sí. Me has hecho hacer demasiado ejercicio y el cuerpo reclama su recompensa —soltó sin reparos.

—Me encantaría poder hacerlo de continuo —le confesó él.

—Es toda una declaración... —Se lamió despacio un dedo, después de llevarse un trozo de comida a la boca.

—... de intenciones —concluyó él, cogiéndole ese mismo dedo y lamiéndolo también—. Sigo sin entender cómo alguien como tú no tiene un hombre a su lado —añadió.

—Si lo tuviera no estaría aquí, contigo, ¿no crees?

—*Touché*. —Levantó las manos a modo de rendición.

—¿Quién fue ella?

Valeria era mucho más lista de lo que Aleksandr pensaba en un principio. Sabía perfectamente que no preguntaba por su exmujer, sino por la que lo tenía encerrado en una jaula de oro.

—Alguien a quien le di demasiado. —Ahora fue él quien cogió la copa.

—Nunca se da demasiado, Sasha —suspiró ella—. Se da lo que uno cree que debe.

—Pues entonces me equivoqué al enamorarme de quien pensé que acabaría amándome.

—¿Ése es el problema? ¿Pensaste que ella se enamoraría de ti con el tiempo?

—El problema es que nunca estuvo enamorada de mí...

—Era la mujer a la que te quedaste mirando el día que nos conocimos, ¿verdad? —preguntó Valeria. Él asintió, con la mirada perdida—. Sólo te puedo decir que se la veía muy hermosa, aunque la viera a través de una máscara.

—Bueno, ya basta. Enamorarse no es lo mío.

—Tampoco lo mío... —suspiró resignada.

—Perfecto pues, ¿no? —sonrió, levantando la copa para brindar.

—¿Anoche lo pasaste bien? —preguntó Valeria antes de chocar su copa contra la suya.

—No tanto como esta mañana. —La miró con ojos de pantera que va a devorar a su presa—. Ella fue mi segunda elección al no estar la primera disponible.

—¿Quién era la primera?

—Tú.

* * *

Aleksandr la dejó en casa, esta vez en moto y con la sutil vigilancia de sus guardaespaldas, después de pasar la tarde con él en la suya. La promesa de un café y quizá una copa se había convertido en una nueva maratón de sexo sin complejos, que comenzó en la cocina y acabó en la sala de juegos, encima de una mesa de billar.

Valeria sólo quería descansar, tumbarse en el sofá sin más ganas que encender la televisión y disfrutar de aquel extraño fin de semana en el que el sexo había sido el protagonista. Con un juego diferente al que ella estaba acostumbrada. El suyo era más claro, más sencillo, con las cartas encima de la mesa. Con Aleksandr no sabía si jugaba al ajedrez, al póquer o no jugaba, y todo era así de enrevesado en su vida. ¿Qué le habría hecho aquella mujer que lo mantenía tan lejano y a la vez tan cerca? Y seguía sin entender qué necesidad tenía de tener una empresa como la que a ella la empleaba. Nada tenía sentido en aquellos momentos.

El sonido del teléfono la despertó a la mañana siguiente, después de una noche movida, llena de sueños extraños y perturbadores que no hacían más que hostigarla en el mundo onírico: coches a gran velocidad persiguiéndose, carreras a ninguna parte, aguas turbulentas y oscuras, esposas, látigos...

—Valeria, ¿estabas durmiendo? —preguntó la voz de su madre a través del teléfono.

—Hola, mamá, sí. Perdona, es que he pasado una noche movidita —respondió ella.

—¿Estás mala? ¿Te pasa algo? —Una madre siempre es una madre.

—No, mamá, debí de cenar algo que me sentó mal —soltó, sin pensarlo mucho más.

—Bueno, cariño, ¿quieres que te deje y descansas un poco más?

—No —miró el reloj, eran más de las once—. ¿Qué tal? Cuéntame...

Hacía unos días que no hablaba con ella, su madre siempre le dejaba algún mensaje, pero cuando Valeria los escuchaba, ya en casa, estaba tan cansada que se olvidaba de devolverle las llamadas. Su madre le contó las cosas a las que se dedicaba ahora su padre, recién jubilado, las locuras de sus dos sobrinos pequeños, de dos y cuatro años, hijos de su hermana mayor, y cómo le iba a su hermano pequeño en la universidad, en Valladolid.

Ellos vivían en Girona, así como su hermana recién separada y antes de que colgaran, su padre le robó el teléfono a su madre para hacerle prometer que iría a visitarlos más a menudo. Que siempre eran ellos los que iban a verla.

Familia, se dijo al colgar, con una sonrisa en los labios. Pero prometiéndose que, efectivamente, iría a verlos más a menudo, y más ahora, que su hermana necesitaba su ayuda. Tal vez le diría que fuese a verla, para pasar un fin de semana de hermanas...

Antes de dejar de nuevo el móvil en la mesilla y desperezarse miró si tenía algún mensaje, y así era. Tenía uno de Ruth, enviado para confirmar su cita para tomar el aperitivo y lo que surgiera. Así que se puso en marcha rápidamente para llegar a la hora prevista con su amiga, tras darle una patada al edredón y salir disparada con destino a la ducha.

Ya en el cuarto de baño, se dio cuenta de que tenía algunos músculos más entumecidos de lo que ella pensaba, a pesar de que normalmente le gustaba mantenerse en forma, pero con el sexo siempre aparecían esas extrañas agujetas que no tenía ni idea de que pudieran salir en esos lugares. Y con esos pensamientos, abrió el agua para darse un buen remojón vigorizante con el agua casi fría. No, no le gustaba mucho, pero a veces era la única manera de desperezarse cuando lo único que le apetecía era quedarse en casa.

No había tardado mucho en vestirse, con unos simples vaqueros, zapatos, camiseta y una cazadora. El pelo recogido en un moño, después de habérselo secado un poco, y un ligero maquillaje de domingo de «resaca sexual». Con una sonrisa en los labios, mientras cerraba la puerta de casa y caminaba hacia

el metro, recordó muchas de las noches que había salido a algún club de intercambio y cómo habían sido las mañanas siguientes. Mañanas lacias, en las que, sola en el sofá, sonreía cansada después de una liberadora y divertida noche, tras la que el único reproche que podía haber era el cansancio del acompañante.

El trayecto fue más rápido de lo que esperaba, tuvo la suerte de que viniese el metro rápidamente y, cuatro paradas más tarde, ya estaba subiendo las escaleras para salir a la calle.

Metió las manos en el bolso para buscar las gafas de sol. La mañana se había levantado ligeramente nublada, pero ahora la luz solar se estaba abriendo paso rápidamente entre las nubes, haciendo que la temperatura subiera un poco. Apoyada en una valla esperaba ya su amiga y excompañera de trabajo.

Al verla, levantó la mano y se acercó a saludarla. Le dio un beso en los labios, como siempre hacían fuera del trabajo, cuando se encontraban:

—Hola, zombi. —Ruth se bajó las gafas de sol un poco y levantó las cejas a modo de burla—. Vaya careto traes, ¿no?

—¿No viene Lucas?

Ella negó sin darle más importancia, para después añadir:

—Que va, está de resacón. Se vino arriba en una fiesta —sonrió.

—¿Salisteis anoche?

—Sí, fuimos al club ese al que íbamos alguna vez los tres juntos.

—¿El que tiene el cuarto oscuro? —Su amiga asintió—. O sea, que vienes bien follada —rio Valeria.

—Y me temo que por la cara que tú tienes, también...

—Bueno, sí...

—Anda, vamos a sentarnos a alguna terracita y me cuentas, que desde el viernes no sé nada de ti y sé que te fuiste acompañada de aquel garito, que me lo contaron todo.

—Vaya dos viejas están hechos Amelia y Mario. —Valeria se echó a reír.

Asombrosamente, no tardaron, en encontrar un hueco en una de las terrazas de moda en pleno barrio de La Latina. Quizá el hecho de que el sol comenzara a salir en esos momentos hizo que los más tempraneros cogieran sitio antes.

—Venga, cuéntame. —Ruth levantó la mano para pedir un par de bebidas a los camareros.

—¿Qué quieres que te cuente? ¿Qué he pasado el viernes por la noche y todo el sábado follando?

—Pues la verdad es que sí, suena interesante —se rio Ruth—. ¿Cómo fue? Cuéntame los detalles más morbosos y yo te contaré los míos.

—La polla de Lucas ya me la conozco —soltó Valeria.

—Ya, vale. Pero yo la del tío con el que te fuiste no. Y debió de ser impresionante si estuviste con él todo el viernes por la noche y todo el sábado —intentó sonsacarla Ruth.

—No estuve con él todo el tiempo. —Valeria se hizo la interesante.

—Me tienes en ascuas, tigresa. —Se calló cuando el camarero les trajo las bebidas y un pequeño aperitivo. Después de beber un trago de la suya, Ruth continuó—: Chica, que parece que no quieras contar nada.

—Es que no sé cómo contarlo. Ni siquiera sé cómo digerirlo yo. —Esta vez hizo una pausa dramática.

—Ahora estás preocupándome, Valeria. —Ruth se acercó para cogerle la mano.

—No, tranquila...

Y entonces le contó lo que había sucedido, desde el momento en que aquel chico, Francisco, y ella tuvieron su escarceo en el local y cómo, mientras estaba teniendo un orgasmo, la mirada de Sasha no la dejó en ningún momento. Su caricia al irse ella del local con su acompañante, sin que nadie se diera cuenta del gesto más que ellos dos y cómo aquella misma madrugada recibió un mensaje suyo preguntándole si había follado bien o no. Además de explicarle que a la mañana siguiente se presentó en su casa después de estar sin verse ni hablarse dos semanas e hicieron el amor. Bueno, tuvieron una

sesión sexual matutina muy satisfactoria a la que siguió una «cita» y posterior sesión sexual en casa de Sasha, que terminó cuando ella se marchó a la suya.

Ruth la miraba con los ojos muy abiertos, o eso parecía tras sus gafas oscuras, mientras tragaba una aceituna tras otra escuchando el relato de su amiga. Para ella todo era una novedad, teniendo en cuenta que había descubierto la «no relación» que Valeria mantenía con aquel ruso la misma noche en que se fue con otro tío a la cama. Pero no era eso lo que le llamaba la atención, ya que ellas eran abiertas con los gustos sexuales de cada uno y sobre todo con quien cada uno deseara follar, lo que le llamaba la atención a Ruth era la forma en que ella hablaba de Aleksandr. La conocía lo suficiente como para notar que debajo de aquella capa dura había algo que se estaba resquebrajando. Y eso era lo que más la preocupaba.

—Y eso fue lo que pasó —finalizó Valeria.

—Pues a ver, no sé qué decirte. Bueno, sí, que olé tu coño moreno —hizo el amago de aplaudir—, pero ¿no te estarás metiendo en camisa de once varas? Valeria, te conozco y no sé, me huele que tu...

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, a la vez que alargaba la mano para coger el vaso que estaba en la mesa.

—Que pilles una noche, me parece genial, fantástico, maravilloso... Pero lo de ese tipo me preocupa. Me preocupa que te llame y que tú estés sin más. —Ruth se echó contra el respaldo de la silla mientras la miraba—. Acababas de pasar la noche con otro tipo, se supone que, y estoy suponiendo, ¿eh?, estás lo bastante satisfecha como para no irte con otro, a menos que...

—A menos que qué...

—No sé Valeria, a menos que pase algo... —Dejó esa última frase en el aire.

Y era una frase que Valeria no quería ni escuchar, la posibilidad de que estuviera enganchándose con alguien que había dejado muy clarito que lo que tenían sólo era sexo.

—Él había estado follando con otra... —soltó sin pensar.

—¿Lo ves? A ver, que eso no nos ha impedido nunca pasarlo bien. Pero juntos, o con las cosas claras. Pero ¿no te suena todo muy raro?

El móvil de Valeria comenzó a sonar insistente. Metió la mano en el bolso para sacarlo y, curiosamente, era Sasha quien estaba llamando.

—¿No crees que es raro? —repitió Ruth.

Valeria volvió a meter el móvil en el bolso sin descolgar, dándole la razón a su amiga.

—Sólo es sexo —se excusó.

—Si sólo es sexo, ¿por qué quiere pasar tanto tiempo contigo? ¿O por qué tú quieres estar todo el rato con él?

—Yo no he dicho que quiera estar todo el rato con él —se defendió.

—No lo has dicho, pero vamos, hijita, se te ve en la cara. —El teléfono volvió a sonar y Ruth negó con la cabeza—. Anda, cógelo a ver que quiere el «hijo de Putin».

Valeria le echó una mirada asesina antes de descolgar.

—Hola, Sasha. —Vio cómo su amiga le hacía burla y volvió la cara.

—Hola, Valeria, ¿cómo estás? —susurró él por teléfono, arrastrando su acento.

—Bien —mantuvo la compostura—, ¿necesitas algo?

—A ti.

A ella se le encogió el estómago.

—¿Perdona?

—Que te necesito a ti, pero imagino que tienes vida...

—Sasha... —Valeria no sabía que decir.

—Mañana nos marchamos de viaje. —El tono de él cambió por completo.

—¿Cómo? ¿Adónde? ¿Por qué me necesitas a mí?

—Vamos a San Petersburgo. Quiero que veas las instalaciones del primer evento que vamos a hacer fuera de España, y que lo controles todo desde allí.

—¿A qué hora saldremos?

—Te paso a buscar a las siete de la mañana. Estaremos una semana fuera.

—Lo oyó suspirar—. Lleva ropa de abrigo.

—De acuerdo. Hasta mañana.

—Hasta mañana pequeña *zapyast'ye*.

—Ten cuidado, Valeria, los hombres así no son buenos —le soltó Ruth nada más colgar.

—¿Los que he tenido antes eran mejores? —replicó ella.

—Por lo menos, veías de frente lo que hacían —le advirtió Ruth.

—¿Y qué va a hacer éste?

—De momento, contigo lo que quiera y después... —Volvió a llamar al camarero para pedir otra ronda, cuando vio que llegaba Amelia—. No te enamores. Por lo menos no de él.

—Tú lo que quieres es que no deje de ser vuestro juguete sexual. —Quitó hierro al asunto haciendo alusión a sus eventuales juegos sexuales entre la pareja y ella.

—¡Hola, Amelia!

Las dos la saludaron cuando se sentó a la mesa y aparcaron el tema para otro momento, si es que volvía a surgir.

Ya era lunes por la mañana y, mientras se estaba maquillando en el baño, recordó las palabras de Ruth.

Siempre quería lo mejor para ella, pero Valeria ni siquiera tenía claro cuál era el tipo de relación que mantenía con Aleksandr como para que pudiera ser definida por una tercera persona. Desde fuera estaba tremendamente claro, se estaba follando a su jefe y punto. Desde dentro no tenía definición. Lo que comenzó como un simple polvo ahora estaba cambiando a algo sin nombre, que, por definición, sólo era sexo. Pero sexo con «citas», sexo con «algunos derechos», sexo con «¿sentimiento?».

Ruth, la compañera de trabajo que se convirtió en algo más, era la idónea para ponerle nombre a lo que tenía. Siempre conseguía definir perfectamente una situación aun a pesar de la poca información que pudiera tener. Valeria sonrió al recordar la vez que se encontraron en aquel club liberal, sin saber que ni unos ni otra iban a estar allí. En vez de convertirse en una situación incómoda, finalizó con un trío entre Ruth, Lucas y ella sin complicaciones. Desde aquel día habían coincidido alguna que otra vez allí y lo cierto era que entre ellos se había creado una complicidad bastante buena. Tanta que hasta habían repetido en alguna ocasión en casa de ellos dos. Pero todo de manera sana y natural...

Sonó su móvil justo cuando terminó de pintarse los labios. Fue hacia el salón, donde se encontraba el teléfono, para cogerlo.

Era Sasha.

—¿Lista?

—Sí. Cojo la maleta, cierro la puerta y bajo. —Colgó nada más finalizar.

No se dio mucha prisa en recoger lo que quedaba desordenado por el piso, arreglarse el pelo y colgarse el abrigo del brazo. Hacía fresco, pero no el suficiente como para ponerse un plumón encima de un traje chaqueta.

Al llegar al portal, en la puerta del vehículo ya había un tipo esperando a que Valeria se acercara para librarla de la maleta, el abrigo y abrirle la puerta del coche. Dentro, a través de los cristales tintados, vio la figura de Aleksandr con la cabeza inclinada, parecía que estuviese leyendo algo.

Cuando ella entró, inmediatamente dejó de leer lo que fuera y giró la cabeza, sonriendo.

—Buenos días, Valeria. —Ladeó la cabeza.

—Buenos días, Aleksandr.

—Espero que hayas descansado. —Volvió a sonreír.

—Sí, gracias.

Y en cuanto Valeria se sentó en el vehículo, Aleksandr volvió a fijar la vista en la documentación que tenía delante. En realidad, era una pila de papeles que parecían más una Biblia que cualquier otra cosa. ¿Sería ortodoxo? Se lo preguntó por pura curiosidad antes de volver la cara hacia la ventana y dejar que su pensamiento se perdiera en el paisaje que iba pasando mientras se dirigían hacia el aeropuerto.

No cruzaron ni una palabra más en la hora que duró el trayecto. En algunos momentos Aleksandr mantenía algunas conversaciones tanto en inglés como en ruso. Pero en ninguna de ellas le hacía ninguna consulta o pregunta a Valeria. ¿Para qué la necesitaría en ese viaje?, se volvió a preguntar. Sabía perfectamente que era un hombre de recursos y que probablemente el trabajo que estaba realizando ella podría hacerlo cualquiera. Pero... ¿y si realmente todo aquello se convertía en algo importante? ¿Y sí él sólo quería a los mejores a su lado?

Valeria fue meditando esas y otras muchas cuestiones durante todo el camino que los llevó hasta la sala VIP del aeropuerto. Una vez allí, después de

que presentaran los billetes a la entrada, Sasha colgó el teléfono y se dirigió a ella.

—Siento mucho no haberte atendido hasta ahora. —Su móvil volvió a sonar.

Ella lo miró con una sonrisa condescendiente, alentándolo a que lo cogiera. Él volvió a excusarse antes de volver a comenzar otra conversación, esta vez bastante intensa.

Dando por «perdido» a su acompañante, se dirigió a la zona de cafés, donde se preparó uno bien cargado y cogió algún bocadillo para desayunar, mientras seguía sumida en sus pensamientos. Y ahora era ella la que repasaba mentalmente datos, números, localizaciones, hoteles y posibles ubicaciones alternativas, además de *catering* y restaurantes. La organización no sólo consistía en la fiesta, en realidad era más como un viaje VIP organizado hasta el más mínimo detalle: regalos en las habitaciones, *amenities* de lujo... Así que ella sacó su ordenador portátil y empezó a trabajar.

* * *

Sasha sabía que llevar a Valeria a San Petersburgo era sólo un capricho. No la necesitaba para nada, mucho menos teniendo en cuenta que el nuevo evento de su empresa iba a celebrarse en locales, hoteles y con el *catering* de gente a la que él conocía personalmente y con los que mantenía buenas relaciones en la ciudad.

Más de una vez había intentado acostarse con otra mujer para quitarse a aquella morena de la cabeza, lo obsesionaba de manera casi enfermiza. Soñaba con ella, deseaba poseerla a cada minuto. Recordó lo que sintió al verla con aquel hombre la noche en que él esperaba pasar un buen rato con ella. De una rabia absoluta, sus sentimientos cambiaron a una excesiva excitación que revolucionó su cuerpo. Primero se sintió decepcionado al no conseguir hablar con ella, así que, con la frustración normal de no conseguir lo

que se desea, se puso en contacto con una mujer con la que sabía que congeniaba en la cama y que aliviaría su deseo, pero lo que nunca pensó fue que ver a Valeria con otro hombre lo haría sentir tan animal. Al ver cómo un hombre al que él no conocía tocaba a la mujer con la que deseaba yacer, reaccionó de manera primitiva. Sólo cambió cuando sus ojos conectaron y pudo descubrir que algo dentro de ella lo llamaba, aun cuando se corrió en los brazos de aquel tipo, su mirada era para él.

Valeria, ¿qué tendría esa mujer para tenerlo tan obsesionado con su cuerpo y su deseo? Lo que estaba claro era que necesitaba estar con ella, era algo parecido a una necesidad animal más que otra cosa. No, no necesitaba volver a enamorarse. No estaba enamorado.

* * *

Sentados ya en el avión, una vez en el aire, fue el único momento en que los dos pudieron mantener una conversación:

—Pensaba que iríamos en un avión privado —soltó Valeria, bebiendo un sorbo de su bebida.

—Un avión privado es demasiado caro —respondió él.

—¿Lo dices con conocimiento de causa?

—Eso es. Hace un par de años vendí el que tenía.

Valeria sonrió de medio lado como si hubiera ganado una apuesta.

—Demasiados gastos.

—Tienes pinta de ser un rico excéntrico.

—No creo que sea diferente de los que has conocido en tu anterior trabajo.

—Sasha se sentía un poco incómodo hablando de ese tema.

—En mi anterior trabajo no solía acostarme con ellos. —Dio un sorbo a su café.

—Yo tampoco suelo contratar a mis amantes. —Torció el gesto al ver el cariz que estaba tomando la conversación.

—¿Soy tu amante? —Valeria se arrepintió nada más hacer la pregunta e intentó remediarlo sin dejarle responder—. Déjalo, es demasiado pronto y sólo llevo un café. El primero de la mañana —se encogió de hombros—. Por lo menos vamos en *business* y podré pedir unos pocos más.

—Sí, Valeria, podrás pedir lo que quieras. —Miró hacia delante.

Ahora se preguntaba seriamente si había sido una buena idea traerla sin ninguna necesidad, sólo por su capricho.

* * *

Después de aquella tensa conversación, el vuelo se convirtió en unas no menos tensas conversaciones laborales. Aprovechando el tiempo, Valeria sacó su ordenador de nuevo para enseñarle varias propuestas para el evento, para el que quedaba menos de un mes. Sólo faltaba escoger un local de los dos que tenían, decidir la decoración, que Sasha diera el visto bueno a la cena y que se formalizaran los contratos de los empleados. El hotel estaba decidido desde hacía tiempo y listos los coches que trasladarían a los invitados al local, las *amenities*, bebidas y regalos de las habitaciones.

Al bajar del avión todo estaba solucionado, de manera que únicamente quedaba ir al local elegido y cerrar un par de visitas más.

Confiado plenamente en su gente, Sasha dejó a Valeria a cargo de uno de sus escoltas, que ya estaba preparado con un coche para llevarla al hotel para que organizara las visitas. Mientras, él se marcharía a hacer algunas averiguaciones y a ocuparse de algunos asuntos pendientes.

—¿Te vas? —Valeria se sorprendió.

—Sí, tengo que ir a firmar un par de cosas. —Señaló a uno de los guardaespaldas—. Pero no te preocupes, Georg te acompañará al hotel para que puedas organizar las visitas que sean necesarias. Lo tendrás todo a tu disposición y estarás bien acompañada en todo momento.

—Ah. —No dijo mucho más y vio marcharse a Sasha.

Un pequeño pinchazo en la boca del estómago la hizo pensar que era tonta. No sabía por qué extraño designio había pensado que tal vez dormiría en la casa que Aleksandr tenía en San Petersburgo. Podía ser que el hecho del allanamiento lo hubiera echado para atrás y sólo se fuese a alojar él allí.

Le estaba dando demasiadas vueltas a algo que no tenía más. Dos personas que en la cama se compenetraban bien, punto. «Valeria, deja de pensar que un tipo como él podría ver algo en ti más allá de lo que dejaste claro», se dijo, caminando hasta donde estaba Georg para meterse en el coche que la llevaría al hotel.

Nunca había estado en San Petersburgo y lo cierto era que, a pesar de estar la mayoría de las calles repletas de nieve y que hacía un frío glacial, la belleza que se veía al llegar al centro era impresionante. El coche en el que iba Valeria tardó cerca de una hora en llegar allí y en cada una de las avenidas se respiraba un aire imperial. Grandes palacios, avenidas que contrastaban con los trolebuses que pasaban casi rozando su vehículo. Al entrar en la ciudad, la nieve blanca de las afueras se había convertido en un manto grisáceo que parecía querer ensuciar el histórico pasado de una ciudad que, como un museo al aire libre, mantenía la cabeza bien alta.

—Ya hemos llegado —le dijo Georg con su fuerte acento—. Suba a la habitación tranquilamente, yo me encargo de todo lo demás.

—Muchas gracias, Georg.

Cogió el bolso y el portátil antes de abrir la puerta, para estar el menor tiempo posible en la calle. Hacía demasiado frío, mucho hasta para un pingüino acostumbrado a él. Sabía que exageraba un poco, pero es que el frío nunca le había gustado y menos cuando era de esos que lo que hacían era llamar a tu instinto básico para no salir de casa.

Corrió, o eso pensó ella, hasta la puerta del hotel. Más bien del hotelazo, pues estaba frente a un edificio apabullante, como casi toda la ciudad antigua. No tardó mucho en registrarse en la recepción y subir a su cuarto. Nada más

entrar, se descalzó, buscando por todas partes algunas zapatillas de hotel para poder ponerse cómoda antes de empezar a trabajar.

No solían gustarle los hoteles de ese tipo, por muchas estrellas que tuvieran. La decoración de aquél era demasiado clásica para ella. Normalmente, en todos sus eventos los elegidos solían ser hoteles diseñados de manera más actual, modernos, en algunos casos casi como si fueran naves espaciales. Pero debía aceptar que aquél tenía algo que le daba un punto acogedor. La habitación era grande, de un solo ambiente, pero con un escritorio lo bastante amplio como para poder trabajar.

Encontró las zapatillas que buscaba en el inmenso cuarto de baño, con una bañera con patas en el centro. Casi era más grande que la habitación y pensó sonriendo en el baño que se daría esa noche después de trabajar.

Miró el reloj, casi eran las seis de la tarde. Había salido de su casa a las siete de la mañana y, aun habiendo desayunado y comido en la zona VIP y en el avión, por mucha clase *business* que fuera, seguía siendo comida de compañía aérea. Así que se sentó delante del escritorio con una fruta que cogió de la bandeja de bienvenida y comenzó a trabajar cerrando citas y decidiendo todos los detalles.

Al día siguiente tendría mucho trabajo por delante.

Se despertó con el sonido de su móvil y, al ir a cogerlo, vio que se había dormido con el portátil apoyado en las piernas, y ahora le dolían. Era un mensaje de Aleksandr:

Lo siento, no puedo ir a cenar. Nos vemos mañana.

Valeria bostezó cansada, se quitó la ropa sin levantarse de la cama y la dejó caer por un lado de la misma. Desnuda, sin ganas de levantarse a coger un pijama, aunque le habían subido el equipaje hacía rato, apartó el edredón para meterse debajo. Apagó el ordenador, lo dejó en la mesilla que tenía a su derecha y se acurrucó bajo el calentito edredón...

—Mañana será otro día —se dijo en voz alta.

* * *

Cuando el despertador sonó, Aleksandr llevaba más de una hora despierto. Se había duchado, arreglado la barba y peinado. El traje que llevaba estaba perfectamente planchado, y su camisa, a juego con los calcetines. Cuando vestía para trabajar todo tenía que ser perfecto, como los negocios. Perfectos. Pero ahora las cosas no estaban saliendo de la manera que le gustaba, lo de su casa lo estaba poniendo nervioso. Y la advertencia que habían dejado en uno de sus vehículos, pinchando las ruedas, menos aún. Oleg no había conseguido averiguar mucho, tenía alguna idea, pero de momento nada que se pudiera seguir. De lo que sí estaba convencido era de que se trataba de una venganza personal y que iban a ir a por él sin dudar.

Había dormido mal, había pensado varias veces en ir a la habitación de Valeria, pero ella no merecía ser la receptora de sus frustraciones. Sí, estaba claro que una buena sesión de sexo le hubiera servido para olvidarse de sus problemas, pero después la habría dejado sola. Ella se merecía algo mejor que eso, así que llamó a una de sus múltiples conocidas en la ciudad y se marchó con ella. ¿Había hecho bien? Le daba igual, Valeria no merecía ser un objeto de usar y tirar.

Respiró profundamente, se llevó una mano a la cara y se la masajeó. ¿Qué le estaba pasando?

Se puso frente al espejo para anudarse la corbata, no tardó más de un minuto en dejarla perfectamente alineada con el cuello de la camisa. Volvió a repasar sus gemelos, estaban en su lugar. Caminó despacio hacia la puerta. Iría a la habitación de Valeria, le daba igual que estuviera durmiendo, pero necesitaba verla antes de irse a trabajar...

—Ya voy. —Valeria estaba a punto de darse una ducha rápida y salió del baño con el albornoz puesto—. ¿Quién es?

—Aleksandr —oyó al otro lado de la puerta.

Se ciñó el cinturón del albornoz.

—Buenos días —dijo al abrir.

—¿Has dormido bien? —preguntó Sasha, invitándose a entrar.

—Me he despertado varias veces por la noche, pero en general, sí. —
Valeria se apartó de la puerta.

—He venido a pedirte que desayunemos juntos en mi habitación. —Miró cómo el albornoz se le abría insinuante en el pecho—. Hoy no voy a estar libre hasta la tarde.

—Oh —se sorprendió ella—. No te preocupes, tengo la mañana muy liada. Me iba a dar una ducha ahora mismo, ¿me das media hora?

—Claro. —Alargó una mano para acariciarle la piel del cuello, que insinuaba el camino a sus pechos.

—Sasha...

—Valeria. —Metió finalmente la mano bajo el albornoz para acariciarle con suavidad uno de los senos.

—Por favor. —Subió las manos para coger la de Sasha, y el albornoz se abrió dejándola desnuda—. No.

Sasha contempló con ojos depredadores el cuerpo que se mostraba sin complejos. Cuando su mano quiso ir más allá, sintió las dos de ella impidiéndoselo y oyó su voz haciéndolo reaccionar ante aquel instinto irracional que Valeria le despertaba sin que él pudiera remediarlo.

—Te espero para desayunar en media hora. —Apartó la mano, llevándose las de ella a los labios. Se la besó antes de marcharse.

¿Qué es lo que esa mujer le daba? ¿Por qué no conseguía apartarla de su mente?

Valeria cerró la puerta de la habitación, azorada por lo que acababa de suceder en tan sólo un minuto. ¿Por qué no podían estar sin que esa electricidad entre ellos hiciera saltar chispas? En sus ojos logró ver un destello, como si, quizá, se arrepintiera de algo...

Sasha entró en su habitación, lo del desayuno había sido improvisado, un

pretexto para pasar más tiempo con ella. Llamó a la recepción para que se lo subieran lo antes posible, mientras, se preparó un café... ¿Qué necesidad tan básica lo había hecho follar con otra la noche pasada? La frustración era una pura excusa, él sabía por qué lo hacía... Dio un golpe en la mesa, haciendo que parte del contenido de la taza se vertiera en el platillo. ¿Qué le pasaba? ¿Qué evitaba?

Valeria caminó lentamente por el pasillo, sólo dos puertas la separaban de la habitación de Aleksandr. Después de su visita tuvo que darse una ducha algo más fría de lo que hubiera deseado, pero que le aclaró un poco la mente tras el encuentro.

Llamó a la puerta. Se alisó la falda lápiz; sorprendida de no ver a nadie de seguridad, pensó que sus matones debían de estar cual columna romana, apostados en uno de los laterales. En esas reflexiones estaba cuando la puerta se abrió de par en par, y se encontró de nuevo con su jefe, cuyo semblante había cambiado por completo. Ahora parecía tranquilo, sereno después de su primer encuentro.

Valeria tenía la impresión de que todo aquello acabaría mal...

—Pasa, por favor —le pidió él.

Ella lo hizo sin dilación, pasando justo a su lado, haciendo que sus tacones repiquetearan sobre el parquet del salón que precedía a su habitación.

—Buena elección de cuarto. —Se volvió para encararlo, sonriendo divertida.

—Ya que no puedo estar en casa, quiero estar cómodo...

—Por cierto, ¿cómo va ese tema?

Sasha se acercó a una silla situada junto a una mesa en una esquina del salón y la arrastró, dándole a entender a su invitada que ése era su asiento. Valeria caminó hasta él y agradeció su gesto con un movimiento ligero de cabeza.

—Mal. Estoy muy enfadado, frustrado. —Se llevó una mano a la cabeza y se la pasó por el pelo, antes de sentarse frente a ella en otra silla.

—¿No puedes ponerlo en manos de la policía? —preguntó ella, preocupada.

—Podría, pero me temo que en este tipo de cosas es posible que entorpezcan más que ayudar.

—¿Hablas de soborno? —No se sorprendió.

—Hablo de que prefiero arreglarlo a mi manera y creo que acabaré antes por mi cuenta. —Alargó una mano para acercarse la taza ya vacía.

—A ver, es un robo en una casa en un barrio bueno. Habrá cámaras, no sé...

—¿Café? —Sasha dio por zanjado el tema.

En la mesa había todo tipo de manjares para comenzar bien el día. Ella no se había dado cuenta del hambre que tenía hasta que probó la bollería, las tostadas, los dulces, el revuelto, el embutido, la miel en trozos de panal...

—Si todos los días desayunas así, no sé cómo puedes estar tan... —Valeria se calló y se sonrojó por lo que había estado a punto de decir.

—¿Bueno? ¿Deseable? ¿Atractivo? —Sasha sonrió.

—En realidad quería decir delgado. —Los dos sabían que era mentira.

—El ejercicio me mantiene muy en forma. —Le guiñó un ojo.

—Yo voy a tener que practicar más... —Bebió un sorbo de café, mirando la taza, para así no enfrentarse a los ojos de Aleksandr.

—Esta noche estaré libre, ¿cenamos fuera?

—Dame un momento. —Valeria miró su móvil; tenía allí su agenda—. Sin problema, estaré libre a las cinco.

Terminaron de desayunar sin ninguna otra referencia personal y Valeria le comentó las visitas que iba a hacer por la mañana y los lugares en los que estaría haciendo reservas y compras para el evento.

—Otro día desayunando así y no voy a poder moverme. —Se levantó de la silla para marcharse a su habitación a coger el ordenador, el bolso y el abrigo.

—Prometo que esta noche gastarás lo suficiente como para volver a tener este apetito.

Se acercó a ella, esta vez sin pedir permiso, y la cogió con las dos manos por la cintura. La atrajo hasta que los dos cuerpos estuvieron completamente pegados:

—Estoy deseando que llegue la noche. No puedo dejar de pensar en tener tu cuerpo desnudo a mi merced.

—Si sigues hablando así, voy a tener que levantarme la falda y empalarme en ti.

—Salvaje —respondió él—. Me gusta.

Apartó una mano de su cintura y le levantó la ajustada falda para agarrar su redondeado glúteo. Sus dedos, largos, pasearon ligeramente por encima del tanga, acariciando su entrada.

—Tú me vuelves así—le respondió Valeria.

—Lleva estas medias esta noche, me gustan que sean de liguero.

—Son cómodas...

—Son fáciles. —La miró intensamente.

Valeria le apartó la mano para colocarse de nuevo la falda. Pero él volvió a agarrarla y, acercándosela de nuevo a su cuerpo, la besó con pasión. Arrancó un gemido de su garganta, ronco, poderoso, cuando ella abrió los labios para aceptarle, saboreando su saliva, acariciando su lengua...

—Valeria... —Se separó de ella.

—Me voy Sasha. —Se echó dos pasos atrás, dio media vuelta y no volvió a mirarlo.

Sabía que, si no lo hacía, follarían allí mismo, de pie o en el suelo de parquet de aquel caro hotel. Podría, tenía muchas ganas, pero necesitaba alejar a aquel hombre de sus pensamientos. «Valeria, es sólo sexo.»

La mañana pasó relativamente rápida.

Todo estaba funcionando bastante bien y de la manera prevista.

Valeria estaba sorprendida por lo bien que trabajaban los rusos. No sabía si era por el dineral que se iba a gastar Aleksandr o porque realmente eran buenos profesionales, pero todas las exigencias estaban siendo solventadas de manera rápida y eficaz. Le ofrecían alternativas coherentes y funcionales a todas sus pegas, tenían preparados planes B y C mucho antes de que ella ni siquiera los tuviera que poner encima de la mesa.

Así pues, cuando llegó al hotel, aparte de tener los pies doloridos, el local de la cena y de la celebración estaba ya cerrado. El menú perfectamente diseñado, los tiempos de presentación, las vajillas, los centros de mesa... Todo estaba marchando mejor de lo que ella misma hubiera esperado. Tanto era así, que, si al día siguiente conseguía cerrar un par de temas más, le pediría a Sasha irse. Si el trabajo estaba hecho, ¿qué necesidad tenía de estar perdiendo el tiempo en San Petersburgo? Tampoco le apetecía estar encerrada en la habitación, esperando...

Bueno, ya vería cómo iban las cosas y así se lo propondría a Sasha.

Miró el reloj después de haberse quitado toda la ropa y tumbarse en la cama un rato. Se había duchado esa mañana, pero la cita de esta noche quería prepararla bien, deseaba estar perfecta. Tanto que ni siquiera él pudiera reprimir las ganas de lanzarse sobre ella y follarla en cualquier esquina. Sí, quería provocarle. Sabía que podría hacerlo de manera fácil, pero deseaba que el juego, por lo menos, fuera algo más sutil que las últimas veces. Aunque temía que sería difícil.

Aleksandr destilaba sexo por todos sus poros. Sus ojos iban más allá de la simple mirada, sus manos sabían cómo y de qué manera sujetarla según la ocasión. Y su voz, aquella voz ronca, profunda y con aquel acento tan fuerte, sabía que le reverberaba en el estómago y hacía maravillas en su sexo.

Respiró profundamente.

Sasha era un hombre cerrado. Penetrar en su mente era como darse contra un muro. No hablaba nunca de su pasado reciente, pero de repente soltaba algo que descolocaba. Había alguien, Valeria sabía que alguien estaba en su cabeza, una mujer aún revoloteaba por ella de manera intermitente. Y le daba miedo, pues él le había dejado bien claro que lo suyo sólo era diversión... Sólo sexo.

* * *

—Hola. —Valeria abrió la puerta de su habitación.

—Estás preciosa. —Sasha esperaba fuera.

—Gracias, tú tampoco estás nada mal. —Alargó una mano hacia su abrigo para cogerlo—. ¿Nos vamos?

Finalmente se había decantado por ponerse un vestido corto de color rosa palo con cuello halter. Decidió ese color, ya que en un principio pensaba hacerse un recogido, pero al ver su pelo negro suelto pensó que le daría un toque que contrastaría con su piel y con el traje. Además, así se notaría más el escote en la espalda.

No se equivocaba.

—Si lo sé, nos quedamos en la habitación... —sugirió Sasha.

—De ser así, no llevaría el vestido. —Cerró la puerta tras ella y comentó decidida—: Aunque puede que no lleve nada debajo.

—Aún estamos a tiempo de cancelar la reserva.

—No me apetece encerrarme en el hotel. —Valeria caminó hacia el ascensor.

Sasha levantó la cabeza y miró al techo, mientras resoplaba sonriendo, se daba por vencido. Aquella mujer era pura lucha y le encantaba tener que presentarle batalla.

—De acuerdo...

No tardaron en llegar al restaurante.

Esa vez era él quien conducía el coche, seguido por otro que iba convenientemente casi pegado a su parachoques.

—¿Tiene que ser siempre así? —preguntó Valeria bajándose del vehículo cuando el portero del restaurante les abrió la puerta—. ¿Nos van a seguir también al baño?

Señaló a los dos hombres que ya estaban apostados a los lados del vehículo del que descendieron.

Sasha le entregó las llaves al portero casi ignorándola, y el hombre se llevó el coche, seguido por el vehículo de seguridad que llevaban detrás.

—No nos siguen, Valeria, me siguen. Y sí, hasta que no descubra qué es lo que está pasando, estarán conmigo.

Ella cerró los ojos, suspirando por lo bajo. Ese tipo de ostentaciones públicas le daban bastante repelús. Recordó por qué prefería salir con gente corriente a ese tipo de hombres que lo tenían todo.

—Sé lo que estás pensando. —Se puso a su lado y la agarró por la cintura—. Cuando todo se calme, volveré a mi vida de siempre.

—¿Y cómo es tu vida de siempre? —Lo miró a los ojos—. Yo sólo he conocido esta vida tuya.

—Tranquila, pero con mucho trabajo. —Sasha sonrió—. Además, ya tengo casa nueva; he encontrado una perfecta en el centro de Madrid. Más cerca de la oficina.

—¡Tan rápido! —Entraron en el local y salió a su encuentro un *maître* que los sentó a una pequeña mesa totalmente blanca.

—Ya sabes que todo lo que quiero lo tengo. —Sonrió de medio lado, mientras la agarraba con más fuerza de la cintura, dejando claro que no

hablaba de la casa.

Ella lo miró a los ojos devolviéndole la sonrisa, lo había entendido perfectamente.

El local tenía un toque algo pretencioso. Las mesas blancas con sillas estilo Luis XVI del mismo color se hacían notar sobre el impoluto y brillante suelo negro de mármol. Las pesadas cortinas estaban semiabiertas y permitían ver el río Nevá, haciendo que la atmosfera del local tuviera un aire casi etéreo, entre mágico y romántico. El lugar donde ellos estaban les ofrecía el privilegio de poder conversar y mirar por el gran ventanal.

Antes de irse, el *maître* le dijo algo a Aleksandr que hizo asentir a éste y darle las gracias.

—Debes de estar encantado de poder hablar en tu idioma —dijo Valeria, con las manos bajo la barbilla y mirándolo por encima de un pequeño ramo de flores blancas recién cortadas.

—Hace tanto tiempo que hablo en tantos idiomas que hay veces que me cuesta —respondió, sonriendo sinceramente.

—No me lo creo. —Bajó las manos y apoyó los antebrazos en la mesa—. Siempre es agradable volver a casa.

—Lo dices con un aire de melancolía. —La miró intentando averiguar algo de ella.

—Echo mucho de menos mi casa, mi hogar. Pero me he acostumbrado a vivir mi vida.

Un camarero se acercó en ese instante con una botella de champán, cortando la conversación, mientras otro dejaba una cubitera al lado de la mesa. Cuando la botella estuvo abierta por las expertas manos de aquel hombre, casi ni sonó al descorcharla, el camarero vertió el líquido dorado en las dos copas que otro empleado había dejado en la mesa.

Sasha, por su parte, no había dejado de mirar los ojos de Valeria desde que había dicho aquello de regresar a casa. Parecía que, al haber recordado ese

momento, su mente hubiese viajado a un lugar muy lejano, uno que la hacía tremendamente feliz.

—Por los buenos momentos vividos. —Sasha levantó la copa para brindar.

—Por los que nos quedan por vivir —respondió ella, tocando ligeramente la de su compañero de mesa—. Por lo menos esta noche...

—Deseándolo estoy... —contestó él.

La cena discurrió de manera amena. Si bien era cierto que los dos tenían en su mirada la palabra SEXO escrita en letras mayúsculas, intentaron entablar una conversación más allá de lo evidente. ¿Que era difícil? Lo era, pero si lo que deseaban, en este caso más Valeria que Sasha, era mantener un cierto espacio entre ellos, la conversación tenía que fluir.

Habían estado juntos muy poco tiempo durante el día y poco que llevaban allí y habían hablado poco de trabajo. Daba la sensación de que a Sasha le importara bastante poco lo que Valeria hiciera o deshiciera; le tenía una confianza ciega. Él contrataba a los mejores y si ella consideraba que estaba bien, seguro que lo estaría.

—Sasha, si mañana doy por concluidas un par de cosas, será mejor que me vaya para Madrid lo antes posible.

—¿Por qué? ¿No estás a gusto? —preguntó intrigado.

—No es eso, pero tengo mucho trabajo en la oficina y, la verdad, si aquí ya está todo cerrado, no le veo sentido. —Terminó de comer el último bocado de su plato y alargó la mano para beber de su copa.

—De acuerdo. —Se limpió la boca con la servilleta—. Avísame y lo prepararé todo para irnos.

—No es necesario que regresemos juntos; tú tenías que estar aquí más días, ¿no? —comentó ella.

—Tranquila, en realidad sólo tenía que ocuparme del tema de mi casa y un par de cosas que ya he solventado esta mañana. —Bebió un sorbo—. Pensaba que me llevaría más tiempo, pero me han dado una pequeña noticia que podría ayudar a solucionarlo todo antes.

—Me alegro mucho, la verdad. —Suspiró antes de continuar—: Sasha, ¿puedo hacerte una pregunta? —Él asintió mientras volvía a beber—. ¿Qué te hace tener una empresa como esa en la que yo trabajo? No te hace falta, no es diversificación, no tiene sentido que estés metido en esto. Ni siquiera por capricho. Tú deberías ser el que va a esas fiestas, no el que las organiza.

—Es una historia larga, pequeña *zapyast'ye*. —Se movió incómodo en la silla.

—Tengo todo el tiempo del mundo. —Valeria se terminó lo poco que ya le quedaba de champán en la copa e inmediatamente un camarero se la rellenó.

—No me gusta hablar de esos temas —zanjó él.

—Me gustaría saber qué pasó, Sasha. —Arrastró tan dulcemente su nombre que a él un temblor le recorrió el cuerpo.

Sabía que si le contaba la historia que tuvo con Laura, todos los muros que había construido ante las mujeres podrían resquebrajarse. Pero no sabía si por efecto del alcohol, de lo preciosa que estaba o quizá de las ganas que tenía de quitarse esa losa de encima, se decidió a contarle algo de aquella relación.

—Simplemente ayudé a una amiga a que fuera feliz. Y no, no necesito tener una empresa como ésta, yo era asiduo de las mismas con mi exmujer. Así que está todo dicho, la adquiriré para que ella fuera feliz con su marido.

Las palabras que usó fueron neutras, casi rebuscadas en un diccionario del que los sentimientos estaban borrados: sabías que allí había habido garabateado algo, aunque no eras capaz de leerlo.

Pero Valeria podía encontrar en ellas algo de lo que Sasha no era capaz de hablar. Tenía la extraña sensación de que estaba enamorado de esa amiga, y que hubiera hecho cualquier cosa para que fuera feliz. Y percibió en todo ello algo que la molestaba, y mucho. Lo peor de todo era que no debería...

—¿La quieres? —se atrevió a preguntar sin pensar.

—Claro, a tus amigos los quieres. —Sasha miró por la ventana.

—¿La amas? —Valeria se lanzó a la aventura, aun sabiendo que eso podría ir en su contra.

Justo cuando él volvió la cara para responder a la pregunta que hacía tiempo que no quería contestar, una imponente rubia de cuerpo escultural, casi tan alta como Sasha y ojos azules rasgados se acercó a la mesa:

—*Privet Aleksander* —lo saludó en ruso.

Él levantó la mirada de los ojos de Valeria al rostro de aquella mujer espectacular. Por un instante, Valeria creyó que la mujer de la que Sasha estaba hablando era aquélla y que ahora se acercaba a saludar. Pero no, pues el rostro de Aleksander pasó de la tristeza al enfado absoluto.

—*Chto tebe nuzhno, Olya?* —replicó secamente, sin levantarse siquiera de la mesa.

Valeria sólo oía palabras que no entendía y miraba como una espectadora de un programa de televisión cómo aquellos dos personajes, casi de novela, hablaban de manera fría y desafiante.

—Valeria, disculpa. —Sasha volvía a dirigirse a ella, tras un intercambio más de palabras con la mujer—. Ella es Olya, mi exmujer.

Valeria se disponía a saludar, cuando la voz de Olya sonó muy por encima de la de Sasha y dijo en perfecto castellano:

—¿Ésta es la nueva zorra que te has traído? ¿Qué pasó con la otra? ¿Te cansaste de la rubia?

—¡Basta! —Sasha se levantó despacio de la silla para mirarla a los ojos—. No sé siquiera cómo has sabido de ella, así que haz el favor de marcharte por donde has venido —dijo con toda la calma que pudo.

—Sé más de ti de lo que crees —le espetó Olya, antes de que un hombre viniera a buscarla, dedicándole una peligrosa mirada a Sasha.

La escena, bastante desagradable, hizo que Valeria se sintiera mal. Al parecer, la gente que estaba cenando allí debían de estar acostumbrados a ese tipo de incidentes, porque nadie se sorprendió de que el tono de voz de aquellas personas se levantara más de lo normal.

Sasha se sentó enfadado a la mesa mientras Valeria lo miraba. Levantó una mano para llamar al camarero y le pidió algo. Al momento, el hombre trajo

otra botella de champán y rellenó las copas vacías de la mesa. Sasha se bebió la suya de un tirón, cosa que el camarero al parecer esperaba, porque no se movió de su lado y se la llenó de nuevo.

El silencio podía cortarse con un cuchillo; las aletas de la nariz de Sasha estaban más abiertas de lo normal, y su ritmo de respiración, después de un par de minutos y aquellas dos copas, parecía que volviera a su nivel normal.

A Valeria el estómago se le estaba encogiendo por momentos, así que, copiando a su acompañante, vació el contenido burbujeante de su copa de golpe.

—No fue un buen divorcio —dijo finalmente Sasha.

—Creo que algo he intuido. —El camarero rellenó la copa de Valeria.

—Dejé de amarla, y lo siento. Ella no era la mujer que yo quería a mi lado. No necesitaba a alguien que sólo me deseara por el nivel de vida que pudiera darle —suspiró—. Cuando nos conocimos yo trabajaba en cualquier cosa para poder tener algo de dinero. No era pobre, pero no llevaba este ritmo. Las cosas comenzaron a irme muy bien gracias a unas inversiones y nuestra vida cambió para mal.

—¿Para mal con dinero?

—Sí. Para bien económicamente, para mal porque me di cuenta de que Olya cada vez se apartaba más de mí y menos de mi dinero...

—Lo siento.

—No lo sientas, pequeña *zapyast'ye*. Ahora está casada con un oligarca que tiene muchas zonas oscuras, pero todo el dinero que ella necesita —suspiró resignado, antes de echar la silla para atrás y levantarse—. Vámonos.

—Pero... —Valeria intentó decir algo, pero Aleksandr la cortó.

—Nos vamos ya.

No admitía réplica. Su mirada había cambiado por completo, era como si dos llamas se hubieran posado en sus pupilas e intentaran salir de ellas quemando todo lo que pasaba por su lado.

Cogió a Valeria de la mano y caminó deprisa hacia la salida.

Habló con el *maître* e inmediatamente les trajeron los abrigos; el vehículo ya los esperaba en la puerta. Su guardaespaldas les abrió la puerta, y Sasha y Valeria entraron en el coche.

Ella miraba en silencio lo que estaba ocurriendo a su alrededor. No por nada en especial, sino por la rapidez con la que todo estaba sucediendo. De estar en una velada tranquila en la que él se estaba, finalmente, abriendo de alguna manera, a un cambio radical en el que su estado de ánimo se había convertido en una verdadera tormenta. Sólo esperaba que a ella no le llegaran los rayos y los truenos.

—¿Quieres ir al hotel? —Sasha le posó una mano en la rodilla, acariciándosela suavemente.

—No lo sé, Sasha. —Pensó las palabras exactas que diría—. Es que no sé de qué humor estás y ...

—¿Te apetece que vayamos a un sitio especial? —Subió finalmente la mano al sexo sin ropa interior de ella y la acarició.

—¿Cómo de especial? —Valeria notó su caricia, intuyendo que Sasha estaba intentando relajarse.

—¿Te fías?

Ella asintió, mordiéndose el labio inferior y mirando el rostro de su acompañante cuando, en su idioma natal, le dijo algo al conductor del vehículo. Imaginó que sería la dirección del lugar a donde iban.

No tardaron mucho en llegar a una calle algo alejada del centro. Allí el chófer entró directamente en un garaje, en el que hubo de dar una indicación en la entrada para que lo dejaran pasar. Aparcó en el sitio que le mostró un empleado de seguridad, que, tras abrir la puerta del vehículo y ayudar a salir a Valeria, esperó a que la pareja estuviera fuera del coche para acompañarlos a una puerta que parecía una salida de parking. Pero al abrirse la puerta apareció una sala grande, decorada con espejos y lámparas de cristales en el techo. En el lado contrario había una entrada de lo más rocambolésca.

El lugar estaba decorado como si fuera un burdel de principios del siglo pasado. Telas rojas de damasco, pesadas cortinas de satén, luces de ese mismo color...

—¿Qué es esto, Sasha? —Valeria miraba a su alrededor, antes de entrar.

—Es un club de intercambio. —La cogió por la cintura atrayéndola hacia su cuerpo.

—Tenía entendido que no había ninguno en esta ciudad...

—No lo hay, es un club clandestino. Todo el mundo sabe que existe, pero nadie habla de él.

—Me encanta —dijo ella, habiendo dejado ya los abrigos en la entrada.

Una exuberante chica rubia les dio la bienvenida y los acompañó a su taquilla, indicándoles, en inglés, a petición de Aleksandr, donde tenían todo lo necesario para disfrutar de la velada.

El local se veía exclusivo, por el tipo de personas que había y también por la decoración.

—¿Damos un paseo? —Sasha le tendió la mano.

—¿Has estado aquí más veces? —preguntó ella.

—Un par de veces con alguna amiga. Está bastante bien. —Caminó hacia el bar—. Así también puedes coger ideas. Haz como si fuera una visita de trabajo.

—Ahora lo que menos me apetece es trabajar. —Valeria se colocó tras Sasha, acariciándole el sexo disimuladamente, intentando olvidar el mal rato pasado en el restaurante.

Sí, pensó, al final la noche no sería tan desastre.

Una barra de bar ocupaba el centro de una gran sala. Allí, un par de chicas vestidas provocativamente y un chico musculado hacían las delicias de los más sedientos preparando cócteles, combinados y zumos. Alrededor, la gente bailaba, se tocaban, se besaban por todas partes y Valeria disfrutaba con ese ambiente de libertad.

—¿Te gusta? —preguntó él.

—Me anima. —Cogió la bebida que le ofrecía—. ¿Vemos más?

La llevó a otras salas, una con una cama redonda, donde la gente retozaba, otra con varios instrumentos de «tortura» y una sala oscura donde todos podían tocar a todos disfrutándose sin conocerse. Sasha la llevó de la mano, bajaron una escalera y llegaron a una sala que era cien por cien discoteca y a otra con un *jacuzzi* y una piscina interior.

—Me gusta —comentó Valeria, dando un sorbo a su bebida.

—¿Quieres que vayamos a algún sitio? —propuso él.

—No sé, me da igual. Ya que tú eres el que más conoces esto, me dejo guiar por ti.

—Perfecto. Sólo una pregunta. —Valeria lo miró—. ¿Quieres jugar con otros o sólo nosotros?

Ella se acercó a Aleksandr, agarró su mano libre y la llevó a su sexo sin tanga, estaba húmeda.

—¿Tú qué quieres? —Lo sacó de su sexo y se llevó los dedos húmedos de Sasha a los labios, lamiendo sus jugos.

—Quiero que disfruten de ti igual que yo quiero hacerlo.

—Hazlo...

El ambiente, a pesar de estar dedicado exclusivamente al sexo, destacaba por la limpieza de sus líneas de diseño, por la gente que, aun sin ropa, se paseaba por los pasillos, caminando de una sala a otra. La música, acorde con lo que sucedía en el club, sonaba de manera suave, casi acompañando los gemidos de los participantes de aquella orgía gigante que se desataba entre los allí reunidos.

Se terminaron la bebida y Sasha se ocupó de dejar los vasos en la bandeja de un camarero que recogía los recipientes abandonados en las mesas.

Luego se volvió para coger a Valeria de la cintura colocándose a su espalda. Estaba duro, muy duro, sólo de pensar que iba a verla dándole placer a él y a quien él decidiera que podía tocar el cuerpo de aquella belleza que lo acompañaba.

—Ven —le susurró al oído, empujándola para entrar en la sala oscura—, levántate el vestido. Quiero que te acaricien a oscuras, quiero que te toquen libremente.

En la sala avanzaban a ciegas, pero Sasha consiguió colocar la espalda contra la pared. No quería que lo tocaran a él, lo que deseaba era notar cómo era ella la deseada. La atrapó contra su cuerpo, sus nalgas notando su dureza, el vestido levantado hasta la cintura, exponiendo su sexo, mientras las manos de Aleksandr la sujetaban por las caderas. La exponía, la ofrecía... Escuchaba cómo la respiración de Valeria se aceleraba, esperando con ansiedad el primer toque externo.

No tardó en llegar. Alguien se acercó a ella; notó una mano que palpaba suavemente sus piernas hasta llegar a sus labios vaginales. No tuvo que esperar mucho para sentir que esa mano introducía un dedo entre ellos hasta perderse en su interior. Se sorprendió gratamente al ver que su cuerpo respondía de manera satisfactoria.

—Tu cuerpo atrae a la gente —susurró Sasha en su oído antes de lamerle el cuello, para terminar mordiéndoselo suavemente.

—Sí...

La persona que la tocaba, por la envergadura, era un hombre de manos grandes. Con la otra mano, la que no se ocupaba de tocar su sexo, subió por su cintura buscando uno de sus pechos por encima de la tela del vestido. Al encontrarlo, se lo acarició con suavidad, mientras su otra mano fingía ser su polla. Le acariciaba los pechos aleatoriamente, con la suficiente firmeza para que sus pezones se pusieran erectos, mientras Valeria notaba que eran ahora dos los dedos que la penetraban, mientras el dedo gordo de aquel tipo se afanaba en su clítoris.

Ella respiraba con dificultad y las rodillas le fallaban; de no ser por el fuerte agarre de Sasha se hubiera caído. La mano de aquel hombre la estaba llevando al límite y, si no paraba, se correría sin remedio nada más comenzar la noche.

Aleksandr se dio cuenta y bajó hacia la mano del hombre para apartarla del cuerpo de su chica. No, no quería alejarlo, viendo que Valeria estaba disfrutando, se acercó a él y le preguntó si le apetecía ir a un lugar más tranquilo para poder disfrutar los tres juntos.

El otro no lo dudó y sacó los dedos de aquella mujer que sintió deliciosa.

Valeria se dejó llevar en todo momento, lo estaba disfrutando y quería confiar toda su aventura a las manos de Sasha.

Al salir de aquel cuarto, ya tenía la falda bajada. Había sido aquel hombre que los acompañaba, atento, que se sorprendió al ver que no sólo tenía un cuerpo delicioso, sino que era una belleza de mujer. Ella, a su vez, lo miró para darle las gracias y comprobó que había tenido suerte, era atractivo y grande, muy grande. Le sonrió, más aún al preguntarse si todo lo tendría exactamente igual, aunque pareció más bien una sonrisa de agradecimiento.

Sasha, sin soltar la mano de Valeria, se fue a buscar a la rubia que los había recibido. Le iba a pedir una habitación más íntima. Para jugar sólo ellos tres sin ser interrumpidos. Sí, habían tenido suerte. Fue rápido y a la primera, casi nunca solía ocurrir ponerse de acuerdo con alguien tan rápido en ese tipo de lugares.

Los llevaron a una sala que en ese momento estaba vacía. La rubia les abrió la puerta, les indicó donde tenían todo lo necesario para su aseo y precauciones y, dándoles la llave, se marchó.

Sasha se acercó al tipo a decirle algo en ruso que Valeria no entendió y ante lo que él asintió sin problema.

Ella quedó entre aquellos dos hombres.

La estancia era sencilla, amplia, limpia y sin muchas filigranas, aparte de un gran espejo en el techo. En la cama había posibilidad de poner amarras, ya que había dos aros justo a cada lado de la cabecera.

Valeria respiraba ansiosa.

Necesitaba que alguno de aquellos hombres la tocara ya, exigía sentir las manos de ellos sobre su piel. Pero no pasó eso, simplemente se desvistieron

del todo y se le acercaron despacio. Ella volvió a oír las palabras de Sasha en ruso sobre algo que no entendía, pero que hicieron que aquel hombre se pusiera a su espalda. Antes de desabrocharle la parte de arriba del vestido le acarició el cuello.

Mientras disfrutaba de aquella suave caricia, sintió que la parte superior de la prenda caía, dejando sus pechos al descubierto. No se dio cuenta de cómo se lo había desabrochado, pero después vio sus dos manos sobre sus senos, masajeándoselos. Sasha sonreía al ver la escena, y mientras aquel tipo sobaba las tetas de su pareja, se arrodilló y escondió la cara bajo su falda, antes de quitarle el vestido por completo.

Sí, se había metido debajo para lamerle el clítoris.

Valeria respondió con un respingo. Mientras el otro hombre le mordía suavemente el cuello, le masajeaba los pechos y apretaba su sexo contra sus nalgas, Sasha lamía su clítoris con suavidad, jugando con sus dedos en su interior. Ella temblaba cada vez que uno de sus dedos se introducía en ella.

Sasha se levantó y al mirar al otro tipo se separó de ella.

La desnudaron por completo y sólo le dejaron los zapatos puestos, Sasha tenía delirio con eso. Le gustaba verla desnuda con los zapatos puestos.

—¿Quién quieres que te folle primero? —le susurró al oído.

—Quiero que sea él, tú serás el último. Quiero que veas cómo se corre para que luego tú me lo hagas mejor... —lo provocó.

—Eres una víbora —sonrió.

Aleksandr se acercó al tipo, le contó lo que quería que hiciera y él, de nuevo aceptó sin dudar.

Los dos la llevaron a la cama, donde la arrodillaron, y luego cada uno de ellos se acercó a un lado de su cuerpo, mostrándole lo que deseaban que les hiciera: una doble felación. Valeria sonrió y asió los dos sexos. Se ocupó de ellos delicadamente por turnos, unas veces Sasha y otras aquel tipo. Ellos dos disfrutaban de la misma manera que ella les regalaba sus atenciones.

En un momento dado, el otro hombre la separó de Sasha para acercarse a

ella. La tomó por la cintura y la tumbó en la cama. Valeria miró el techo lleno de espejos. La escena era excitante, allí tumbada y con un hombre que no era Aleksandr encima. Por otra parte, no podía apartar los ojos de Sasha, a los que se le habían oscurecido de pura lujuria. No podía dejar de mirarlo mientras sentía cómo el otro tipo se metía entre sus piernas para lamer su clítoris. El instante en que ella saltó de puro placer al sentir aquella lengua en su sexo, lo aprovechó el ruso para acercarse a su boca y besarla, lamerla, explorarla, ya que sabía que se iba a correr y quería que lo hiciera en su boca.

No le dio tregua, pues aceleró sus movimientos con la lengua y sus dedos se curvaron dentro de ella para encontrar el punto G. Lo hizo de tal manera que Valeria gritó dentro de la boca de Sasha cuando su primer orgasmo la sacudió entera, dejándola laxa. El hombre se separó de ella un instante para ponerse un preservativo antes de penetrarla. Valeria no lo miraba, sólo quería no apartar sus ojos de Sasha mientras sentía las embestidas de aquel hombre. Sí, lo sujetaba, le rodeaba la cintura con las piernas para que se corriera, pero no era quien más le interesaba. Sólo miraba a Sasha tocándose el pene, manteniéndolo erecto y aguantando sin correrse...

El hombre se corrió después de darle unos fuertes empujones que a Valeria le gustaron mucho. Esa vez sí lo miró, sonriéndole. Cuando acabó, tal como había acordado con Aleksandr, se vistió y, despidiéndose de ellos, se marchó.

Sasha se acercó a ella, que seguía tumbada en la cama mirándose en el espejo del techo. Cansada, pero esperándolo, abierta a él.

Cuando llegó a su lado, él le lamió el sexo.

—¿Era esto lo que querías? —Volvió a hacerlo.

—Hummm —fue lo único que pudo decir.

—Date la vuelta. —Sasha se puso un preservativo mientras Valeria se daba la vuelta en la cama, ofreciéndole la espalda.

Él se colocó entre sus nalgas:

—Tengo ganas de hacértelo por el culo.

—Hazlo —lo provocó ella.

No hizo falta que dijera mucho más, Sasha entró en su cuerpo despacio. Sintió que no era la primera vez que se lo hacían y eso lo excitó mucho más de lo que había pensado en un principio. La levantó por las caderas para mejorar su posición.

—Me gusta follarte, pequeña *zapyast'ye*, me ha puesto mucho verte con otro hombre. Más de lo que te puedes imaginar.

—Me gusta follar con más de uno, ya lo sabes. Y me pone que seas tú quien lo decide.

Sacó su polla de su culo y, quitándose el preservativo usado, se puso otro:

—Date la vuelta, mírame.

Ella hizo lo que le decía y Sasha la penetró. La folló sin compasión, sujetándola, besándola, mordiéndola hasta que su cuerpo no pudo más y se corrió agarrándola del pelo y mordiéndole el cuello.

—Sasha...

—Chist. —La acarició sin salir aún de su cuerpo—. La noche aún no ha acabado.

* * *

Entraron en el hotel a altas horas de la noche.

Valeria se sentía flotando. La velada no podía haber terminado mejor, a pesar de su incómodo principio. Sasha la había tratado como a una princesa, mimándola, cuidándola y velando por ella en todos y cada uno de sus juegos. Había algo que podía sentir dentro de ella y que no quería dejarlo salir, era todo muy peligroso.

Llegaron a la puerta de la habitación de Valeria:

—Buenas noches —dijo Sasha.

Valeria bajó de golpe de aquella nube en la que estaba metida y lo miró levantando una ceja a modo de pregunta.

—¿No me acompañas? —inquirió.

—Será mejor que me vaya a mi habitación, necesito descansar. —Le dio un beso en la mejilla y se marchó, dejándola con la boca abierta.

Abrió la puerta que tenía enfrente y se apoyó contra ella cuando la cerró a su espalda. Parpadeó un par de veces antes de quitarse los zapatos y encaminarse al baño.

Bajo la ducha, sin darse cuenta, comenzó a llorar...

Valeria miró su reloj por cuarta vez; la cita que tenía aquella mañana en el vestíbulo del hotel se estaba retrasando. Ya llevaba más de media hora esperando, con un café en la mesa. Si algo odiaba en la vida era tener que esperar cuando de una cita laboral se trataba.

No había visto a Aleksandr desde la noche anterior, en la que recibió una de cal y otra de arena. La sensación tan excitante y de seguridad que sintió con él, nunca antes la había tenido con ninguna pareja, ni sexual ni amorosa. Sabía que la culpa era sólo suya, que estaba pensando cosas que no debía y que además no tenía ninguna necesidad de pensarlas. Era su problema, sólo suyo.

Imbuida en esos pensamientos que estaban pasándole factura, alguien se acercó a ella. Era su cita.

Valeria se metió de lleno en la reunión, y luego se marchó a solucionar unas cuantas cosas...

* * *

Lo que pensó que sería un trámite sencillo se convirtió en tan complicado que tuvo que pasar toda la mañana y toda la tarde trabajando para solventar algunos cabos sueltos. Ya casi a final de la tarde, entró en la habitación.

Se lanzó directamente sobre la cama. El frío de aquella ciudad se le estaba metiendo en los huesos de manera increíble; soñaba con regresar a su casa y retomar su vida. ¿Por qué habría decidido aceptar ese trabajo? A cada minuto que pasaba sabía que aquello no era lo suyo, había sido una decisión tomada por las hormonas.

—Hola, Valeria. —La voz de Ruth sonó al otro lado del hilo telefónico.

—Hola —suspiró ella.

—¿Qué pasa, bonita? —Su amiga notó su tono de voz.

—Estoy cansada —dijo ella.

—Hasta ahí lo he notado. ¿Demasiado trabajo?

—Demasiado de todo, Ruth. Creo que la he cagado —confesó.

—Has vuelto a acostarte con él, ¿verdad? —preguntó, sabiendo perfectamente cuál sería la respuesta.

—Es que no es sólo eso...

—Vamos, que sí, que lo has vuelto a hacer y te está jodiendo el tema.

—Sí, Ruth, me lo estoy pensando seriamente todo. Llevo unos meses trabajando en esta empresa y creo que la he cagado. La he fastidiado liándome con él, trabajando para él y sintiendo algo por él cuando simplemente follamos.

Oyó cómo su amiga suspiraba.

—¿Qué quieres que te diga? —inquirió Ruth. Sólo se oyó silencio.

—No lo sé —contestó finalmente Valeria.

—Si tú no lo sabes, sólo puedo estar aquí cuando lo sepas.

—¿Qué he hecho, Ruth? —le preguntó, llevándose el antebrazo a los ojos y tapándose los.

—Creo que la respuesta sólo la tienes tú. —Se oyó otro móvil de fondo—. Y sabes cuál es...

—Anda, coge el teléfono —le dijo a Ruth.

—Tranquila, es el del trabajo. Paso...

—¿Cómo va todo? —preguntó Valeria, interesándose por sus antiguos compañeros.

—Muy bien; se te sigue echando de menos. Pero todo va genial. ¿Me contarás algún día a qué te dedicas?

—Cuando lo deje, te prometo que lo haré —sonrió.

—No dejes que te rompa el corazón. —Se oyó de nuevo el móvil—. Si no

es para ti, olvídale. Tú no eres para él.

—Coge el móvil, Ruth; te van a volver loca.

—Mañana te llamo.

—Te quiero, tonta...

Aunque en ese momento la más tonta era ella. Había estado a punto de decirle que estaba empezando a sentir algo más que una fuerte atracción sexual por aquel ruso convertido ahora en su jefe. Un hombre que la trataba de manera exquisita, de igual a igual, que cuando follaban no dejaba de estar pendiente de ella, la increpaba cuando no estaba de acuerdo con ella en cuestiones laborales, pero aceptaba todas sus propuestas, y su mirada la...

Llamaron a la puerta de la habitación suavemente.

Valeria bajó de la cama descalza, aún no había tenido tiempo ni de cambiarse, ponerse algo cómodo y llamar al servicio de habitaciones. No quería salir, no le apetecía hacer nada.

—¿Quién es? —preguntó, con la mano en el pomo.

—El señor Vodianov quiere verla —le dijeron en un perfecto inglés.

—Dígale al señor Vodianov que estoy muy cansada y que no voy a salir de la habitación.

—De acuerdo, señora.

No quería verle.

Mejor dicho, se estaba obligando a no verle. Sentía que su cuerpo la estaba traicionando y el estómago se le encogía cuando recordaba la noche anterior. No deseaba que esa noche, ese recuerdo, se convirtiera en algo amargo y ella acabase pidiéndole algún tipo de explicación que, lógicamente, él no le debía.

Le dio tiempo a darse un largo baño relajante, poner algo de música en su teléfono móvil y pensar cuáles debían ser sus siguientes movimientos.

En cuanto saliera de la bañera pediría la cena y después le mandaría un mensaje a Sasha pidiéndole que lo arreglara todo para marcharse a Madrid al día siguiente. La organización del evento estaba ya lista. Simplemente, unos dos o tres días antes de la fecha, tendría que vigilar que todo se hiciera como

había programado, para así no tener sustos. Esos pequeños detalles que pueden perderse por el camino.

Terminó de secarse el pelo, cuando volvieron a llamar a la puerta de su habitación.

—¡Dios! Espero que sea la comida, tengo un hambre —se dijo en voz baja, antes de preguntar quién era.

—Sasha. —Usó su diminutivo.

Ella reconoció su voz, pero pensó en no abrir. Sin embargo, por decisión propia, su mano tomó el mando e hizo todo lo contrario de lo que su cerebro le pedía.

—Hola.

—Me ha dicho Olav que no querías verme. —Se quedó apoyado en el quicio de la puerta.

Tenía el pelo mojado, parecía recién salido de la ducha. Sólo llevaba una camiseta blanca pegada al pecho y unos vaqueros azul oscuro, con unas blanquísimas zapatillas de deporte.

—Estoy muy cansada, Sasha y, la verdad —tomó aire—, me gustaría poder regresar mañana a casa.

Él no dijo nada, sacó su móvil del bolsillo trasero de su pantalón y se puso a teclear algo.

—Ya está pedido, en un rato me dirán algo. ¿Puedo pasar? —Levantó lentamente las cejas.

Valeria ya se había puesto el pijama: pantalón ancho y camiseta de tirantes, cómoda y de colores neutros. Iba descalza.

Se apartó de la puerta dejándolo pasar al largo pasillo que terminaba en la amplia habitación. Aspiró su olor a fresco, a limpio.

—¿Qué te pasa? —preguntó preocupado.

—Que estoy cansada, Sasha. No he parado en estos dos días y me apetece estar sola un rato.

—Te pasa algo más que eso.

Se dio la vuelta para mirar a Valeria, que aún estaba de espaldas, cerrando la puerta. Cuando lo hizo, se volvió con la cara levantada, para mirarlo directamente a los ojos.

—Me distingo por ser una mujer franca. —Él asintió—. Por decir lo que quiero y lo que necesito. Y ahora necesito descansar, Sasha.

Él se acercó sin más intención que estar a su lado, pero tal vez Valeria lo comprendió de un modo diferente, porque dio un paso atrás.

—¿Lo ves? —dijo él, metiéndose las manos en los bolsillos—, te pasa algo.

—Sasha... —Ella suspiró, hundiendo los hombros.

Pasó por su lado para ir a sentarse en una de las sillas que había alrededor de una pequeña mesa redonda.

—Valeria. —Sasha se acercó a ella sin sentarse.

—Lo siento, no puedo —finalmente lo soltó.

—¿Qué no puedes? —sabiendo perfectamente por dónde iba a ir la conversación, Sasha se puso de cuclillas entre las piernas de ella.

—Creo que me equivoqué eligiendo trabajar en esto. Contigo. No creo que sea bueno lo que estamos haciendo.

—Pero pequeña *zapyast'ye*, no estamos haciendo nada malo. —Puso las manos en las rodillas de Valeria.

Ella alargó la suya para acariciar su cabello húmedo. Justo en ese instante en que los dos se miraron, supo perfectamente que estaba perdida. No debía haberlo hecho, no debió aceptar trabajar con él, se negaba a que pudiera enamorarse de él. Sólo era sexo.

—Pequeña *zapyast'ye*.

Sasha apartó las manos de sus rodillas y las apoyó en los reposabrazos, impulsándose despacio para acercar su boca a la de Valeria. La besó y ella lo dejó hacer. No por desidia, sino por necesidad de sentirlo de manera diferente. Sólo para ella, como una caricia que podría quizá hacer desaparecer la desazón que carcomía su pensamiento. Mientras los labios de él acariciaban

su boca, Sasha le sujetó con suavidad el rostro. Ella seguía sentada, con la cabeza levantada hacia él. Y los ojos cerrados.

De repente, Valeria sintió vacíos sus labios húmedos. Sasha se había separado de ella, pero continuaba acariciando su rostro y clavando sus oscuros ojos en los suyos. Como si estuviera intentando entrar en su alma. Iba a caer, si él le proponía volver a estar juntos, caería.

—¿Pedimos algo para cenar? —La voz de Sasha de nuevo se tornó dura—. ¿Qué te apetece, pequeña *zapyast'ye*?

Valeria cerró los ojos cuando fueron también las manos de Sasha las que se separaron de ella. Tomó aire y de nuevo aquel muro que parecía que había caído entre ellos, se levantó de golpe y sin avisar.

—Iba a cenar cualquier cosa —dijo, encogiendo las rodillas en la silla y apretándolas contra su cuerpo.

—Si mañana nos vamos...

—¿Nos? —se sorprendió.

—Sí, ya te dije que podía irme contigo sin problema —contestó él sin levantar la mirada de la carta de servicio de habitaciones—. Pues eso, si mañana nos vamos, habrá que hacer una buena cena de despedida.

Durante el tiempo que duró la espera, Aleksandr, dándose cuenta de la desazón de Valeria, empezó a contarle anécdotas de su infancia en las calles de San Petersburgo. Sentado en la otra silla, frente a ella, consiguió que de vez en cuando en su rostro apareciera alguna que otra sonrisa.

La miró, podría enamorarse de aquella mujer de fuego. Tenía un cuerpo delicioso, unos ojos ardientes y, lo que más le gustaba, su arrojo. Pero...

En ese momento la cena ya estaba llegando a la habitación.

Sasha abrió la puerta y dejó entrar a un camarero que traía bebidas y varias bandejas llenas de delicias. Le indicó dónde podía dejarlo todo, guiándolo hacia la mesa en la que, sin bajar las piernas al suelo, Valeria había escuchado las historias de Sasha.

—No sabía que pudiese tener tanta hambre —dijo finalmente ella cuando

se marchó el camarero y miró la mesa.

—Despidámonos a lo grande. —Sasha le sonrió mientras llenaba su copa de vino.

—No sé si a lo grande, pero la que va a volver grande seré yo —soltó Valeria, al ver una bandeja llena de embutidos y quesos.

—Durante estos dos días has hecho deporte, ¿no? —le guiñó un ojo mientras brindaba.

—Sasha, ¿puedo hacerte una pregunta? —Él asintió—. Dime que no has organizado este viaje sólo para estar conmigo.

—No, lo he organizado porque sabía que necesitabas venir aquí y lo he aprovechado para estar contigo. Conocerme.

—¿Quieres conocerme? ¿Por qué? —Bajó las piernas para acercarse a la mesa.

—Me gustas...

El silencio que se hizo en ese instante no fue tan grande como el nudo que se formó en el estómago de Valeria.

—Te gusto... —Lo miró.

—Me gusta tu forma de ser, cómo vives el sexo, cómo no te atas a nadie y disfrutas con libertad. Me gustas.

—Ah. —Miró la comida y probó algo antes de seguir hablando—. Te gusto porque no me ato a nadie...

—Eso es.

Valeria alargó la mano hacia su copa de vino y se la bebió de golpe, para después tendérsela a Sasha para que volviera a llenársela. Y aunque esta vez no se la bebió de golpe, sí dio un largo sorbo. Sabía que tenía que templar sus nervios, que no podía dejar salir todo lo que tenía dentro. Esa sensación tan rara que la hacía querer encararse con él y decírselo, para después cerrar el capítulo, y por otro lado sólo deseaba tumbarlo en su cama y hacerle el amor hasta que todo su cuerpo oliera a él.

No, no lo estaba pasando nada bien.

—No estás bien, ¿verdad, Valeria?

—No, Sasha. Creo que me he equivocado al venir contigo —soltó finalmente, sabiendo que no debía.

—¿Y eso por qué? —preguntó él dando un bocado a algo que cogió de uno de los platos.

—Sasha... —Valeria lo miró casi enfadada—, ¿de verdad necesitas oírlo?

—Creo que necesito oírlo de tu boca.

No, no era tonto y sabía que aquella mujer era lo bastante fuerte y atractiva como para que volviera a cometer la locura de enamorarse. De ahí que no hubiera dejado pasar la oportunidad de estar con otras mujeres, para no anclarse a Valeria. Desgraciadamente ella siempre ocupaba su pensamiento, aun estando con esas otras féminas para su deleite.

—Ya te lo he dicho, estoy cansada —zanjó el tema.

Y él supo perfectamente que estaba mintiendo. Lo peor de todo era que sabía muy bien lo que le rondaba por la cabeza, que era exactamente lo mismo que a él. Pero no sería él quien le hiciera decir cosas que no quisiera en ese momento a aquella belleza de mujer. Por ello cambió completamente el rumbo de la conversación e intentó conocer algo sobre su vida, que se relajara, que se sintiera cómoda con él en ese instante.

Habían terminado de cenar y sólo quedaban las dos copas de vino llenas. Sasha se levantó y cogió la suya, se la tendió a Valeria y ella se la bebió:

—¿Adónde vamos? —le preguntó.

—A ningún lado, a ponernos más cómodos. Si quieres, claro.

Ella asintió, dejándose llevar.

Sasha se descalzó para a continuación sentarse encima de la cama con las piernas cruzadas. Valeria lo siguió e hizo lo mismo, pero en su caso se tumbó con la cabeza a los pies del colchón, apoyada en una mano.

—Cuéntame sobre tu vida —le pidió Aleksandr.

—¿Qué quieres que te cuente? Mi vida no es tan interesante como puedas imaginar.

—No necesito que me cuentes una película de acción, sólo tu vida. Por qué te gusta disfrutar así, de tu familia, tus amigos...

Valeria comenzó a hablarle sobre su familia, por encima, contándole que era la mediana de tres hermanos y que menos su hermana mayor, los demás estaban fuera trabajando o estudiando. Que después de terminar la carrera entró a trabajar en la farmacéutica como becaria en su departamento, pero con empeño y ganas había conseguido estar al cargo y que en una de esas largas noches de trabajo un compañero con el que tonteaba de vez en cuando, la introdujo en el mundo *swinger*. Al principio la sorprendió mucho, sobre todo por el respeto y los códigos tan estrictos y también por la libertad a la hora de disfrutar del sexo. Aquel compañero desapareció de su vida porque se marchó a otro país y ella continuó yendo a esas fiestas, sola o con algún amigo con el que compartía sólo sexo. Desde entonces, se había enamorado un par de veces, que le salieron mal por culpa de sus gustos sexuales. En el fondo estaba convencida de que odiaban el hecho de que una mujer fuera libre sexualmente, que disfrutara sin complejos de su propio cuerpo. Estaba segura de que, si ellos follaban, eran de los que lo hacían fuera de casa y les ponía más ser adúlteros que gozar con su chica. De uno de ellos se enamoró demasiado...

Bebió un último sorbo de su copa de vino, que dejó luego en el suelo de la habitación:

—Y así, por encima, es mi vida.

—Yo fui por primera vez con mi exmujer —explicó Sasha—. Normalmente soy bastante más sexual que mis parejas, pero con Olya, casi al final de nuestro matrimonio, intentamos ver si hacer algo diferente nos salvaba. No, nos salvó, pero a mí me gustó disfrutar de esos momentos junto con la mujer a la que en ese momento amaba. Regresé solo alguna vez más y de nuevo me enamoré de una mujer, que, aunque no era libre de corazón, sí lo fue de cuerpo conmigo. Jugo, disfruté, compartió y nos divertimos, me enamoré y ella no. Pero no le tengo rencor.

—Sigues enamorado de ella, ¿verdad? —Valeria supo que aquél era el

momento.

—No he dejado de amarla, pero ya no duele. Aunque...

—¿Aunque qué? —Se acercó al hueco de las piernas de Sasha para posar su cabeza en él.

—No quiero volver a enamorarme, Valeria.

Al oír esa confesión, ella cerró los ojos y suspiró. Sabía que la respuesta que oiría, fuera una u otra, no le iba a gustar.

—A veces —continuó hablando con los ojos cerrados—, no puedes elegir de quién te enamoras, Aleksandr.

Comenzó a sentir las manos de él en su cabello, acariciándose, masajeándole el cuero cabelludo. En ese momento se sentía muy segura con él.

—Lo sé, pequeña *zapyast'ye*, por eso no quiero implicarme más de la cuenta. —El suspiro fue ahora de él.

—Qué mierda todo, ¿no? —Valeria abrió los ojos y se encontró con la fija mirada de Sasha en ella.

No hubo necesidad de decir nada más, él bajó lentamente la cabeza para posar sus labios en los de ella. Despacio, los dos se saborearon lentamente, sin el contacto que el sexo desbocado hace ansiar de tu pareja.

Valeria se colocó de manera que su rostro quedara frente al del Sasha y con las manos le acariciaba los brazos, se agarraba a ellos de manera casi desesperada. Él no se había movido de su postura anterior, con las piernas cruzadas, pero la sostenía y disfrutaba de la suavidad de sus labios contra los suyos, de su lengua jugando en su boca, del contacto de sus dientes en su carne...

Si no quería continuar, tendría que parar ya. Valeria lo volvía loco a solas, acompañado, lejos, cerca, en la mente...

—Valeria —separó su rostro, dejando un vacío entre ellos—, si no quieres continuar, me voy, sé que estás cansada... y contrariada.

—No, no te vayas. —Se levantó de la cama y se puso a horcajadas sobre él—. Quédate esta noche conmigo.

—¿Estás segura?

Ella respondió cogiéndole la cara entre las manos y acercando sus labios. Se unieron en un vaivén de caricias. Mientras, Sasha pasó las manos por la espalda de Valeria y las metió debajo de la ajustada camiseta que le servía de pijama. Acariciaba su piel y a la vez quería quitarle la prenda. Ella separó las manos y levantó los brazos para ayudarlo en su empresa.

Los pechos de Valeria quedaron libres justo frente a los ojos de Sasha. Pero no fue él quien los atacó, sino ella misma; le cogió la cabeza para ofrecérselos, dárselos en recompensa, regalárselos quizá como una promesa de lo que podrían crear juntos.

Sasha se acercó a uno de ellos y lamió con la punta de la lengua su pezón, duro, para tentarlo con los dientes. Lo apretó y estiró hasta que ella dejó escapar un gemido de placer.

—Necesito que tu piel toque la mía —dijo Valeria, agarrando con las manos la camiseta de él y levantándola por su torso hasta quitársela por completo.

Pegó su cuerpo al de Sasha y volvió a comer la esencia de sus labios con necesidad.

Entonces él tomó las riendas y la tumbó en la cama, bajándole los pantalones. La desnudó completamente, a la par que él se quitaba los pantalones vaqueros y la ropa interior. Sus manos acariciaron el perfil de su cuerpo, recorriéndolo centímetro a centímetro, mientras sus pieles se atraían como imanes.

—Pequeña *zapyast'ye*, tu cuerpo me vuelve loco.

—Mi cuerpo está a tu merced, pero necesito que me folles...

Sasha sonrió de lado y, tumbándola boca arriba, se tumbó sobre ella, con su pene en la entrada de su sexo. Cuando Valeria sintió la necesidad de moverse e introducir la polla de Sasha en su cuerpo, él comenzó a lamer y morder sus pechos, bajando despacio hasta su ombligo. Con sus grandes manos le separó las piernas, recorriéndola desde las ingles hasta las rodillas para que no

volviera a juntarlas. La abrió por completo a él. Su sexo expuesto mostraba su clítoris inflamado, rojo, esperando sus atenciones.

—¿Qué haces conmigo, Aleksandr? —se quejó ella.

—En la cama llámame Sasha. —Acarició ligeramente la entrada de su vagina—. Y sólo hago contigo lo que tú me pides.

—Pues fóllame, Sasha.

—Chist, pequeña *zapyast'ye*. Lo haré cuándo yo quiera. —Y luego introdujo dos dedos en su interior, notando cómo Valeria se revolvía en la cama con ansiedad.

El movimiento de sus dedos comenzó a acelerarse, entrando sólo en la oquedad de su sexo, sin tocar el clítoris. Haciendo así que las ganas de ella se convirtieran en una necesidad irremediable. Sabiéndolo, Sasha se inclinó hacia ella e inspiró su olor repleto de sensualidad y sexualidad a partes iguales, antes de aspirar con los labios aquel punto tan sensible.

Valeria tembló cuando sintió los labios de su compañero sexual en su clítoris. Su anhelo era tan grande que posiblemente no aguantara mucho más entre sus brazos. La lengua de Sasha lamió, siguiendo el movimiento de sus dedos en el interior de ella.

—Sasha... —suspiró con intensidad—, Sasha...

Se agarró con fuerza a las sábanas de la deshecha cama al notar cómo el orgasmo iba apoderándose de su cuerpo. Oleadas de sensaciones eléctricas comenzaban a fraguarse en su interior.

—*Otday mne* —le pedía él en su idioma natal que se lo diera, que le diera aquel orgasmo.

Y llegó a ella arrasando con todo y sintió los espasmos de aquella felicidad momentánea que aquel misterioso hombre le entregaba. Se sentía desmadejada por la rapidez con la que, con él, conseguía sentirse sexualmente activa cada vez que la miraba.

—Pequeña *zapyast'ye*, cuánto me gusta verte así. —Lamió su sexo antes de subir por su cuerpo y besarla.

Valeria respondió a aquel lánguido beso salado, degustando su propio sabor de la boca de Sasha.

—¿Ahora me follarás? —Le mordió el labio despacio.

—Ahora haré lo que me pidas y si eso deseas, eso te daré...

La colocó boca abajo y, poniéndose un preservativo, la penetró por atrás, sujetando con fuerza sus caderas para poder embestirla una y otra vez.

Valeria lo recibía de nuevo excitada, al sentir sus cuerpos unidos de nuevo. Disfrutaba de aquella experiencia una y otra vez. Necesitaba estar de esa manera con Sasha sin tener que dar explicaciones o ni siquiera pedir las.

Un apretón en las caderas le indicó que él estaba a punto de correrse y no se equivocó, un par de empellones más y se tensó, cayendo luego laxo a su lado.

Se quitó el preservativo antes de volver a coger a Valeria y besarla de nuevo en los labios.

—Imagino que ahora te dormirás mejor —susurró, besándole el hueco entre la oreja y el cuello.

—Seguro que sí. —Se abrazó a él.

—Tengo que irme a mi habitación —soltó Sasha de repente, saltando de la cama para ponerse la ropa.

Valeria lo miraba desnuda, sin saber qué hacer o qué decir. De nuevo comenzaba a sentir que se había equivocado al abrirse a Aleksandr.

—Bien —fue lo único que finalmente pudo articular.

—Mañana nos vamos y he de hacer la maleta. —Ya vestido, miró el móvil para asegurarse de que todo estuviera bien—. Genial, mañana a las once de la mañana regresamos.

—Perfecto. —Ella seguía en la cama, ahora tapada con la sábana.

—Que tengas buena noche, pequeña *zapyast'ye*. —Se acercó a ella y la besó, pero antes recogió los platos vacíos de la cena en el carrito y lo sacó al pasillo cuando se marchó.

Valeria se hizo un ovillo y comenzó a llorar desconsoladamente.

Al día siguiente regresaría a casa y todo debía cambiar. Acabar.

El viaje de regreso fue de lo más anodino, con Aleksandr pegado todo el tiempo al teléfono móvil. No lo dejó ni siquiera dentro del avión hasta que pidieron por los altavoces que se apagaran todos los aparatos electrónicos y se prepararan para despegar. En ese instante, viendo que no le quedaría más remedio que hablar con él, Valeria se hizo convenientemente la dormida. Cosa que no hubiera sido del todo rara, pues casi no había pegado ojo en toda la noche.

Poco después, cuando oyó que Sasha sacaba el ordenador para ponerse a trabajar, ella se puso los cascos y buscó cualquier cosa en la pantalla de su televisor del avión para entretenerse. No quería hablar con él. Todo se le estaba haciendo un poco cuesta arriba y pensaba que lo mejor era alejarse, si es que podía.

Cruzaron sólo las palabras justas, por el ensimismamiento de él en su trabajo y las pocas ganas de ellas de entablar conversación. Únicamente quería llegar a España para ponerse a trabajar en sus otros tres cometidos, pues esa última empresa le estaba quitando demasiado tiempo. Era posible que tuviera que pedir ayuda. Lo hablaría con recursos humanos al llegar a la oficina al día siguiente.

—Estás muy callada. —De repente Sasha se volvió para hablar con ella.

—Estoy cansada, Aleksandr. —Ni siquiera lo miró; estaba absorta viendo una serie que le encantaba.

—De acuerdo. —Él sabía que algo ocurría, pero continuó con su trabajo—. Por cierto, al llegar me tengo que ir directamente a la oficina. Tú puedes ir a casa si quieres.

Valeria miró su reloj y calculó la hora de llegada. Prefirió descansar antes de tener que enfrentarse a los millones de *mails* y el papeleo que la esperaban en su despacho.

—De acuerdo, yo me iré a casa. Cogeré un taxi.

—Ni hablar, ya aviso para que traigan un coche para ti. —Llamó a la azafata.

Aunque iban en *business*, aquella compañía aún no tenía wifi en todos sus vuelos, así que Sasha pidió que le pasaran un teléfono móvil de aquellos que cada llamada costaba un ojo de la cara. Pero ¿para qué era el dinero si no? Para gastarlo y punto. O eso era lo que Valeria pensaba que debía de pasar por la mente de Aleksandr.

—Solucionado. Te estarán esperando. —Se volvió, intentando que ella lo mirara.

—Gracias. —Valeria siguió sin apartar la vista de la pantalla.

Al final sí se durmió, tal vez en el segundo episodio que se puso. Sasha tuvo que despertarla suavemente cuando pidieron que los pasajeros se prepararan para el aterrizaje. Valeria notó una leve caricia en el rostro, que pensó que sería un cabello que le estaba haciendo cosquillas. Pero al sentir que era algo más duro, aunque suave, abrió los ojos de golpe, sobresaltada.

—Valeria, estamos llegando. Hay que colocarse bien —susurró Sasha.

—Sí, de acuerdo. Gracias —fue lo único que respondió, antes de darle al botón para que su asiento se pusiera en posición vertical y se asegurara el cinturón de seguridad.

Y de este modo los caminos de Sasha y Valeria se separaron en la cinta de equipajes. El de ella salió antes que el de él y, con un simple adiós, se marchó sin esperarlo. Quería llegar a casa, darse un baño y lanzarse a la cama hasta el día siguiente.

¿Qué si le pasaba algo?, se repitió ella. «Claro que sí, Sasha, me pasa y no quiero que me pase.»

* * *

Tal como preveía, su cuerpo sólo le demandó descanso después de su tan ansiada ducha. Avisó a sus padres de que ya estaba en casa y se lanzó encima del sofá, desde donde fue cambiando de canales, mientras intentaba que su mente se alejara de cualquier cosa que se pareciera, aunque fuera de refilón, a algo ruso. En esos momentos no lo necesitaba, ni mucho menos lo quería.

Un par de horas más tarde, su estómago comenzó a rugir de manera incontrolada. Sí, el hambre había hecho su aparición sin ser invitada, ganando por goleada al mismo cansancio.

Valeria se levantó sin ganas del sofá con destino a la cocina para ver qué podía encontrar en la nevera. La respuesta ya la tenía, nada, pero se dio el paseo igualmente. En los armarios no había ni unos tristes cereales que llevarse a la boca. Así que, con más pereza que otra cosa, fue a la habitación para cambiarse de ropa y bajar a tomar algo a la cafetería que estaba a dos calles de su portal. Al día siguiente se encargaría de hacer la compra *online*; de momento, cogió las llaves y el bolso y se marchó rumbo al lugar donde calmarían su hambre.

Miró el reloj por segunda vez, no hacía más de cinco minutos que el camarero se había marchado con su pedido. La bebida la tenía ya sobre la mesa, una cerveza, le apetecía algo sencillo, igual que lo que comía con... Sasha. Otra vez ahí estaba el ruso, menos mal que en ese instante, le llevaron la comida a la mesa. «¡Salvada!», se dijo, dándose cuenta de que su apetito era mayor que la capacidad que en ese instante tenía para pensar.

Terminó su plato, pagó religiosamente y, poniéndose el abrigo, decidió que tal vez era buen momento para pasear. No es que el tiempo fuera cálido, ni por asomo, pero por lo menos se comenzaba a vislumbrar que la primavera quería abrirse paso ante un invierno especialmente raro.

Se abrochó la cazadora y se colocó el pañuelo que llevaba al cuello de manera que el viento no la molestara demasiado. No hacía mucho, pero sí lo

suficiente para que no le apeteciera que la tocara demasiado. Después miró para el lado contrario al que debía caminar y se marchó en esa dirección; estaba oscuro, pero la gente caminaba bajo la luz de las farolas, ya encendidas. Su barrio siempre había sido bastante animado: las tiendas de toda la vida se mezclaban con los nuevos negocios de jóvenes diseñadores, cafeterías de estilos variados y algún que otro despistado que soñaba con triunfar poniendo un dispar lugar donde se vendían discos de vinilo y caras «B» de muchos cantantes.

Se dio cuenta, paseando, que hacía mucho tiempo que no se daba una caminata así, sólo por pasear y sin pensar en nada más que en ver cómo estaba cambiando el barrio. Como la vida, evolucionaba a pasos agigantados de un lado para otro, de una acera a la otra, en un punto y en otro...

—¡Valeria! —la llamó una voz conocida.

Se volvió y al otro lado de la acera se encontró a Lucas, el novio de Ruth, cargado con un par de bolsas. No vivían en este barrio, pero a veces iban a comprar algunas cosas que no encontraban en las tiendas del suyo.

Corrió para cruzar la calle y darle un par de besos:

—Hola, Lucas, ¿cómo estás? —preguntó.

—Pues no tan bien como tú. —Le guiñó un ojo—. Pero bueno, ya ves, comprando un par de cosas de la tienda esa italiana que le gusta tanto a Ruth. ¿Te vienes a cenar?

—No, acabo de tomar algo. He llegado hoy de San Petersburgo y estoy muerta. —Se colocó un poco mejor el fular—. Sólo quería dar una vuelta para estirar las piernas e irme a casa para hacer el amor con mi edredón de una manera loca.

El novio de su amiga se rio mientras dejaba las bolsas en el suelo y la abrazaba.

—Bonita, cuando quieras nos llamas un día y cenamos. No sé, o nos vamos de marcha —añadió con picardía.

—Vale, ya quedaremos un día. —Luego se despidió de él y le dio

recuerdos para Ruth.

Continuó caminando un rato más, las calles comenzaban a llenarse de gente que salía de sus trabajos y se marchaban unos para sus casas, otros a tomar algo y no pocos a las tiendas para comprar las cosas que necesitaban para su día a día.

Mientras paseaba, le llamó la atención un escaparate bastante curioso. Había algunas piezas de anticuario, mezcladas con objetos de decoración más modernos. No pudo evitar pararse y quedarse mirando durante largo rato cómo lo viejo combinaba con lo nuevo y cómo los dueños de la tienda habían hecho, además, magia con la iluminación. Tanta calidez...

—No lo vamos a comprar —dijo una voz masculina a su lado.

—¿Cómo que no? Si es precioso —dijo ahora la voz de una mujer.

Valeria se volvió simplemente por curiosidad. Eran una mujer morena de pelo abundante, rasgos muy marcados y delicado cuerpo y un hombre moreno de ojos claros, alto y muy guapo.

—Que no, Lorena, que no necesitamos otra lámpara más.

—Siempre estás igual Mark. Creo que en la entrada del hotel quedaría perfecta.

—Mira, lo pensaré, pero ahora vamos, que se hace tardísimo y hay que ir a por el enano.

Valeria no supo por qué se quedó mirando a aquella pareja, pero desprendían algo... ¿diferente? No sabía cómo describirlo, pero sintió paz a su lado, aun a pesar de que mantenían una ligera discusión sobre algo tan banal como comprar una lámpara. Estuvo a punto de preguntarles de qué hotel hablaban, nunca se sabía si podría necesitarlo para algún evento. Pero antes de que lo hiciera, ellos salieron corriendo cogidos de la mano hacia donde tuvieran que ir. Valeria sonrió antes de mirar ella misma su reloj y poner rumbo a su casa.

Continuó por aquella calle hasta desembocar en la que la llevaría a su domicilio, no porque tuviera frío, sino porque realmente le apetecía seguir con

su delicioso idilio con el sofá y el mando a distancia.

Se sacó la mano del bolsillo para buscar las llaves de su casa en el bolso. No le costó mucho encontrarlas, pues siempre las dejaba en el mismo sitio, en el bolsillo pequeño, donde debería guardar también el móvil. Éste era el que más problemas tenía para encontrar, porque se le perdía en el fondo del bolso... ¿El móvil? Había estado todo ese rato tan tranquila, sin que nadie la llamara, porque se lo había dejado en casa. Recordó que al coger el bolso lo dejó encima de la mesa del salón y ahí debía de seguir. Cerró los ojos y negó con la cabeza como si se echara la bronca a sí misma.

A punto estaba de entrar por la puerta del portal, cuando una voz la sobresaltó.

—¿Y a ti qué te pasa con mis llamadas?

Se volvió estremecida por el tono de voz con el que Sasha se había dirigido a ella.

—¿Perdona? —preguntó a su vez en tono enfadado.

—Siempre que necesito contactar contigo o quiero algo de ti, no te encuentro.

—Sasha, por favor, no estamos en horas de trabajo, por lo tanto, no tengo por qué cogerte el teléfono.

—Valeria...

—¿Qué querías? —lo cortó en tono seco.

—Hablar. —El movimiento de las aletas de su nariz indicaban que estaba tratando de contenerse.

—Subamos a mi casa, no quiero montar un espectáculo en la calle. — Suspiró—. Aunque me imagino que a ti te dará igual, siempre vas rodeado de guardaespaldas.

—¿A qué ha venido eso? —le enseñó el casco—. He cogido la moto y vengo solo.

—Vamos, subamos. —Pasó antes que él por la puerta.

Mientras esperaban el ascensor, la tensión, innecesaria e impuesta por

aquel encontronazo tan inesperado, se palpaba en el ambiente. Sasha pasaba el peso de su cuerpo de un pie al otro, nervioso. Valeria simplemente miraba las llaves que sujetaba entre los dedos, esperando que el ascensor llegara a su piso. Cuando lo hizo, caminó con parsimonia hasta su puerta y la abrió despacio. Dejó que primero pasara él y después la cerró.

Sasha fue directamente al salón y dejó el casco encima de la mesa. Luego cogió el móvil y, cuando Valeria llegó a su lado, después de quitarse el abrigo y colgarlo en el perchero de la entrada, con el bolso al lado, se lo mostró enfadado.

—¿Lo ves? ¡Seis llamadas perdidas! ¡Seis! —casi le gritó en la cara.

—Te repito que si no estoy en horario laboral no tengo por qué contestar. —Le quitó el teléfono de las manos y lo guardó en un lugar donde él no pudiera volver a cogerlo.

—Valeria, no me pongas más nervioso de lo que ya estoy.

—Bueno, ahora que ya estás aquí..., ¿qué coño quieres?

Sasha no le dio ninguna explicación, se acercó a ella y, agarrándola, la atrajo hacia su cuerpo. Valeria quiso separarse. Se dijo que no quería volver a tener nada con él, no quería seguir haciéndose daño.

—No vuelvas a no cogerme el teléfono. No vuelvas a hacerlo nunca.

Y bajó su rostro hasta la boca de ella, besándola con ansia, casi con miedo. Valeria notó cómo el cuerpo de Sasha temblaba al unir sus labios en aquel desesperado aliento compartido. Sintió que la sujetaba con fuerza por la nuca y la cintura. Sus brazos se cerraban sobre ella mientras su lengua la hacía suya una y otra vez.

—Sasha, ¿qué ha pasado? —Consiguió apartarlo un momento.

No respondió. Sólo sus acciones hablaban por él en ese instante. mientras se quitaba la camisa y hacía lo mismo con la de ella. La besaba con desesperación, la acariciaba con necesidad y sus ojos desprendían una intensidad que Valeria no había visto en muchos años en una persona. La hipnotizaban.

Sasha la agarró por la cintura para izarla. Ella rodeó la suya con las piernas para no caerse, mientras él caminaba en dirección a la habitación. Una vez allí, la dejó en la cama para, inmediatamente después, colocarse encima de ella. Volvieron a besarse mientras Valeria le acariciaba el pelo, la espalda... Él recorrió la piel desnuda de su torso con los labios hasta llegar a la cinturilla del pantalón y, sin pensarlo demasiado, se lo desabrochó para quitárselo sin más.

Valeria estaba tumbada en la cama, sólo con la ropa interior, cuando Sasha se separó de ella para desnudarse por completo, lanzando la ropa a un lado de la amplia habitación. Las prendas cayeron desperdigadas entre una silla del fondo y el suelo. Ella se incorporó para mirarlo, para deleitarse con el fibroso cuerpo de aquel ruso que, sin venir a cuento, estaba desesperado por poseerla.

Sasha regresó a su lado y se arrodilló entre sus piernas para quitarle la ropa interior. Se acercó a su sexo y simplemente lo olió, para después acariciarla con la nariz desde el monte de Venus al ombligo y luego morderle los pechos de manera ruda, arrancando un leve gemido de la garganta de Valeria. Mientras, ella seguía agarrando con fuerza las sábanas, más por anticipación que por necesidad.

Los labios de Aleksandr se posaron en el cuello de la bella mujer que estaba debajo de él. En ese momento sólo pensaba en hacerla suya, en entrar en su cuerpo...

—Sasha... Sasha. —Valeria lo sacó de su mundo y lo miró a los ojos—. Así no, ponte un preservativo.

Ni lo había pensado, simplemente quería sentirla, notarla, unirse a ella en un acto desesperado. Pero no se lo negaría. Se levantó de la cama para ir a por uno, pero ella se le adelantó y sacó un paquete del cajón de la mesilla. Se lo tendió para que lo cogiera y él así lo hizo. No tardó ni un segundo en ponérselo y penetrarla. Rápidamente, sin querer retrasar más el momento.

Cerró los ojos con fuerza cuando su pene entró por completo en el cuerpo de Valeria. La apretó contra sí sin moverse. Quería sentir la boca y la lengua

de ella contra la suya, necesitaba que estuvieran juntos. Todo había sido fruto de la desesperación, pero a Valeria no..., a ella no.

Notó las piernas de su compañera sexual rodeándole la cintura, animándolo a que se moviera dentro de ella. A que las embestidas se acompañaran de suspiros, gruñidos y que acabaran en gritos.

Valeria no tuvo que esperar mucho para que Sasha comenzara a moverse de la manera que ella quería contra su cuerpo; la penetraba con fuerza, sin miramientos; ella también estaba disfrutando. ¿Qué habría pasado? En ese momento no le importaba lo más mínimo, sólo quería sentir las embestidas de aquel hombre que la volvía loca.

Sasha no tardó mucho en correrse y caer desplomado sobre su cuerpo. Valeria le acarició el pelo, sin pedirle que saliera de encima de ella, a pesar de que era muy grande. Lo sentía respirar entrecortadamente: No, Valeria no se había corrido, pero le daba igual. Sabía que algo le pasaba y que se lo contaría...

—No te has corrido —le susurró Sasha al oído aún sin moverse ni salir de ella.

—No pasa nada. ¿Qué ha sucedido? —preguntó.

Pero no obtuvo respuesta, sólo el movimiento de la mano de él que bajaba entre los dos cuerpos y comenzaba a estimular su clítoris en el momento en que salió de su sexo. Sasha se movió lentamente y posó los labios donde antes estaba su diestra mano, para meter dos dedos en el cuerpo de ella, mientras su lengua se movía como un percutor... Con la boca de él, Valeria no tardó mucho en llegar al orgasmo, quedándose satisfecha y olvidando sus preguntas.

—Sasha —consiguió decir al cabo de un rato.

—Lo siento —susurró Sasha.

—¿Lo siento? —preguntó ella.

—No debí...

—¿No debiste qué? ¿Follarme? ¿Llamarme? ¿No darme explicaciones?

Mientras ella le preguntaba desorientada, Sasha recogía la ropa que estaba

desperdigada y se la iba poniendo. Valeria sabía que se marchaba y que de nuevo todo volvía al punto de partida.

¿Por qué?

El sonido de la puerta al cerrarse llegó acompañado de un frío helado que se le metió en los huesos. Se encogió desnuda entre las sábanas, sintiendo que se le erizaba la piel. No hacía una noche especialmente desapacible, pero por alguna razón tenía ganas de tiritar. Su cuerpo aún estaba repleto de él, de su saliva, de sus marcas en los hombros, de su olor.

No quería que sucediese de nuevo, pero él, su olor, su acento arrastrando las eses y esas erres suaves en su oído la volvieron a convencer.

Era un problema, los dos sabían que lo que estaban haciendo sería una complicación.

Ella simplemente volvió a envolverse en el edredón que calentaría su desnuda piel en la cama.

—Buenas noches, Aleksandr. —Apartó el envoltorio del preservativo, que quedó bajo la almohada, y se durmió agotada.

Ahora todo debía cambiar, ella debía cambiar.

Algo había pasado desde aquella noche.

Dos semanas después, Valeria no sabía absolutamente nada de Aleksandr, si bien era cierto que ella misma había tenido que viajar un par de veces para resolver algunos asuntos de las otras empresas de las que se encargaba y trabajar intensamente para encontrar a un par de personas que pudieran ayudarla con todo lo que se le estaba acumulando en la oficina.

Al principio no dejaba de darle vueltas a lo ocurrido aquel día en su cama, en su casa. Pero viéndose desbordada por la situación, creyó que lo mejor que podía hacer era simplemente trabajar...

No fue nada fácil, pero tener que irse de la ciudad un par de veces para visitar a los delegados de las otras empresas y ver lo que necesitaba para un par de eventos, la ayudó a no dejarse llevar por el cúmulo de sentimientos encontrados.

Miró el teléfono de nuevo y la sensación que tuvo fue la de querer escapar. Quedaban dos semanas para el gran evento de San Petersburgo y Aleksandr no sabía nada de nada. Ella ya lo tenía todo preparado para que su llegada fuera ágil, rápida y directa y que todo estuviera a punto. Las invitaciones ya estaban todas contestadas, las habitaciones de hotel repartidas, los detalles de cortesía revisados y la sala perfectamente acondicionada. No tenía ningunas ganas de ir, pero no le quedaba más remedio que trabajar...

—Hola —cogió el teléfono sin mirar quién era.

—Estimada señora, hoy es viernes, toca cena y chuza —dijo la voz de su amiga Ruth.

—No tengo ganas, en serio. —Valeria suspiró—. Estoy agotada.

—¿Acaso es culpa de un guapo ruso?

—Sí, es su culpa. Pero no de la manera que te imaginas. Llevo sin verle dos semanas. —Valeria se levantó de la silla de su pequeño despacho y miró por la ventana.

—Ups, pues sí que va a ser que te has pillado —soltó su amiga.

—No lo sé, Ruth. Sólo sé que estoy jodida y que es posible que deje el trabajo —soltó de golpe.

—Cariño, no seas impulsiva. Si el tío te gusta y pasa de ti, podemos arreglarlo a base de mojitos y lo que sea. —Paró para tomar aire—. Pero los trabajos no salen de debajo de las setas y no sé yo si...

—Es probable que lo que haga sea descansar y replantearme muchas cosas.

—¿Tan fuerte te ha dado? —preguntó Ruth.

—Es que tengo muchas dudas.

—Pues ante la duda, la más tetuda —rio de golpe su amiga, intentando arrancarle una sonrisa.

—¿Lo ves? Ésa tampoco soy yo —dijo Valeria con una sonrisa forzada, mirándose los senos.

—Ni que estuvieras descalza —replicó, haciendo referencia al tamaño de sus pechos—. Anda, vamos a quedar y así por lo menos si ves a un tío bueno te lo tiras.

—Pues mira, no diría que no, pero...

Colgó después de despedirse y pensando que era una imbécil de manual si no cerraba ya el capítulo de Sasha y conseguía volver a ser la chica libre y sin remordimientos que había sido a la hora de tener relaciones sexuales con otros hombres. Debía borrarse al que ahora era su jefe de la cabeza.

Otro mensaje la despertó, era su otra amiga Amelia, que le decía lo mismo que Ruth para quedar. Era viernes...

Valeria pretendía salir antes del trabajo, dejando un par de cosas pendientes que ya acabaría el lunes a primera hora y varias llamadas para entrevistar a algunos candidatos para el puesto que necesitaba. Finalmente, se

levantó de la silla y cogió su bolso dispuesta a salir corriendo de allí. Al abrir la puerta, sintió que alguien la estaba mirando desde el otro lado del pasillo, se volvió hacia allá mientras esperaba el ascensor, que se encontraba frente a su despacho y vio que era Aleksandr. En ese momento el ascensor llegó a su planta y se abrió la puerta, Valeria entró sin mirar atrás.

—No, Sasha, así no funcionan las cosas —dijo en voz baja, mientras se echaba hacia atrás suspirando, dejándose caer contra la pared del ascensor.

Sonó su móvil de nuevo, era un mensaje. Lo miró y se encontró con un «Lo siento» de Sasha. Ni siquiera lo abrió, guardó el móvil y puso rumbo a su domicilio esperando que él no la molestase, como había ocurrido otras veces.

* * *

Cuando llamaron al interfono de su domicilio, tenía claro quién era. Mario la había llamado para decirle que iría a recogerla con su taxi y así no se gastaban una pasta. De modo que cogió su cazadora de cuero, a juego con el vestido corto ajustado que llevaba, de gran escote, y bajó corriendo la escalera, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Ese pibón! —gritó Mario por la ventanilla bajada del taxi.

—¿Dónde? —Valeria se hizo la loca, mirando a un lado y a otro.

—Venga, sube rápido, que no llegamos. —Mario abrió la puerta del vehículo y se echó un lado después de plantarle dos besos—. ¡Guau! Estás guapísima. ¿Vestida para matar?

—Bueno, para matar no sé, pero para ver si puedo pillar algo, sí. —Y se echaron a reír.

Si bien hubo una vez en que los dos tontearon más de lo que estaría considerado normal para unos amigos, nunca llegaron a acostarse, ya que antes de que eso sucediera se dieron cuenta de que sólo sería sexo y que lo que tenían como amigos era mucho más importante que lo que podrían haber compartido en horizontal.

—Pues a más de uno se le van a ir los ojos a cierta parte de tu anatomía. —
Mario señaló cómicamente sus pechos.

—Es como respuesta a un pequeño comentario de Ruth. —Le guiñó un ojo
—. Cuando me vea se partirá de risa.

—Bueno, no sé si se partirá de risa, pero como Lucas mire más de lo
normal, verás tu...

Valeria comenzó a carcajearse. Si él supiera...

* * *

Llegaron los primeros, así que entraron en el local sin esperar a sus amigos
y pidieron la primera caña. Sabían que esa vez serían uno más, pues al parecer
Amelia comenzaba a salir con un chico y le apetecía que su grupo de amigos
lo conociera, para así no tener que ir presentándoselo a unos y otros por
separado.

—¿Cómo será? —se preguntó Mario.

—¿Cómo será quién? —le respondió Valeria.

—Pues el ligue de Amelia. No sé, me lo imagino de esos repeinados, con
pantalón chino y polo. —Hizo una mueca.

—Querido mío, cuando nos conocimos, tú eras uno de éstos —le señaló
Valeria.

—Sí, pero me reconvertí en lo que soy ahora: un pedazo de *híster* del
copón —se defendió.

—Que lleves gafas de pasta y una barba bien cuidada no te hace un *híster*.
—Le revolvió el pelo.

—No tienes idea de moda, como a ti te van los que llevan traje de más de
mil pavos —replicó él.

—Eres un gilipollas. —A Valeria no le sentó nada bien la broma.

—Lo siento —Mario le cogió la mano—, no pretendía...

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!

Lucas y Ruth acababan de llegar y despejaron un poco el ambiente saludando a unos y a otros antes de tomar asiento alrededor de la mesa y pedir algo de beber.

—Uy, aquí ha pasado algo. —Ruth miró a sus amigos.

—Nada que no se pueda solucionar con un beso. —Mario le dio un beso en la mejilla a Valeria.

—Ha dicho una gilipollez, pero ya está.

—¿A que tenía que ver con un tío de un lugar frío? —preguntó Lucas, recibiendo un movimiento de cabeza afirmativo por parte de Mario.

—Bueno, pues nada, que traigan vodka para todos —rio Ruth.

—Lo dicho, todos sois gilipollas —se defendió Valeria.

—Ante la duda, la más... —Su amiga señaló su escote y le guiñó un ojo.

Poco después llegó Amelia con su chico, que no era nada de lo que ellos esperaban, sino más bien todo lo contrario. Un poco desaliñado, con pinta de despistado, pero muy amable con todos y un sentido del humor inteligente y cortés.

La noche se alargó más de lo que a Valeria le hubiera gustado y el nivel etílico también fue de los que, como poco, a la mañana siguiente le daría mucha sed. Así que en medio de la calle, cuando estaban yendo a otro local, decidió decir que se marchaba.

—¡Ah no! Si tú te vas voy a tener que irme yo, que compartimos taxi. —Mario la cogió por la cintura y se la echó al hombro como si fuera un saco de patatas.

—¡Bájameeeeeee! —se quejó Valeria—. ¡Me dan miedo las alturas!

—Sólo mido uno ochenta y cinco, no seas tan quejica...

No paraban de reír por la calle, tratando de conseguir que Valeria se quedara a tomar la última copa.

—Va, venga —lo intentó Amelia—. Hacía tiempo que no nos veíamos y lo estamos pasando muy bien.

—Eso, eso, a pasarlo bien —dijo Lucas, metiendo mano a su chica, que se

hizo la ofendida.

—Vale, bájame, pero yo ya no bebo más alcohol, que voy fina...

Todos aplaudieron al escuchar su decisión y Mario la bajó de su hombro, ayudándola para que no se hiciera daño.

—Oye, me han dicho que en el hotel ese que te gusta tanto —Amelia se dirigía a Ruth— han abierto una terraza de invierno. Está aquí al lado, podríamos ir a verla, ¿no?

La decisión fue unánime. Ni siquiera se oyó un pero, sin embargo, después de caminar unos cinco minutos por la fría noche, se quedaron un poco chascados al ver que había cola para entrar. Aunque gracias a los contactos de Valeria pudieron saltársela y entrar sin problema en uno de los reservados.

La terraza de invierno era la misma que todos los años abrían en verano para tomar copas, en la última planta del hotel, pero ahora estaba toda acristalada y tenía estufas exteriores para aclimatar un poco el ambiente. Una vez sentados en su reservado, los amigos empezaron a divertirse de lo lindo, bailando y disfrutando con el ambiente del sitio. Sí, era algo tarde, pero a los ojos cansados de Valeria, parecía que a todos ellos les hubiesen puesto café en las venas, pues estaban pasándolo francamente bien. Ella tenía muchísimas ganas de marcharse a casa, pero le había prometido a Mario que se quedaría. Sabía que eso sería mentira, él también lo sabía.

Sin llamar mucho la atención, Valeria se marchó al servicio. Para su tranquilidad, se encontraba al otro lado de la terraza y cerca de la puerta de salida. En realidad, no fue al servicio, sino que salió directamente por la puerta y cogió el ascensor en dirección al vestíbulo del hotel despidiéndose a la francesa, o sea, sin decirle adiós a nadie. Ya mandaría un mensaje al grupo del móvil para avisar de su partida.

El ascensor no tardó mucho en llegar y lo hizo lleno de gente que quería tomarse algo, fue gracioso verse luego bajar sola en él. Se miró al espejo un par de veces, tratando de retocar un poco su aspecto, recolocándose el pelo y la chaqueta de cuero que había recogido en el guardarropa. Cuando se abrió la

puerta del ascensor, después de que una voz metálica anunciara que estaban llegando a la planta baja, Valeria se dispuso a salir e ir en busca de un taxi que la llevara a su casa.

Cuando las puertas comenzaron a abrirse, sus ojos no podían creerse lo que estaban viendo. Por un instante pensó que el cansancio le estaba jugando una mala pasada.

—¿Va a salir? —El portero la hizo despertar de su ensoñación.

—Sí, discúlpeme.

Salió a la planta baja sin apartar la mirada de la escena que tenía delante. Tal despiste tenía, que al empezar a caminar tropezó y cayó encima del guardia de seguridad, que, atento a todo, la sujetó con delicadeza.

—Tenga cuidado, ¿quiere que le pida un taxi?

Debió de pensar que estaba bebida, pero en realidad hacía mucho rato ya que se le había pasado el efecto de las tres copas de vino y el combinado que se tomó antes de llegar allí.

—No, tranquilo. Me he tropezado por despistada —sonrió—. Gracias.

Se recompuso y se apartó ligeramente de la puerta del ascensor, dejando que la gente subiera en él. Desgraciadamente para ella, la escena no había cambiado lo más mínimo. Allí estaba Aleksandr, caminando hacia la recepción y recibiendo las atenciones de una mujer a la que antes estaba besando apasionadamente. Posiblemente iba a recoger la llave de una habitación.

«¿Qué es esto? —se preguntó Valeria—. Hacía unas semanas estábamos juntos en la cama y ahora... ¿Ahora qué Valeria? ¿Ahora qué? Sólo era sexo...»

Estaba totalmente paralizada. Sus pies no respondían a sus órdenes, aunque sólo quería salir corriendo de aquel lugar. ¿Estaba condenada a encontrar a Sasha todas las veces que quisiera olvidarse de él? ¿Acaso la estaba persiguiendo? Necesitaba salir de allí, necesitaba marcharse...

Finalmente, sus pies comenzaron a responder a sus órdenes y, caminando en

dirección a la salida, casi a trompicones, llegó a la puerta del hotel, donde le pidió al portero que le consiguiera un taxi lo antes posible.

Su mente seguía perdida en aquella imagen en la que Sasha y aquella mujer despampanante se besaban apasionadamente, antes de pedir la llave de su habitación. «Su habitación.» Esas palabras resonaban dentro de su mente una y otra vez. Estarían ahora mismo a su espalda, esperando el ascensor para disfrutar de una noche de sexo. De una noche que podría haber sido de los dos...

«¡Olvídate, Valeria! No hay un “los dos”, ni un “juntos”, ni un nada», se gritó mentalmente, antes de notar que una mano le tocaba el antebrazo.

Se volvió pensando que sería el portero del hotel para decirle que ya tenía el taxi, pero cuando se dio la vuelta, allí estaba él, allí estaba Sasha, que la miraba con intensidad.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó él suavemente.

—Hola, Sasha, qué casualidad. ¿Has venido a tomar una copa? —mintió descaradamente, dirigiendo su mirada a la mujer que esperaba dentro.

—¿Quieres que te responda?

Ella negó.

—Está claro que no, pero no entiendo por qué has venido a decirme nada —lo enfrentó.

—Te he visto y he pensado que era demasiado tarde para que te marcharas sola a casa.

—Disculpa, ¿a qué viene ahora ese instinto tan protector? —le soltó.

—Siempre me he preocupado por tu bienestar —contestó él sin más.

—Aleksandr, te están esperando para subir a la habitación. Pásalo bien y déjame en paz.

Se dio la vuelta sin dejar que él pudiera contestarle; su taxi ya había llegado y lo mejor que podía hacer era marcharse a su casa. Y eso fue lo que hizo, entrar en el vehículo sin volver la vista atrás en ningún momento. No era hora de lamerse las heridas, ya lo haría en su casa, bajo el calor de su

edredón. Allí y sólo allí se daría el gustazo de llorar por haber empezado a sentir algo que sabía que nunca sería correspondido.

Su teléfono móvil comenzó a sonar una y otra vez. Las llamadas de sus amigos se mezclaban con las de Sasha, así como los mensajes. A ellos, a sus amigos les envió uno diciéndoles que se marchaba, que estaba cansadísima y que al día siguiente podrían quedar para tomar unas cañas. A Sasha le cortaba las llamadas, a ver si así se daba por enterado. No necesitaba hablar con él esa noche. No quería ninguna explicación. Ella y él no eran nada para que Aleksandr tuviera que darle ninguna explicación.

No quería...

Tardó poco en llegar a casa. Mucho menos en subir la escalera corriendo para ya, en el interior de su hogar, lanzar el teléfono móvil contra el sofá. Su intención no era romperlo, pero sí desahogar su rabia y su furia contra sí misma. La culpa no era de él, era de ella por sentir cosas que no debía.

Se sentó en el sofá y se echó a llorar, sintiéndose la mujer más gilipollas de todo el planeta Tierra. Sí, se había enamorado de una persona que nunca le había prometido nada, que nunca le dio ninguna esperanza más allá de convertirse en una más en su cama. Era verdad que se llevaban bien y tenían una química sexual innegable. Pero también era cierto que, a pesar de las confidencias y los buenos momentos, nunca recibió nada más que lo que compartían. Sexo.

Cuando consiguió dejar de llorar, puso rumbo a su dormitorio a medida que iba quitándose la ropa. Bajo el edredón, finalmente pudo conciliar el sueño, después de que su cabeza despejara todas las razones por las que no debía sentirse como una idiota. No, ya no sería más la idiota que esperaba que Sasha estuviera pendiente de ella en todo momento.

No.

Se acabó.

Debía pensar en ella misma y olvidar lo que sus sentimientos estaban haciendo con su vida.

Se equivocó una vez enamorándose de alguien que nunca la comprendió.
Ahora no quería que fuera de alguien que no la quería, aunque la entendiera.

Se acercaba el día del evento en San Petersburgo.

Nada había cambiado en el entorno laboral de Valeria. A Sasha sólo lo había visto un par de veces, una de ellas en su despacho, para presentarle resultados sobre una de las empresas de las que era directora de marketing y la otra en un ascensor los dos solos. Allí, él quiso hablar con ella, pero Valeria se mantuvo en su papel de perfecta empleada, hablándole sólo de temas laborales. Para asombro de él, que intentó un acercamiento y se topó con la frialdad de ella.

Aleksandr sabía que se había portado como un gilipollas.

En realidad, no lo sabía, lo corroboraba. En vez de dejarse llevar por todo lo que estaba comenzando a sentir por Valeria, trataba por todos los medios de alejarse de ella. La situación tan estresante a la que estaba siendo sometido finalmente la ahuyentaría. Aunque quizá lo mejor fuera que Valeria viviera su propia vida y se olvidara de que un día estuvieron juntos. Era bonita, inteligente, fuerte e intuitiva. Además de una gran profesional, que estaba llevando a cabo su trabajo de manera resolutiva y con grandes resultados. Realmente se estaba comportando como un imbécil, no quería hacerle daño, pero era totalmente consciente de que se lo estaba haciendo.

Suspiró un par de veces antes de llamar a la puerta del despacho de Valeria, quería que la relación entre ellos fuera un poco más distendida. Tendrían que verse en aquel viaje, en aquella estúpida fiesta de una empresa que nunca quiso y que compró por amor a alguien que nunca lo quiso a él. Y en aquel momento se dio cuenta de que aquél no era su mundo y decidió que cerraría aquel tipo de historias que no iban con él. No se lo diría a nadie, no le

hacía falta el dinero, no necesitaba nada que viniera de allí. No era su entorno. Hablaría con Valeria cuando acabara todo. Cerraría ese capítulo y empezaría a plantearse otras cosas cuando todo se tranquilizara.

Llamó a la puerta un par de veces y entró sin esperar a que le dieran permiso. Valeria estaba al teléfono, hablando en inglés bastante enfadada. Por la conversación y por el contexto, Sasha entendió el enfado de ella. Pero al parecer su expresión irritada fue a más cuando lo vio a él entrar por la puerta sin respetar su intimidad, aunque el despacho y todo el edificio fueran de su propiedad.

Levantó una mano dándole a entender que esperara un momento, que colgaría en un segundo. Y eso fue lo que ocurrió, colgó el teléfono y le dijo:

—Aleksandr, ¿qué quieres? —Su tono era bastante seco.

—Necesito que hablemos. —Se sentó en la silla de enfrente de ella, no sin antes cerrar la puerta con pestillo.

—¿Para qué cierras? —Valeria se enfadó un poco más.

—No quiero que nos interrumpan.

—¿Vienes a echar un polvo y luego irte? Tengo la regla —le soltó.

—Creo que estás siendo un poco desagradable. —Sasha no cambió su tono de voz.

—Sí, efectivamente estoy siendo desagradable.

—Quiero disculparme por lo del hotel. —Se sentó en la silla y cruzó las piernas intentando aparentar una calma que no sentía—. No pasó nada aquella noche.

—Gracias por la información, Sasha, pero no era necesaria. Y ya que estamos con confesiones, yo me marché porque me esperaba alguien en su casa —mintió descaradamente y sin saber por qué.

Notó como el rostro de él se congestionaba por la confesión, algo que la hizo sentirse bastante bien.

Sasha respiró hondo un par de veces antes de responder. Esa confesión por parte de Valeria lo había pillado desprevenido y, aunque no esperaba que le

fuera fiel, había confiado en que ella sintiera lo mismo que él.

Pero ¿qué era lo que él sentía? Lo sabía y no quería aceptarlo. No, porque le dolía.

—Espero que lo pasaras bien. Yo no dejé de pensar en ti —confesó.

—Me gustaría creerlo, Sasha... —Bajó la vista, intentando armarse de valor—. Si has venido a esto, mejor será que te marches.

Valeria se levantó de su silla con intención de encaminarse hacia la puerta para correr el pestillo. Quería que se marchara de su despacho ya, necesitaba no estar en un espacio tan pequeño con él. Pero al pasar por su lado, Sasha la cogió de la muñeca parándola en seco. Después se levantó y sin decirle absolutamente nada, abordó sus labios.

Al principio, tomada por asalto, Valeria se quedó inmóvil por la sorpresa y la necesidad de volver a sentir su boca asaltando sus labios, pero pasados unos segundos levantó las manos para ponerlas entre sus cuerpos y apartarlo.

—Valeria...

—Vete, Sasha. —Se llevó la mano a los labios, hinchados por el largo beso.

—Esta noche deja que te recoja en tu casa y...

—Y nada, Sasha. —Notó que empezaba a temblar—. Esta noche nada. Vete. ¡Vete!

Desconcertado por la respuesta y el tono de Valeria, él mismo abrió la puerta y salió del despacho sin decir nada más. Se encaminó al ascensor para bajar al sótano y marcharse con su coche a donde pudiera despejar un poco la mente e intentar serenarse, para manejar la situación en la que estaba metido.

No tomaría ninguna decisión trascendental hasta tener bien atados todos los temas. Arrancó el vehículo y salió del edificio a toda velocidad.

Valeria aún estaba tratando de volver a respirar de manera normal después del asalto que acababa de recibir por parte de Sasha. No podía decir que no se lo esperase, pero después de haberle hablado de manera tan fría y lanzarle a la

cara una de las mayores mentiras que nunca hubiera necesitado decir, el beso la pilló desprevenida.

Esta noche sería ella quien le diera una sorpresa. La última, para cerrar aquella historia en la que estaba siendo una protagonista indeseada.

* * *

Sasha aún estaba decorando su nueva casa y tenía algunas de las cajas sin abrir. Si bien podía haber contratado a alguien que le hiciera el trabajo, esas cosas eran las que lo hacían volver a tener los pies en la tierra. Necesitaba lo que hacía el resto de la gente, abrir las cajas con sus pertenencias, colocarlas, encontrar cosas que había olvidado y tirar otras que ya no quería volver a recordar.

Si bien era cierto que todo lo que tenía en la otra casa no le iba a caber en aquélla y que había regalado o donado muchas cosas, otras muchas estaban aún en un guardamuebles, a la espera de ser colocadas o quién sabía qué.

Paseó por el salón descalzo, sentir el frío suelo le hacía pensar en la época en que su familia no tenía más que un poco de comida para él, sus padres y mucho amor. Cerró los ojos recordándolos con cariño, hacía mucho de su muerte, pero aún estaban dentro de él como si nunca se hubieran marchado. Andréi y Ekaterina... Volvió a abrir los ojos cuando el sonido de su móvil reclamó su atención. Caminó despacio hacia él, que estaba encima de la mesa, y se sorprendió al ver de quién recibía la llamada: Valeria.

—Valeria —respondió sin saludar.

—Aleksandr —contestó ella a su vez.

—¿Ocurre algo? —Se preocupó al oír su tono de voz.

—Nada, simplemente te quería preguntar si puedo ir a tu casa en media hora.

—Sí, sin problema. —Suspiró aliviado—. ¿Tienes la nueva dirección?

Él se la dio y ella colgó.

—¿Qué ocurrirá? —se preguntó él en voz alta.

Por un instante pensó que Valeria quería aclarar las cosas, tal vez hablar con tranquilidad y que así pudieran relacionarse de manera mucho más distendida que en la oficina. Sí, hablaría con ella y le pediría tiempo, quizá eso hiciera que todo pudiera ser más fácil.

Subió la calefacción. Él podía soportar aquella temperatura, pero estaba seguro de que ella pasaría frío.

Valeria no quería conducir y llamó un taxi. Recordaba que Aleksandr se había cambiado de casa, pero no conocía dónde estaba la nueva. Si lo hubiera sabido, se habría presentado sin avisar, contando con que estuviera solo.

Se arregló con mucho cuidado para su «no cita». Se puso una ropa interior de la que pedía directamente sexo a gritos, ligero y medias incluidos. Perfectamente depilado su sexo y destilando sensualidad, se puso el abrigo sin nada más debajo. En el bolso metió preservativos. Una última vez para intentar borrar a Sasha de su cabeza.

Algo nervioso sin entender por qué, Sasha daba grandes zancadas de un lado a otro de su casa. Intentaba colocar un par de cajas donde molestaran algo menos, pero era una verdadera tontería, ya que estaban en habitaciones totalmente vacías. El salón, la cocina y su cuarto estaban listos, pero las otras tres habitaciones aún se encontraban sin amueblar. Estaba removiendo de nuevo el contenido de una de las cajas cuando sonó el timbre del portal; el conserje ya no estaba en su puesto, pues era tarde, así que abrió él directamente. Respiró hondo un par de veces antes de volver a mirarse al espejo. No sabía por qué, pero quería tener buen aspecto para ella. Tenía una extraña sensación ante esa conversación. Se echó de nuevo el pelo hacia atrás y se atusó la cuidada barba. Llamaron a la puerta. Abrió y se encontró ante una deliciosa criatura, con las mejillas algo rojas por el frío exterior.

—Pasa —le ofreció sin dilación

—Gracias. —Ella se quedó en la entrada—. Se ve grande y espaciosa —comentó sobre la casa como algo de lo más natural.

—Menos grande que la otra, pero para mí es más que suficiente. Hay que dejar atrás las cosas viejas —añadió, intentando crear un ambiente distendido y dándole a entender que quería olvidar los malentendidos entre ellos.

—Me parece muy bien, Aleksandr.

Él frunció el cejo. Valeria sólo lo llamaba por su nombre completo en el trabajo.

—¿Te quieres quitar el abrigo? Podemos pasar al salón y tomar algo.

—¿Hay alguien más en la casa? —preguntó, algo azorada por dentro, pero manteniendo una actitud fría a ojos externos.

—No, sólo viene alguien que me ayuda por la mañana. Me gusta vivir tranquilo.

Se acercó a ella al ver que se desabrochaba los botones del abrigo largo, para ayudarla a quitárselo, pero enseguida se paralizó, sin entender nada. Cuando aparecieron sus hombros desnudos, dudó en seguir ayudándola, pero enseguida vio que sólo llevaba la ropa interior. Un sostén sin tirantes de color negro, unas diminutas braguitas, liguero, medias y zapatos del mismo color.

—¿Qué es esto, Valeria? —preguntó. Más por sorprendido que por otra cosa, pues le encantaba lo que veía, pero no lo comprendía.

—Ropa. He querido venir ligera, teniendo en cuenta cómo acabará la noche.

—¿Y cómo crees que acabará la noche? —La miró desconcertado.

—Ya se verá. —Caminó hacia lo que pensó que era el salón, sin equivocarse—. ¿No me vas a ofrecer nada de beber?

Sasha sintió cómo su sexo se ponía duro involuntariamente, mientras admiraba cómo el paso sensual de ella hacía que su culo se moviera de manera deliciosa, embriagadora. Le daban ganas de follarla sin compasión. Pero estaba convencido de que en aquella ecuación fallaba algo...

Con dos copas de vino en la mano se acercó a Valeria, recostada a medias en el sofá, mirando a Aleksandr, que se sentaba en el que estaba frente a ella. Respiró fuerte y dijo:

—Podríamos jugar a un juego. —Bebió de su copa, insinuante.

—¿A qué juego quieres jugar, Valeria? —Sasha apoyó los codos en las rodillas y la cabeza en las manos.

—Nos hacemos preguntas el uno al otro y si no las respondemos nos quitamos una prenda de ropa.

—¿Estás bien, pequeña *zapyast'ye*?

—Mejor que nunca, Aleksandr... ¿Quién empieza?

Se incorporó y dejó la copa de vino encima de la mesita que tenía delante. Caminó despacio hasta llegar a la altura de Sasha y, colocándose a su espalda, le puso las manos en los hombros y acercó su boca a su oído.

—Vamos a jugar, Aleksandr...

Le cogió la cabeza y la echó hacia atrás, dejándolo recostado en el sofá mientras ella le mordía sus labios suavemente en aquella extraña postura. Cuando se los soltó, lamió despacio donde sus dientes le habían dejado marca.

—De acuerdo, pequeña *zapyast'ye*. —Si bien era consciente de que aquel cambio de actitud de Valeria no era muy normal, sus instintos lo instaron a seguir. Con ella no podía decir que no, ella era...

—¿Sigues enamorado de esa mujer?

Ahora se colocó entre sus piernas, sentándose en la mesa donde antes había dejado la copa de vino.

—Valeria...

—Si no quieres responder has de...

—No, ya no sigo enamorado de ella. —Se colocó bien en el asiento—. ¿Tú estás enamorada?

Valeria sonrió fríamente cuando acercó las manos a uno de sus zapatos. Iba a quitárselo cuando Sasha se adelantó y la sujetó por la muñeca. Si iban a jugar, jugarían bien. Negó lentamente con la cabeza de un lado a otro, sería él quien decidiera qué prenda debía quitarse. Ella se echó hacia atrás, abrió las piernas y dejó caer los brazos a los costados, esperando indicaciones. Con la mirada, Sasha le indicó la parte de arriba.

—El sostén —ordenó.

Valeria llevó sus dos manos a la parte delantera del sujetador y, con un rápido movimiento, se lo desabrochó, lo recogió y lo dejó a un lado.

Sasha miró sus pechos, tenía los pezones erectos, listos para las acometidas de su boca, que llegarían en breve.

—¿Seguimos? —Valeria se irguió, notando su mirada en su cuerpo.

—¿Eso es una pregunta?

Ella se mordió los labios.

—¿Podrías amar a otra mujer? —soltó Valeria, antes de que él no quisiera seguir.

Sasha entendió que el juego iba a tornarse peligroso si empezaba a responder a según qué tipo de preguntas. Pero no tenía nada que perder, ya tenía decidido qué haría cuando solucionara sus problemas.

—Sí, podría volver a amar a una mujer.

Valeria sintió como su estómago se encogía. No sabía si eso era lo que quería oír de labios de él o lo que necesitaba era que le dijera que quería estar con ella.

—Valeria, ¿quieres seguir?

—Aleksandr, deja de hacer preguntas tontas, que hacen que pierdas tu turno de juego.

—No, no. —Se colocó mejor en el sofá, su erección lo molestaba—. ¿Quieres seguir jugando conmigo?

Ella volvió a sonreír. Estaba claro que no contestaría a ninguna de las preguntas que él le hiciera. Eran sus reglas, sus normas. Valeria lo instó con los ojos a que decidiera la prenda que debía quitarse. Él movió una mano, señalando con lentitud el ligero. Quería dejarla sólo con los tacones y las medias, le encantaba esa imagen tan fetichista. Su pene lo estaba volviendo loco, quería entrar en ella inmediatamente.

Casi sin moverse, Valeria se desabrochó esa prenda y la dejó caer junto con el sostén.

—¿Querías tener alguna oportunidad conmigo? —soltó ella.

—Podría responder, decirte que ya la tengo, pero no lo haré... —dijo Sasha.

Se quitó la camiseta, dejando al aire su torso.

A Valeria estaba costándole mucho seguir con el juego, si por ella fuera, se lo estaría follando ya. Terminando con aquello y dejándolo tal como ella tenía pensado, pero le costaba. Le costaba hacerse la dura con el hombre del que estaba enamorándose.

—¿Qué quieres de mí, Valeria?

A ésa podría responder sin problema, quería follárselo, quería muchas más cosas, pero debía mantener el tipo. En ese momento, tenerlo pendiente de su cuerpo la satisfacía más que poder contestarle. Negó, dándole a entender, una vez más, que quería que el juego siguiera y que ella no iba a responder a ninguna de sus preguntas.

Esta vez fue Sasha quien se acercó y le puso las manos en las caderas. Introdujo los dedos por los laterales del tanga y se lo bajó por las piernas, cubiertas con las medias. Pudo ver que a ella se le ponía carne de gallina. Necesitaba tenerla ya.

—Aleksandr, ¿quieres follarme?

Y sentada frente a él en aquella mesa baja blanca de mármol, Valeria abrió las piernas de par en par, mostrándole a Sasha su sexo totalmente depilado.

Él se levantó del sofá y la miró desde arriba, mientras se desabrochaba los botones de los vaqueros. Se los quitó, junto con las zapatillas deportivas, quedándose en ropa interior. Valeria lo miraba sin moverse de su posición, posando los ojos en su polla erecta.

—Tampoco voy a responderte a esa pregunta —respondió sin moverse—. ¿Quieres que te folle?

Ella no contestó, pero intentó levantar las manos para bajarle los calzoncillos. Quería llevarse su pene a la boca. Sasha le atrapó las dos muñecas.

—Esta vez quiero que respondas, pequeña *zapyast'ye*. Se acabó el juego.
—La miró desde arriba duramente.

Ya no quería seguir jugando a ese juego que no entendía, pero sí quería que ella respondiera a sus caricias, que respondiera con sus suspiros, que gritara su nombre mientras su polla la atravesaba.

—Sí, quiero que me folles.

Y ésa fue la chispa que prendió la mecha.

Aleksandr se arrodilló frente a Valeria, obligándola a tumbarse en la mesa:

—Podría metértela así, ahora mismo, sin contemplaciones, y te correrías —
soltó de golpe, antes de que sus dedos pulgares se posaran en sus labios vaginales.

Valeria agarró con fuerza los lados de la mesa.

Estaba como ella quería, totalmente expuesta ante ese hombre. No pensaría más allá de lo que en ese momento estaba haciendo, disfrutar. Con sus nalgas cerca del borde de la mesa, estaba perfecta para que Sasha, arrodillado frente a su sexo, hiciera con él lo que quisiera: comerlo, lamerlo, follarlo... Pero notó un leve aliento en su hinchado clítoris, mientras él acariciaba su entrada con sus dedos, ahora mojados por su excitación.

«No puede cerrar las piernas», era lo único que pensaba Sasha al tenerla así, sólo para él. Y le ponía malo pensar que ahora estaba a su merced, a merced de lo que él quisiera hacerle. Sopló un poco, la acarició. Se colocó mejor entre sus piernas y bajó sus labios hasta su clítoris, chupándolo a la par que sus dedos seguían tocando su entrada. Poco a poco, de la anticipación de los movimientos pasó a regalarle un recital de lengua, labios y varias penetraciones con sus dedos. Valeria agarraba con fuerza el helado mármol de la mesa, mientras sus gemidos subían de intensidad. Iba a correrse, él lo sentía en sus dedos y, no contento con notarlo, quería que lo hiciera en su boca. Aceleró sus movimientos, sus succiones, las penetraciones, y así provocó que ella gritara de manera descontrolada.

—¡Oh, Aleksandr!

La miró mientras su cuerpo aún se contorsionaba por la descarga del clímax, pero lo sorprendió que a pesar de la excitación usara de nuevo su nombre de pila. Dejó que se recuperara antes de levantarse y tenderle la mano. Quería llevarla a la cama, quería disfrutar de ella a pesar de lo raro que era todo lo que estaba sucediendo.

Valeria cogió la mano de Sasha, aceptando que entrelazara los dedos con los suyos mientras la llevaba a la habitación. Ésta era más impersonal que la de la mansión, una cama blanca deliciosamente decorada, mesillas también blancas, a juego con los armarios y las luces... Dos sillas, una a cada lado.

—Túmbate, Valeria —volvió a darle una orden.

—Lo haré después de que te la coma —respondió ella sin darle mayor importancia.

Se arrodilló frente a él, acercó las manos a sus calzoncillos y se los bajó lo suficiente para liberar su sexo. Lo tomó desde la base con una mano, mientras con la otra le acariciaba los testículos. Valeria se volvió a levantar y lo hizo sentar en la cama, así sería mucho mejor. Volvió a asir su pene y se lo metió por completo en la boca. Cosa que debió de gustarle a Sasha, ya que lanzó un largo y delicioso gemido. Ella prestó toda su atención a su largo aparato sexual con la lengua, con los labios, con la mano...

—Para, Valeria. —Sasha le cogió la cara con las dos manos—. Quiero correrme dentro de ti. Quiero ser yo quien te penetre.

—Aleksandr, esto es un juego de dos. Y yo ahora estoy al mando —soltó ella.

Pero le sirvió de poco. Sasha ya se había puesto de pie, desprendido de los calzoncillos y agarró a Valeria de los hombros para levantarla del suelo. La echó boca abajo sobre la cama, haciendo que sus pechos se aplastaran contra el colchón.

—No me gusta que me lleven la contraria en la cama, Valeria. No sé qué te pasa hoy, pero...

Terminó de hablar en ese instante y continuó con los hechos. Lo que

sucedería después la dejó sin aliento. Sasha la colocó de manera que sus piernas quedaran fuera del colchón, la cama era más alta de lo normal, así que se quedó con medio cuerpo colgando. Perfecto para las intenciones de él, que abrió un cajón para ponerse un preservativo y, colocándose entre las piernas de ella, le acarició levemente las nalgas. La iba a penetrar por el culo, pero lo haría despacio, quería ponerla nerviosa, quería que la excitación la volviera loca. No, no se correría dentro de ella, pero quería probarla y ése era el día. Acarició con sus dedos la entrada, Valeria respiraba rápido.

—Te voy a follar por el culo y espero que estés preparada, porque me va a dar igual —la avisó, haciendo así que ella se tensara.

—Aleksandr —fue lo único que Valeria pudo decir.

Ella no era virgen por ninguno de sus orificios, bien lo sabía él, pero en esta ocasión sería diferente. Su última vez con Sasha sería completa. Toda para él.

—Chist —la hizo callar apoyando su pene en la entrada—. Te he dicho que me daba igual.

Simplemente se acercó y apretó un poco, entraba perfectamente, como siempre. Sonrió para sí. Aquella mujer era lo mejor que había tenido en la cama.

Pero necesitaba que se sintiera cómoda, así que, antes de penetrarla por el culo, bajó un poco el pene y se lo introdujo sin miramientos en la vagina. Valeria gritó al sentirlo tan dentro. Él se movió despacio, agarrando sus caderas con fuerza y apretando bien fuerte, llegando muy hondo. Sólo se oían los gemidos de ella, mientras agarraba la colcha.

Sin darle tiempo a que se hiciera a la idea, salió de su vagina e inmediatamente, después de un certero empujón, se metió por completo en su ano. Pudo ver cómo las manos de ella agarraban con más fuerza la tela que cubría la cama. Sasha no pudo esperar más y bombeó una y otra vez con ritmo acelerado. Sentía que Valeria estaba disfrutando, sus gemidos y movimientos le daban pie a que empujase más fuerte, a que no parara. Pero él no se correría

aún. Bajó la mano de la cadera al sexo de la mujer que lo volvía loco y le acarició rápidamente el clítoris. No tardó mucho en oír los gritos de placer que salían de su garganta. Sasha tuvo que parar, estaba tan prieto dentro de ella que podría correrse en cualquier momento.

Valeria se sintió como una muñeca de trapo cuando su segundo orgasmo recorrió su cuerpo. Sabía que sería la última vez que estarían juntos, pero lo disfrutaría como nunca. Se sorprendió al notar que él salía de su cuerpo. Oyó el sonido del preservativo al ser desechado. No podía moverse, pero no hizo falta que lo hiciera, porque Sasha la cogió de la cintura dándole la vuelta.

—Estás preciosa después de haberte corrido. —Le apartó un mechón de pelo de su rostro al tumbarse encima de ella.

Luego alargó la mano para coger otro condón, pero ella lo detuvo:

—Aleksandr, estoy tomando la píldora.

—Valeria, sabes que los dos tenemos muchas parejas sexuales. —La miró extrañado.

—¿Con cuántas sin condón? —preguntó seria.

—Ninguna desde hace años.

—No me voy a quedar embarazada —dijo.

—Pero...

—Tampoco tengo ninguna enfermedad. —Acarició su pene y se lo colocó en la entrada de la vagina—. ¿Y tú?

Él negó, aún sorprendido por la petición. ¿Qué le pasaba? ¿No sería un truco? No, Valeria no era así. O eso quería creer, pero... No pudo pensar mucho más, ya que, agarrando sus caderas con las piernas, introdujo su pene por completo en ella.

Aprovechando su confusión, ella era la que mandaba. Tenía a Sasha sin barreras dentro de su cuerpo, los dos unidos en un adiós que sólo ella conocía. Comenzó a moverse despacio, sintiéndolo dentro, sabía que no volvería a correrse tan rápido como la primera vez, pero por lo menos notaría todas y cada una de las sensaciones que su cuerpo le regalara.

Aleksandr le agarraba con fuerza los pechos, mientras ella lo cabalgaba de manera, ahora sí, desbocada. Quería besarla en medio de aquella locura sexual que se había desatado en la habitación. Se incorporó, sentándose, mientras ella le seguía montándolo, y asaltó su boca en el momento en que su orgasmo estaba a punto de vencerlo. Y cuando la corriente eléctrica del clímax comenzó a tomar el control, sus labios permanecieron unidos, apagando su gutural gemido.

Se había corrido dentro de Valeria.

Ella lo abrazaba meciéndose, mientras iba disminuyendo la tensión que aquel encuentro había provocado en los dos. No podía haber existido mejor adiós para ellos.

Se apartó despacio, sintiendo cómo el semen caía entre sus piernas, y se tumbó un segundo a su lado, mientras él la acariciaba.

Luego se levantó de la cama despacio, casi lánguidamente, tenía que asearse. Entró, sin equivocarse, en el cuarto de baño. Una vez allí, se limpió y caminó hacia donde estaban sus zapatos. Se los puso y cuando se encaminó hacia la salida, Aleksandr la llamó:

—¿Adónde vas? Es muy tarde para...

No le dejó terminar:

—Me marchó, Aleksandr. Ésta ha sido la última vez que nos acostamos.

—¿Qué ha pasado, Valeria? —Se levantó de la cama desnudo y fue a su encuentro.

—No ha pasado nada. Esto tenía que acabar y éste ha sido el día. — Continuó su camino hacia el salón.

Allí, seguida todo el tiempo por él, fue recogiendo sus prendas diseminadas por el suelo y poniéndoselas rápido y sin mirarlo.

—Valeria, por favor... —Sasha intentó retenerla, sujetándola ligeramente del brazo.

—No, Aleksandr —suspiró—. Cometí el error de liarme con mi jefe, pero eso se acabó.

—Estás confundiéndolo todo, de verdad.

Ella le quitó la mano de su brazo con suavidad.

—Me marchó. Se acabó. Se acabó todo —finalizó, poniéndose el abrigo y saliendo por la puerta.

Sasha se llevó una mano a la cara, desconcertado. Estaba en medio del salón, solo y desnudo, después de ver cómo la mujer que había dado un vuelco a su corazón se marchaba y temía que para siempre.

Valeria intentaba mantener el tipo cuando paró al taxi. Tuvo suerte, pues el cielo gris comenzaba a dejar caer algunas gotas de lluvia y su sucinto atuendo no la protegía demasiado del frío.

En cuanto entró en el ascensor de su casa, rompió a llorar como no lo había hecho nunca antes en toda su vida. Todo había terminado y, en cuanto regresara del viaje a Rusia, también se iría de la empresa. Necesitaba un descanso, un cambio de vida.

Había llegado el día del viaje a San Petersburgo.

Todo estaba preparado y coordinado para que, a su llegada, Valeria pudiera darle un último repaso a todo.

De Sasha no había vuelto a saber nada en todo ese tiempo e imaginó que podría encontrárselo en la fiesta. En esos momentos no quería pensar demasiado en él. Ya lo tenía todo preparado para trabajar sin descanso hasta que comenzara la fiesta. Primero la recepción de los invitados de manera discreta en el hotel, después el desplazamiento a la casa donde se celebraría la cena y la posterior celebración.

Pasó toda la mañana recibiendo información sobre las llegadas de los participantes y gestionando la distribución de cada uno en los vehículos que debían recogerlos. Había que coordinar bien las salidas, para que los invitados no se vieran los rostros en el hotel. En la fiesta ya daba igual, porque llevarían máscaras. Ella llegaría la primera, así podría estar pendiente de todo.

Se miró de nuevo, en breves minutos su propio vehículo llegaría para llevarla, sabía que estaba preciosa y que el vestido que llevaba hacía mucho más apetecible su cuerpo. No, ella no iba a jugar aquella noche, pero sí quería dar a entender a los invitados que sí ella estaba así, en la celebración todo sería espectacular.

La noche estaba marchando tal como había planeado, como siempre sucedía cuando ella era la encargada de organizarlo.

Simplemente perfecto.

* * *

La cena discurría de manera fluida, con bailarines haciendo sus movimientos sensuales en posiciones estratégicas para que desde cualquier punto de cada una de las mesas se los pudiera ver. La iluminación estaba especialmente trabajada para ese evento, suave, pero lo bastante sutil como para poder saber qué se iba a degustar en cada momento y, también, descubrir a las demás parejas que acompañaban en el ágape.

Suspiró cuando trajeron el postre. Después se serviría una copa de champán, la señal que les indicaría a los asistentes que comenzaba la fiesta, por la que aquellos selectos participantes habían pagado. De Sasha no sabía nada, ni siquiera si finalmente había aparecido por la ciudad. Pensó que sería mucho mejor, y mucho más sencillo que no acudiera, así, al acabar la cena y comenzar la fiesta, ella podría marcharse al hotel dejando al encargado al mando.

Quería pasearse libremente, después de tanto estrés.

En la fiesta no había una decoración oscura, sino más bien brillante. El oro lo cubría todo. Las bailarinas casi desnudas excepto por un tanga, iban totalmente cubiertas con pintura brillante de color dorado. Los bailarines, vestidos exactamente igual que ellas, tenían cubierta la piel de color plateado. Ellas eran soles, ellos lunas danzando alrededor de los invitados, que eran estrellas que buscaban su lugar en ese universo. Sí, la temática era el cosmos. Brillaban pequeñas luces titilantes en el techo, a modo de pequeñas luminarias que se encendían y apagaban. Las cortinas eran de un extraño color, figurando agujeros negros, y las camas espacios vacíos que esperaban ser llenados de polvo de estrellas.

Sí, todo muy poético. La idea fue muy bien recibida por todos los asistentes, que llevaban máscaras especiales decoradas para el evento.

Ella llevaba un antifaz que le tapaba sólo la parte de los ojos, así los invitados sabían a la perfección que formaba parte del *staff* y que no era una

invitada, por si necesitaban su ayuda para cualquier eventualidad.

Desgraciadamente, cuando giró la cara vio a Sasha, igual que la primera vez, cuando lo conoció, apoyado en la barra de la sala que hacía de discoteca. Esta vez no la miraba a ella, sino que acariciaba por debajo del vestido a una mujer. Estaba claro que no iba a perderse su propia fiesta. Estaba más que claro que lo que ella sintiera o deseara le daba igual. Él no tenía ningún tipo de sentimiento, así que Valeria se acercó altivamente para saludarle.

—¿Cómo estás, Aleksandr? —dijo, llegando a su lado.

—Valeria. —Inclinó la cabeza a modo de saludo—. Sabes que puedes llamarme Sasha.

—No desde que sólo tenemos un trato profesional. Por cierto, veo que has venido bien acompañado —comentó, sin mirar a la mujer.

—Sabes que me gusta pasarlo bien en las fiestas, como deberías hacer tú. Relájate y disfruta —soltó con su tono más neutro.

—Espero que todo esté a tu gusto —contestó para finalizar.

—Creo que sabes bastante bien todo lo que me gusta —la tentó con sus palabras—. Te has vestido para que te mire.

Lo que él no sabía era que con todo lo que decía estaba haciendo que se rompiera por dentro más y más. No iba a poder soportar estar frente a él ni un minuto más, viendo cómo sus manos no se habían apartado de aquella mujer ni por un segundo. Valeria se dio la vuelta de manera inmediata y empezó a alejarse. No le debía ninguna explicación. Se iría tras dejarle las instrucciones al encargado y tendría el móvil encendido por si ocurría algo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Sasha rápidamente al ver que se marchaba sin darle explicaciones de ningún tipo, asiéndola sutilmente por el brazo.

—Lo que tú me has dicho —dio un pequeño tirón para soltarse—, divertirme.

—Valeria... —Parecía más una advertencia que otra cosa.

—Disfruta de la noche, tal como tú me has pedido que haga yo...

Y se fue decidida hacia una de las salas que se habían habilitado como

nueva habitación para juegos entre parejas, tríos y camas redondas.

Sintió cómo los ojos de Sasha la seguían hasta que desapareció por aquella puerta que daba paso a una sala en la que sólo se oían susurros, gemidos y el sonido de cuerpos chocando los unos contra los otros, buscando su satisfacción.

Al entrar allí, Valeria respiró profundamente.

Por un instante pensó seguir caminando hasta la puerta que se encontraba al final de la estancia y marcharse sin decir nada a nadie. Le pareció que eso sería lo mejor para no tener que encararse en ningún momento con Sasha. Estaba cansada de su juego, del ahora sí, ahora no. Del «hoy quiero ser el mejor de los hombres contigo hasta que terminemos de follar. Pero mañana me voy a tirar a otra».

Caminó lentamente, pasando entre dos camas llenas de gente. Ya avisaría al encargado cuando estuviese fuera, pero al disponerse a coger la manija de la puerta, notó una caricia en el brazo. Se volvió para ver quién la había tocado. Por un instante deseó que fuera él, Sasha, pero al levantar la vista se encontró con un hombre alto, moreno, de profundos ojos azules. Él le sonrió, sólo eso. Y ella cerró los ojos y suspiró. Cogió la mano de aquel hombre que suavemente la atraía hacia él, hacia una zona oscura donde otro hombre, un rubio de facciones angulosas, esperaba sentado en un sofá, mientras miraba lo que las demás personas hacían en aquellas camas.

El hombre que la había cogido de la mano se puso detrás de ella, indicándole que podía sentarse al lado del rubio y él lo hizo a su otro lado, dejando a Valeria en el medio.

Ella cogió aire. Iba a follar con aquellos dos tíos, lo tenía decidido, pero no por eso dejaba de pensar en las decisiones que debía tomar después. En su vida cambiaría todo, estaba claro que cambiaría. Notó cómo la mano de uno de ellos acariciaba el interior de su muslo, subiendo hasta su sexo, y el otro posaba sus labios en su cuello.

Al cabo de media hora, Valeria estaba tumbada y desnuda en una de las

camas, con uno de los dos hombres encima de ella, penetrándola. Le gustaba, estaba disfrutando de una buena sesión de sexo sin complejos. El otro se masturbaba, manteniendo su erección y esperando su turno para estar con ella. Cuando le llegó, la colocó a cuatro patas para follarla, esta vez entrando en su ano. La tentó despacio, comprobando si estaba dispuesta, y Valeria disfrutaba de esas atenciones. Lo que no esperaba era que el otro hombre se colocara debajo de ella para lamerle el clítoris, ayudando así a que su compañero de juegos metiera su sexo por completo en su prieto interior.

Valeria cerró los ojos, sintiendo cómo un orgasmo tan diferente como intenso se estaba fraguando en su interior.

El que la penetraba lo notó y le susurró en inglés que lo hiciera, que se dejara ir. Ahora ella era la protagonista y ellos estaban a su servicio. No se lo pensó mucho más y dejó que su orgasmo se apoderara de ella por completo, mientras los temblores le recorrían todos los poros de su piel.

Valeria se dejó caer rendida. Pero no había acabado todo, ahora el hombre que la penetraba por el ano salió de su cuerpo, los dos cambiaron el preservativo por uno limpio y la colocaron de manera diferente.

El que le estaba lamiendo el clítoris continuó tumbado, pero ahora le dieron la vuelta a Valeria para que su espalda quedara sobre el pecho de éste, que la penetró por el ano mientras el otro, el que lo había hecho antes, lo hacía ahora con suavidad por la vagina. Sí, una doble penetración.

Acaba de tener un orgasmo de tremenda fuerza, que la había dejado casi laxa, pero sentirse tan llena, tan excitada y gozando de esas atenciones, volvió a despertarle las ganas de disfrutar de otro.

El compañero de juegos que tenía a su espalda penetrándola por el culo se movía a ritmo lento, pero intenso. La sujetaba por las piernas para abríselas bien al otro, que la embestía por delante mientras le mordía los pezones.

Valeria abrió los ojos cuando notó una mano nueva, diferente a la de ellos, que le acariciaba el estómago y bajaba hasta su clítoris. Miró de quién era y, de no ser porque podía más la excitación, habría salido corriendo. Intentó

decirle a Sasha que se marchara, pero sintió que el hombre que estaba bajo ella empezaba a incrementar su ritmo, buscando su propio orgasmo.

Sasha siguió estimulando su clítoris, mientras el de debajo de ella se corría en su culo y el otro, llevado por el impulso de su compañero, lo hacía en su vagina... Lo que hizo que Sasha acelerara su ritmo para que ella misma se corriera de nuevo, al tiempo que él la besaba.

Sólo él.

Apartó la mano cuando sintió que Valeria se quedaba sin fuerzas y que aquellos tipos salían de su cuerpo. Se echó hacia atrás, separándose del trío del que él había querido formar parte, embelesado por la belleza del espectáculo que el cuerpo de ella le estaba regalando.

Se quedó a un lado, alejado de ellos, casi en la sombra, y observó cómo aquellos dos hombres se deshacían en atenciones hacia Valeria. La ayudaron a levantarse, a vestirse y cuando todo ese pequeño ritual terminó, se despidieron, besándole ceremoniosamente la mano, dejándola mientras ellos se marchaban quizá a tomar una copa.

Entonces Sasha se acercó por detrás y la sujetó de la cintura. Desgraciadamente, el recibimiento no fue el que él esperaba, ya que Valeria le cogió las manos y se las apartó con gran enfado.

—No me toques —fue lo único que dijo antes de caminar hacia la puerta por la que había pensado irse a casa sin avisar a nadie.

Oyó los pasos de Sasha detrás de ella.

—Quédate, alguien debe...

—Nadie se va a quedar, ya está todo solucionado —la cortó él.

—Un taxi —le dijo Valeria a uno de los de seguridad.

—No —Sasha habló en ruso con alguien—, mi coche.

—Quédate follando —soltó ella.

—Valeria...

Ella se volvió con los ojos enrojecidos, más por furia que por, quizá, ganas de llorar delante de él.

—Aleksandr... —hablaba con los dientes apretados.

Pero ya tenían a un tipo fornido esperando para abrirles la puerta y acompañarlos al coche que los llevaría a su destino.

Valeria entró y se deslizó hasta la otra puerta, bien lejos de Sasha, dejando un espacio casi insalvable entre sus cuerpos.

—¿No vas a decir nada? —espetó él con voz profunda y cierto tono agresivo, para provocar su reacción.

Valeria continuó mirando por la ventana sin apartar la vista de las luces de la ciudad. En un momento dado le dio la sensación de que era el vehículo el que estaba parado y las farolas las que pasaban raudas, como queriendo escapar. No quería escuchar a Sasha, no quería estar en el mismo espacio que él, no volvería a dirigirle la palabra. Tenía una decisión tomada y sería inamovible: huir de él.

—¿Valeria? —Acercó una mano a su cuerpo al ver que su primer intento de hablar se había frustrado.

En el momento en que posó la mano en la pierna de ella, Valeria se volvió como un resorte y se la apartó de un manotazo que se oyó en todo el coche.

—No me toques —dijo despacio y remarcando las palabras—. No quiero que me pongas ni un dedo encima.

Oír eso por parte de ella lo encendió aún más y se le acercó de manera instintiva, mientras que ella lo miraba casi con odio.

—En la fiesta no les has dicho lo mismo a esos tipos que te estaban follando. —Le agarró la muñeca con fuerza.

—Sólo estaba divirtiéndome, tal como me has dicho que hiciera. No he contravenido tus órdenes, ¡oh, todopoderoso Aleksandr! —Movié el brazo bruscamente para deshacerse de su agarre.

—Estoy intentando mantener una conversación contigo, ¿qué te pasa?

—Llévame al hotel —soltó ella, casi haciéndose una bola en el asiento del coche al intentar separarse más de él.

—No, vas a venir a mi casa. No vas a estar sola en estas condiciones, no lo

permitiré.

—¿Que no vas a permitir qué? —masculló tensa.

Se revolvió por dentro como si fuera un volcán a punto de estallar. Sentía asco y tristeza a partes iguales. Asco de sí misma por no haber conseguido separar sus sentimientos de su necesidad. Y tristeza porque necesitaba escapar de aquella situación, quería poner tierra de por medio. Sabía lo que pasaría, lo intuyó y en vez de cerrar la puerta la mantuvo abierta para Sasha, pensando que ella sería la mujer que lo haría cambiar. ¿En serio pensaba que esas cosas pasaban? ¿En serio aún creía en historias de chico malo y chica dulce? Era rematadamente gilipollas y, lo peor de todo, era que no se había dado cuenta hasta entonces.

—Déjame que te diga una cosa —volvió a hablarle—. Ni tú ni nadie me va a dar más órdenes. Nadie va a volver a hacerme lo que tú me has hecho esta noche.

—No te he hecho nada. —La voz de Sasha sonó calmada—. Sólo te he dicho que te divirtieras. Lo de después lo has decidido tú.

—Claro, exactamente en el momento en que te estabas marchando para follar con aquella tía.

—Pensaba que habías dejado claro lo nuestro...

—Para el coche. —Estaba dispuesta a saltar en cualquier momento.

—Estamos a punto de llegar a mi casa...

—¡He dicho que pares el puto coche!

Sasha intentaba calmarla de alguna manera, no quería perder los nervios, teniendo en cuenta el estado en que se encontraba Valeria. Sí, se había follado a otra en la fiesta, pero estaban en una fiesta... Y, además, no quería darle explicaciones de ningún tipo, fue ella la que cerró por completo la puerta.

Fue ella.

Dio una orden al conductor, que inmediatamente cambió de carril para acercarse a la acera y detener el vehículo, tal como le había indicado. Valeria,

al ver que el coche se paraba, abrió la puerta, bajó y echó a andar, conteniendo las lágrimas.

Sasha abrió también su puerta y se dispuso a seguirla, le costó alcanzarla, a pesar de que su zancada era más larga que la de ella. El conductor bajó del coche, cerró las puertas y siguió a su jefe, porque también era su guardaespaldas.

—Para, Valeria, no sabes por dónde ir y esta ciudad puede ser peligrosa.

—¡No me dan miedo los peligros, no me da miedo...! —gritaba desesperada.

—Te ordeno que te pares —exigió Aleksandr el empresario.

—¡Te he dicho que no me ordenes nada! ¡Cállate y déjame en paz! ¡Cállate, joder!

Los pasos de Valeria, aun siendo más rápidos que los de él, no conseguían poner una distancia lo bastante grande para que pudiera librarse de aquella sensación que le atenazaba el estómago.

Sasha finalmente la alcanzó y volvió a agarrarla, esta vez de la muñeca. Soltó varios improperios en ruso cuando consiguió, más por la fuerza que por la palabra, que Valeria dejara de moverse bruscamente e intentara agredirle un par de veces.

—¡Déjame, Aleksandr! —le gritaba, mientras él, finalmente la abrazaba con fuerza para que no escapara y dejar de recibir golpes.

—Cálmate, Valeria, cálmate y hablemos —susurró finalmente con serenidad.

—Sasha, déjame por favor... —Al final, al volver a decir su apelativo cariñoso, le dio a entender que su coraza había vuelto a romperse por completo.

Y cuando estaba a punto de derrumbarse entre sus brazos y dejarse llevar por la tristeza que en ese instante llenaba todos y cada uno de los rincones de su alma, se oyó un estruendo.

Valeria y Sasha cayeron al suelo, para después sentir un calor abrasador.

Ella se llevó instintivamente las manos a los oídos, pues notaba un pitido en lo más profundo de su cerebro, que la iba a volver loca. Quería que parara el dolor y aquel terrorífico pitido que la estaba matando. Estaba tirada en el suelo y se dio cuenta de que, a su lado estaba Sasha sin sentido. Un poco más alejado, el guardaespaldas se revolvía de dolor. Olía a quemado, a queroseno, a... Consiguió enfocar algo la vista, no mucho, y alargó un brazo para intentar tocar a Sasha.

Luego todo se volvió oscuro.

Valeria sentía un horroroso dolor de cabeza. Intentaba abrir los ojos sin conseguirlo. Tenía el cuerpo dolorido, demasiado para ser algo normal.

¿Qué estaba pasando? Volvió a poner todo su empeño en abrir los ojos.

No oía nada, sólo un pitido lejano dentro de ella.

Volvió a dejarse caer en la oscuridad.

El dolor de cabeza seguía allí, fuerte, martilleando como un herrero su yunque. Se notaba el cuerpo aún entumecido, pero esta vez sí pudo abrir los ojos, lenta y pesadamente. Cuando consiguió hacerlo por completo, se sintió deslumbrada por las luces blancas que la rodeaban. Se intentó llevar una mano a los ojos y notó que había algo, ¿un gotero?

¿Dónde estaba?

La vista tardó en acostumbrársele a aquella sala tan iluminada.

Se encontraba en una cama, tapada sólo con una ligera sábana y tenía una aguja en la mano, de la que salía un cable. ¿Suero? Enfocó mejor y sí, lo era. Estaba acompañada por un tipo vestido de negro que, frente a ella, leía lo que parecía una revista.

¿Qué había pasado? Se incorporó un poco, le dolía todo. El hombre dejó inmediatamente lo que estaba leyendo y se acercó a ella.

En un rudimentario inglés le preguntó cómo se encontraba y ella intentó contestarle, pero el dolor de cabeza no la dejaba hablar. Cerró de nuevo los ojos con una mueca de dolor. El tipo la ayudó a recostarse de nuevo y le explicó dónde estaba, en el hospital. Debió de ver en su cara el susto, ya que para tranquilizarla le contó todo lo sucedido desde que el coche explotó en medio de la calle y los llevaron al hospital. Comentó que, según los médicos,

lo que tenía ella era normal después de que la onda expansiva los alcanzara tan de cerca y que, además, había tenido mucha suerte.

—¿Alek...? —trató de preguntar por él.

El hombre le dijo que estaba en otra habitación, y que tenía una pequeña contusión cerebral que debían vigilar. Lo tenían sedado, pero al parecer las constantes eran buenas.

Valeria lo miró desconcertada, pero creyó lo que le decía. ¿Qué más podía hacer en ese momento? Volver a dormirse, en aquel gotero debía de haber algo más que suero.

Sus ojos se abrieron de nuevo.

Ahora fueron las manos suaves de una enfermera lo que sintió. La mujer hablaba con ella y la traducía aquel hombre de negro que no parecía haberse movido de allí en ningún momento. La despertaron, le dieron medicación y algo parecido a una sopa como primera comida. El dolor de cabeza parecía haber menguado y ya podía moverse con más soltura, aunque notaba dolores en lugares que no sabía que existían.

Bajó de la cama ayudada por el hombre de rostro enjuto y mirada dura. Necesitaba ir al baño y, además, quería ver a Aleksandr. No se fiaba mucho de lo que le estaban diciendo, tenía el presentimiento de que algo más sucedía. Así que en el momento en que salió del baño, abrió rápidamente la puerta y se acercó, aun a sabiendas de que la seguirían de inmediato, a la que supuso que era la habitación de Sasha. En cuanto se plantó delante de ella ya tenía a su sombra pegada a su espalda, diciéndole que regresara a su cama, pero ella no le hizo caso. Deseaba entrar, así que, con permiso del vigilante que había en la puerta, así lo hizo.

Lo que vio no le gustó nada.

Un respirador mantenía a Aleksandr vivo. Tenía el rostro inflamado, lleno de morados y con algunas quemaduras en las mejillas. Su aspecto era desalentador. Valeria se asustó mucho... Pero lo que le explicaron tampoco la dejó más tranquila: Aleksandr había sufrido una conmoción y habían preferido

inducirle un coma para que la inflamación del cerebro se bajara. De ahí el respirador.

Se acercó despacio a la cama en la que descansaba, le cogió la mano con cuidado y entrelazó los dedos con los suyos. Notó que una lágrima comenzaba a caer por su mejilla. Para cuando quiso enjugársela, eran varias ya las que pujaban por escapar de sus ojos. Una aterradora sensación le encogió el estómago y estalló en llanto cuando apoyó la cara sobre el pecho de Sasha y sintió cómo sus pulmones se llenaban y vaciaban gracias al respirador artificial, cuyo sonido llenaba toda la estancia.

Notó una mano en el hombro, la estaban echando de la habitación. No de manera brusca, simplemente la avisaron de que debía marcharse a la suya. No quería hacerlo, pero...

Ya en su habitación, un médico le dio una documentación. Era el alta, ella se encontraba ya en perfectas condiciones y si tenía algún dolor, podía tomarse un analgésico. Era normal que durante unos días sintiera molestias, debido al fuerte impacto.

Sasha tendría que pasar más tiempo allí, por precaución.

Estaba sorprendida por la eficiencia de la gente que trabajaba para Aleksandr, ella no tuvo que preocuparse de nada. Tenía ropa suya de recambio en una pequeña maleta y todo su neceser personal.

Después de vestirse, la escoltaron y la sacaron por la puerta trasera del hospital, algo que le llamó mucho la atención; no pudo pasar de nuevo por la habitación de Sasha para despedirse de él. Ya en el vehículo, que imaginó que la llevaría al hotel, la asaltaron mil y una dudas. Nada le encajaba. El robo en casa de Sasha. Que llevara escolta. La explosión del coche... Si ella no hubiera querido seguir sola, si no hubieran discutido.

Sí. Estarían muertos.

Cerró los ojos, intentando asimilar lo que en ese instante sus pensamientos estaban decididos a hacer sin su consentimiento: volar libres hacia las

imágenes más horripilantes de la explosión. Hacia lo último que vio antes de despertar, el rostro exánime de Sasha y su cuerpo desmadejado en el suelo.

Necesitaba explicaciones, necesitaba saber lo que estaba sucediendo, y si él no podía dárselas, alguien tenía que hacerlo.

Todo era confuso y extraño, y además no la llevaron al hotel donde se alojó para el evento, sino a otro totalmente diferente a las afueras de la ciudad. Casi parecía un fortín; era como si supieran lo que tenían que hacer en caso de que un suceso como el acaecido ocurriera. Debía encontrar a alguien que le explicara lo que sucedía, porque empezaba a estar muy asustada.

En la puerta del hotel la esperaba un hombre alto, rubio y de mirada extrañamente tranquilizadora, que se acercó al ver que el vehículo en el que viajaba Valeria paraba en la entrada. En cuanto el coche paró, él abrió la puerta y la ayudó a bajar.

—Bienvenida, Valeria —le dijo en castellano—. Soy Oleg, amigo de Aleksandr.

—Disculpa si no soy muy efusiva en estos momentos. —Aún le costaba andar.

—Lo entiendo. —Su silencio al acompañarla al interior de aquel lugar fue casi sepulcral.

Se movió ágilmente por la entrada, cogió una llave de la recepción y continuó su camino, siempre seguido por Valeria, a la que condujo hacia un ascensor en el que, cuando estaban dentro, pulsó el botón de la planta número dos. Después, un pasillo los condujo a la puerta de la habitación. Una amplia estancia, llena de comodidades básicas y un gran ventanal por el que se podía ver a los hombres que vigilaban el perímetro.

—Creo que aquí estarás bien hasta que te llevemos a Madrid de nuevo —volvió a decir aquel hombre.

—¿Cuándo será eso? ¿Dónde estoy, Oleg? ¿Cómo está Sasha? —Se sentó, cansada, en el borde de la cama.

—Te marcharás mañana por la noche. —Suspiró antes de responder a la

siguiente pregunta—: No puedo decirte dónde estás en este momento. Pero lo que sí puedo asegurarte es que Aleksandr está mejorando por momentos. No tiene nada más que la contusión en el cerebro, que está evolucionando favorablemente.

—Tendría que haberle dicho adiós. —Soltó una pequeña lágrima, fruto del miedo, del estrés y de la sensación de vacío que sentía en ese momento.

—Tranquila, te prometo que está en buenas manos y que sabrá de ti en todo momento.

Luego, Oleg se marchó de la habitación, no sin antes decirle que si deseaba comer cualquier cosa sólo tenía que avisarle y le llevarían lo que quisiera a la habitación.

Al parecer la habían metido en una pequeña «cárcel» de oro de la que no podía salir si no quería tener problemas. Pero ¿problemas de qué tipo? ¿En qué historias andaba metido Aleksandr? Habían estado a punto de morir y ella se sentía como en aquellas películas en las que, de un momento a otro, sonarían disparos por los pasillos y alguien abriría la puerta de una patada, la agarraría y se la llevaría a un oscuro zulo donde la torturarían para que confesara cosas que ignoraba.

De acuerdo, todo era un poco exagerado. Pero un coche había explotado delante de sus narices y de no ser porque ella salió del vehículo enfadada, los tres habrían estado sentados dentro y muerto calcinados.

No, no era el mejor de los pensamientos.

Miró su equipaje y buscó algún tipo de analgésico que la ayudara a hacer desaparecer el dolor que en esos momentos sentía. Cogió uno y giró la cabeza. Vio que había un minibar, donde descubrió algo que probablemente la haría olvidar mucho mejor todo lo que su mente se empeñaba en recordarle: el calor del fuego en su piel y aquel sonido estruendoso metido en su cerebro. Vodka.

Se despertó horas más tarde, mareada y con el estómago vacío.

Su decisión quizá no había sido la más acertada: estaba dolorida, hambrienta, triste, enfadada, preocupada y asustada, todo ello mezclado con un

par de minibotellas de vodka. No, no solía beber ese tipo de licores tan fuertes y, además, sin mezclarlo con nada más. Pero estaba nerviosa, necesitaba desesperadamente saber algo de Sasha o escapar inmediatamente de allí para esconderse en su casa.

Volvió a encogerse bajo el edredón de aquella gigantesca cama.

Se despertó de nuevo con el insistente sonido de unos nudillos golpeando la puerta. Quiso esconder la cabeza debajo de la almohada y así dejar de oír aquel repiqueteo contra la madera, pero era más que probable, teniendo en cuenta la situación en la que se encontraba, que entraran igualmente para hacer, decir o deshacer lo que les viniera en gana. Estaba en sus manos, así que se levantó.

No se había cambiado de ropa y cuando abrió la puerta, Oleg lo notó. También notó el olor a licor en la habitación y vio los ojos rojos por el llanto de Valeria.

Entró sin decir nada.

Llevaba en las manos una bandeja con varios tipos de alimentos y la dejó encima de la mesa, frente a la ventana. Después de eso, se volvió para mirarla:

—Si no quieres cenar sola, sólo tienes que decírmelo.

—Oleg, no quiero cenar sola. —Le agarró la mano—. Por favor.

La hora que Oleg pasó sentado junto a Valeria transcurrió de lo más sosegada. Él le habló de su infancia entre bosques, en los que aprendió a sobrevivir sólo con la ayuda de sus propias manos. No como un salvaje, pero sí como alguien que conoce la naturaleza y sabe encontrar lo que busca. Ella, más que hablar de sí misma, procuraba preguntar sobre Sasha con disimulo. Quería saber cómo se conocieron, cuál era su relación e intentar averiguar qué ocurría. Él sólo le contestó una de las preguntas, cómo se conocieron. Fue de la manera más normal del mundo, en el instituto. Sí, porque aunque Oleg se había criado en un pueblo muy cerca del bosque, sus padres lo mandaron a San

Petersburgo a estudiar, pues querían algo mejor para él. Y Oleg no lo desaprovechó.

Llegó un momento en que Valeria no preguntó nada más, se había dado por vencida. Sabía que aquel hombre no iba a contarle absolutamente nada más sobre Sasha y, a pesar de que la velada fue agradable, cuando terminaron de cenar ella le pidió educadamente que se marchara. Quería dormir.

—Sí, será mejor que lo hagas —le dijo Oleg, luego miró su reloj—. Mañana tenlo todo preparado, vendremos antes del amanecer para llevarte a un aeropuerto privado. De allí irás directamente a casa.

—¿Y Sasha? —insistió preocupada.

—Todo está bien. —Le cogió la mano y se la apretó—. Te prometo que todo está bien.

Pero cuando se llevó la bandeja y cerró la puerta tras de sí, Valeria notó que su corazón se encogía. Necesitaba saber de Sasha, quería saber si era cierto que estaba bien o sólo querían tranquilizarla antes de darle una mala noticia.

Cogió el teléfono de la habitación para intentar hablar con el hospital. Pero al llevarse el auricular al oído, sólo oyó silencio. Nada. Ni un pitido que indicara que estaba comunicando o sin línea. Enfadada, lanzó el aparato contra la pared. Comenzó a hiperventilar cuando sintió la necesidad de escapar corriendo, pero al segundo supo que no llegaría mucho más allá de la puerta. Estaba atrapada en un lugar en el que no podía hacer nada.

Le habían quitado su teléfono móvil nada más llegar, por lo que, para bien o para mal, estaba oficialmente incomunicada, así que sólo podía quedarse en la cama y esperar.

Esperar.

* * *

Llamaron a la puerta cuando Valeria salía de la ducha. No había podido

pegar ojo en toda la noche y la televisión rusa la acompañó en su insomnio. Así que sobre las cinco de la madrugada decidió darse una ducha. Abrió con el albornoz y vio de nuevo la atractiva cara de Oleg. Le sonreía con amabilidad y le dejó en la entrada un carrito con algo para desayunar.

—Buenos días, Valeria. Esta noche me han comentado que le han quitado la respiración asistida a Aleksandr. Aún no ha recuperado la conciencia, pero todo está siguiendo su curso. —Tomó aire—. Tienes media hora para vestirte y arreglarte. A las cinco cuarenta y cinco nos vamos.

—Muchas gracias, Oleg; estaré lista. —Por primera vez esbozó un conato de sonrisa.

Cuando se cerró la puerta, tiró el albornoz al suelo y comenzó a vestirse a toda prisa. Unos vaqueros cómodos, una camiseta, calzado deportivo y una coleta. Todo muy informal. Tomó un café, cogió un dulce y se encaminó hacia la salida. Allí la esperaban cuatro hombres, que, al verla bajar, se abalanzaron sobre ella: uno para cogerle el equipaje, dos para ponerse a su lado y uno para acompañarla al vehículo.

Fuera, en aquel precioso y frío paisaje, la esperaba Oleg.

—Ha sido un placer conocerte, Valeria —le dijo tendiéndole la mano—. Ojalá hubiéramos podido hacerlo en otro momento y de otra manera.

—No sé si puedo decir que ha sido un placer, dadas las circunstancias, pero gracias por cuidar de mí.

—Es lo mínimo que podía hacer por él —bajó la mirada, asustando por un instante a Valeria— y por ti.

—¿Todo bien, Oleg? —preguntó inquieta.

—Todo perfecto. Te esperan en el aeropuerto. Es un vuelo privado, así que tranquila, irás cómoda. —Le entregó un sobre—. No se te olvide tu documentación médica.

—La tengo en la maleta —respondió ella.

—Sí, pero esta noche nos hemos encargado de traducirla al español.

Valeria estrechó la mano de Oleg y luego se metió en el coche.

Emprendieron la marcha seguidos de otro coche oscuro. Parecía más la salida de cualquier estrella de rock de un hotel tranquilo que la de una mujer que no sabía qué le había pasado, más allá de lo evidente, pero que era tratada como un testigo protegido.

No, aquello no le gustaba absolutamente nada.

La dejaron, literalmente dentro del avión. Iba ella sola, acompañada de un hombre diferente a los que la habían acompañado. Él se limitó a saludarla ligeramente con la cabeza y luego se sentó en su asiento, después de ella.

Cuando el avión despegó, Valeria se quedó profundamente dormida.

Se sentía dolorida y agotada.

* * *

Habían pasado tres semanas desde el suceso y no había hablado de eso con nadie.

¿Qué iba a contar? ¿Qué habían atentado contra su vida y la de Sasha?

Procuró no quedar con sus amigos hasta que las marcas que aún llevaba en la cara no fueron lo bastante superficiales como para poder taparlas con el maquillaje.

Durante todo ese tiempo había intentado ponerse en contacto con Sasha, pero su móvil no daba señal. Nada. Era todo como un limbo.

En la oficina nadie sabía nada de él. Tampoco le contestaba sus correos. Ella sabía la verdad, pero para los trabajadores de aquel conglomerado empresarial, que él desapareciera no tenía importancia, todo funcionaba como siempre y había otras prioridades.

Durante la primera semana casi se volvió loca. No sabía quién había paralizado todas sus actividades dejándolas en *stand by*. No podía hacer nada. Ni avanzar en futuros proyectos, ni continuar con los que estaban a medias. Y, lo que más la sorprendía, ya no tenía acceso a ningún contenido de la empresa de fiestas exclusivas de alto nivel.

Ese tiempo puso las cosas en perspectiva.

Estaba a punto de morirse de angustia. Sasha no aparecía por ninguna parte, nadie sabía decirle cómo localizarlo. En el hospital en el que estuvo ingresada tampoco le daban ningún tipo de información por no ser familiar, con, además, la dificultad añadida de poder comunicarse en otro idioma que no fuera ruso. Se sentía a punto de morir de desesperación.

Al principio de la segunda semana, su teléfono se llenó de mensajes de sus amigos echándola de menos. Esperaban que ya hubiera regresado de su viaje y querían verla y tomar algo juntos.

Valeria los evitaba de todas las maneras.

Aquella tarde, sentada en el sofá de su casa, tomó la decisión. Antes de lo sucedido ya quería marcharse de la empresa y ahora con mucha más razón. No podía seguir como alma en pena, llorando todas las noches la ausencia de alguien que no sabía si estaba vivo, desaparecido o simplemente no quería saber nada más de ella. Su paz, su salud eran mucho más importantes.

Y aunque huir fuera de cobardes, era lo que necesitaba, un refugio.

Escapar.

Marcharse y poner distancia respecto a Sasha, su historia y, sobre todo, al amor que aún sentía por alguien que nunca la amó.

Cuando cerró la puerta de su casa, no sabía si volvería. En aquellas tres maletas que llevaba había guardado lo suficiente como para no tener que preocuparse del más mínimo detalle. No, no llevaba cosas sin sentido, sino lo indispensable para no tener que pensar de más.

Volvió la vista atrás cuando el taxista la ayudó a meter los bultos en el maletero. Cogería un avión a casa. Sí, allí era donde mejor podría estar después de dejar atrás la que, en su momento, pensó que era la mejor de las decisiones. Ahora sólo pensaba por qué no lo meditó con más calma. Por qué tuvo que enamorarse de la persona equivocada.

Ya daba igual, lo había dejado todo atrás.

Lo había dejado atrás a él.

Oyó la voz de su madre casi desde lejos.

En un primer momento pensó que estaba en medio de un sueño y que su único deseo era escucharla. Se removió en la cama, era temprano, pero el calor ya se estaba haciendo notar.

De nuevo la voz de su madre, esa vez mucho más cerca. Ahora sí se dio cuenta de que no era un sueño y que era ella la que estaba intentando llamar su atención.

—Valeria. —Sintió su mano en el cabello antes de abrir los ojos—. Despierta ya. Has dormido mucho.

—¿Qué hora es? —gimió, escondiendo la cabeza bajo la almohada, como cuando era pequeña.

—Más de las doce. —Le dio un beso en la cabeza y luego la oyó bajar la escalera.

Había llegado a casa de sus padres la tarde anterior.

Condujo un coche de alquiler desde el aeropuerto hasta la casa en la que vivían, en aquel pequeño pueblo de mar. Su madre la miró de manera extraña al verla llegar con tantas maletas; se imaginaba algo, pero su padre no aguantó tanto como ella. Simplemente, se acercó a saludarla con un beso y un abrazo y le susurró al oído que podía quedarse el tiempo que quisiera.

Valeria temía que sus ojos la delataran, porque se había pasado casi todo el trayecto en coche llorando. Aquel día su cuerpo sólo le pedía descansar, sólo necesitaba desconectar y ahora que estaba desperezándose en la cama lo notaba. Sentía que podía haber dormido mucho más tiempo.

Ya les contaría lo que había pasado...

Bajó la escalera de la segunda planta de la casa. Abajo reinaba la tranquilidad, la vida de sus padres, después de la jubilación, era muy sosegada, relajada...

Sintió el fresco que entraba por la puerta del jardín trasero. Su madre estaba terminando de preparar algo en los fogones. En la mesa de la cocina, una taza con café esperaba que Valeria se sentara.

—¿Y papá? —preguntó ella, bebiendo un sorbo.

—Ha ido a comprar un par de cosas, ahora viene. —Su madre removió el contenido de una olla.

—¿La comida? —preguntó Valeria y dio otro sorbo.

—¿Cómo estás? —le preguntó su madre—. ¿Has descansado?

—Sí. ¿Habéis cambiado el sofá y la mesa del salón?

—Estaba muy viejo ya, cariño. —Tapó la olla y apagó el fuego.

Lola, la madre de Valeria, era una mujer mayor, que conservaba todo el nervio de quien ha tenido que cuidar de tres hijos y trabajar duramente. Era pequeña, delgada y con una mirada que atravesaba al que tenía delante, si así lo decidía. Y Valeria temió que en breve iba a hacerlo con ella.

Su madre apartó otra silla de la mesa y se sentó frente a su hija.

—¿Qué fue? —soltó.

—Algo que no pudo ser —respondió Valeria, mirando al vacío.

—Esto es diferente —alargó una mano y cogió la de su hija—, has traído tres maletas y no piensas regresar, ¿verdad?

Ella asintió. Si antes no lo tenía muy claro, ahora sí. No volvería a Madrid.

—Cariño, tienes un buen trabajo bien pagado, una casa, una profesión...

—Mamá, ahora sólo tengo una profesión y una casa que quiero vender —suspiró—. Ya sé que he llevado una buena vida, pero ahora quiero hacer otra cosa. O por lo menos tomar distancia y ver qué deseo ser.

—Ha tenido que ser un golpe muy duro. —La miró a los ojos.

—Me he enamorado de alguien que no quería enamorarse.

—¿Ya está despierta mi bella durmiente?

La jovial voz de Eugenio, el padre, deshizo la pequeña burbuja en la que Valeria y Lola habían entrado. Tal vez le hubiese venido bien no hablar de lo que la había hecho escapar de su día a día. Pero quizá debería sacarlo todo en algún momento para volver a recomponer los pedazos rotos de su corazón.

¿Por qué se enamoró de Aleksandr? ¿Nunca le había pasado con nadie tan fuerte como con él? ¿Por qué?

—Sí, hijo —contestó la madre, levantándose de la mesa a la par que su marido le daba un beso en la cabeza a Valeria—. Anda, dame las bolsas.

—Me ha llamado tu hermana —le dijo a su hija—. Mañana vendrá a verte con los niños.

—Tengo ganas de verla —respondió ella.

—Eso mismo me ha dicho Adriana. También ha añadido: «Que hace más de un año que no le veo el pelo a la siesa esa».

Valeria sonrió terminándose su café.

Sí, en casa podría curarse las heridas.

* * *

Aquella tarde todo parecía que iba más lento de lo normal. Valeria no estaba acostumbrada a no tener nada que hacer. Ni siquiera en vacaciones apagaba el teléfono ni el ordenador por si sucedía algo. Pero esa vez lo único que iba a pasar era que el sonido de la tranquilidad sería lo único que entraría por la ventana de la habitación donde dormitaba después de la copiosa comida que su madre había preparado, continuación de un aperitivo con cervezas, obra de su padre. Necesitaba descansar los «tocinos», como decía su amigo Mario después de alguna comida con el grupo.

El grupo... A ellos les había dicho que se marchaba, no dijo adónde, sólo que se iba. Imaginó que después de un par de semanas intentando ponerse en contacto con ella se preocuparían, pero lo que necesitaba era estar sola. Sólo quería alejarse de todo y después...

Después ya pensaría qué hacer.

Tenía mucho tiempo por delante.

Se despertó de la siesta justo cuando el sol dejó de dar directamente en su ventana.

Miró el reloj digital que había en la mesilla de la derecha, eran más de las siete de la tarde. La comida, que tomaron en el porche de la casa, se había alargado casi hasta las cinco de la tarde, pero el calor aún era fuerte. Al sol aún le quedaban un par de horas para desaparecer, así que avisó que bajaba a la playa un rato. Revolvió un poco en la maleta, todavía a medio deshacer. Tendría que ponerse a colocarlo todo en breve, porque si sus sobrinos descubrían el equipaje, lo liarían todo más aún.

Encontró lo que buscaba, el biquini y un vestido.

Ya lista, le pidió a su madre una toalla y ella, presta, se la dio, junto con un capazo y crema solar. Valeria sonrió, dándole un beso en la mejilla:

—La bicicleta de tu hermano está en el garaje —le dijo.

—Iré andando, mamá, así me despejo un poco y bajo la comida. —Y salió por la puerta sonriendo.

Caminó despacio por el camino que la llevaba hasta la verja de hierro que ponía límite a la parcela de sus padres. No estaba muy lejos de la cala donde siempre había ido a despejarse cuando ellos la agobiaban con lo que ella pensaba que eran tonterías... Se rio, ahora se daba cuenta de que sabían más por viejos que por sabios. La edad te da conocimiento, sabiduría, tranquilidad...

La cala estaba muy cerca de otra que casi todo el mundo conocía. Aquélla, pequeña, se encontraba pasando un par de piedras y caminando un par de minutos por un sendero estrecho. Algo complicado, pero merecía la pena si lo que te apetecía era darte un baño o simplemente quedarte mirando mecerse las cristalinas aguas del Mediterráneo. Eso era lo que, en ese momento, cuando llegó, deseaba: observar cómo el mar creaba olas que entraban y salían de aquel apartado lugar. Pensó que sería la única que estaría allí, pero se

encontró con una pareja y un niño pequeño; la pareja no paraba de hacerse arrumacos entre ellos mientras salían y entraban del agua.

Valeria se sentó, lo bastante alejada para que no sintieran su privacidad coartada, y aprovechó el sol que aún había para simplemente volver a tumbarse. Sí, parecía que sólo deseaba estar tumbada. Pero temía que lo que quisiera fuera deshacerse y no tener que pensar más.

Iba a ser duro.

* * *

Aquella mañana no tuvo el más tranquilo de los despertares, pero por lo menos una sonrisa apareció en sus labios. Los dos sobrinos de Valeria habían ido a despertarla, uno de ellos, el de dos años, estaba saltando encima de ella, el otro se sujetaba en el borde de la cama dando golpecitos con su cuerpo.

—¡Tita! ¡Tita! ¡Tita!

—¡Dios, qué susto! —Cogió al que tenía más cerca y le empezó a hacer cosquillas.

—Para, para, para. —Su sobrino mayor se reía y el más pequeño, al ver la diversión, levantaba los brazos para unirse a las risas.

Valeria lo cogió también y así, con los dos en la cama, comenzó a hacerles reír. En la puerta, apoyada en el quicio, su hermana sonreía viéndola jugar con sus dos hijos.

—Vamos, venga. —Adriana entró para bajar al mayor al suelo y coger en brazos al pequeño—, dejad a la tita que se levante de la cama; ahora viene a jugar.

Cuando David, el mayor, bajaba ya la escalera, Adriana, con Julio en brazos, se acercó a darle un beso a su hermana y marcharse:

—Te esperamos abajo, que estás hecha un lirón.

—¿Qué hora es? —preguntó ella un poco desorientada.

—Son casi las doce, vamos, que un poco más y te despiertas para

desayunar paella —sonrió, saliendo de la habitación.

Adriana era mayor que ella, pero al contrario de lo que parecía, siempre confundían sus edades y Valeria acababa siendo la mayor. Tal vez por lo sería que parecía, por el tipo de ropa formal que siempre debía llevar o por lo que fuera, pero la mayor era siempre más pequeña. Quizá la forma tan jovial de ser de Adriana, sus ojos azules, las pecas en la cara o el rubio cabello pudiesen ser los culpables de la confusión. En realidad, a Valeria le daba igual.

Saltó de la cama y después de asearse y cambiarse el pijama por ropa también cómoda, bajó a la planta baja. Allí el bullicio ya estaba montado, los niños corrían como locos por el jardín trasero bajo la atenta mirada de los abuelos y Adriana esperaba a su hermana con un café en la mano.

—Ya te lo ha contado mamá —soltó Valeria, al ver que aquello parecía una encerrona.

—No, me lo ha contado papá —confesó Adriana.

—Madre mía, qué familia. —Cogió el café de las manos de su hermana, haciéndose la ofendida.

—Valeria, que tú no quieras venir a vernos no quiere decir que no nos preocupemos por ti. —Eso sí que fue un buen rechazazo.

—Adriana...

—No, de verdad, si te entendemos. Una vida en Madrid, una gran empresa, fiestas, grandes sueldos. Nada que ver con nuestra vida normal —otra pullita de hermana mayor—. Pero, bueno, sabías que tenías un sitio donde volver.

—¿Qué estás haciendo? ¿Vas a echarme la bronca? No lo necesito, Adriana. —Bajó la mirada al café.

—Valeria, no te voy a echar la culpa de nada. Simplemente decirte que las cosas más simples son siempre las que nos van a mantener con los pies en el suelo.

—Quiero escapar de aquello...

—Lo sé, Valeria, por eso mismo te digo que estamos aquí todos. —Se dio

la vuelta y la abrazó.

—Me enamoré como una gilipollas —soltó una lágrima— y ahora duele mucho.

—Dímelo a mí —replicó Adriana, recordando su fracaso.

—Tú estás feliz —apretó el abrazo con su hermana mayor.

—Ahora sí lo estoy y también como una cabra. —La besó en la mejilla como las abuelas.

—Eso nunca lo he dudado. —Se separaron.

Y Valeria le contó toda la historia con Sasha, obviando los pasajes más sexuales, pero dejando claro que el objetivo de su historia no era enamorarse, sino divertirse. Pero como siempre, el amor tiene otros planes aunque no quieras darte cuenta de ellos. Sí, lo había abandonado, lo había dejado atrás sin dejarle ni una pista para localizarla.

Casi era la hora de comer cuando las dos hermanas salieron al jardín. Adriana ya conocía toda la historia, hasta el «accidente» de coche y cómo hubo de salir del país. No le dejó a Sasha ninguna pista de su posible paradero, pues los papeles de la prestación por desempleo los arregló en Madrid. No había vuelto a saber nada de él, más allá de que su salud era buena y entonces decidió dejarlo todo atrás.

Le dolía demasiado.

—Hijas, casi no os veis, pero cuando lo hacéis no paráis de hablar —soltó su padre mirando el reloj—. Es la hora del aperitivo y eso no lo perdono.

—Venga —dijo su madre—, hacemos relevo o si no hoy no comemos.

—Esta tarde me llevo a la loca esta a hacer *padelsurf* —dijo de golpe Adriana.

—¿Acaba de llegar tu hermana y ya quieres matarla?

Adriana tenía una escuela de surf y otros deportes acuáticos, que le daba bastantes beneficios. Todos los veranos, casi desde marzo hasta mediados de octubre, trabajaba como monitora y tenía contratados a otros monitores desde hacía algunos años. Lo que no podía hacerse a la idea Valeria es cómo se las

apañaba con los dos niños. Cuando le dijo que estaba embarazada del segundo tan seguido, y que no había sido planificado, lo único que le dijo fue: «Mejor, así me quito antes la locura de los bebés». Ella siempre buscando el lado positivo de la vida. Desgraciadamente, su ex no pensó lo mismo y al poco tiempo se divorciaron. Si no llega a ser por la ayuda de sus padres, probablemente Adriana hubiera muerto en el intento de sacar a sus hijos adelante.

La tarde pasó tal como había imaginado, divirtiéndose con sus sobrinos sin parar. Y las siguientes dos semanas de la misma manera, y pasaron rápidas gracias a las chifladuras que su hermana le proponía cada día. Así que aprendió a hacer *padelsurf*. Sí, nunca se hubiera planteado pasar horas y horas subida a una tabla, paleando sin parar por la costa. Al principio le costó, ni siquiera podía ponerse en pie, pero pasados varios días, dicho por su propia hermana, había pillado bastante bien el tranquillo y podía salir a dar paseos cortos ella sola. Ahora casi era una experta, y ya se planteaba hacer yoga en la misma tabla, otro de los cursos que también daban en la academia de Adriana.

Cada tarde, poco antes de que el sol se pusiera, el paseo obligado de Valeria la llevaba a esconderse de nuevo en aquella pequeña cala donde simplemente se dejaba ir. Olvidaba su propia preocupación y se evadía escuchando las olas y mirando su vaivén. Se dejaba llevar, no quería pensar en nada más, pues le dolía y la cosa no tenía visos de mejorar.

Aquella noche, en la soledad del porche de la casa de sus padres, sintió un pinchazo en el corazón, no era real, pero notó cómo se encogía por dentro y se echó a llorar como una chiquilla a la que le hubieran quitado el más querido de sus muñecos. En aquel sofá, con sus manos intentaba contener los gemidos que su alma dejaba escapar por su boca.

Valeria estaba totalmente rota por dentro y necesitaba sanarse de una vez por todas. Aquellas semanas en las que no había querido pensar y dejaba que la soledad y el cuidado de su familia la arroparan parecían estar dando sus

frutos. Ahora sólo quedaba que todo lo que tenía roto saliera con aquellas lágrimas y que, finalmente, algún día las cosas se colocaran en su lugar.

* * *

Había pasado otra mañana más en el mar.

Estaba recogiendo todos sus aparatajes, tales como la tabla, la pala y la mochila impermeable con la que salía a navegar todos los días, cuando se le acercó su hermana, que acababa de terminar una clase.

—Valeria. —Su cara denotaba que sabía algo que ella debía conocer.

—¿Pasa algo? Tu cara...

—No, no —la tranquilizó—. Pero alguien ha venido preguntando por ti.

—¿Cómo? —sintió un pinchazo en el estómago.

—Sí, es él —soltó, sin querer darle más suspense al tema—. Y te está esperando allí.

Cuando Adriana señaló con la cabeza al otro lado de la escuela, Valeria cerró los ojos, no queriendo reconocer que se moría por mirarlo. Pero el pánico la invadió.

—Sé que no me lo has contado todo —le dijo su hermana, cogiéndola de la mano—, pero ahora está aquí. Si no quieres seguir con esto, será mejor que lo cierres del todo. Es tu oportunidad.

—Adriana, tengo... —Valeria le apretó la mano con fuerza.

—Vamos, que no se diga que en nuestra familia hay cobardes. Yo recojo. —Le levantó la cara—. Además, ese ruso está la mar de bueno.

Le guiñó un ojo intentando quitarle hierro al asunto. Pero lo que dijo resonó dentro de Valeria. ¿Para qué había ido Sasha allí? ¿Cómo la había encontrado? ¿Por qué? ¿Simplemente por qué entonces?

Se dio la vuelta lentamente para que su mente se fuera haciendo a la idea de que él estaba mirándola fijamente desde el otro lado de la playa.

Y así fue, bajo el toldo de cañas de un chiringuito playero, sintió cómo su

mirada la estaba taladrando. Estaba apoyado en uno de los pilares de madera, resguardándose del calor del sol a aquellas horas.

Valeria caminaba despacio, ni siquiera se había cambiado la ropa, sólo llevaba el bikini y el pelo mojado que se le iba pegando a la cara. Le daba todo absolutamente igual. En cambio, él parecía sereno, tranquilo y estaba tan guapo como siempre. El cabello algo más largo que cuando se vieron la última vez en el hospital, la barba también más larga, con pantalones cortos y camisa blancos. A su lado, en la mesa más cercana, una cerveza a medias.

Valeria supuso que sería de él.

—Hola. —Se paró frente a él, sin entrar en el chiringuito.

—Estás preciosa. Valeria —dijo Sasha, parecía que sinceramente.

—¿Cómo me has encontrado? Y no me mientas.

Con toda la tranquilidad del mundo, él le tendió una mano para que se la cogiera. Al no hacerlo, se le acercó un poco más y la atrajo hasta la sombra. Le propuso sentarse y Valeria accedió, pero no donde le dijo, sino enfrente. Aún sentía que no podía respirar con normalidad. Tenerlo delante todavía la dejaba sin respiración y notaba cómo los nervios se la iban comiendo por dentro.

Sasha le pidió al camarero una cerveza para ella.

—Valeria, he venido a hablar contigo. A contártelo todo.

—Por favor, ¿cómo has sabido que estaba aquí?

—Llamé a Ruth, fue fácil encontrarla. Así que, preocupada también por ti, me contó algo más sobre tu familia. Me pidió que si te encontraba, la llamas, le dijeras que estás bien. Con esa información, pedí que te localizaran. Y hace una semana que sé que estás aquí.

—El todopoderoso Aleksandr. —Bebió un sorbo de cerveza.

—Me dejaste sin poder darte explicaciones. —Fue a acariciarle la cara, pero se paró en seco.

—Me echaste de tu lado, Aleksandr. No sólo una vez, sino varias. No quería tener nada que ver con alguien que me mandaba señales erróneas. En

unos momentos te creía el hombre más encantador del planeta y después me echabas de tu lado. No, Aleksandr. Tus secretos, tus medias verdades... Y lo del coche terminó por hacerme despertar. Hay un lado oscuro en tu vida del que no quiero saber nada.

—Lo dejaste todo. Tu casa, el trabajo, a tu gente.

—Ésta es mi gente. Estoy con mi gente y no quiero volver.

—Estoy aquí porque quiero contártelo todo de una vez. Decirte qué pasó con lo del coche, con mi casa, aquella vez que me desesperé cuando no cogiste mis llamadas...

—Sasha...

—¿Ahora soy Sasha?

—Nunca has dejado de serlo —respondió Valeria conteniendo las lágrimas—. Pero era sólo sexo, ¿no?

—Nunca fue sólo sexo, Valeria. Nunca. —Finalmente acarició su rostro mientras ella dejaba caer las lágrimas.

—Me tengo que ir. —Se levantó enjugándose las lágrimas.

—Déjame explicarme, déjame que te lo cuente todo. —Se puso también de pie.

—Ahora no sé si tengo fuerzas para oírlo —replicó Valeria. Y echó a andar sin mirar atrás.

Temía que si lo hacía le ocurriera como en la leyenda de Orfeo y Eurídice, y al mirar atrás él desapareciera. Pero contrariamente a lo que imaginaba, notó que una mano la sujetaba por la cintura y la hacía girar. Su mirada chocó frontalmente con los ojos de Sasha, mientras él subía ahora sus dos manos a su cara.

—Te voy a besar, Valeria. Estaré aquí todos los días esperando a que quieras escucharme. Porque deseo que lo hagas, que me comprendas y que quizá...

Temerosa de oír algo que ella misma estaba esperando desde hacía tiempo, propició que sus bocas se unieran. Ella provocó el beso, pero fue Sasha quien

desesperadamente buscó en sus labios lo que llevaba mucho tiempo anhelando. A ella.

Cuando se separaron, Valeria se dio la vuelta y deshizo el camino anteriormente recorrido. Frente a ella, su hermana la miraba con la boca abierta. Viéndose sorprendida, Adriana hizo como que estaba recogiendo algunas cosas, hasta que Valeria llegó.

—Deja de hacer el tonto, Adriana —le dijo sin sonreír—, sé que lo has visto todo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó su hermana.

—No lo sé. —Y se puso los pantalones cortos, para marcharse a su casa en bicicleta.

—Ese hombre te quiere, esos besos no se dan porque uno quiera follar.

Y tenía razón. Durante todo ese tiempo Valeria había sentido cómo los besos de Sasha habían cambiado, desde el principio a cuando estuvieron juntos la última vez.

Y sí, llevaba tres días viendo a Sasha bajo las cañas del chiringuito de aquella playa de aguas transparentes, esperando a que ella se decidiera a dejarle hablar.

Él, cuando se despertó del coma inducido, en la clínica privada de San Petersburgo, lo primero que hizo fue preguntar por Valeria con miedo. Al principio nadie supo decirle nada, tenían órdenes de Oleg. Pero poco después, cuando ya estaba consciente y sus constantes vitales se habían estabilizado, su amigo le explicó que habían puesto en marcha todo el protocolo en el momento en que supieron que no había sido un accidente, sino un atentado. Así que se llevaron a Valeria al hotel de las afueras hasta que el vuelo estuvo preparado y la enviaron a casa.

No tardaron mucho en averiguar quién había sido el culpable de la explosión. Más allá de enemigos económicos o cualquier otra cuestión más peligrosa, aunque ya era suficientemente terrorífica, la respuesta era mucho más sencilla de lo que nunca hubieran podido imaginar: el responsable era el marido de Olya, consumido por unos celos azuzados por ella. Al parecer, llevaba mucho tiempo hablándole de Sasha y diciéndole que iba a divorciarse para volver con él.

Todo se solucionó de manera rápida, aunque traumática para todo el mundo.

Sasha no pudo regresar a España tal como estaba previsto, al tener que solucionar todo el papeleo, las declaraciones a la policía y controlar que todo el proceso fuera legal. Era sabido que allí era mucho más fácil comprar voluntades que en otros lugares del planeta. Así que, aunque no dejó de pensar en Valeria, suspiraba aliviado al saber que ella estaba bien.

Que le hubiesen hecho daño, no se lo habría perdonado en la vida.

Cuando todo eso finalizó, le vendió la empresa de organización de eventos a otro empresario especializado en clubs *swinger* de alto nivel y se olvidó para siempre de ese tipo de historias que a él no le interesaba poseer, sino disfrutar.

La compró para ayudar a alguien a quien amó y ahora ya no tenía ningún sentido mantenerla entre sus empresas. Valeria podría continuar trabajando con él, deseaba verla para poder solucionar lo suyo lo antes posible.

Pero, al llegar a España, la realidad lo golpeó con fuerza.

Todo el tiempo que él estuvo fuera, los de recursos humanos tramitaron la documentación de la baja voluntaria de Valeria. Y al no conocer su relación, no consideraron informarle, sino comenzar una nueva ronda de entrevistas. Sasha llamó a su teléfono móvil cientos de veces, se presentó en su domicilio a horas diferentes para averiguar qué ocurría. Y terminó llamando a la empresa en la que ella trabajaba antes y habló con Ruth. Sabía que eran amigas y se presentó y le contó lo que había ocurrido. Ella lo ayudó diciéndole que sus padres vivían en Girona, en un pueblo al lado de la playa. E hizo prometerle que la llamaría si la localizaba, pues también estaba preocupada.

Sasha la encontró, mejor dicho, la encontraron por encargo de él y lo informaron de cada uno de sus pasos. Estuvo varios días sin decidirse a ir. ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo le iba a explicar lo sucedido? ¿Quién era él para interferir en su decisión? Pero quería explicárselo todo, su forma de ser, lo que ella había hecho con él, cómo había cambiado. Y que ahora ya no tenía preocupaciones...

Cuando finalmente se decidió, lo tenía todo calculado. Se presentaría en la empresa que había averiguado que era de su hermana y preguntaría por Valeria, se lo explicaría todo y lo único que no era capaz de imaginar era cuál sería su reacción. Era una mujer fuerte, decidida, con orgullo y cuando tomaba una decisión era difícil convencerla de otra cosa.

¿Hablaría con él?

Y allí estaba por tercer día consecutivo, con una cerveza en la mano mirando cómo Valeria practicaba *padelsurf*. Su cuerpo había cambiado, ni para bien ni para mal, Sasha la veía perfecta, pero estaba más definida. El deporte, pensó sin quitarle la mirada de encima. Ella se sabía vigilada, pero ni siquiera pasaba cerca de él. Lo miraba de lejos y alguna vez había inclinado la cabeza a modo de saludo, pero nada más.

Se preguntaba cuánto tiempo más tendría que pasar. Pero lo que tenía claro era que esperaría lo que fuera necesario hasta poder hablar con ella.

Al día siguiente vio que la hermana de Valeria se acercaba al chiringuito. Era una rubia escultural, de complexión atlética y piel dorada, y se sentó a su lado sin ser invitada.

—Hola —dijo él.

—Hola —lo saludó ella, a la par que le ponían una cerveza en la mesa.

—Te conocen bien —dedujo Sasha.

—Siempre me tomo una cerveza aquí cuando cerramos y me traen a mis hijos. —Bebió—. Hoy estoy haciendo una excepción, no he cerrado aún.

—¿Tienes hijos? —preguntó él sorprendido, dado el trabajo que tenía.

—Dos, ¿acaso no podemos conciliar? —le respondió ella, consciente de que era la crítica de siempre.

—Por supuesto. Me ha sorprendido que tuvieras más de uno, ya que pareces muy joven —confesó.

—Ya. —Bebió otro sorbo—. Pues soy la mayor. —Sonrió y le guiñó un ojo.

—Lo siento.

—Bueno, ¿qué piensas hacer con mi hermana? Porque te contaré una cosa, está jodida, muy jodida, y no sé si podrá soportar que le des una patada o no le digas la verdad. Ah, y advierto que esto del pádel te pone muy fuerte y yo, además, aparte también hago *kite surf*, así que puedo darte un puñetazo en menos que canta un gallo.

—¿Eh? —Sasha trató de recomponerse ante aquella confesión—. No, bueno... Yo estoy esperando a que quiera escucharme. Quiero estar con ella.

Adriana se terminó la cerveza de un último sorbo:

—De acuerdo. —Sacó un mapa del pantalón corto que llevaba—. Te espera a las ocho aquí. —Señaló un lugar en el papel y luego le indicó cómo llegar caminando—. No la jodas más, ruso, o te daré tal palazo que vas a acordarte de mi familia toda la vida.

Y sin dejar que respondiera, se levantó y echó a andar hacia su empresa. Sus dos hijos acababan de llegar y ella corrió a jugar con ellos. Sasha se quedó mirando cómo pasó un rato rebozándose con ellos en la arena, después de saludar de manera algo fría al que parecía el padre de los niños.

A las ocho podría hablar con Valeria, que acababa de regresar a la playa.

Ahora era él el que se marchaba, eso sí, con una sonrisa en los labios.

Valeria lo vio irse y sonrió, Adriana ya le había dado el mensaje. Ahora jugaría un rato con sus sobrinos y su hermana.

* * *

Aquella tarde, después de comer, Valeria no tenía ninguna intención de irse a dormir un rato a la habitación en la que creció y superó la adolescencia en aquel pueblo costero. Sabía que si lo intentaba sólo iba a tener malos sueños, así que siguió la recomendación de su hermana y se encaminó a darse una sesión de masaje completo, para sentirse lo más tranquila posible cuando se encontrara con Sasha. Estaba hecha un manojo de nervios y necesitaba sacarlos de alguna manera. Aquélla sería la más sencilla: música, olores que inspiraban tranquilidad y unas manos mágicas que le hicieran sentirse en el séptimo cielo o el octavo, si era necesario.

Después de comer, cogió su bicicleta y se encaminó con toda tranquilidad al establecimiento en el que Adriana le había reservado un par de horas de mimos y tranquilidad. Hacía calor, pero cerca de la costa siempre daba la

sensación de que la temperatura fuera algo más fresca cuando corría un poco de aire.

Ahora, después de las presentaciones, los preparativos y toda la demás parafernalia, se encontraba tumbada en una camilla, llevando sólo un tanga de esos de papel y tapada con una toalla gigante. El olor a naranja suave que inundaba toda la estancia, junto con la iluminación, de una tonalidad pastel, hacían que, aunque no se quisiera, la mente se relajara. Cualquiera otra persona seguro que en esos instantes ya habría desconectado, pero ella necesitaba algo más que eso para no pensar en lo que la esperaba dentro de unas horas. Decir que sí o cerrarle la puerta para siempre a alguien que se había metido en su corazón más de lo que ella habría deseado.

¿Qué le contaría Sasha? ¿Cómo le explicaría todo lo que había sucedido? ¿Qué pasó en San Petersburgo? ¿Quién cojones era él en realidad? ¿Un mafioso? ¡Dios! No podía estar enamorada de un capo de la mafia rusa, eso no.

Dejó de darle vueltas cuando entró en la habitación la chica que sería su masajista. Puso algo de música suave para inmediatamente acercarse a su cuerpo, bajarle la parte de arriba de la toalla y, con un aceite templado, comenzar a trabajarle los músculos de la espalda. Ése era el comienzo, y Valeria esperaba que todos los masajes que iba a recibir la hicieran sentirse más tranquila.

—Estás algo tensa —le dijo la chica, mientras le manipulaba los hombros—. Tu hermana me dijo que simplemente te relajara, pero te aconsejo que vengas otro día.

—Bueno, sí, la verdad es que hace mucho que no me doy un masaje —respondió Valeria sin ganas de charla.

—Adri me comentó que notara lo que notase, sólo te relajara. —Percibió su sonrisa.

—Veo que os conocéis bien —comentó Valeria.

—Claro, soy su fisioterapeuta de cabecera. De ahí que me dejara muy claro

que nada de «trabajo» y sólo «sobeteo».

—¿Sobeteo? —preguntó ella.

—Sí, a esto de amasar los músculos lo llamamos «sobeteo» entre nosotras. Sabe que mi debilidad son los nudos en la espalda y casi son como una afrenta para mí. Me encanta dejar a las personas bien. Pero lo dicho, esta vez me ha dejado muy claro que nada de dejarme llevar y que sólo te relaje. Pero me tienes que prometer que vendrás otro día, porque lo que tienes en la espalda no es normal.

—Lo prometo, pero tal como te ha dicho mi hermana, hoy mejor «sobeteo».

—Claro, de lo contrario, no ibas a poder moverte en dos días. —Se rio suavemente y continuó con su trabajo.

Una hora y media más tarde y tras rebozarse en no sé qué barro relajante, Valeria estaba saliendo por la puerta más relajada que nunca.

Quiso pagar, pero la masajista le dijo que era un favor que le debía a Adriana, así que ni hablar. Eso sí, debía volver para que les «diese una paliza» a aquellos músculos que tenía agarrotados.

—¿Qué tal con Jess? —Su hermana la llamó inmediatamente después de que saliera del establecimiento.

—¿Me estás espiando?

—Casi, estoy por irme contigo y esconderme detrás de una piedra en la cala. —Puso voz de misterio—: No me fío de ese tipo, es raro de cojones, aunque está bueno a rabiar.

—Eres aún más payasa de lo que recordaba —soltó Valeria suspirando.

—La edad acentúa las virtudes y las manías. —Adriana se rio a propósito de forma perversa.

—Tu amiga muy bien, pero podías haberme advertido que es fisioterapeuta. Si lo sé, le digo que me dé caña de la buena.

—Si te la hubiese dado, habrías llegado a tu cita hecha una mierda. Es de las que dejan agujetas. Vamos, que deshace todo lo que encuentra, te pasas dos

días con dolor y al tercero estás como nueva. De ahí que sólo «sobeteo». Has de estar relajadita, no hecha un basilisco por el dolor.

—¡Oh, gracias hermana mayor por cuidar de mi vida amorosa! —le dijo Valeria de manera teatral.

—¡Que te follen! Bueno, no, que no lo hagan, que seguro que es lo que quieres.

—Idiota.

—Ya me contarás —finalizó Adriana cortando la comunicación.

Sí, ya le contaría si lo que quería era llorar en soledad o acompañada. Tenía terror a lo que pudiera ocurrir en una hora.

Terror.

* * *

Valeria fue a casa para darse una ducha y eliminar el olor a templo budista que en ese momento llenaba toda su pituitaria.

Jess había utilizado un aceite esencial muy bueno para el masaje, pero demasiado molesto para marcharse a la playa. Ciertamente que allí se iba a llenar de salitre, aunque no se bañara, pero no quería ser el centro de la diana de todos los posibles mosquitos merodeadores.

Eligió un vestido corto con vuelo, nada especial para la ocasión, sólo uno más. Y se puso unas alpargatas del mismo color. Tenía tiempo suficiente para bajar caminando hasta el punto de encuentro, pues aún quedaba media hora, así que cogió un bolso pequeño, suficiente para llevar el móvil y las llaves, y, tras despedirse de sus padres, se marchó:

—¿Volverás? —preguntó su madre, sabiendo por su hermana que tenía una cita con Sasha.

—No lo sé, mamá, pero no me esperéis despiertos. Quizá la charla sea más larga de lo que pretendo.

—Avisa con lo que sea —le pidió su madre, dándole un beso en la mejilla.

* * *

Tenía un nudo en la boca del estómago. Sentía como si todo el peso del mundo se hubiera posado en su cuerpo y, a pesar de la sesión de relax, estaba nerviosa. Ella tenía claro lo que quería, pero necesitaba que las respuestas de Sasha, o sus explicaciones, fueran las correctas.

¿Quién había sido ella? ¿Quién era él? ¿Y qué había pasado?

Se sentó a la entrada de la cala, en una de las rocas que daban directamente al agua. Desde allí podía mirar sin problemas el movimiento de las olas, sintiendo la brisa marina. Trató de tranquilizarse observando el vaivén del mar.

¿Vendría? Se quitó las zapatillas para sentirse más libre sentada en aquella piedra frente al Mediterráneo.

Respiró con los ojos cerrados, mientras el ligero aire le acariciaba el rostro.

—Estás preciosa, ahí sentada.

La voz de Sasha la sobresaltó y sus manos pasaron de estar posadas en sus piernas a apoyarse de golpe en la roca.

—Me has asustado —le dijo.

—No lo pretendía. —Trepó para sentarse a su lado.

Ninguno de los dos dijo nada más.

Sasha simplemente acompañó en el silencio a Valeria mientras miraban el mar. Llevaba unos pantalones cortos de color rojo y una camisa rosa claro, e iba descalzo, con las sandalias en la mano.

Era extraño, estaban el uno al lado del otro, pero ninguno de los dos parecía que tuviera intención de romper aquel silencio, así que dejaban que el tiempo hiciera su trabajo. Miraban el transparente color del agua de la Costa Brava y se dejaban acariciar por la brisa. De vez en cuando se oía un suspiro

de Valeria, y Sasha giraba la cabeza con la intención de decir algo, pero al ver su rostro bañado por la tristeza, se le encogía el estómago.

Necesitaba contárselo todo, decirle que se había dado cuenta de que lo suyo fue un peligroso juego que se tornó en un sentimiento más fuerte que la vida. Que nunca había tenido más miedo que al pensar que a ella pudiera pasarle algo, perderla para siempre. Podía vivir con el hecho de que Valeria no quisiera saber más de él, pero no con la certeza de que pudiera ser el causante de que le ocurriera algo. Eso no.

Valeria volvió a tomar una gran bocanada de aire. Lo soltó despacio y se volvió para mirar a los ojos a Sasha. Cuando sus miradas se cruzaron, ella sintió que el mundo comenzaba a dar vueltas como una peonza sin dirección. Estaba a punto de echarse a llorar y lo peor de todo era que no entendía la razón. En realidad no quería entenderla, pues lo que tenía claro era que se había enamorado de aquel hombre. Estaba profundamente enamorada de aquel ruso que podía ser cualquier cosa.

No pudo contener por más tiempo las lágrimas cuando él deslizó una mano junto a la de ella y se la apretó.

—Sasha...

—Valeria, deja que te cuente. Déjame explicarte qué ha sucedido, qué ha pasado en mi vida durante estos dos años en los que he estado amarrado a una imagen que no era real. —Le apretó la mano con más fuerza—. Me he estado prohibiendo amar, no he querido volver a sentir lo que sentí con aquella mujer.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó ella con suavidad, sintiendo los dedos de Sasha entrelazados con los suyos.

—Laura —cerró los ojos al decir su nombre—. Me enamoré de un imposible, le di todo lo que un hombre enamorado puede dar, mi alma. Pero no salió bien. Ella nunca estuvo enamorada de mí. Hasta estuve dispuesto a ser el padre del hijo que pensamos que estaba esperando y ella no sabía si era del otro o mío. Todo se acabó una tarde en que me enteré de que a su nueva pareja lo habían metido en un entramado sexual con el que él no tenía nada que ver.

Aquel hombre era el dueño de la empresa de fiestas sexuales y yo se la compré por Laura, por ella, para que no tuviera que preocuparse más. Y desde aquel momento, yo, Aleksandr Vodianov, cerré las puertas al amor. Diversión.

—Ya veo. Pero ¿yo que soy en toda esa ecuación? ¿Una distracción?

—Cuando te conocí, sí. Acababa de ver a Laura en aquella fiesta, justo después de que tú aparecieras. Fueron unos segundos en los que me dolió el alma, pero vi algo en ti que me hizo seguirte. No me equivoqué. En aquel momento no me equivoqué, los dos buscábamos lo mismo. Sexo. Sólo sexo.

—Sasha, sí sólo fue sexo. ¿Qué nos pasó después?

—A ti no lo sé, Valeria, pero a mí el mundo se me volvió raro si no estaba contigo. Admito que no he hecho las cosas bien, que he estado con otras mujeres, pero sólo para apartarte de mi cabeza. No quería que te metieras tan dentro de mí. No deseaba volver a tener que lidiar con el dolor del abandono, de la traición...

—Me hiciste daño. Me dejaste tirada, Sasha. —Apartó la mano de la suya y adoptó una posición más defensiva—. Me hiciste sentir una cualquiera.

—Han pasado muchas cosas de las que me arrepiento. Obligarte a separarte de mí fue la peor de ellas, pero tenía miedo de que te pasara algo. Que te hicieran daño para que yo sufriera.

—¿Quién eres? ¿De qué me estás hablando?

Valeria se abrazó un poco más a sí misma. El viento había cambiado y era un poco más fresco de lo habitual.

Sentía el frío dentro de su cuerpo.

—No, Valeria, sé lo que estás pensando y no. Aunque ahora no lo parezca, no tengo negocios turbios ni soy un mafioso de ningún tipo. —Tomó aire—. Lo que pasó en San Petersburgo fue algo que nadie podía esperar, aun a pesar de las medidas de seguridad que estaba tomando.

—No lo entiendo. —Apoyó la cara en las rodillas encogidas.

—Desde hacía algún tiempo estaba recibiendo señales extrañas en San Petersburgo. Me comentaban que estaban vigilando una de mis oficinas y mi

casa, así que redoblé mi seguridad personal. Después entraron a robar en mi casa de allí y fue cuando me lo tomé más en serio; estaba sucediendo algo. Hubo un par de cosas más que me preocuparon en España, una de ellas sucedió aquel día que no me cogiste el teléfono. No me hubiera perdonado nunca que te pasara algo, que te hicieran daño. Pero lo más grave fue lo del coche. Pensé que era el final. —Se llevó las dos manos a la cabeza, mesándose el cabello—. Tenía preparado un plan de escape con Oleg, pero creía que nunca tendría que usarlo. Desgraciadamente no fue así y te tuvimos que sacar a las bravas de Rusia. Para descubrir, más tarde, que no fue obra de ninguna mafia o de alguien que quisiera matarme por dinero, sino por celos.

—¿Por celos, Sasha? ¿De qué tontería me estás hablando? —Se volvió por completo para mirarlo—. ¿Me estás diciendo que estuvieron a punto de matarme, que yo sepa, una vez, por celos? Es increíble, en serio que no puedo creerlo. —Se puso de pie de golpe—. Estuve muy preocupada por ti, Sasha; me moría de miedo al pensar que podías haber muerto. Nadie me daba información y sólo me enviaron a España sin ninguna explicación. Desapareces tres meses sin decir nada, sin ponerte en contacto conmigo, sin preocuparte y ahora me dices que ¡fue por celos!

Valeria bajó de la roca y echó a andar con paso firme para regresar a casa de sus padres.

No llevaba más de cinco metros recorridos cuando la mano de él la sujetó por la muñeca.

—Valeria, fue el marido de Olya. —La hizo volverse para mirarla a los ojos—. En un extraño ataque de locura, hacía tiempo que ella no paraba de decirle a su actual marido que quería volver conmigo y a saber qué cosas más... Al parecer él se volvió loco y pensó que lo mejor era quitarme de en medio. Todo muy cinematográfico, la verdad, así que tuve que quedarme allí para que las cosas fueran por cauces legales y se solucionaran mediante la ley y no el dinero. En Rusia aún es fácil que ocurran esos hechos. Y, sobre todo,

no quería que nadie me relacionara contigo, te quería sana y salva. Te quiero sana y salva.

—Pero fueron tres meses sin saber de ti, me hiciste daño, Sasha. Nunca te preocupaste de lo que yo sentía, de cómo me sentía. Tu trato hacia mí era extraño, de repente estabas al cien por cien conmigo y de golpe desaparecías. Me hacías creer que teníamos algo, pero luego me dejabas bien claro que sólo era sexo. Sasha, ¿qué soy en tu vida? ¿Qué es lo que quieres conmigo?

—Valeria, si me comporté así fue por miedo. Miedo a que me hicieras daño y al final el daño te lo hice yo a ti sin darme cuenta de que me lo hacía a mí mismo.

Ella bajó la mirada al suelo, sin saber qué decir o qué hacer.

Su corazón le daba señales claras y concisas, pero su mente le aconsejaba que se lo tomara con calma. Si él estaba allí y había esperado tanto tiempo, podría esperar un poco más a que toda la información que le acababa de dar se asentara un poco y adquiriese sentido.

—Sasha —empezó a decir—, necesito tiempo. Necesito comprender qué hemos estado haciendo. Si los dos teníamos claro lo que sentíamos el uno por el otro, ¿por qué hemos hecho esto? Yo lo tengo claro, porque tú nunca me diste las señales claras y concisas para decirte que te amaba. Sí, Sasha, te amaba, y ahora no sé si debo seguir haciéndolo.

—Valeria, esperaré el tiempo que necesites. —Le soltó la muñeca y se separó de aquel cuerpo que deseaba abrazar, acariciar y llenar de besos. Pero debía esperar—. He sido un gilipollas egoísta, lo sé. Posiblemente si te lo hubiera contado todo... Pero es que no quería, no quería mezclarte en mis problemas. No deseaba que conocieras a ese Aleksandr ególatra en el que me había convertido. Aquella noche, la última que viniste a casa, estaba dispuesto a decírtelo todo, a hablar claramente, pero me descolocaste. Me chocó tu forma de tratarme.

—Era el adiós, era mi adiós y quería que te sintieras igual que yo me sentía cada vez que me dejabas o te marchabas. Quería tener algo tuyo real y, si era

de esa manera, de ésa lo tendría. —Se secó una lágrima que caía por su rostro.

—Lo siento, Valeria; sé que debí ser más valiente contigo. Lo mereces, tú mereces eso y más.

—Debo pensar. —Se volvió para continuar caminando por el sendero que la llevaría a su casa.

Y dejó a Sasha allí de pie, mirando cómo iba desapareciendo lentamente por aquel camino de arena. Casi lo sentía como si fuera una metáfora, como si aquel arenoso sendero fuera el resumen de lo que aquella relación había dado de sí. Una sinuosa vereda llena de polvo, que escondía todo lo que podía haber disfrutado y amado con aquella mujer.

No, no podía dejarlo así.

No se rendiría tan fácilmente como lo hizo con su anterior relación. Tal vez aquella estuviera más que sentenciada, pero Sasha logró ver algo en los ojos de Valeria que le dio esperanza: la duda. Sabía que ella sentía exactamente lo mismo que él y no, no podía dejarla escapar de aquella manera. No podía quedarse quieto mientras la mujer a la que amaba se le estaba escapando como arena entre los dedos abiertos de la mano.

Algo resonó en su interior y, como un resorte, salió corriendo descalzo detrás de ella, como un loco poseído por la enfermedad del amor. Sintió que el corazón se le salía por la boca al notar dentro de su cuerpo que la ausencia de Valeria en su vida le dolía más que cualquier otra cosa que nunca le hubiese ocurrido. La quería en su cama, en su casa, en su corazón para siempre.

Valeria no podía marcharse así como así.

—¡Para! —Oyó ella a lo lejos—. ¡Para, Valeria!

Se volvió justo a tiempo de ver a Sasha correr desesperado y descalzo para alcanzarla. No tardó ni un segundo en llegar a su altura y una vez allí, sin darle ningún tipo de explicación, agarró su rostro con las dos manos y la besó. Sí, por primera vez en mucho tiempo Valeria sintió que aquel hombre estaba regalándole el alma con el contacto de sus bocas. Sin pensarlo mucho, ella lo abrazó por la cintura y correspondió a sus caricias. Le necesitaba más de lo

que pensaba, más de lo que su corazón le indicaba, le quería dentro de su alma.

Cuando se separaron, Sasha apoyó la frente en la de ella.

—Voy a esperarte el tiempo que sea necesario, Valeria, mi pequeña *zapyast'ye*. —Tomó aliento—. Pero no olvides una cosa, te amo.

Esas palabras sonaron como una onda expansiva en el cerebro de Valeria, que sin saber qué hacer realmente, se dio la vuelta y continuó caminando hacia su destino inicial, dejando a Sasha allí parado, mirándola.

—Te esperaré lo que necesites—gritó.

Aquella noche Valeria no pasó por el jardín donde sabía que sus padres estaban leyendo antes de irse a dormir. Directamente subió a su habitación y se lanzó sin miramientos sobre la cama, donde dio rienda suelta a todas las lágrimas que había estado guardando.

Cuando finalmente consiguió recuperar la respiración después de su llanto desgarrado, sintió que su mundo se derrumbaba. Sasha, el hombre al que amaba y creía que tenía un corazón y un alma de hielo, se le había abierto. Le había contado sus miedos más profundos, finalizando con una auténtica declaración de amor.

¿Qué debía hacer? ¿Qué era lo que tenía que hacer? Le amaba, eso estaba fuera de duda, pero ¿y si no era la persona adecuada? ¿Y si volvía a equivocarse eligiendo a alguien que no la deseaba tal como era?

Respiró un par de veces más, antes de entrar en el cuarto de baño para lavarse la cara con el agua más fría que pudiera. Se miró al espejo y lo que vio no le gustó absolutamente nada, no por su rostro congestionado por el llanto, sino por su mirada triste, por aquellos ojos que estaban diciéndole que no necesitaba pensar mucho más. Sasha la estaba esperando, la esperaría el tiempo que fuera necesario, ¿cuánto necesitaría ella para dejar de mentirse?

Volvió a lavarse la cara con agua fría, cogió la toalla que tenía a su derecha y empezó a secarse suavemente la piel. Al terminar, caminó decidida hacia el cajón donde había dejado su teléfono móvil el primer día que llegó a casa de sus padres. Lo sostuvo entre sus manos más tiempo del necesario, pero al final apretó el botón de encendido. Los segundos que pasaron entre oprimir el botón y que el aparato se pusiera en marcha se le hicieron eternos. Esperó a que

todos los mensajes pararan de sonar, eran demasiados para hacerles frente uno a uno, de modo que los ignoró hasta que el dispositivo quedó en silencio.

Ahora, con el móvil de nuevo apretado entre sus manos, dudaba si llamarlo o enviar un mensaje. Pero ¿qué le diría? Ni ella misma lo tenía claro. Sí, quería estar con él. ¿Con condiciones? ¿Con reclamaciones? ¿Con carta blanca y comenzar de nuevo? Esta vez se sentó en la cama, suspirando.

El teléfono sonó, era un mensaje de Sasha:

Sigo esperándote, aquí. Sólo has de mirar por la ventana.

Valeria se sorprendió. ¿Cómo podía saber que había encendido el móvil? ¿Se adelantaba a sus pasos? ¿O simplemente esperaba tener suerte y ver el doble check de WhatsApp? Si la respuesta era la última, ella misma lo sacaría de dudas.

¿Cómo sabías que iba a encender el móvil?

Pequeña *zapyast'ye*, ya no tienes porqué esconderte de nada. Así que, ¿por qué no encender el móvil?

Hasta en estas situaciones eres prepotente 😊.

No, preciosa mía. La edad simplemente me ha hecho ser más intuitivo. Pero como verás, no me he confundido.

No, no te has confundido.

Mira por la ventana, por favor.

Valeria se levantó de la cama, donde se había sentado, y ordenó a su cuerpo que caminara hasta la ventana. Descorrió la cortina y al otro lado de la verja, de pie, apoyado en una moto, estaba Sasha mirándola fijamente a los ojos. Cuando la vio, abrió los brazos en forma de cruz, dándole a entender que estaba allí y que siempre estaría a su lado si ella así lo decidía.

Un nudo atenazó el estómago de Valeria, sus pulsaciones subieron de golpe y acabó llevándose una mano a la boca para esconder otro conato de llanto.

No, no podía dejar que las lágrimas le empañaran la visión de Sasha sonriendo y esperándola. Corrió la cortina de nuevo y, casi sin mirar atrás, salió de la habitación corriendo para cruzar el jardín y abrir la verja.

Y allí estaban los dos, en la calle, mirándose el uno al otro y sin atreverse a acercarse.

Se miraban.

Sasha sonreía y Valeria simplemente intentaba no perder más la cabeza y dejar que sus pensamientos la vencieran.

La decisión estaba tomada.

—Ven —le dijo Sasha.

—No puedo, no... —Valeria temblaba.

—Puedo esperarte el tiempo que quieras, a menos que desees que sea yo quien vaya —ofreció.

Valeria asintió lentamente, como si tuviera miedo de que todo lo que estaba pasando se convirtiera en una pesadilla. Pero despacio, sin prisa y con el aplomo de una persona segura de sí misma, Sasha caminó hacia ella. Su sonrisa intentaba tranquilizarla, pero el cuerpo de ella se negaba a responder de manera racional y sólo temblaba. Cuando sintió la mano de él cogiendo la suya, levantó la mirada.

—Valeria, ¿qué significa esto?

—No lo sé, Sasha, no lo sé. —Continuaba temblando por los nervios—. Sólo sé que no puedo dejar de pensar en ti y que quiero probar, quiero estar contigo. Sin condiciones, sin imposiciones y, si no funciona, no mirar atrás con remordimiento.

—Pequeña *zapyast'ye*, te lo he dicho y volveré a decírtelo. Te amo.

—Yo también, Aleksandr.

Esa confesión, salida desde lo más profundo de su corazón, la pilló totalmente desprevenida. Notó cómo una oleada de calor recorría su cuerpo

haciendo que aquel temblor nervioso parara de golpe. Esas palabras fueron bálsamo para su alma y su mente, la despejaron totalmente haciéndole ver que sí, que todo podría funcionar.

Sasha se acercó más a ella, pero no fue delicado como por la tarde. La tenía a su lado y acababa de decirle que lo amaba. No, no podía fingir que no la deseaba, que no quería caminar junto a ella para siempre. La cogió de la cintura y, con fuerza, la acercó a sus labios, que besó con ansia, como el que necesitando agua acabara de encontrarla. Y en Valeria halló lo que deseaba: reciprocidad en los sentimientos, pues sus lenguas bailaban al mismo ritmo y sus manos acariciaban con la misma ansia.

Cuando separaron sus bocas, respirando con anhelo, Sasha le hizo una petición:

—Ven conmigo —dijo—, pasa la noche conmigo y mañana hablaremos. Ven.

—Pero debería avisar. —Se sintió como una adolescente que se iba a escapar.

—Creo que no es necesario. —Señaló otra ventana de la casa que daba a aquella verja—. Te van a ver marcharte.

Y era verdad, su madre, desde la ventana de su habitación, había visto a su hija y a aquel misterioso hombre del que se escondía. Pensó que si el amor no era hacer locuras, ¿qué era si no? Qué se lo dijeran a ella y a su marido.

Valeria vio sonreír a su madre y después, con decisión, cerrar la cortina. No iba a enfadarse si aquella noche no dormía en casa.

Se rio por dentro al pensar que de nuevo había tenido una idea de adolescente al preocuparse por sus padres.

—Vamos, mi moto está allí. —Sasha señaló al otro lado de la calle.

Y, sin más explicaciones, la cogió en brazos para caminar con ella de esa manera:

—¿Qué haces? —protestó Valeria.

—Llévate hasta la moto en brazos, para que no pises ninguna cosa.

—Sé caminar.

—Lo sé perfectamente, pero vas descalza —replicó él.

No tuvo nada más que decir, tenía razón, al salir corriendo de la casa ni siquiera tuvo en cuenta que iba sin zapatos. Suspiró y sonrió cuando Sasha la dejó encima de la moto.

—¿Adónde vamos? —preguntó.

—Me alojo aquí cerca, vamos allí.

Se abrazó al cuerpo de Sasha cuando él se subió a la moto, después de ponerse el casco, y cerró los ojos, dejándose llevar.

No tardaron mucho en llegar al lugar donde él estaba alojado. Un bloque de apartamentos de lujo recién construido. No la sorprendió nada, ya que, aunque intentaba ser un hombre corriente, al final siempre, por una cosa u otra, acababa desvelando sus gustos caros.

Aparcó la moto en el parking privado y cogieron el ascensor que los llevaría a la última planta, un cuarto piso. Suficiente para poder tener unas vistas privilegiadas de la costa, algo que había ayudado a Sasha a calmar su anhelo de hablar con Valeria, sabiendo que ella necesitaba tiempo y espacio.

No la soltó de la mano en ningún momento, con los dedos entrelazados. Temía que, si se los soltaba, se esfumara y nunca más poder estar con ella.

—Valeria, quiero hacerte el amor por primera vez —soltó de repente, al cerrar la puerta.

—Sasha —replicó ella dudando—, hemos estado juntos muchas veces.

—Nunca hemos hecho el amor, hemos tenido sexo. Ahora quiero hacerte el amor.

—Sí —respondió.

En ese instante y sin dar espacio en su cerebro a ningún otro pensamiento más que estar con Sasha, cogió los tirantes del vestido que llevaba puesto y se los dejó caer por los brazos, haciendo así que cayera al suelo, tras deslizarse por todo su cuerpo.

Vio que la mirada de Aleksander bajaba de sus ojos a sus pechos, pero no

se acercó.

Por su parte, él tomó aire antes de tenderle la mano. Tenía decidido que no sería un polvo salvaje, esa vez no. Así que la instó a que cogiera su mano para así poner rumbo a la habitación.

Caminaron por el largo pasillo que conducía a aquella estancia y allí Sasha se despojó de la camisa, dejándola tirada en el suelo, y se acercó a ella. Valeria le cogió la mano para besársela despacio y a continuación posarla en uno de sus pechos. Eso fue interpretado por él como el consentimiento explícito de Valeria, así que se lo acarició con delicadeza, al tiempo que se deleitaba mirando el rostro de aquella a la que podía considerar ya su pareja. Subió la otra mano hacia el pecho libre, acariciando los dos a la vez y, aprovechando que Valeria echó la cabeza hacia atrás, mordió suavemente aquella parte que tanto le gustaba, la clavícula. La oyó gemir antes de sentir sus manos desabrochándole el pantalón para desnudarlo por completo. La dejó hacer sin problema, no sin antes asaltar su boca y besarla apasionadamente.

Lo necesitaba más de lo que hubiera sido capaz de admitir. Volver a tener sus manos tocando su cuerpo era mucho más de lo que podía aguantar y temía que en el momento en que se acercara más a su sexo se corriera. Pero por otro lado no le importaba, estaba allí, con él, entre sus brazos.

—Te he necesitado tanto que me dolía —confesó Sasha entre besos.

—Nunca he dejado de pensar en ti —le dijo Valeria, antes de dejar de acariciarlo para quitarse el tanga.

Él se separó un segundo, nada más un momento para poder mirarla desnuda sólo para él.

—Eres preciosa, mi pequeña *zapyast'ye*, túmbate en la cama —le pidió.

Ella obedeció inmediatamente, y se quedó allí, totalmente expuesta a la mirada de aquel hombre que había desmontado todos sus escudos contra el amor. Pero no tardó en volver a estar junto a él, pues Sasha se echó a su lado para acariciar su cuerpo y pasear los dedos por la piel de Valeria haciendo que se erizara.

—Me gusta, Sasha —confesó ella.

—Hacer el amor es esto, Valeria, acariciarnos, besarnos, pero solos tú y yo.

—Te quiero —dijo ella, antes de pasarle los brazos por el cuello y atraerlo para besarlo.

Valeria sintió su duro pene cerca de su sexo. «Un empujón —pensó—, y estaría dentro, podríamos estar así mucho tiempo»... Pero casi como si de un telépata se tratara, él colocó de otra manera su pene para no tener tentaciones antes de tiempo. Pudo ver en los ojos de ella un atisbo de decepción, pero sabía que se le pasaría en el momento en que su mano bajara para acariciar su clítoris. Algo que cuando sucedió hizo que ella se estremeciera.

Los labios de Sasha se deleitaban con su sensual boca y su mano se entretenía acariciando suavemente su sexo. Las caricias de Valeria recorrían su espalda, mientras su cuerpo sentía las oleadas crecientes de su necesidad.

—Sasha, me voy a correr y no quiero ...

—Hazlo, pero mírame cuando lo hagas. Mírame —le pidió.

—Te quiero dentro de mí.

—Me tendrás, pero ahora eres tú. Ahora sólo eres tú, pequeña *zapyast'ye* —le respondió, acelerando el ritmo de su mano y colocándose mejor para introducir un par de dedos en su vagina para incrementar su sensación.

—Sasha —susurró ella, sintiendo que el orgasmo la atrapaba como si de un remolino se tratara—. Sasha...

—Mírame, Valeria, mírame a mí. Solos tú y yo...

En ese instante el tiempo se detuvo, sus ojos se cruzaron en un momento eterno que disfrutaron como si sus almas se estuvieran uniendo para siempre. Una deliciosa comunión de sexo, cuerpos y almas que hizo que Valeria se rompiera definitivamente por dentro.

Cuando volvió a retomar conciencia de su propio cuerpo, laxo entre los brazos de su adorado ruso, algo comenzó a hacerle temblar. Una sensación que nunca antes había sentido, ni cuando aquella vez creyó que estaba enamorada

como nunca. Esa sensación la hizo echarse a llorar desconsoladamente. Era feliz. Por primera vez en mucho tiempo era feliz y su mente había decidido hacérselo ver de la manera más extraña, llorando.

—¿Qué te ocurre, mi pequeña *zapyast'ye*? ¿Qué pasa? —Sasha la abrazaba creyéndola asustada.

—No es nada malo, Sasha, no sé lo que me pasa. —Se apretaba más contra él—. No puedo pararlo.

—Podemos esperar, ya te lo he dicho. —Se separó un poco de ella para acariciar su rostro y enjugarle las lágrimas—. Tenemos todo el tiempo del mundo. Ahora sí lo tenemos.

—Te quiero, Sasha. —Sabía perfectamente lo que le ocurría.

Levantó la cara para acercarla a él y besarla. Su lengua sabía a sal y a necesidad y eso a Sasha le llegó al corazón. Nunca antes, ni siquiera con la que pensó que había sido el amor de su vida, había sentido nada igual. Tanto que pensó que se rompería por dentro.

—Hazlo —lo instó ella al notarlo dubitativo.

—Pero...

—Estamos haciendo el amor, Sasha, y no quiero que haya nada entre nosotros. Podemos, ¿verdad?

—Sí, ya sabes que sólo fue contigo...

Ella metió la mano entre sus cuerpos buscando su pene, lo quería dentro, necesitaba que aquel hombre formase parte de ella en ese instante. Él lo necesitaba igualmente, pero tenía miedo a que ella le rechazara.

Encaró el miembro de él en la entrada de su vagina y lo miró a los ojos:

—Cuando te corras, mírame a los ojos. No los cierres. Mírame... —le susurró, mientras ella rodeaba con sus piernas las caderas de Sasha y notaba cómo se deslizaba en su interior llenándola por completo.

Él suspiró muy cerca del oído de Valeria.

—Podría quedarme así toda la vida —le dijo—. Abrazándote y unido a ti.

Ella lo besó apasionadamente, mientras sus caderas comenzaban a moverse

despacio, dando paso a Sasha para que disfrutaran de su reencuentro.

Sus movimientos ondulantes pasaron de ser como una ligera brisa de verano a convertirse en un huracán de pleno Caribe. Sus cuerpos se movían acompañados con sus respiraciones. Manos, labios, lenguas, jugaban sin cesar, se daban la mano con la necesidad de sentirse. Valeria se movió para colocarse encima de Sasha y, de esa manera, poder ser ella la que controlara el vaivén de sus caderas. Sí, quería que él la mirara cuando se corriera, quería que pudiera tocar sus pechos mientras lo hacía..., le necesitaba más de lo que nunca había querido pensar.

Y Sasha la miraba embobado moverse como una serpiente encima de su sexo. Un par de movimientos más y estaría gritando, abrazado a su cuerpo, mientras vertía todo su ser en ella.

—Valeria, córrete conmigo —le suplicó.

—Hazlo tú, quiero que me mires al hacerlo.

—Pero...

No pudo seguir con su argumentación, porque ella aceleró el ritmo de sus embestidas, notando cómo las manos de Sasha apretaban con fuerza sus caderas. Estaba cerca, más de lo que él mismo hubiera querido admitir.

—Valeria...

Todos los músculos de su cuerpo se tensaron, su piel se erizó y un sonido gutural comenzó a generarse en su garganta. Sasha, el hombre de hielo, se estaba corriendo mirando a los ojos a Valeria. La sujetó con fuerza mientras él mismo embestía las últimas veces para disfrutar de su orgasmo.

Valeria se apartó despacio de su cuerpo. Estaban hipersensibles los dos. Se abrazaron sin decir nada, simplemente por disfrutar de la piel desnuda del uno y del otro. Sí, esta vez dormirían juntos y al despertar todo seguiría igual.

* * *

Aleksandr abrió los ojos por culpa del sol que se colaba entre las rendijas

de la persiana. Estiró el cuerpo, en parte entumecido por la sesión de sexo con Valeria y por las horas de sueño.

Por fin éstas habían sido reparadoras y largas.

Se volvió despacio para no despertar a Valeria, pero no la vio a su lado. Miró por el suelo y tampoco estaba el tanga del que se había despojado en la habitación. Se asustó. ¿Tal vez se había arrepentido de lo sucedido? ¿Quizá se había asustado? No podía ser que lo hubiera abandonado...

Salió de la cama corriendo para despejar todas sus dudas y sí, Valeria había desaparecido. El vestido no estaba en el salón, se había marchado...

Sasha se llevó las manos a la cabeza, mesándose el cabello. No entendía nada. No podía ser que otra vez lo hubieran dejado tirado. Era la segunda vez que abría su corazón en canal y alguien se aprovechaba de la situación. ¿Era imbécil? Estaba seguro de que sí, que lo era, como para haber vuelto a caer en la misma manipulación,

Dio una patada a una silla.

—¡Joder, Valeria!

La puerta de la calle se abrió justo en el instante en que la silla volaba al otro lado del salón.

—¿Qué ha pasado, Sasha? —Se acercó corriendo a él.

En las manos llevaba dos bolsas llenas de comida. Él la miró como si acabara de ver el mismísimo Santo Grial y corrió a abrazarla, a pesar de la cojera que le había provocada la patada.

—Sasha, te lo pregunto de nuevo —soltó las bolsas en el suelo sin que él dejara de abrazarla y esconder su rostro en su cuello—, ¿qué ha pasado?

Oyó un ligero llanto que se acompañaba con los movimientos de su cuerpo. Valeria subió una mano y empezó a acariciarle el cabello. No le hizo más preguntas hasta que él se separó y la besó desesperado.

—Pensaba que te habías marchado. Creía que te habías arrepentido, que todo lo que vivimos anoche...

—Sasha, sólo he ido a comprar algo para desayunar. —Lo besó suavemente

en los labios—. Si de algo soy culpable es de robarte unas chanclas y algo de dinero de tu cartera; te lo devolveré —sonrió.

—Nunca, prométeme que nunca te irás sin decirme adiós.

—Juro que nunca me marcharé sin que los dos dejemos de amarnos.

—Esa promesa es demasiado grande. —Sasha le acarició el pelo.

—Eres lo que siempre he buscado, eres la persona que me hace feliz, eres el hombre que me da lo que necesito y nunca me he sentido así. Sasha, las promesas son para cumplirlas.

—Prometo amarte y respetarte hasta el final de mis días.

—¿Es una proposición?

Sus cuerpos aún seguían pegados, sin querer separarse.

—Es lo que tú deseas que sea, mi pequeña *zapyast'ye*.

—Te quiero, Aleksandr Vodianov.

—Te quiero, Valeria Boquer.

Se miraron mientras sus bocas se acercaban lentamente para besarse y así sellar esas palabras que no deseaban que se quedaran en el aire.

—¡Dios, Sasha! —gimió Valeria.

Aleksandr la tenía a cuatro patas, mientras con la mano derecha la agarraba por el pelo, forzando así un arco casi imposible, mientras con la otra le acariciaba el clítoris, a la vez que él la penetraba con fuerza por detrás.

—Vamos, pequeña *zapyast'ye*. No te estoy haciendo nada que no hayas estado pidiendo durante toda la cena.

Valeria sintió un fuerte empujón que la hizo gritar más de la cuenta.

—Silencio, si nos descubren...

—Si nos descubren ¿qué? ¿Nos van a pegar? ¿Nos van a regañar?

Sasha continuó sus movimientos martilleantes en el cuerpo de su futura mujer, deseando que se corriera y así, con sus espasmos, que su orgasmo llegara pronto. La tenía sometida, desnuda encima de la cama, mientras él la poseía por detrás.

—Calla o pararé —le dijo, haciendo que se callara de golpe al sentir un ligero tirón en el largo cabello.

Sasha inclinó un poco su cuerpo sin dejar de penetrarla, para morderla entre el hueco del hombro y el cuello. La oyó gemir, sabía que le encantaban ese tipo de juegos. Estaba muy cerca, miraba sus manos y cómo apretaba las sábanas de la cama, y también la presión de su vagina. Sí, estaba a punto de correrse. Aceleró el movimiento de los dedos que le acariciaban el clítoris, necesitaba sentirla toda suya.

«No verse la noche antes de la boda, ¡ja!», pensó él.

Un par de empujones más y Valeria tuvo que esconder la cara en la almohada para amortiguar los gritos de satisfacción al llegar el orgasmo.

Entonces Sasha aceleró para poder conseguir el suyo. Él pudo, a duras penas, no gritar y luego cayó desmadejado sobre el cuerpo de su ya, en breve, esposa.

Le dio la vuelta para ponerla encima de su cuerpo, la miró a los ojos y la besó.

—¿De quién fue la maldita idea de no dormir juntos la noche de bodas? —preguntó él.

—De mi padre —contestó Valeria.

—Sabes que le respeto, pero me parece una gilipollez.

Ella sonrió, acariciándole el pecho desnudo.

—Lo peor de todo es que creo que saben que estamos juntos.

—Si no lo saben por tus gritos...

—Lo saben porque has subido a mi habitación trepando por la ventana como si fueras un adolescente de película americana —respondió Valeria.

—Me ha costado un poco, ya no tengo edad —se quejó, enseñándole un rasguño en la pierna.

—Pobrecito, mi ruso preferido —le rio ella la ñoñería.

—Espero que no tengas a otro...

—Bueno en el último viaje, aquel con el que estuvimos en la cama...

—Idiota —la calló él, besándola en la boca apasionadamente.

—Tienes que irte —le dijo ella.

—Pero no quiero —volvió a quejarse Sasha—. Tendré que volver a bajar por la ventana y...

—Puedes hacerlo por la puerta, yo vigilo —respondió Valeria.

—¡No! Eso no tiene ninguna gracia.

Sasha saltó de la cama para vestirse de nuevo.

Ya con la ropa puesta, se dispuso a volver a salir de la casa a través de la ventana de la habitación. Ella sonreía pensando en lo bobo que se le veía haciendo esas cosas. Lo besó antes de que se deslizara fuera y se cayera, esta vez mejor, en el suelo del jardín. Desde abajo él le hizo una reverencia, mandándole después un beso.

La cara de boba de Valeria le duraba aún cuando cerró la ventana y regresó a la cama, que todavía olía a sexo. Iba a casarse a la mañana siguiente con Aleksandr, dos años después de aquella declaración en el apartamento donde hicieron el amor por primera vez. Dos años en los que habían tenido que trabajar para afianzar sus sentimientos y construir de cero un edificio que parecía destartalado. La confianza, el amor, el cariño... Todo se consolidó de manera extraordinaria.

Se casaba.

Valeria se casaba.

¡Se iba a casar con Sasha!

Oyó que llamaban a la puerta de su habitación y esperó que no fuera su madre o su padre.

—Voy. —Se puso el pijama y fue a abrir.

—¿Ya se ha ido? —Su amiga Ruth asomó la cabeza a ver si lo pillaba.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Valeria extrañada.

—He ido a la cocina a por agua y le he visto caer desde tu ventana al jardín. Ya sabes, la ventana de la cocina está debajo de tu habitación.

—Entonces, ¿por qué preguntas si aún está aquí? —La hizo pasar.

—Pues para ponerte un poquito más nerviosa de lo que debes de estar —sonrió.

—Estoy más nerviosa por otra cosa que por la boda.

—Me lo imagino, pero tranquila, verás como todo saldrá bien. —Le acarició el brazo—. Sólo es tu boda con el hombre de tus sueños, ¿no?

—Gilipollas. —Casi la empujó fuera.

—Habéis follado como salvajes, ¿verdad? —Ruth le sacó la lengua.

—¿Quieres los detalles? —respondió Valeria.

—Hombre, no me importaría, así me voy a la habitación y le echo un buen meneo a Lucas.

—Fuera —definitivamente la invitó a irse.

—Hueles a recién follada.

—¡Que leche te vas a llevar! —la amenazó Valeria.

Oyó a su amiga reírse por el pasillo con destino a su habitación. Sus mejores amigos también habían querido estar en la boda. No eran capaces de hacerse a la idea de que Valeria fuera a casarse con el que había sido su jefe, un ruso que además tenía pasta como para empapelar un edificio entero, como decían siempre ellos. Muy de noticia de telediario de verano y fiestas en las que se gastan tres mil euros en una botella de champán.

Podrían haber hecho algo mucho más exagerado, casi como lo que se imagina que hay que hacer cuando suceden esas cosas, pero no. No iba a ser algo exagerado, sólo la familia y los amigos.

Sasha, desgraciadamente, no tenía ningún familiar cercano vivo, pero amigos que residían en San Petersburgo sí, de ahí que el mismísimo Oleg hubiera querido asistir. Había llegado desde Rusia un par de semanas antes para acompañar a su amigo y se alojaba en un hotel cercano, pero desde que conoció a Adriana, la hermana de Valeria, pasaba más tiempo en casa de sus padres que ayudando a su amigo.

La acompañaba a buscar a los niños, jugaba con ellos, si necesitaba que hiciera algún recado, allí estaba él... Había algo en los ojos de Oleg que delataba que buscaba algo más que ser amable. Valeria y Sasha sabían por qué pasaba tanto tiempo con Adriana. Y lo mejor era que ella se dejaba hacer. Era la primera vez que un hombre la ayudaba con sus hijos sin pedir nada a cambio.

Adriana miraba de manera diferente a aquel rubio de ojos azules, sonrisa exquisita y cuerpo escultural. Desde hacía un par de semanas le brillaban los ojos y eso sólo le pasaba cuando sus hijos estaban a su lado y podía jugar con ellos.

Algo pasaba, y, si no, estaba a punto de pasar.

Valeria estaba feliz por ella. Desde su divorcio, cuando su pequeño apenas tenía meses, el brillo de la mirada de Adriana no había vuelto a ser como el que le veía ahora cuando Oleg entraba en casa.

* * *

El sonido de pasos por toda la casa, jaleo de voces y portazos despertó a Valeria, que lentamente se despertó.

Pasó sus buenos cinco minutos mirando al techo, antes de saltar de la cama y lanzarse de cabeza a la ducha. Sabía que en cuanto saliera de su habitación se metería en una vorágine de peinado, maquillaje, vestuario y todas esas cosas que estaba segura que la podrían más nerviosa de lo que ya estaba.

Cogió el móvil antes de salir de la cama y comprobó que ya tenía un mensaje de Sasha. Uno en el que le decía que aún estaba a tiempo de huir de él, que si quería podía coger un coche, moto o avión para escapar de los próximos mil años que duraría su matrimonio si se quedaba hasta el final.

Aleksandr...

Todo cambió a partir de aquella noche en ese apartamento frente al mar, cuando sus cuerpos se reconocieron definitivamente. El hombre duro, frío, calculador y sexualmente activo que ella conoció se convirtió en un hombre atento, dulce y cariñoso, sin cambiar su actividad sexual con ella para nada. Se complementaban a la perfección, conocían sus gustos, sus juegos, sus necesidades más allá que cualquier otra pareja. Sus escarceos eran ahora un deseo de dos en el que podían, o no, entrar otras personas.

Desde aquel día en el que Sasha le había pedido de aquella manera tan peculiar que se casaran, sus mundos habían girado hasta encontrarse haciéndolo en la misma sintonía.

Cuando Valeria regresó a Madrid, lo hizo atendiendo a la única exigencia que Sasha le impuso, que se fuera a vivir con él. Nada de casas separadas, nada de noviazgos separados. La quería en su casa, en su cama, para él... Cosa que a ella no le pudo importar menos.

Moviendo unos cuantos hilos, y gracias a sus años y contactos, Valeria volvió a trabajar en su campo. Si bien era cierto que los dos debían viajar

mucho, siempre encontraban momentos para estar juntos, más de los que podían según sus agendas. Y eso en realidad era culpa de Aleksandr, que continuaba con la «manía» de sorprenderla en cualquier lugar en el que ella se encontrara trabajando, casi siempre dentro de la Península. Sí, seguía averiguando cuál era su habitación de hotel y consiguiendo una llave para esperarla con la luz apagada y una botella fría de champán.

En realidad, era ese tipo de cosas lo que más excitaba a Valeria. Nunca sabía qué noche de las que estaba fuera de su casa dormiría sola o bien follada con Sasha. Adoraban seguir manteniendo esos juegos.

Ella casi siempre lo esperaba desnuda en el salón cuando entraba por la puerta de su domicilio cuando era él quien regresaba de algún viaje durante el que habían pasado demasiado tiempo separados.

¿Otra cosa que la excitaba? Que Sasha la poseyera sin ni siquiera quitarse la ropa, sólo con la bragueta bajada y ella completamente desnuda. Era un juego de posesión que la volvía loca.

Ni juegos, ni preliminares. Simplemente posesión.

¿Sus juegos con otras personas o parejas? Claro, en fiestas o en algunos lugares más íntimos, donde daban rienda suelta a sus instintos más depredadores y sexuales. Lo disfrutaban de manera exquisita y apasionante, del mismo modo que sabían que lo que hacían era para ellos y solamente para ellos.

No había sido fácil convivir durante esos dos años.

Dos personas tan diferentes y tan solitarias habían tenido que aprender a conocerse, respetarse, emocionarse, cuidarse, darse espacio, acunarse cuando alguno estaba herido y sobre todo a enamorarse cada día más. Sasha era el hombre que fue antes de que una decepción lo hiciera esconderse del amor y Valeria había conocido la plenitud junto a aquel ruso duro que la volvía loca en la cama y la enamoraba sólo con mirarla y sonreír.

* * *

Con el móvil en la mano, dejó de recordar esos años intensos y respondió al mensaje con el mismo tono que Sasha había empleado, jocoso, diciéndole que, si se lo repetía más de dos veces, se lo tomaría al pie de la letra y huiría para siempre, pero no de él sino de la locura que había en su casa.

Le sonó el móvil después de enviar aquel mensaje, era él:

—Te quiero —fue lo primero que dijo Sasha.

—Yo también, pero ¿podríamos escaparnos?

—Fuiste tú la que quiso casarse aquí. Yo lo habría hecho de otra manera...

—Ya, sí. Lo recuerdo. En un hotelazo, con casi ochocientos invitados, en su totalidad empresarios. Todo muy discreto.

—Bueno, era más una cuestión protocolaria que otra cosa —se justificó.

—Familiares y amigos, señor Vodianov —respondió ella.

—Familiares y amigos, señora Vodianov.

—Sabes que no voy a usar tu apellido ni de broma —soltó Valeria.

—Lo sé, pero me gusta como suena. Me hace pensar que tengo el control.

—Suena machista.

—Es machista.

—Lo odio. —Se tiró en la cama.

—Pero cuando te follo te encanta —pretendía subir la temperatura de la conversación.

—Sabes que ahí sí tienes el control.

—¿Voy y echamos el último? —preguntó Sasha conociendo la respuesta y provocándola.

—¡No! La casa de mis padres ahora es una auténtica locura.

—Te veo esta tarde —se despidió Sasha.

—Tengo muchas ganas de verte.

Colgó el teléfono en el mismo instante en que empezó a sonar un insistente repiqueteo contra la puerta.

—Ya voy —gritó.

Salió de la cama para abrir la puerta y encontrarse a su hermana con cara de perro.

—Sé lo que hiciste anoche y me ha costado mucho que toda la jauría que hay abajo no te viniera a despertar a las nueve de la mañana. —Entró como un vendaval en la habitación en dirección a la ventana—. Abre, que aquí huele que...

—¿Quién te lo ha dicho? —Su hermana levantó una ceja—. Ruth...

—Date con un canto en los dientes que no se lo dijera a nuestros padres.

—¿Cómo? —preguntó Valeria asombrada.

—Mejor no preguntes y a la ducha, que son ya las doce de la mañana.

—¡Las doce!

—Sí, las doce y será mejor que te pongas manos a la obra o la obra entrará aquí y te pondrá las manos a ti.

—Hablando de manos... Anoche te vi marcharte a casa acompañada. —Valeria sonrió al recordar que Adriana se fue a su casa con Oleg y los niños.

—No pasó nada, Valeria, sólo quería ayudarme con los niños —sonrió su hermana de manera boba.

—No te lo crees ni tú —le respondió ella jocosa.

—De verdad. —Adriana suspiró.

—Olvídalo ya. —Le cogió la mano.

—Me besó cuando se despidió para irse al hotel. —Adriana bajó la mirada avergonzada.

—Pero ¡qué dices! —Valeria se emocionó y la abrazó—. Eso está bien.

—No sé. Me sentí rara. Fue como si regresara a la adolescencia y las mariposas recorrieran mi estómago. Fue...

—Adri, disfrútalo. —La miró a los ojos—. Te lo mereces y si sale bien, fantástico, si no... No pasa nada, es que vuelves a estar viva.

—Pero vive en Rusia. Es ruso...

—Y tú española y vives en España. ¿Y qué? Por eso ahora no te preocupes y lo que tienes que sentir son mariposas en otro sitio.

—Tengo cuarenta y un años, dos hijos, una tripa colgandera, arrugas —se quejó, poniendo excusas inexistentes—. Y él es un pipiolo...

—¡Qué pipiolo ni qué leches! —le soltó Valeria—. Si tiene la misma edad que Sasha.

—¿Cómo? —se sorprendió Adriana—. Pero si parece un jovenzuelo y yo ya me creía una de esas MILFs de las que hablan en las revistas.

—Sólo tiene dos años más que tú. —Encaró a su hermana en dirección a la puerta de la habitación para echarla—. Vamos, deja a los niños con papá y mamá y vete corriendo al hotel.

—¿Estará ahí? —se preguntó Adriana.

—Estará, ya me encargo yo de que esté.

Justo cuando su hermana iba a responder, Valeria la dejó con la palabra en la boca echándola de la habitación y luego le escribió a Oleg para que se pusiera las pilas.

Antes de entrar en el cuarto de baño comprobó que Adriana ponía rumbo a su coche y se marchaba. Sonrió y avisó a Oleg. La respuesta de éste fue un emoticono de la cara con los corazones.

¿Y si era cierto eso que decían que de una boda salía otra?

Justo a la hora de comer, y cuando la barbacoa estaba siendo atendida por Lucas y por Mario, casi gritando, apareció por la puerta Diego, el hermano de Valeria.

—¿Dónde está la novia más guapa del mundo? —Soltó las maletas en la entrada del jardín.

A pesar de las ganas que Valeria tenía de achuchar a su hermano, lo que más la sorprendió fue ver a una chica que se quedó en la puerta, sin saber si entrar o esperar a que Diego le dijese algo.

—¡Hola, enano! —Valeria lo abrazó.

—Dios, estás fuerte como el vinagre. Unos meses más con Adriana y me dais bien para el pelo —se rio él con ganas.

—Oye —Valeria susurró—, ¿quién es esa chica que está sola y con cara de

despistada en la puerta?

—¡Ostras! —Levantó una mano para decirle que se acercara—. Es mi chica, llevamos varios meses juntos.

—Dime que no es rusa —dijo Valeria con una sonrisa ladeada al verla tan alta, tan rubia y con aquellos ojos claros y rasgados.

—Que va, es de Salamanca. Estamos los dos en el último año de posgrado. —Cogió a la chica de la mano—. Mira, te presento a mi hermana; ella es Estefanía.

—Es un placer —contestó la chica.

Pero casi no le dio tiempo a mucho más, pues todo el mundo comenzó a arremolinarse alrededor del pequeño de la familia.

Cuando nació nadie lo esperaba y todos pensaban que el cupo familiar ya estaba más que cubierto con una morena y una rubia, tal como se decía en una de las coplas de *La Verbena de la Paloma*. Casi diez años de diferencia con la pequeña y dieciséis con la mayor. Lo que hoy en día se consideraría un consentido, y en realidad así fue y seguía siendo, a pesar de vivir fuera y trabajar mientras estudiaba.

Todo fue una algarabía mientras preparaban la comida. Unos repartían bebida, otros los aperitivos y, mientras, la barbacoa no paraba de funcionar. Las risas resonaban por toda la estancia y aunque el calor no daba mucha tregua, se notaba que era un día festivo.

Valeria echaba de menos a Sasha en esos instantes.

¿Por qué no habría ido a comer? A ver, estaba claro que tenía algunos amigos a los que atender y debía de estar comiendo con ellos, pero estaba segura, y sonrió, de que Oleg no estaría presente. Para quedarse más tranquila, se apartó para sentarse un segundo en una de las tumbonas del jardín y le escribió un mensaje. Primero para decirle que le echaba de menos, segundo para saber si todo iba bien y tercero para preguntarle si su mejor amigo estaba con ellos.

No tardó mucho en recibir respuesta a cada una de sus preguntas siendo las

respuestas las que ella esperaba: la echaba igualmente de menos, todo iba a la perfección y Oleg había decidido pedir comida para dos en su habitación.

Valeria sonrió de oreja a oreja, su hermana se merecía pasarlo bien. Aquel ingrato que la dejó colgada con dos bebés no merecía ni un segundo más de su tiempo. ¿Que lo de Oleg era sólo un apaño? Pues eso que se llevaba. ¿Qué la cosa podría ir a más? Pues ya se vería; lo que estaba claro era que el rubio amigo de Sasha era un encanto tanto con Adriana como con sus hijos.

Valeria estaba sumida en su ensoñación, con la brisa marina refrescando sus pensamientos y a los habitantes de la casa, cuando vio llegar a su madre a punto de sentarse a su lado con dos cervezas heladas y dos hamburguesas.

—¡Oh, mamá! Creo que en este instante eres mi persona favorita del planeta.

—Lo sé. —Le ofreció la hamburguesa y la bebida antes de tomar asiento.

—Mamá, me caso —soltó ella.

—Sí, te casas —respondió la mujer, antes de darle un buen sorbo a su vaso.

—Pensaba que la cerveza no te gustaba.

—Y no me gusta, pero ¿qué mejor momento para empezar a beberla que para celebrar que mi hija mediana va a casarse con un hombre que la hace feliz? —La miró intensamente—. Porque te hace feliz, ¿no?

Valeria sonrió y suspiró a la vez, antes de darle un mordisco a su hamburguesa, estaba absolutamente hambrienta.

—No tienes ni idea de lo feliz que me hace. Me comprende, me entiende, compartimos gustos, nos amamos... —contestó después de tragar y darle un sorbo a su bebida.

—Y tiene dinero —soltó su madre en tono de broma.

—Demasiado, diría yo —le guiñó un ojo.

—Cómo has cambiado desde aquel verano que te escondiste de él...

—Pero es que todo ha cambiado en mi vida, mamá. Todo.

—Termina de comerte eso y descansa un rato. —Miró el reloj—. Lo raro es que tu hermana no haya aparecido ya para llevarse a los niños y vestirlos.

—Déjala, ya sabes que estas cosas con tanta gente la ponen nerviosa. —
Sonrió por dentro mientras terminaba su comida—. Seguro que llega a tiempo.

* * *

Y así fue, un par de horas antes de la ceremonia, Adriana apareció por casa de sus padres radiante. Con un brillo en los ojos que hacía tiempo nadie le había visto. Vestida preciosa, maquillada suavemente y con su pelo ondulado al más estilo californiano. En una pequeña maleta llevaba la ropa de los pequeños y, aunque el abuelo ya los había aseado, tuvo que volver a pedirle ayuda, pues ya estaban de nuevo sucios.

Se acercó a Valeria antes de irse a vestir a sus hijos y, abrazándola, le susurró al oído:

—Gracias.

—¿Dónde está Oleg? —preguntó ella.

—Acompañando al novio. Quería venir a ayudarme con los niños, pero Sasha también tiene derecho a estar con su mejor amigo, ¿no?

Valeria le dio un beso antes de comenzar la locura de prepararse para su boda.

Su boda con Sasha.

* * *

Respiró un par de veces mientras ponía bien los gemelos de la camisa por quinta vez. Sabía que iba demasiado bien vestido para una boda frente al mar, pero él era así y Valeria se merecía encontrar al Aleksandr Vodianov que esperaba.

Los nervios lo estaban matando, ahora ya no se tocó los gemelos, sino que miró el reloj por quinta vez. Odiaba que la gente llegara tarde a los sitios,

pero esta vez tenía la sensación de que el tiempo se estaba ralentizando de manera casi imposible.

Desvió la mirada del reloj a los asientos donde estaban amigos y familiares y luego aguzó un poco más la vista intentando averiguar si Valeria se acercaba o aún no llegaba. Pero no, no la veía por ninguna parte.

La decoración en la cala, su cala, era perfecta, tal como los dos decidieron. El lugar donde se darían el sí, cerca de aquellas piedras donde mantuvieron la conversación que hizo que sus vidas volvieran a unirse para siempre.

Oleg estaba a su lado, acompañándolo en esos momentos y, aunque su sonrisa lo delataba, intentaba tranquilizar a su amigo diciéndole cada dos por tres que era normal que la novia llegara tarde.

—Cuando me casé la primera vez, esto no pasó —se quejó Sasha.

—Cuando te casaste con Olya, nada fue normal, ibais juntos...

—¡Bufff! —volvió a quejarse cuando oyó la risa de su amigo.

—Tranquilo, verás como todo va bien.

—Tú calla, que bien tú sí que debes de estar. —Le guiñó un ojo, enterado del rato que había pasado con la hermana de Valeria.

—Sasha, amigo, no sé..., pero esa mujer me encanta.

—Esa mujer es de armas tomar, yo he sufrido sus amenazas.

—Yo otras cosas —rio Oleg.

—Si de verdad te interesa, cuídala. —Entre ellos hablaban en ruso, sin temer que nadie se enterara de lo que decían—. Sé por Valeria que no lo ha pasado nada bien y, a pesar de todo, está criando a sus dos hijos.

—Lo sé, me lo contó. Pero no me importa, me encantan los niños.

Los dos amigos se quedaron en silencio, sólo las olas del mar se atrevían a romper la magia del momento. Unas notas musicales comenzaron a sonar lentamente, lo que señalaba que la ceremonia estaba a punto de empezar: la novia había llegado.

Valeria estaba llegando y él finalmente se relajó. El sol le daba en la cara y su sonrisa era tan contagiosa que Sasha no pudo más que mirarla sonriendo

también. Llevaba un vestido precioso, acorde con su personalidad, y su peinado, una trenza que hacía de diadema, dejando el resto del pelo ondulado y suelto, le daba un toque aún más romántico a la situación.

Caminó despacio del brazo de su padre, mientras sus miradas no se separaban en ningún instante. Era como si nada más verse, sus ojos hubieran quedado pegados para siempre.

Finalmente, Sasha respiró cuando su futuro suegro dejó a su lado a Valeria. Sin perder un minuto, cogió la mano de su futura mujer, entrelazando los dedos con los suyos. No quería separarse más de ella.

El sol ya comenzaba a ocultarse, regalando a los novios una iluminación especial, digna de cualquier estudio que deseara dar un toque romántico a sus fotografías. En ese caso parecía que la naturaleza estuviese decidida a hacer que ese momento, en aquel lugar, fuera el perfecto para que Valeria y Aleksandr se dieran el sí de la manera que habían soñado.

De espaldas a sus invitados y mirando al concejal, la ceremonia comenzó tal como estaba planeada, porque las historias más bonitas se escriben con luz de atardecer.

Epílogo

Valeria y Alexander cayeron sudorosos y desmadejados uno al lado del otro.

Dos meses después de la boda y del posterior viaje de novios, sus vidas habían vuelto a la normalidad a la que estaban acostumbrados. Nada había cambiado entre ellos en su día a día.

Aquella noche tocaba Sevilla como podría haber sido A Coruña. Pero allí estaba Sasha, en la habitación del hotel en el que se hospedaba Valeria, esperándola después de regresar de un viaje para pasar la noche con ella.

Cuando Valeria entró cansada en su habitación del hotel, sonrió, el olor de Sasha era inconfundible y, sin encender la luz, simplemente le preguntó si deseaba follarla con la ropa puesta o se la quitaba en la entrada.

Sí, seguían con sus juegos, tal como siempre habían hecho, y eso, en vez de cansarlos, les ponía en alerta.

Si bien es cierto que había noches en las que ella deseaba tenerlo a su lado y, por cuestiones laborales, Sasha no podía escaparse, el misterio de saber si estaría o no al abrir la puerta de su habitación era excitante. La vida en sí era excitante entre ellos.

—¿Cómo estás, mi pequeña *zapyast 'ye*? —le preguntó Aleksandr.

—Cansada —respondió ella, abrazada a él.

No habían cruzado más palabras que las necesarias después de que Valeria hubiera entrado por la puerta. Las suficientes para enredarse en un mar de caricias y jadeos.

—Bueno, sabías que hoy iba a ser un día intenso —hablaban de trabajo.

—Sí, pero nunca me acostumbro a ello. —Lo besó en los labios, mientras él le acariciaba la cadera—. Me debo de estar haciendo vieja.

—Seguro que es eso —rio Sasha, antes de darle un ligero mordisco en el cuello, haciéndola reír también a ella.

—¿A que no sabes quién me dijo el otro día que se iba de viaje?

Valeria se levantó de la cama para ir al cuarto de baño, dejando a Sasha acostado, con los brazos por detrás de la cabeza a modo de almohada.

—No sé por qué, pero me temo que sé la respuesta.

—Mi hermana ha dejado a los niños con mis padres y se va a pasar un fin de semana largo con Oleg.

—Imaginaba que algo de eso me ibas a contar —le respondió Sasha, que se había levantado y estaba en la puerta del baño, apoyado en el quicio y mirándola embobado.

Ella se disponía a darse una ducha rápida e irse a la cama inmediatamente. Al día siguiente se marcharía con Sasha en su mismo vuelo. Siempre que él aparecía por sorpresa en uno de sus viajes, en general él último día, regresaban juntos en el mismo vuelo.

Sin pedir permiso, Sasha se metió con ella en la ducha. Esa vez simplemente se acariciaron con el mero fin de quitarse el sudor del cuerpo con el jabón y la esponja.

—Me encanta estar así contigo —dijo ella—. No lo cambiaría por nada del mundo.

—A mí también y no te imaginas lo que me cuesta no estar a tu lado.

—Te quiero, lo sabes, ¿no? —Valeria cerró el grifo de la ducha.

—Y yo a ti te amo, te adoro y me pones moto —le soltó Sasha señalándole su pene erecto.

—No puedo más —sonrió Valeria—. En serio, estoy agotada.

—¿Cuándo me lo ibas a decir? —Ahora fue él quien se puso serio.

—¿El qué?

Valeria cogió el albornoz que estaba al lado de la ducha y después de ponérselo se secó el pelo con otra toalla, antes de volver de nuevo a la habitación.

—Venga, cariño —dijo Sasha con una sonrisa ladeada, agarrándola por la cintura frente a la cama.

Él llevaba una toalla a la cintura y, aunque estaba demasiado apetecible como para dejarlo pasar, el cuerpo de Valeria sólo le pedía cama y sueño.

—Valeria, me gustaría que me lo dijeras tú antes de que yo te lo diga. —Le abrió el albornoz.

—Que no, Sasha. —Le quitó las manos de su cintura y volvió a cerrarse la prenda de ropa.

—Lo dicho. —Se tiró sobre la cama y apoyó de nuevo la cabeza en sus brazos a modo de almohada—. Esta mujer mía se cree que después de más de dos años no la conozco.

—No sé de qué hablas.

Se dio la vuelta y volvió a entrar en el cuarto de baño, para salir con una camiseta grande y unas braguitas. Al llegar a la cama, se subió en ella y se abrazó a Aleksandr. Justo en el momento en que se dio la vuelta para ponerse boca arriba, él, sin decir nada, le acarició el vientre. Valeria se estremeció.

—Sasha...

—Eres mi mujer, te conozco, conozco las reacciones de tu cuerpo. Cómo es. La redondez de tus pechos, tus cambios de humor cuando estás con la regla, que por cierto hace ya tiempo que no la tienes, y sobre todo este pequeño montículo que sale de aquí —Le seguía acariciando el vientre.

—Es que...—intentó justificarse ella.

—Es que nada, Valeria, me hubiera gustado que me lo dijeras tú —continuó paseando sus dedos por el vientre.

—No he querido decírtelo hasta que me dieran todos los resultados —suspiró—. Al parecer, podría haber algún problema y tal vez...

—Tal vez nada, pequeña, nada —la abrazó—. Estoy aquí para lo bueno y para lo malo. Así que estas cosas no me las escondas. Es una noticia para celebrar, para disfrutarla, para reírnos por la suerte que tenemos.

—Estoy asustada —confesó.

—Todo irá bien; verás que sólo son suposiciones extrañas.

—Me dijeron que podría perderlo, de ahí que no quisiera decirte nada — comenzó a llorar—. Y si luego no está, y si ya no está...

—Pues estaremos los dos, tú no estarás sola. No lo olvides nunca, Valeria. —La besó en la cabeza—. Así que mañana mismo nos vamos al médico y punto.

—Ya salió el Aleksandr dominante.

—Ahora yo mando, eres la madre de mi futuro hijo y me harás caso — sonrió.

—Ojalá...

* * *

No podía más.

Aquella noche había sido insoportable, una más así y tendrían que ingresarla en una clínica del sueño. Si no era por una cosa era por la otra, pero podrían pedirle que recitara el abecedario y probablemente en ese instante no llegara a más de la cuarta letra.

Se levantó de la cama por cuarta vez para ir a ver qué estaba sucediendo en la habitación de al lado. Los ruidos eran cada vez más fuertes, así que, con cara de pocos amigos, fue para allá. Al entrar en la habitación encontró a Aleksandr con los dos bebés en los brazos, uno a cada lado, que no paraban de llorar. Se había movido tan rápido que Valeria ni se dio cuenta de que él no estaba en la cama. Su instinto, al principio, le gritó que fuera a echarle una mano a su marido. Pero después, apoyada en el quicio de la puerta, respiró un par de veces antes de recordar cómo todos sus miedos desaparecieron en el momento en que le hicieron la segunda ecografía.

* * *

—¿Te dijeron que podías perder al bebé? —preguntó el médico que le estaba haciendo la ecografía.

—La primera vez que me la hicieron vieron un embrión, pero decían que los sonidos de su corazón eran demasiado raros como para que pudiera sobrevivir.

El médico frunció el cejo, casi enfadado.

Aleksandr apretaba la mano de Valeria en todo momento, los dos estaban con los nervios de punta. Sabían que aquella consulta les iba a costar un ojo de la cara y parte del otro, pero Sasha no quiso escatimar en medios para saber qué era lo que estaba sucediendo.

El médico volvió a mover la sonda vaginal y, no estando seguro de lo que estaba viendo, usó el transductor exterior para confirmar lo que ya sabía sin lugar a dudas. Echó un poco de gel en el vientre de Valeria y su cara pasó del enfurruñamiento al enfado total.

—¿Me podría indicar dónde fue a hacerse la ecografía? —le preguntó.

—Fui a urgencias en uno de mis viajes. Ya sabía que estaba embarazada, pero quería que me lo confirmaran para decírselo a mi marido. Al sangrar un poco un día me acerqué allí y me dijeron eso que le he comentado.

—Puñeteros recortes —dijo por lo bajo el médico.

—¿Perdón? —dijo Sasha.

—Nada. —Hizo un par de fotos en el ecógrafo y les dijo que se sentaran a la mesa en la consulta.

Valeria se limpió todo el mejunje que le quedó en el vientre, y fue con Sasha a la estancia de al lado. Al acercarse a la mesa, el médico les mostró las fotografías impresas.

—Quien les dijera semejante gilipollez, y no quiero saber el hospital ni nombre del médico, no tiene ni idea de la angustia que les ha provocado.

—Pero ¿todo está bien? —preguntó Valeria, más que nerviosa.

—¿Bien? Está perfectamente bien, teniendo en cuenta lo que va usted a traer al mundo.

—¿Cómo? —Sasha intentaba descifrar lo que se veía en aquellas fotos.

—¿Ven estas dos redondeces? —les indicó con un bolígrafo dos bolsas—. Son dos placentas, por lo tanto, el listo de turno oyó dos corazones y vio sólo una. Van a ser padres de mellizos.

—¿Qué? —Valeria comenzó a hiperventilar.

—Pues eso, que vienen dos niños y ha de empezar a...

Y el médico comenzó a recetarle todo lo necesario, así como pedirle las pruebas básicas para tenerla controlada. Soltó aún algún que otro improperio hacia el anterior diagnóstico, pero se desvivió por ellos durante los siguientes meses antes del nacimiento de sus dos pequeños.

Y con lo que le pagaba Sasha, más le valía.

* * *

Y ahí estaba él ahora, con Yulia en un brazo y Alexandra en el otro susurrándoles palabras de amor en ruso. Sí, Valeria ya sabía más ruso del que nunca habría imaginado que aprendería y mucho menos que le interesaría.

—Vuelve a la cama, cariño —dijo Sasha sin darse la vuelta—. Descansa. Ya sabes que yo duermo poco.

—Lo sé, pero tú ya has vuelto a trabajar y yo aún estoy de baja.

—Valeria, soy el jefe. Chist —acunó a las pequeñas—. Además, mañana te quiero preciosa de mi brazo.

—Ahhhh, odio esos comentarios —protestó.

—Sí, lo sé. Porque lo que más me gusta de ti es cuando estás debajo.

* * *

Cuando Valeria se despertó aquella mañana, era casi mediodía y no se oía ningún ruido en la casa. Se extrañó tanto que se levantó sobresaltada para ir

corriendo a la habitación de las niñas. Su cara fue un auténtico poema cuando vio allí a sus padres con las dos niñas, dándoles el biberón.

—Buenos días, hija —soltaron los dos a la vez.

—¿Cuándo habéis llegado? —preguntó Valeria sorprendida.

—Ayer, pero Aleksandr nos dijo que nos quedáramos en un hotel para así darte la sorpresa por la mañana. Este hombre tuyo... —dijo su padre.

Ella sonrió.

Ese hombre suyo lo tenía todo planeado para celebrar su aniversario. No el de bodas ni el aniversario de la primera vez que hicieron el amor. Sasha quería celebrar por todo lo alto la primera vez que se conocieron y compartieron una noche de sexo desenfrenado. En realidad, daba igual, pues siempre tenía algún detalle para disfrutar. Pero aquella era su noche, después de cuatro meses del nacimiento de sus hijas.

—Me ha dicho que te ha dejado un paquete en el salón —añadió su madre —. Vamos, ve y olvídate de todo. Ha comentado que esta noche tenéis una cena muy importante y de ahí que hayamos venido.

—Sí, mamá. Tan importante que nos va la vida en ella —sonrió Valeria.

—Pues venga.

Caminó hacia el salón.

No se habían cambiado de piso, no necesitaban una mansión a pesar de los pesares. Su casa, la casa de Sasha, era suficiente para ellos, para los cuatro.

En la mesa del salón había un paquete con forma de caja de zapatos y al lado una funda de traje con el nombre de una gran firma. En la nota decía:

Es tuyo, pónitelo para mí y veremos quién te lo quita.

Sonrió.

Sasha no pasó por casa en todo el día, pero no paró de enviarle mensajes. El trabajo lo tenía bastante absorbido, pero Valeria sabía que pasara lo que pasase, él estaría a la altura de las circunstancias.

Un coche apareció a las nueve para recogerla.

Nunca se había sentido más sexy en toda su vida. El vestido era negro, transparente, estilo sirena con apliques de encaje, muy elegante. Tenía un gran escote que, si hubiera sido de otra firma, podría haber sido hasta ordinario. Pero no, Valeria estaba espectacular. Guapa, deseable... En realidad, era lo que quería.

Llegaron a la puerta del lugar de la cita.

Sasha la esperaba vestido de esmoquin, siempre impecable. Sabía que se había llevado la ropa de casa por la mañana y que se cambiaría en el despacho. El lugar era discreto. Fuera de miradas indeseadas.

—¿Preparada? —le preguntó él.

—Para ti siempre —respondió ella, al acercarse a su marido.

Sasha la cogió de la cintura y entraron en una de aquellas fiestas a las que siempre habían ido por separado y ahora los dos iban de la mano.

—Tengo ganas de tocarte.

—Tengo ganas de estar siempre contigo —respondió ella.

Aleksandr la besó sin poder contenerse.

Su mujer era la persona más deliciosa que nunca hubiera podido imaginar tener en su vida. Había puesto patas arriba su mundo, su vida, sus barreras. Ella, sólo ella era y sería, y la deseaba por eso.

—Vamos. —Sasha la cogió de la mano—. Disfrutemos, es tu día.

Nunca fue sólo sexo.

Agradecimientos

A mi editora por, como siempre, ponérmelo todo tan fácil. Gracias, Esther.

A mis compañeros de viaje durante estos meses en los que han pasado demasiadas cosas para ser olvidadas, pero sí para que nos hicieran mucho más fuertes.

A mi pareja e hijo por estar ahí incondicionalmente a pesar de los pesares (no les queda otra).

Y a todos los que me leéis y seguís, yo también os sigo sin condiciones, si no, no escribiría.

Biografía



Patricia Hervías es una madrileña nacida en el conocido barrio de Moncloa. Estudió Biblioteconomía y Documentación en la Universidad Carlos III de Madrid, pero ya desde ese momento intuía que su futuro se dirigiría hacia el campo de la comunicación y la publicidad.

Desde 1997 estuvo trabajando para varias empresas dedicadas a la publicidad o en departamentos de comunicación, hasta que en 2008 dio el salto mortal y lo dejó todo para trasladarse a Barcelona y comenzar a viajar por el mundo. Empezó a publicar sus aventuras en la revista *Rutas del Mundo*, pero la crisis hizo que tuviera que aparcar sus ganas viajeras para formar parte del equipo creativo de una empresa de e-commerce.

Todo ello siempre aderezado con colaboraciones en la Cadena SER, RNE4 y con artículos en revistas de historia, viajes y actualidad.

Nunca ha dejado de escribir relatos, y publicó su primera novela, *La sangre del Grial*, en 2007, a la que han seguido *Te enamoraste de mí sin saber que era yo* (2015), *Que no panda el cúnico* (2016), *Perdiendo el juicio* (2016) y *Me prometiste el cielo pero yo quería volver* (2017).

Encontrarás más información de la autora y su obra en:

<<https://www.facebook.com/PatriciaHerviasD>>

@pattyhervias

<<http://pattyhervias.blogspot.com.es/>>

Sólo era sexo
Patricia Hervías

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la cubierta: Shutterstock
© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Patricia Hervías, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicioneszafiro.com
www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2019

ISBN (epub): 978-84-08-20953-9

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

